

—Me estais martirizando, don Gaspar.

—Pero os martirizo dulcemente: sereis mi amiga, ¿no es verdad?

—Lo soy ya, hasta la muerte.

—Y cumplireis como tal, ¿no es cierto?

—¡Oh! ¿quién lo duda?

—La reina...

—Me parece que la reina tiene caprichos, dijo sin pudor la duquesa, pasándose con armas y bagajes, como suele decirse, al servicio del conde-duque.

—Esos caprichos pueden ser muy funestos al bien y á la prosperidad de estos reinos, dijo el conde-duque; porque cuando lo indigno aparece en el trono, todos imitan la indignidad que se vé en la altura, y no hay gobierno posible: además, los intrigantes encuentran una puerta podrida por donde llegar al poder; por ejemplo, Villamediana...

—Sí, sí, tenéis razon, Villamediana...

—Pues, es necesario que el rey no esté ciego, ¿comprendeis, duquesa? Es necesario que cada cual ocupe el lugar que le corresponde; esto es, de justicia; obrar de otro modo es hacerse cómplice de infamias que traen desgracias á la república, ofender á Dios, y vos que sois tan cristiana...

—Sí, si señor, indudablemente, dijo: todo eso es verdad, y no sé cómo no he reparado en ello hasta ahora: Villamediana... Es verdad, Villamediana...

—¿Qué decis de Villamediana? preguntó vivamente y con gran interés el conde-duque: ¿tenéis alguna prueba?

—¡Pruebas! ¡que si tengo alguna prueba! ninguna; ya sabéis que en estos asuntos las pruebas son muy difíciles.

—Pues es necesario que haya pruebas, dijo el conde-duque.

—No sé, no sé, dijo la duquesa, porque el conde-duque empeñaba ya á pedirle el precio de los favores que la habia prometido.

—Vos sois muy estimada de la reina, duquesa.

—Sí, es cierto: su magestad me quiere mucho, me favorece, me honra.

—Villamediana está loco, es un nécio que se cree irresistible con las mugeres porque ha encontrado triunfos muy fáciles, que no han pasado de costarle mucho dinero que le han sacado hábilmente; no ama á la reina; un hombre como Villamediana no comprende el amor, no le siente; pero tiene empeñada la vanidad: vos sois la más allegada de la reina, Villamediana ha debido acometeros,

—Sí, sí, es cierto; Villamediana me busca, me asedia, me adula, procura captarse mi voluntad, pero...

—Acogedle, duquesa.

Como se vé, el conde-duque se habia quitado la careta, y trataba sin ambages á la duquesa de Sástago: era un comprador que mandaba.

No se trataba ya de si la reina propendia á Villamediana ó no, aquello iba tomando el carácter de un convenio infame entre dos malvados.

La vieja y fea duquesa, la devota hipócrita, se prestaba á todo, con tal de que se castigase á muerte al pobre demonio, que sin pensar en ello y por casualidad, á causa de las travesuras de un lacayo habia comprometido su nombre y con tal de que se la casase con un jóven y buen mozo primo, por quien estaba interesada por un materialismo repugnante.

El conde-duque habia perdido todo respeto á la duquesa, y la trataba como esta merecia, de alto á bajo.

VIII.

—Es necesario comprometer seriamente á la reina, dijo el conde-duque, nos estorba; es necesario ponerla de todo punto fuera de combate: ¿qué importa que sea buena ó mala? las altas razones de estado lo autorizan todo. Obedezcamos el axioma del maestro de los políticos, Maquiavelo: el fin justifica los medios: yo pienso en la grandeza del rey, en la grandeza y en la prosperidad de España: ¿qué importa una víctima? La reina es estúpida, quiere al rey como á un marido vulgar: está mal educada, el rey difunto la vició poniéndose de su parte contra su hijo; pero ya no existe aquel buen rey inútil que se llamaba Felipe III, y es necesario hacer de Felipe IV un rey grande; Isabel de Borbon es un obstáculo, y un hombre de estado deja de serlo en el momento en que no remueve todo obstáculo, cualquiera que sea, que se opone á sus grandes propósitos.

—Verdaderamente que sois un grande hombre de estado, don Gaspar, dijo con asombro la condesa; yo no os conocia bien, pero la reina...

—Sí, sí, sé lo que vais á decirme; que la reina es una buena mujer, que ama á su marido, que seria muy buena esposa para un cualquiera, pero no para un rey; la reina es tonta, y la importaria muy poco que á estos reinos se los llevase el diablo, con tal de que

su marido no se separase de ella, y viviese adorándola: la irritan los negocios públicos, porque el largo despacho separa de ella al rey; tiene celos de todo, desconfía de todo; su suspicacia llega hasta lo increíble, porque no hay nada más extremado, más absurdo, que la suspicacia de los necios: la reina se ha declarado enemiga mía, porque me atribuye indignidades que no me han pasado por el pensamiento, y creed, si yo creyera que habia otro hombre capaz de regir dignamente los destinos de nuestra grande patria, cansado estoy de la lucha, y me retiraria de los negocios para vivir apartado de ellos y tranquilamente en mis estados; pero yo seria traidor á mi patria si dejara mi lugar; mi patria me necesita, y quien me haya ayudado á salvarla, habrá merecido bien de la patria.

—¿Y qué hay que hacer, qué hay que hacer, conde-duque? dijo la duquesa.

—Hacer que parezca tan indigna la reina, que el rey se aparte de ella indignado.

—¿Y cómo? si la reina no da ocasion...

—Se inventa; cuando no hay una prueba verdadera, se finge; sed más condescendiente con Villamediana, oidle, y avisadme.

—Bien, don Gaspar, bien, escucharé á Villamediana y os avisaré.

—Y más asidua al lado de la reina, más afecta cada dia hácia ella, aprovechad todas las ocasiones que podais para echar pestes de mí; estad segura de que no me ofenderé; es necesario confiar al enemigo.

—¡Oh, qué grande hombre de estado sois! exclamó aquella especie de noble lechuza.

—Adios, duquesa, adios, dijo el conde-duque; no olvideis nada de lo que os he encargado, os dejo con sentimiento, pero el rey me espera impaciente. Béseos los piés.

—Béseos las manos, don Gaspar.

—Adios.

El conde-duque salió.

IX.

—Ahorcarán á ese pícaro, dijo la condesa, se tamará la boca á los maldicientes, me casarán con mi primo; ¡ah! ¡ingrato, ingrato, y que no estime en lo que vale el amor que yo le tengo! pero válgame Dios, que no conociera yo la gran valia del conde-duque; lo

que es hacer caso de lo que dicen las gentes, ya lo creo, la envidia: ¡qué grande hombre de estado! Tiene razon, la reina es muy buena, muy santa, pero estorba: España no puede ser feliz, ni próspera, ni respetada, por causa de ella, que quiere que el rey sea para ella sola, y un rey antes que á su mujer y á sus hijos, pertenece á sus reinos; lo primero es la patria, si señor, si, se lo he oido decir mil veces á mi padre, que era un buen caballero; la patria no puede ser feliz con la reina, pues fuera la reina; no dá motivo, se finge el motivo; no hay prueba, se fabrica la prueba; lo primero es la patria: y los grandes hombres que han de salvar á la patria, ¿por qué razon no han de echar abajo de cualquier manera la puerta que encuentran cerrada, detras de la que están la prosperidad y la grandeza de la patria? si señor, si, seamos digna de nuestro nacimiento, y ayudemos al conde-duque.

X.

Mientras la condesa habia hecho este razonamiento de transaccion con su débil conciencia, el conde-duque habia vuelto á su cámara reservada; Gil Perez le esperaba en ella.

—Se dice, señor, dijo al conde-duque, por todo el alcázar, que Mercuelo es...

—Sí, si, se dice que Mercuelo es amante de la duquesa, pero esto es falso, Mercuelo es un ladron.

—¡Cómo!

—Sí, importa que Mercuelo pase como intentador de robo en el alcázar.

—Le ahorcarán, señor.

—Un importuno menos.

—Es un buen servidor.

—Mejor servidor es la duquesa de Sástago, Gil Perez.

—¡Ah!

—Sí, la duquesa y yo nos hemos convenido completamente.

—Es decir que tenemos completamente aislada á la reina.

—Aun falta una persona.

—¡Cuál!

—La condesa de Santurces.

—A esa señora la tenemos cogida por su sobrino.

—Es verdad, ¿pero á qué iria Mercuelo al cuarto de la duquesa metiéndose por el balcon?

—En verdad, señor, que ese es un acertijo difícil; pero Mercue-
lo nos lo dirá.

—¿No has podido verle?

—No señor, le tienen encerrado, y con un suizo de centinela á
la puerta, que no deja acercarse á nadie, en el sótano de la torre de
la Almudena.

—Bien, bien, tiempo tenemòs: vé y dispon la gente que ha de es-
coltar á su magestad.

Y el conde-duque abriendo la puertecilla secreta que 'ponia en
comunicacion por medio de una escalera de ojo aquella cámara con
la cámara del rey, cerró tras sí la puerta.

CAPITULO XXVIII.

De cómo fué puesto en libertad el señor Pedro Gutierrez de Santisteban.

I.

Cuando Quevedo salió del alcázar, dió la vuelta y encontró sentado en el dintel del postigo á Pablo el Renegado, que se levantó receloso, apenas vió aproximarse un bulto, y dijo:

—Alto allá y sepamos quien es.

—Cómo se conoce, amigo, dijo Quevedo, que en vos no vive el descuido; tranquilizaos y ved para qué me queréis, pues que me tenéis aquí.

—Se me os vais por dentro, y se me os venís por fuera; no os esperaba por ese lado.

—Gran lástima que no hubiéseis sido mi acreedor, que ahí esperarais el son de la trompeta final, si no os fuérais hasta que yo volviera.

—Pues acreedor soy de amistad en nombre de don Alonso.

—De estas deudas no me escuso yo nunca, y ved qué me queréis y despachad, porque estoy cansado.

—Quiero que vengais á donde está don Alonso, para cuyo fin nos están esperando caballos hace ya mucho tiempo.

—Pues con todo el gusto de mi alma iré yo, que estimé mucho á ese don Alonso, y me será de gran contento servirle.

—Antes tenemos que evacuar dos diligencias de escribano.

—¿De esa gente quereis hacerme? pues no me estimais mucho.

—Tenemos que soltar dos presos, y por eso digo que vamos á diligencias de escribano.

—¿Y quiénes son?

—Un alcalde de Casa y Corte y su secretario.

—¡Sopla! ¿y los habeis preso vos?

—No, los ha preso valiéndose de su buen arte, Juan García, el mayordomo de don Alonso; pero como Juan García se ha ocupado en llevarse á su señor de donde estaba preso, no ha podido ir á soltar al alcalde y á su secretario.

—¿De suerte que ese señor Juan García, liberta á los presos, y prende á los prendedores?

—Para soltar al uno ha sido necesario prender á los otros.

—Ya os veo, señor Pablo; se le ha arrancado contra pelo un auto de libertad con su diligencia correspondiente al alcalde; pues me alegro, aborrezco á esta gente de golilla, me han hecho rabiar mucho, y bueno es que ellos rabien; vamos allá á darles suelta; quiero ver qué cara tienen esos señores, ¿y cómo se llaman?

—El alcalde se llama Pedro Gutierrez de Santisteban, y el escribano Pedro Ponce.

—Buen par de valientes sugetos: me alegro y me realegro, no perdamos tiempo, buena cara deben tener y buen estómago.

—Creo que no, porque Juan García les llevó de comer.

—Mal hecho, á las aves de rapiña no debe dárselas de comer en compensacion de lo mucho que ellas tragan cuando se lo toman.

II.

A todo esto iba andando, habian pasado ya el arco de palacio, y se dirigían hácia la Almudena, en demanda de la calle de Segovia.

—¿Y dónde están? dijo Quevedo.

—En dos casas deshabitadas: la una frente á la otra, en la calle de Segovia.

—El diablo sois: ¿y cómo os habeis manejado para tener esas dos casas tan á punto?

—Nosotros tenemos muchos amigos en Madrid.

—Pues que viva la buena gente, dijo Quevedo, ¿y sabeis que voy pensando una cosa? en que no me conviene que se sepa por esos que yo os conozco.

—Os juro, don Francisco, que tendrán que callar por la cuenta que les tiene, y pretestar que han estado en cualquier parte, porque al fin y al cabo, el auto de libertad en que se exculpa á Andrés del Páramo existe, es un documento que no se puede volver atrás.

—Teneis razon, hé aquí al alguacil, alguacilado; al prendedor, preso; á la justicia, ajusticiada; no la santa justicia eterna que viene de Dios y que no puede ofender nadie, sino esa indigna gentecilla que se dá á si propia con grandísima injusticia el nombre de justicia.

—Cuidado, don Francisco, no se os vayan los piés y deis de bruces, que esta calle es muy pendiente y está muy resbaladiza.

III.

En efecto, bajaban por la de la Ventanilla, más pendiente entonces que ahora, y sumamente resbaladiza, porque no estaba empedrada, porque las calles no se empedraron en Madrid hasta el siglo pasado, así es que en cuanto llovía se ponian intransitables.

Asióse del brazo del Renegado Quevedo, porque á la verdad, achacoso y cansado bien habia menester un apoyo para salvar aquella ágría cuesta.

Llegaron por fin al Barranco de Segovia, lo que no fué otra cosa que cambiar de cuesta y de situacion, porque habiendo descendido, empezaron á subir, lo cual era para Quevedo algo más fatigoso.

—¿Y decid, amigo, preguntó, despues de haber bajado un cerro, ó de habernos bajado por un cerro, vamos á montar otro? Válgame Dios por Madrid hecho más para jabalíes y ciervos que para personas; aunque á decir verdad, animales de caernos no faltan en él, y válgame Dios por el segundo Felipe que aqui asentó la córté habiendo un Valladolid tan llano, y tan cómodo, y tan populoso, y tan noble, y tan córté de tantos ilustres reyes, y sin ese Guadarrama, que Dios maldiga, por su fuelle cargado de pulmonias, y con su Pisuerga, en nada comparable con ese aprendiz de rio, al que llaman Manzanares. De todas las tiranias de aquel buen señor, no encuentro ninguna tanta ni tan grande, como la de habernos dejado por herencia tal córté; pero me parece que hemos llegado, porque os parais á esta puertecilla y echais mano al bolsillo sin duda en demanda de una llave.

—¡Si por cierto! diómela Juan García, héla aquí, y ved que abro.

—Lobreguez espantosa, exclamó Quevedo.

—¿Traeis vuestra linterna, don Francisco?

—Nunca me separo de ella.

—Pues hacedme la merced de hacer luz, ya que no la habeis hecho durante el camino, que hubiera venido bien para que hubiéramos reventado menos charcos.

—No me gusta alumbrarme cuando voy á cosas malas, dijo Quevedo, porque las tinieblas se han hecho para los hechos malos, y no hay que avisar por dónde se vá, cuando no se vá á un hecho bueno: hé aquí luz; pero aguardad, se va acabando el cabo y voy á poner otro.

Y Quevedo sacó de un bolsillo de sus gregüescos un cabo de vela, le encendió, hincó una de sus largas uñas en el otro cabo que espiraba, le sacó arrojándole al suelo y matándole con el pié, y puso el otro en el cubillo de la linterna.

—¿Y llevais siempre la linterna encendida, don Francisco?

—Necesariamente, hermano, porque en un apuro no he de decir á la parte contraria, esperaos que encienda á fin de veros: ¿y sabeis que á casa bien ruin han traído á este encerrado? ¿Cuál de ellos es, alcalde ó escribano?

—El señor Pedro Gutierrez de Santisteban.

—Pues saquemos al pobre del limbo: ¿qué haceis?

—Póngome el antifaz.

—Entonces plántome yo la carátula: ya me conoció en otra ocasion, no por la cara, sino por los piés, el señor duque de Lerma, aquel ingeniosísimo señor, que para que viera una cosa habia que ponérsela á dos dedos de las narices. Pero decidme, ¿si nada puede hacer contra nosotros el señor Pedro Gutierrez de Santisteban, porque se encuentra cogido y recogido, á qué os encaratulais?

—A fin de que no me conozca, y de que si mañana me coge no me las haga pagar todas juntas.

—Prudente sois, y huélgome de vuestra prudencia, que tambien me ha encaratulado, que en pasos peligrosos y difíciles ando; y no quisiera que me enredasen ma'amente el dia de mañana por lo de hoy; pero vamos adelante, para lo cual será necesario abrais esta otra puerta pecadora.

IV.

Habian llegado á lo último del callejon, esto es á la puerta del patio; sacó el Renegado otra llave de su bolsillo, lo que hizo decir á Quevedo:

—Carcelero me pareceis, según lo cargado que venís de llaves.

—Pues aun queda otra, don Francisco.

—Bien guardado teneis al guardador.

—Pasad, dijo el Renegado, que habia abierto la segunda puerta.

—Paso, dijo Quevedo.

Y entró en el patio.

—Vos direis dónde me detengo, dijo Quevedo; pero esperad, que ya sé: en aquella puerta de lo último escandalizan; hambre tienen de salir.

V.

Y era que sonaban grandes golpes por la parte de adentro de la puerta que Quevedo habia indicado.

Pero Gutierrez de Santisteban que estaba poseido ya de una desesperacion infinita, al sentir gente en el patio habia empezado á dar voces y á golpear desafortadamente en la puerta.

El Renegado se acercó á ella y la abrió.

Quevedo, á fin de no ser conocido por la estructura particular de sus pies y de sus piernas, se habia bajado hasta hacer que el borde de su capa tocase al suelo, rebajándose por lo menos pié y medio.

Aparecia enano; y con su ancho sombrero, su embozo y su linterna en la mano, tenia algo de original que imponia miedo.

VI.

—Juro, exclamó Pedro Gutierrez de Santisteban que estaba colérico, ahorcar hasta el lucero del alba en cuanto tenga dos dedos de luz.

—Pues á mucho y á muy alto estendeis vuestra jurisdiccion, hermano alcalde, dijo Quevedo desfigurando la voz.

—Pues bajaréme hasta mi jurisdiccion ordinaria, y me bastará con ello; y espero que no saldreis vos muy bien librado, don Francisco.

—Pues estirome, dijo Quevedo levantándose de repente á su altura natural; pero no habiéndome conocido por los piés, ¿por dónde me habeis conocido?

—Por los cabellos os cogí, contestó el alcalde, que no hay dos cabelleras como la vuestra en la corte.

—Hé aquí un nuevo Absalon, que se encontraría perdido por los cabellos si vos pudiérais perderme, amigo alcalde: creedme, lo que os importa es irós á vuestra casa á descansar del mal rato que habeis llevado.

—¿Y cómo es que os encuentro metido en estos negocios, don Francisco? exclamó el alcalde.

—Agarráronme ellos, que no me metí yo, dijo Quevedo, y lo mismo ha acontecido siempre; que en ninguna de las cosas en que me he encontrado me he metido yo, sino que me han metido, y para salir de algunas me he visto negro; y á veces tanto, que no me he conocido en el espejo.

—¿Y quién es ese que os acompaña y que yo no conozco? dijo el alcalde.

—Ved que os equivocais, porque me tomais por porquero de alguacil pretendiendo hacerme soplón.

—Creedme, dijo el Renegado, idos y no volvais á acordaros de ello, ni sobre ello escribais ningun papel, porque podría pesaros: tomad.

—¿Y qué me dais aquí?

—Una bolsa más, tan llena como la que os dieron esta mañana.

—Yo no quiero dinero, exclamó el alcalde.

—Y si no quereis dinero ¿dónde está el que esta mañana os dejaron? ¿de seguro en vuestro bolsillo?

—Es cierto, contestó vivamente el alcalde y con cierta confusión; lo he guardado distraido.

—Pues distraeos otra vez y guardad ese.

—¡Válgame Dios! ¡y si cada vez que yo me distraigo me encontrara con un bolsillo al alcance de la mano! dijo Quevedo. Tomad, alcalde, que el tomar es santo cuando lo que se toma no daña; y ved, que para guardar secretos soy yo el único, como que tantos años he sido secretario, y de cosas que valian bien la pena.

El alcalde guardó el bolsillo.

—Pues quitome el antifaz, dijo Quevedo, que para nada hace falta y me incomoda.

—¿Y no os lo quitais vos? dijo el alcalde mirando fijamente á Pablo el Renegado.

—A mi no me incomoda lo que me sirve para que no me conozca un hombre tal como vos, dijo Pablo; pero tomad esto aún.

—¿Y qué me dais?

—Dos llaves.

—¿Y para qué?

—Para que vayais á sacar de penas como yo os he sacado á vos, á vuestro secretario, al señor Pero Ponce, que está en la casa de enfrente, en el número veinticinco.

—Buena noche hace para ver números, dijo el alcalde.

—No tiene pérdida, es frente por frente; y además, la puerta del zaguan tiene una reja grande de cuatro barrotes y un postigo muy pequeño: conque id, id, señor alcalde; id, estamos perdiendo tiempo, y tenemos mucho que hacer don Francisco y yo.

Y dió al alcalde dos llaves mohosas.

El alcalde las tomó, y al tomarlas reparó que Pablo el Renegado tenia una cicatriz profunda entre los dedos pulgar é índice de su mano derecha; pero se guardó bien de indicar que había reparado en esta circunstancia.

—Pues ya que nada puedo hacer, dijo el alcalde, me despido de vos, señor don Francisco, y de vos, señor incógnito; me alegraré mucho de poder recompensar los favores que me habeis hecho.

—Gracias, dijo Pablo, así lo espero: os llevais un caudal en el bolsillo.

—Todos los pícaros tienen suertería, observó Quevedo.

Desentendióse el alcalde y salió harto de prisa, como temeroso de que se arrepintiesen de su soltura y volviesen á encerrarle.

Quevedo, mientras Pablo cerraba las puertas, se fué detrás del alcalde, y vió que en vez de atravesar la calle para ir á la casa de enfrente á sacar á su secretario, tomaba para arriba.

—Pues para arriba vá y al otro deja, y como galgo corre, mala intencion lleva.

—Pues tomaremos nosotros para abajo, y no se cumplirá la mala intencion del alcalde, dijo el Renegado.

—¿Y á qué iremos para abajo? preguntó Quevedo.

—A salir por la puerta de Segovia, contestó Pablo.

—Estará cerrada, que es ya tarde, dijo Quevedo.

—Pues mejor, contestó Pablo, porque así no podrá seguirnos el alcalde si encuentra una ronda.

—¿Y quién nos franqueará la puerta?

—Ya os he dicho que tenemos amigos en todas partes, que á nosotros nos franquearán la puerta y á nadie más.

—¡Cómo anda el mundo! dijo Quevedo.

—Ande el mundo como quiera, pero andemos nosotros deprim-

sa, no sea que el alcalde encuentre por casualidad una ronda y se vuelva con ella á escape y nos dé un mal rato: y puesto que no podeis andar de prisa por la configuracion de vuestros piés, asios á mí, que yo os llevaré.

VII.

Y así, asido Quevedo al brazo de Pablo el Renegado, llegaron cerca de la puerta de Segovia.

Pablo silbó.

A poco adelantó un bulto.

Era uno de los guardas.

Pablo habló con él en voz baja, sonó dinero, y poco despues la puerta se abrió y tornó á cerrarse en cuanto salieron Quevedo y Pablo.

CAPÍTULO XXX.

En que se trata de un peladero de pava del señor rey don Felipe IV.

I.

—¿No sabéis lo que acaba de decirme Ayala, conde-duque? decía como á las diez de aquella noche el señor rey don Felipe IV á su favorito Olivares, en tanto que un ayuda de cámara daba la última mano al galan atavio de su magestad.

—Lo ignoro, señor, dijo el conde-duque.

—¿Creeis, dijo el rey, que pueda nadie, por infimo hombre que sea, tener valor para enamorarse de la buena duquesa de Sástago?

—¡Ah, señor, y lo que es la calumnia, y lo que es tener enemigos traidores! dijo el conde-duque.

—Calla, calla, exclamó el rey; ¿estais vos enamorado, Olivares, de la tal duquesa, que así la defendeis?

—Yo estoy enamorado de la justicia, señor.

—Ya, ya sé que sois muy justiciero.

—Por lo mismo, y mirando á la justicia, digo que calumnian á la duquesa de Sástago.

—Ya lo ois, Ayala, dijo el rey dirigiéndose al ayuda de cámara que estaba acabando de vestirle: la calumnian.

—Yo he dicho lo que he oido, señor, contestó respetuosamente Ayala.

—Se habla de cierto cordel con nudos: ¿no está colgado en la portería de damas?

—Sí, señor, sí, contestó el ayuda de cámara.

—En efecto, dijo el conde-duque, un cordel nudado por el cual ha descendido desde un desvan al aposento de la duquesa de Sástago, un ladron.

—Mirad, Olivares, que se dice que el hombre que ha penetrado en el aposento de la primera dama de honor, es uno de vuestros más favorecidos servidores; Estebanillo Mercuelo.

—En efecto, señor, Estebanillo Mercuelo, se ha vuelto loco; está preso y será ahorcado.

—¡Ahorcado!

—Sí, señor, porque al que roba en palacio se le ahorca, salvo indulto de vuestra magestad, que como rey y señor absoluto, puede disponer de la vida y de la hacienda de sus vasallos.

—¿Y merece indulto Estebanillo Mercuelo?

—No, señor, no merece más que la horca.

—Ahórquenle, pues, que cuando vos lo decis grave debe de ser su delito.

—Antes de venir á ponerme á los reales piés de vuestra magestad, he estado hablando con la duquesa de Sástago, y tengo el convencimiento de que se ha cometido contra ella un gravísimo atentado.

—No érais á lo que creo muy amigo de la duquesa de Sástago.

—Ni lo soy, señor, lo que prueba mi imparcialidad y la gran justicia que asiste á la duquesa: el castigo de ese mal hombre es de todo punto necesario para que acaben murmuraciones malévolas calumniosas.

—Rigor, Olivares, rigor; el que comete un delito que pague la pena; si pensáramos de otro modo, no mereceríamos la corona que Dios ha puesto sobre nuestra cabeza. Retiraos, Ayala.

Este que habia ya ceñido la espada y la daga al rey; que le habia echado una capa de ronda por los hombros, y le habia dado un gran sombrero de castor de ala ancha á propósito para encubrir el rostro, salió.

II.

—Y bien, vamos, dijo el rey; estoy impaciente por verla, por hablarla; me parece mentira que haya consentido en bajar á la reja

Este brusco cambio de conversacion, demostraba que la conversacion anterior solo habia sido un pretexto del rey para poder hablar con el conde-duque delante de Ayala.

—¡Oh! no sabe vuestra magestad, dijo el conde-duque, cuanto ha costado reducirla.

—¿Ama á alguno? preguntó con acento celoso el rey.

—¡Oh! ¿cómo ha de amar á nadie, sabiendo que vuestra magestad la honra y la favorece con su amor?

—Pues se conoce que estima poco tanto favor y tanta honra, dijo Felipe IV; porque la verdad es, que llevamos un siglo en este negocio, y se ha adelantado bien poco.

—María Calderon es una jóven muy bien criada, muy temerosa de Dios, y tiene escrúpulos.

—¡Válganos Dios, por crianza, por temor de Dios y por escrúpulos, y cuán á mal traer nos traen! dijo Felipe IV.

—No se olvida además la Calderona de su padre.

—¡Ah! ese es asunto vuestro, dijo palideciendo levemente el rey: si se degolló á don Rodrigo Calderon, vos fuisteis.

—Fué la justicia.

—Convenido; pero yo queria indultarle.

—Bastante le habia indultado vuestra magestad: don Rodrigo era reincidente.

—No hablemos, no hablemos más de esto: allá vos, allá vos con ello.

—Los jueces encontraron razon bastante para la sentencia.

—Sí, sí, es verdad; no hablemos más de ello, vámonos.

Y el rey se puso un antifaz, se rebozó, y se dirigió á la pared, á un sitio en que no se veia ni aun resquicio de puerta.

Pero el conde-duque adelantó, tocó un boton oculto entre los adornos de la tapicería, é inmediatamente se abrió una puerta por la que salió el rey seguido del conde-duque.

La puerta volvió á cerrarse.

III.

Poco despues se abrió un postigo del alcázar, salieron dos bultos embozados, y tras ellos, otros ocho bultos.

Tomaron todos hácia la calle del Arenal, siguieron por ella, y por la Puerta del Sol y la Carrera de San Gerónimo, llegaron al

Prado del mismo nombre; le atravesaron y se acercaron á la casa donde hemos dicho vivia la Calderona.

En el balcon que correspondia al bellissimo retrete, donde Maria Calderon se encerraba á pensar en su amor sin testigos y á estudiar sus papeles, se veía una luz.

—Está velando, dijo el rey.

—Señal clara de que está esperando á vuestra magestad.

—Empecemos porque nos guarden las espaldas, conde-duque; seria cosa muy fuerte que alguno de estos galanes rondadores, que se desviven por esa ingrata hermosura tan de todos codiciada, diese sobre nos sin saber quiénes éramos: ¡ah! no se me olvida la aventura de la noche pasada, cuando ese Quevedo ó ese demonio embistió con el capitan Ponferrada para llegar á nos y pedirnos una audiencia que vos le impediais: ¡ah, demonio de don Francisco, y que os tiene una ojeriza!...

—Don Francisco de Quevedo ha tenido siempre ojeriza al que ha mandado.

—Pues mirad, don Gaspar, si yo hubiera hecho caso de lo que don Francisco me dijo, cosa seria de echaros mano, de encerraros en una torre, y de haceros proceso.

—¡Ah, señor! dijo el conde-duque, no se detenga en eso vuestra magestad si cree que don Francisco de Quevedo tenia razon.

—Don Francisco de Quevedo es un espíritu rebelde, dijo el rey, pero un hombre de grande ingenio; y ya que hemos hablado de esto, estimaria mucho, don Gaspar, que os hiciéseis amigos.

—Por mi parte, señor, no hay impedimento alguno; pero vuestra magestad debe estar impaciente por hablar con la Calderona.

—Mirad, conde-duque, si y no; ó más bien estoy impaciente, pero tengo miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué, señor?

—Al fin y al cabo, conde-duque, fuerza es confesarlo, la magestad se amengua pegándola á una reja para hablar con una mujer.

—¡Oh señor! por grande que sea un rey, por muy temible que sea, y aunque este rey se llame don Felipe II, el amor es un rey mucho más poderoso: él lo avasalla todo, él rindió á Hércules, que era un semidios, á los piés de Onphale: ¿cómo, pues, señor, se ha de amenguar una magestad porque se rinda á otra magestad mayor?

—Teneis razon, conde-duque, teneis razon; porque la verdad es, que no hay negocio, por grave que sea, que me distraiga del recuerdo de Maria; que no hay nada delante de lo cual ella no

se ponga; que estoy loco de todo remate. ¿Os acordais de doña Ana de Contreras, conde-duque, de aquella que murió loca de resultas de la muerte de don Rodrigo Calderon?

—¡Pobre doña Ana! exclamó el conde-duque.

—Pues mirad, no era muy buena que digamos; porque además de querer á don Rodrigo, me engañaba á mí y os entretenía á vos.

—¡Cómo, señor! ¿entretenerme á mí, ni entretener yo una dama amada por vuestra magestad?

—El pecado era disculpable, conde-duque; doña Ana era muy hermosa y muy sutil, yo estaba enloquecido por ella, ¿no es verdad?

—Así parecía, señor, si es que vuestra magestad puede perder la razon por nada.

Esto era un epigrama que el rey tomó por un elogio.

—Pues bien, yo que deliré por doña Ana; yo que llegué hasta el punto de llorar por ella, al amar á la Calderona comprendí que no habia amado nunca, y á cada dia que pasa, comprendo que no se puede amar más, ni aun tanto, como lo que yo á amo María Calderon.

—Es que todo es en vuestra magestad tan grande, dijo el conde-duque, que no es posible que ningun mortal iguale á vuestra magestad en la inmensidad de las pasiones: pero déme licencia vuestra magestad para colocar en sus puestos á los que han de guardar á vuestra magestad las espaldas, y para hacer que empiecen á tañer y á cantar los músicos.

—Sí, sí, id, conde-duque; que ello al fin es necesario que yo hable con María.

IV.

El conde-duque se separó del rey, puso dos hombres en la callejuela y otros dos á la vuelta de la casa, colocó á los músicos debajo de un árbol para que tuviesen algo de ruiseñores, y él con la larga paciencia de todo favorito infame que por entretener á su señor y halagarle le presta los más bajos servicios, se apoyó de espaldas en el tronco del árbol y mandó á los músicos que empezasen la serenata.

Rompieron dos vihuelas, una bandolina y un arquilaud, y uno de los músicos entonó una copla.

Acabada esta, soltó otra un segundo músico, y así sucesivamente. Aquello era interminable y un tanto monótono.

V.

El reflejo de la luz permanecía en el balcon, pero el balcon no se abria.

El rey empezaba á irritarse y hubo de llegar al colmo la irritacion de su magestad, cuando se interrumpió de repente la música por efecto de un vaso de mal género que habian tirado desde lo alto de la casa, y que dió en una de las vihuelas con no poco detrimento de los vestidos del músico, que vaciló y cayó de asentaderas.

El rey se retiró vivamente algunos pasos, temeroso de que le soltasen á él otro proyectil hueco del mismo género, cuando se oyó un siseo encantador en la reja que estaba situada debajo del balcon, en cuya vidriera se mantenía aun el reflejo de la luz.

Digamos de paso que el conde-duque reorganizó su aportillado escuadron músico, y continuó su serenata, aunque un tanto amenguada en sonido, porque faltaba una vihuela.

Debemos advertir tambien, que tanto el conde-duque como los músicos, se habian puesto detras del árbol en fila, en la posicion en que se colocan los muchachos haciendo cola cuando juegan á San Miguel y el diablo.

El anterior disparo les habia causado muy mal olor y aun muy mal sabor.

—¡Válgate por reyes imbéciles! dijo el conde-duque al sentir incorpóreamente aquella metralla, ¡y qué cosas le suceden á uno por servir á estos señores!

Por supuesto que esto el conde-duque lo dijo para su capote.

El rey se acercó receloso en paso rápido, de soslayo, y mirando para arriba.

No podia decirse que Felipe IV no era valiente.

Avanzaba sobre el fuego enemigo, pero cuando estuvo bajo el ancho balcon que le servia de seguro, se tranquilizó.

VI.

—¿Sabeis, señora, si sois vos, dijo Felipe IV á un bulto informe á causa de la oscuridad, y que se distinguía mal detras de la reja, que teneis muy buena manera de recibir á vuestros amadores?

—¿Pues qué ha sucedido, señor? dijo una voz dulcísima que en vano procuraba ocultar una marcada contrariedad.

—Qué ha de haber sucedido, señora, sino que desde la torre

de vuestra casa han tirado á mis músicos no sé qué mala cosa.

—¡Ay señor, contestó Maria Calderon, que ella era, y qué olvido el mio! se me ha olvidado decir al bueno de mi criado que eso ha hecho, que por esta noche no bautizase á los músicos que vienesen.

—¿Y acostumbrais, señora, á regalar de ese modo á los que vienen á echaros flores?

—Con flores les pago, señor, y no pueden quejarse.

—¡Oh, y qué gentil donaire el vuestro! dijo el rey desarmado ya: hay que perdonaros, aunque la burla ha sido pesada.

—¿Os tocó algo, señor?

—¡A mi! exclamó el rey, un desdichado de un músico ha pagado la pena, y aun es posible que le haya tocado algo al conde-duque.

—Holgárame yo de que le tocára una pelota de bombarda, dijo Maria con impetu.

—¿Tan mal quereis á don Gaspar?

—Oh, le aborrezco de muerte: él mató á mi padre y vos tambien, vos tambien; pero á vos no hay que culparos, señor, porque vos no haceis nunca lo que quereis, sino lo que otros quieren que hagais.

—¡Maria! exclamó ofendido el rey.

—No miento, y perdóneme Dios; pero creo que si de mí os habeis enamorado, es porque el conde-duque os ha aconsejado que os enamoreis de mí.

—Nunca viniera yo, dijo el rey, si supiera que habia de oiros tales razones.

—Pues mire vuestra magestad, señor, aun tengo que deciros más.

—¿Y qué más teneis que decirme?

—Que yo soy muy débil, pero por algunos momentos; cuando se me coge en tal punto, suelo prometer lo que luego no sé cumplir; prometí que llegaria á hablar á vuestra magestad; pero como prometí por fuerza, arrepentime de haber prometido, y he bajado para no hablaros.

—Pues creo que con lo que habeis dicho habeis hablado más de lo que yo quisiera.

—Pero no de lo que quisiera vuestra magestad, esto es, de amores; y perdóneme vuestra majestad, y destiérreme y de mí haga lo que quisiere, aunque sea castigarme á sangre; pero yo no puedo amar á vuestra magestad.

Supo esta declaracion al rey como si hubiera comido tueras; primero por lo que correspondia á su deseo, luego por lo que correspondia á su magestad.

—¡Que no podeis amarme! exclamó escandalizado.

—No, señor; contestó resueltamente Maria.

—¿Y por qué no podeis amarme? exclamó con doble énfasis el rey que estaba irritado hasta lo sumo:

—Mirad, señor, dijo María; las criaturas no tenemos más que un aposento en el corazon para el amor, y cuando ese aposento está ocupado por un querido huésped, no cabe en él otro.

—¡Ah con que amais, con que vos amais! ¿y á quién amais, señora?

—A mi amor.

—¿Y cómo se llama vuestro amor?

—Mi amado.

—Os estais burlando de mí, señora.

—¿Y qué quereis que os diga, señor? ¿para qué quereis saber el nombre del hombre á quien amo? ¿para perseguirle, para castigarle? no creo que un tan gran rey como vuestra magestad pretenda vengarse de un hombre porque yo le ame. ¡Ah no, no! ¡eso no puede ser!

—Y si eso no puede ser, ¿por qué no me decís su nombre?

—No es ciertamente por temor á vuestra magestad, señor, dijo la Calderona, sino por temor al conde-duque.

—¿Y qué tiene que ver con esto el conde-duque?

—Tiene que ver, señor, que como vos no ocultais nada al conde-duque, le diriais el nombre del que yo amo, y lo que vos por grande no sois capaz de hacer, es capaz de hacerlo por miserable el conde-duque.

—¡Oh, y cuán mal tratais á ese leal servidor mio!

—Serpiente que se os ha enroscado á los piés, que se desliza suavemente á lo largo de vuestro cuerpo, y que acabará por mordeiros el corazon: ¿por qué, si no, os ha aconsejado que me ameis, en vez de haberos disuadido de esa quimera? Ya se vé, la noble reina, mi señora, es enemiga á muerte del conde-duque, por lo mismo que ama á vuestra magestad y á sus reinos, y al conde-duque no le conviene ameis á la reina mi señora.

—¿Conoceis á don Francisco de Quevedo, Maria?

—¿Y quién no le conoce, si no de vistas de oídos?

—Yo creo que vos le conoceis de todas maneras, y que se os ha pegado el génio acre y maldiciente de don Francisco.

—Para maldecir del conde-duque no se necesita del grande ingenio de Quevedo: el conde-duque es un jibado del alma, cuya jiba se vé mucho mejor que la de un camello, solo que vuestra magestad por lo que dicen que tienen los reyes de aumento su vista para unas cosas y de disminucion de vista para otras, veis, si es que la veis, tan diminuta la jiba del conde-duque que por jiba no la teneis.

—Pero señor, Dios fuerte, exclamó Felipe IV, ¿tal es mi menaguada estrella que hasta la mujer con quien vengo á hablar de amor me habla de política?

—Para la política han nacido los reyes y en política se trueca todo lo que ellos tocan, hasta la mujer que aman; porque ¿á quién se oculta que la política se apodera de las mancebas de los reyes y que estas mancebas han sido casi siempre la causa de grandes males para la república?

—¿Pero quién os mete á vos en esas honduras, María?

—¡Qué, señor! ¿pues no sabeis que yo soy un gran personage? ¿no me habeis visto hacer en escena princesas, reinas, emperatrices, y hasta diosas?

—Diosa lo sois siempre, María.

—No se me os escapeis con un requiebro, señor; respondedme: cuando yo hago una reina, ¿no la hago bien?

—Vos lo haceis todo á las mil maravillas, María.

—Es que yo tengo algo de todo y por eso puedo de todo hablar un poco.

—Pues hablemos algo de amor.

—Le tengo lejos.

—Cruel sois.

—Verdadera.

—Pero la verdad mata.

—No os acerqueis á ella.

—Mirad, María, que me desesperais.

—No soy yo quien os desespero, sino vos el que os desesperais, porque sin motivo habeis esperado.

—Sereis mia, ó perderé mi corona.

—Ni perdereis la corona, porque os la han dejado bien puesta vuestros abuelos, ni seré yo vuestra, porque me ha puesto bien el alma Dios y no es fácil trocármela.

—Pues mirad, María; el corazon me dice que os tendré.

—Castigad á vuestro corazon porque os engaña, y el que engaña á un rey debe ser castigado: y en fin, señor, suplico á vuestra



Es un hilo doble de doscientas perlas....

magestad que concluyamos: nada puedo deciros que no os enoje, y el enojaros me cuesta pena; pero no puedo dejar de enojaros sino apartándome de vos, porque para no enojaros sería necesario que yo me volviese cruel contra mí misma y me quitase la vida.

—¿Qué decis?

—Que si yo ofendiera al adorado amor mio, sería como tocarme en el corazon y morir: ruégoos, señor, que desistais, porque esto oireis siempre.

—¿Y por qué, y por qué esa crueldad?

—Más crueldad fuera engañaros; y adios, señor, y no lo tomeis á desacato; que si yo no me despido, traza teneis de no despediros nunca.

—Maria, tomad á lo menos un regalo que traigo para vos.

—Acepto, que no tomarlo sería haceros un desaire y dar á creer en mi debilidad que temo no tomar por lo que me puedan pedir.

El rey sacó de un bolsillo de sus gregüescos un estuche.

—¿Y qué es ello, señor? muy rico debe de ser un regalo que me hace vuestra magestad.

—Es un hilo doble de doscientas perlas, con un broche de oro y diamantes.

—¿Vais mañana al corral de la Pacheca, señor?

—Iré si representais vos.

—¿Pues cómo habia de haber funcion á que el público asistiese si yo no representara? Mañana veréisme el collar al rededor de la garganta.

—Mis brazos ver quisiera.

—No sería ese collar, sino prision que me sofocaria; pero adios, señor, hasta mañana.

—¿Por la reja?

—Ah, no señor, no.

—¿Por la puerta?

—Oh, menos: hasta mañana en el corral de la Pacheca: vos en vuestro aposento, yo en la escena.

Y María, con muy poco respeto por cierto, cerró las maderas de la reja.

VII.

—¡Es mia, es mia! dijo Felipe IV: ¡lo que pueden las dádivas! ¡oh qué feliz voy á ser!

Y se dirigió hácia el árbol detrás del cual, en fila y todavía recelosos, los músicos estaban canta que canta, en lo cual no habian cesado un punto, y dale que le das á las vihuelas.

—Don Gaspar, dijo el rey.

Salió el conde-duque de detrás del árbol.

—¿Os alcanzó? dijo el rey.

—¿Y qué habia de alcanzarme, señor?

—Aquello que tiraron.

—Dióme el aire.

—Mal os trataron, dijo el rey.

—Paréceme que venis contento, señor.

—Pues mirad, conde-duque, me ha dicho cosas muy ágrias, sobre todo fuertes de vos: dice que le matásteis el padre.

—Matáronle sus delitos, que jueces le juzgaron y cargos le hicieron y probaron, de lo que resultó ajustada á las leyes la sentencia de muerte.

Continuaban tocando los músicos.

—Es menester que procureis hacer las paces con María, dijo el rey: que callen esos; y vámonos hácia el alcázar, que ya es hora: recojed á los que nos guardan.

Y el rey se rebozó y echó á andar contento, porque habia recibido su collar la Calderona.

CAPITULO XXXI.

De qué manera intrigaba el conde-duque.

I.

La condesa de Santurces no estaba muy tranquila acerca del mochuelo que se habia encontrado la duquesa de Sástago en su aposento.

Aquel balcon caia, como sabemos y la condesa lo sabia tambien, sobre la reja por la cual habian hablado don Francisco de Quevedo y la reina.

Otro motivo tambien de grande intranquilidad tenia la condesa de Santurces, esto es, la prision de su sobrino don Lope de Sana-bria: dos presos pues eran los que ocupaban la imaginacion de la condesa; el uno porque siendo criado del conde-duque podia revelar á este la conversacion que Quevedo habia tenido con la reina, á quien la condesa de Santurces estimaba mucho, y el otro porque le adoraba y temia se lo sacrificasen á alguna intriga.

La condesa de Santurces habia olido algo de amor en su sobrino y habia olido tambien que doña Esperanza era amada por el conde-duque.

A su sobrino se le habia preso por la muerte acaecida en la calle de los Autores.

El difunto era el padre de doña Esperanza.

Doña Esperanza habia dicho que no habia sido don Lope el autor de la muerte de su padre, pero habia reparado la condesa en que no se habia tomado como declaracion su dicho á doña Esperanza.

Luego no se queria que doña Esperanza figurase en el proceso, sin duda porque no exculpase á don Lope.

II.

La condesa tenia una ansiedad infinita.

Habia concluido su servicio al lado de la reina, pero permanecia en el alcázar al lado de la vieja y rara duquesa de Sástago á pretexto de acompañarla por el gran miedo que habia pasado al encontrar en su aposento un cuerpo extraño tal como Estebanillo Mercuelo.

Se habia visto obligada á sufrir las impertinencias de la duquesa, que no sabia hablar de otra cosa que del cordel con nudos.

Por supuesto que la condesa habia encargado á una de sus doncellas se informase de cuándo volvía al alcázar el conde-duque, y que cuando volviese se lo hiciese saber con una seña.

Esta seña era llegar á la puerta del aposento donde se encontraban las dos señoras y decir á la condesa:

—La silla de manos espera á vucencia.

La doncella tenia además el encargo de entenderse con Gil Perez, *tu autem* del conde-duque, y decirle que su señora queria hablar con su excelencia aquella misma noche.

No le fué difícil á la doncella entenderse con Gil Perez, á quien no desagradó la ocasion por lo linda que era la doncella, y como Gil Perez sabia las intenciones que tenia el conde-duque respecto á la condesa y á causa de doña Esperanza, en cuanto el conde-duque volvió de la escapatoria en que habia acompañado al rey, le dijo:

—Señor, la ocasion se le viene á vucencia á las manos; con vucencia quiere hablar la condesa de Santurces.

—Pues vámonos en seguida á su casa, Gil Perez, contestó agradablemente sorprendido el conde-duque.

—No hay que ir á casa de la condesa, señor, porque está en palacio, contestó Gil Perez; solo tengo que ir al cuarto de la duquesa de Sástago y decir á una hermosa doncella de la condesa que vucencia ha venido y que espera á su señora: la conduciré aquí por escaleras excusadas para evitar tropiezos en cuanto vucencia me lo mande.

—Pues al momento, al momento, Gil Perez.

III.

El conde-duque se quedó paseando, esperando impaciente la llegada de la condesa y revolviendo el embrion de la nueva intriga que se proponia plantear.

Era evidente que la condesa de Santurces se prestaría á todo excitada por el amor voluntarioso y terrible que sentia por su sobrino.

¿Qué le importaba á la condesa de Santurces la suerte de aquella huérfana que don Lope la habia confiado en un momento de generosa hidalguía?

La condesa de Santurces estaba bajo la poderosa influencia de la pasion; una vez abandonada por ella doña Esperanza, en poder del conde-duque, este lograba los obgetos siguientes: satisfacer el amor grosero, el amor puramente sensual que la pobre doña Esperanza por desgracia suya le habia inspirado, y que habia producido el crimen del conde-duque enviando salteadores para robarla á su casa, de lo que habia resultado la muerte del infeliz don Mendo de Salvatierra, y al mismo tiempo la secuestracion de doña Esperanza, su aislamiento impedia la única exculpacion de la muerte de don Mendo en favor de don Lope.

Don Lope, pues, debia ser sentenciado á muerte á causa de su homicidio.

La Calderona no resistiria á esta prueba, se someteria á los deseos del rey á trueque del indulto de don Lope.

El rey entretenido por la violenta pasion que sentia por la Calderona, no estaria tan expuesto á caer bajo la influencia del amor de la reina.

Una hábil intriga, la creacion de pruebas falsas, la audacia y la insensatez de Villamediana podian hacer que la reina apareciese adúltera á los ojos del rey, y se habia removido el único obstáculo que se oponia á la desmedida ambicion del conde-duque.

Tal era la cadena de infamias que se revolvia en aquella malvada cabeza sentenciada por Dios.

Por esto el conde-duque esperaba impaciente la llegada de la condesa de Santurces, que era uno de los eslabones de aquella cadena.

VI.

Oyóse al fin un ruido leve é indeterminado que dejó sentir el crujimiento de una ancha falda de seda, que provenia de abajo arriba, y que al parecer rozaba por un pasage estrecho.

El ruido se acercó, crujió el resorte de la puerta secreta que ya conocemos, apareció Gil Perez y tras él la condesa de Santurces.

Venia agitada.

Gil Perez salió de la cámara y quedaron solos en ella la condesa y el conde-duque.

VII.

—Permitidme un momento, señora, dijo el conde-duque; no quiero que nadie escuche la grave conversacion que vamos á tener, y voy á cerrar las puertas.

El conde-duque salió, cerró la puerta de la antecámara, y apareciendo despues cerró la de la cámara.

Luego, se acercó á la chimenea junto á la cual en un sillón, toda sobrecitada y cuidadosa, estaba la condesa de Santurces.

—¿Qué diriais, señora, dijo el conde-duque, abordando de frente la cuestion, si un dia de estos fuese degollado en la pública plaza vuestro sobrino don Lope de Sanabria?

—Eso no puede ser, dijo la condesa.

—Don Lope ha matado malamente al capitán inválido don Mendo de Salvatierra.

—Eso no es verdad, contestó la condesa, no puede probarse.

—Don Lope ha llevado á vuestra casa á la hija del capitán difunto.

—La encontró sola y abandonada en la calle.

—La robó de su casa, al robarla sobrevino don Mendo, y don Lope le mató.

—Doña Esperanza declarará que no fué don Lope quien mató á su padre.

—La declaracion de doña Esperanza no hace fé porque es cómplice de don Lope: á más de esto que si declara en falso, el tormento la arrancará la verdad y perderá más que salvará á don Lope: además de esto, os lo juro, señora, estoy bien informado, don Lope ama, idolatra á doña Esperanza, está loco por ella, y de tal modo,

que su amor llega á la idolatria, y en vez de conducirla á cualquiera de esos infames lugares á que puede conducir un hombre á una mujer á quien no estima y por la cual solo siente una pasion bastarda, la ha conducido á vuestra casa porque está seguro de vuestra virtud; ha inventado una historia para tranquilizaros, con el pensamiento de no sacar á doña Esperanza de vuestra casa sino haciéndola su esposa.

VIII.

La condesa de Santurces sufrió de una manera horrible el aplo-mo con que hablaba el conde-duque: la engañaba, sentia unos horribles celos contra doña Esperanza, la parecia muy posible fuese cierto lo que suponía el conde-duque.

El tiro de este habia dado en el blanco.

—Y bien, dijo la condesa, ¿qué quereis decirme con todo eso?

—Digo, señora, que quiero salvar á vuestro sobrino por estimacion hácia vos y por que sé cuánto le amais: no merece que yo me interese tanto por el.

—¿Pero cómo podeis salvar á mi sobrino?

—La única prueba que hay, señora, de que don Lope ha sido el matador de don Mendo de Salvatierra, está en doña Esperanza; yo no puedo impedir la formacion de un proceso; los alcaldes son el demonio, se empeñan en descubrir un delito y no paran hasta que lo descubren, llegando de pregunta en pregunta á la verdad, y valiéndose del tormento; pero si vos me entregáseis á doña Esperanza, ningún medio quedaria á los alcaldes para probar que don Lope era el matador de don Mendo de Salvatierra; todo se reduciria á algunos dias de prision, de la cual le soltarian por falta de prueba, y escarmentado por esta leccion don Lope, se reconoceria, comprenderia que la única persona que le ama en este mundo es su buena tia, y acabaria por casarse con vos.

—¿Y quién os ha dicho que yo quiero casarme ni con mi sobrino ni con nadie? dijo la condesa sosteniendo todavia su papel.

—¡Ah, no, no! dijo el conde-duque con la mayor naturalidad: si nada os importa vuestro sobrino, dejémoslo; yo lo hacia por vos.

—¿Y quién os ha dicho, exclamó sofocada la condesa, que aun que yo esté enojada por mi sobrino por sus locuras no me intereso por él? ¿Qué otra madre tiene que yo? ¿qué seria de él sin mí?

—Venimos, pues, á parar á que si no le amais como muger, le

amais como tia, como madre, y que yo no me he equivocado, cuando interesándome por vos, me he propuesto salvar á vuestro sobrino.

—¿Pero qué salvacion me proponéis? que os entregue una doncella, una pobre huérfana que por mi sobrino me ha sido confiada.

—Esa huérfana perderá á vuestro sobrino, ó mejor dicho, acabará de perderle, porque ya amándole hasta el punto de posponer á su amor la vida de su padre, le ha perdido bastante.

—Pero esa es una infamia, en que yo no puedo creer, dijo la condesa.

—El amor enloquece á las mugeres y las hace capaces de todo. Pero en fin, dejémoslo, os he propuesto el único medio de salvar á vuestro sobrino; no os quejeis si cuando os arrepinfais es ya demasiado tarde.

—¿Me jurais por vuestra alma, don Gaspar, dijo la condesa, que si os entrego á doña Esperanza mi sobrino se verá libre dentro de algunos dias?

—Os lo juro por mi salvacion, señora, exclamó el conde-duque.

—¿Y cuándo he de entregárosla?

—En el momento, para evitar que el alcalde que tiene en sus manos el proceso la prenda si se le ocurre ir á buscarla á cualquier hora á vuestra casa: estos señores alcaldes no tienen hora fija, y es una imprudencia que en vuestra casa continúe doña Esperanza.

—¿Y á dónde la vais á llevar? preguntó la condesa afectando que tenia conciencia, porque conocia demasiado la intencion del conde-duque.

—La llevaré á un convento donde nadie pueda saber que está y donde impidan á doña Esperanza dar noticias suyas.

—¿Y de qué modo lo haremos, don Gaspar?

—Id á vuestra casa, decid á doña Esperanza que no está segura en ella, y que la enviais con criados fieles á otro lugar más seguro; metedla en una silla de manos y entregadla á criados que tengan orden de llevarla á casa de una de vuestras nobles amigas; por ejemplo, á casa de la duquesa viuda de Sástago, que yo haré que criados míos salgan al camino y se la quiten á los vuestros.

La condesa asustada por lo que podia suceder á su sobrino si no cedia, cedió miserablemente á los deseos del conde-duque.

IX.

—¡Gil Perez! dijo el conde-duque apenas salió la condesa de Santurces: anda, véte con seis buenos hombres á Puerta de Moros y observa desde lejos y envuelto en la sombra, la casa de la señora condesa de Santurces: de ella saldrá una silla de manos escoltada por algunos criados, siguela algun trecho, acométela y apodérate de ella: luego la conducirás á donde anoche hubieras conducido á doña Esperanza si hubiérais logrado apoderaros de ella.

—¿Vá doña Esperanza en la silla de manos?

—Sí.

—Dios quiera, señor, que no demos en algun nuevo inconveniente, porque decididamente estamos de mala suerte.

—Apretad los puños y las espadas, que muchas veces se llama mala suerte á la cobardía.

—Descuide vucencia que por eso no ha de quedar.

—Pues al momento, y ven á avizarme de lo que hubiese.

Gil Perez salió, y el conde-duque se sentó junto á la chimenea, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó profundamente pensativo.

CAPITULO XXXII.

De cómo Quevedo despues de uu grande aperreo, acabó por dormirse en un cortijo de bandidos.

I.

En el puente de Segovia Quevedo y el Renegado encontraron entre los árboles al otro lado del rio dos hombres con cuatro caballos.

Uno de aquellos dos hombres dijo al dirigirse á ellos el Renegado:

—Eh, amigo, no os acerqueis mucho que somos almas del otro mundo.

—Con buena gente hemos dado, dijo Quevedo, y alégrome porque almas del otro mundo nunca ví.

—Pues con ellas nos iremos, don Francisco, dijo el Renegado, porque estas almas del otro mundo son muy amigas nuestras.

—¡Ah, que sois vos, señor Pablo! dijo el hombre que habia hablado; ya es hora, estamos aqui esperando hace un siglo, y el frio es bueno.

—Pues con haberos dado el uno al otro de cintarazos, dijo secamente el Renegado, hubiérais entrado en calor. A ver, los caballos, tened el estribo á este caballero.

Acercóse uno de aquellos hombres á Quevedo, le tuvo el estribo y montó.

—¿Y es manso? dijo, porque yo estoy tan descuadernado que un rocinante un poco vivo haríame medir la tierra y no me gusta á mí ser sastre de tales medidas.

—Descuide vuesa merced, que el caballo es manso como una oveja y es menester ser muy mal ginete para que él haga nada que no esté en el orden.

—Ginete grandísimo soy, dijo Quevedo, pero es de un caballo muy bravo que vos no conoceis y que se llama el Pegaso.

—Pues dígole yo á vuesa merced que aunque el tal Pegaso sea una fiera, en apretándole yo las piernas le hago echar las entrañas por la boca.

—Es un caballo con alas, hermano, y no aguanta ni silla ni freno.

—¿Y dónde enseñan ese caballo, señor?

—En el Parnaso.

—Nunca oí nombrar ese pueblo.

—Créolo bien, y gracias por lo que me habeis servido.

Habia montado ya el Renegado, acomodóse bien en la silla. Quevedo, montaron los otros dos hombres, y saliendo de entre los árboles tomaron por el camino de Extremadura hácia Alcorcon.

—¿Sabeis, hermano Pablo, dijo Quevedo, que me está punzando en el alma una cosa?

—¿Y qué os punza?

—No sé deciroslo, es uno de esos barruntos oscuros que no sabemos ni podemos explicarnos; pero me tira algo Madrid como si fuera yo tirando de un cordel cuyo extremo estuviese allá, quiero decir, como si allá quisiera llevarme [alguien; paréceme que hago falta y que no debiera haber salido.

—A mí me está dando tambien en qué pensar Madrid, dijo el Renegado, porque aunque yo he salido de él, allá se queda gente nuestra.

—¿Y á qué propósito, si gustais?

—Se han quedado cuidando del alma del capitan.

—¡Ah ya! de la hija del capitan muerto.

—Eso es: se sabe donde está, porque nosotros lo sabemos todo, y se tiene acechada la casa.

—¿Pero cuántos sois, que en todas partes estais? dijo Quevedo.

—Ciento y la madre, porque con este mal gobierno que tantas desdichas nos ha traído, es mucha la gente que hay desesperada.

—Pero sois desesperados de poca paciencia, contestó Quevedo;

en vez de ser mártires, procurais hacer mártires á los demás.

—Lo primero es la persona, don Francisco, y lo demás es una tontería; cuando llueve récio, se debe tomar el abrigo que se pueda y en los malos tiempos el mejor abrigo es el de los propios puños.

—¿Y qué órdenes tienen esos que están en Madrid?

—Las de apoderarse á todo trance de doña Esperanza y traerla con el capitán.

—Esto es si el pobre capitán no se muere.

—Mirad, don Francisco, si no estuviera preso el caballero que de tal manera le puso, júroos yo que no se encontraría ahora en mejor disposición que mi capitán.

—Señor Pablo, dijo Quevedo, tened en cuenta, en primer lugar, que el capitán Ponferrada es hombre á quien no se escabecha tan fácilmente, y además que si lograrais ponerle como vuestro capitán está, os veríais en frente de mí que soy de los que las dan de punta, aunque el que esté en frente sea el mismísimo Gorgonela, que se tiende como una rata y mete una estocada si es necesario por debajo de una puerta: con que no os fieis en las estocadas bajas de picaro, que nadie se baja más que yo cuando es menester.

—Ya sabemos, don Francisco, dijo el Renegado, que vos me neais como un dios los hierros, y que teneis el corazón tan en su sitio como el más guapo; que lo diga si no lo que hicisteis con aquel valentón de Francisco de Narvaez, que se comía al mundo y amenazaba á las estrellas.

—El se tuvo la culpa, que yo en no buscándome el aire, soy aquel Quevedo de quien dicen las gentes que ni sube ni baja ni se está quedo: es decir, que yo, aunque de mi natural soy inquieto é irascible, y á poco que me pinchen quiero meterlo todo á barato, nunca olvido lo prudente ni me pongo fuera de la razón: con que así, hermano, dejáos de ojerizas contra el bueno del capitán Ponferrada, porque lo que él hizo lo hubiera hecho cualquiera: ni él sabía quién era vuestro amo, ni lo obligado que con doña Esperanza estaba; que si lo supiera de otra manera obrara, que él no vió en vuestro capitán más que un hombre que se le venía encima espada en mano, y ya veis vos, que no sois rana, que cuando se nos viene con tales envites, hay que decir quiero, y gana la partida el que tiene mejor triunfo á espadas.

—De manera, que si es como decís, don Francisco, no hay por qué decirle nada á ese caballero, ni se lo dirá mi capitán aunque sane, á no ser que como ha tenido en su poder á doña Esperanza, y

doña Esperanza es tan hermosa, haya sucedido algo que los haga irremediabilmente enemigos.

—¡Cá! andamos en tratos de casar á don Lope con una su tia, que es una maravilla de hermosura, aunque ya no niña, y que le adora sobre todas las cosas, y creo, Dios me perdone, que hasta por encima de su alma.

—Pues mirad, don Francisco, como no se nos meta de por medio doña Esperanza, nada hay que decir de lo que ha sucedido; porque basta que vos digais que no pudo suceder de otra manera: y vamos apretando á los caballos, que todavía nos falta una buena legua y media para llegar á donde está el capitan con la gente: y vivos, que tengo el alma en un hilo hasta que sepa si el capitan se nos vá ó se nos viene.

—Es muy buena persona y muy gran caballero el don Alonso: le conocí allá en Nápoles cuando yo era secretario del virey y él fué con pliegos y encargos del duque de Lerma para el gran duque de Osuna, y hablamos mucho, y tuvimos ocasion de conocernos, y grandes deben de ser las desdichas que por don Alonso han pasado, cuando á tal punto ha venido.

—Y tan sin merecerlo, don Francisco, porque no fué él quien mató al padre de aquella su novia de Córdoba que ahora pena en un convento, sino Juan García que es hombre de muy mal genio y muy arrojado, y que quiere á don Alonso que ciega; y tanto, que ya aún á costa de su vida, le hubiera á él exculpado si pudiera, presentándose y haciéndose cargo de la muerte del marqués, y aún de la del capitan don Mendo de Salvatierra, de lo que resultaria inocente el capitan; pero tomarianlo á lealtad de criado, y nada aprovecharia que lo confesase.

—Ya hay quien carga con la muerte de don Mendo de Salvatierra, y sin peligro; porque anda por medio un enredo tal, y de fal-das, y entre tan altas personas, que indultado será don Lope de lo que no ha hecho y nadie se acordará de lo que realmente ha hecho, que así es el mundo, la verdad anda por las nubes, y la justicia por el cielo, y no hay un viviente que haya visto á ninguna de las dos diosas por la tierra; y es más, que ni se verán.

—¡Válgame Dios y qué sucesos sobrevienen, qué intrincados y de cuán mal remedio! pero torzamos á la derecha, don Francisco, que ya estamos encima de Alcorcon y á la derecha está el camino de travesía que conduce á la casa de los Pinos que está en el monte de Bohadilla.

—Pues adelante, compadre, y apretemos cuanto podamos á los caballos, dijo Quevedo; que sobre tener yo mucha gana de ver cómo está don Alonso, téngola no menos de conocer á su honrada compañía de la que vos sois una buena muestra.

—Gente es toda alegre y de buen garbo, y de historia, y ninguno pequeña cosa, que el que menos es capaz de hacer tanto como el que más, y ni en ellos entra aprension ni pena, ni con ellos puede el espanto; y díganlo si no los señores cuadrilleros, que más de una vez los hemos traído á mal traer, y tan de prisa, que han tenido que escapar por uñas para que no suceda que en vez de ahorcarnos ellos á nosotros, nosotros los ahorquemos á ellos.

II.

Y así hablando de cosas que no interesan á nuestro cuento, siguieron ya al trote ya al paso por un terreno bastante accidentado sobre un mal camino de herradura, hasta que llegaron al monte de Bohadilla, y dejando el camino se metieron por un espeso y negro pinar, al cual daba un aspecto fatídico la pálida luz de la luna que había aparecido poco antes.

III.

Llegaron al fin despues de haber andado por el pinar un gran trecho, á una gran casa rústica, cuadrada, baja, cubierta por un gran tejado, y por cuya puerta salía un resplandor semejante al de una hoguera.

Alrededor de la casa, y á cierta distancia, habia centinelas avanzados.

Uno de ellos les dió el alto.

Detuviéronse, y reconocido que fué por el centinela Pablo el Renegado, pasaron.

A la puerta echaron pié á tierra el Renegado y Quevedo, y entraron.

—Vive Dios, exclamó Quevedo en cuanto entró y arrojó sobre el interior su mirada escudriñadora, que esto abulta más que lo que yo creia: dígoos que vuestro capitan tiene casi un ejército si toda esta gente es tan brava como vos decís.

Se referia Quevedo á unos cincuenta hombres que estaban echados acá y allá sobre el suelo, en la gran cocina en que habian entrado.

Otros diez hombres estaban sentados al rededor de un hogar que habia en el centro.

Aquella era la guardia, á juzgar por su vela.

A la mayor parte de los que estaban tendidos, les servia de almohada la silla de su caballo, y en los trajes y en las armas habia una variedad infinita.

Todos tenian corazas y cascos, pero no muy limpios ni de igual forma; lo que demostraba que cada cual se habia provisto de armas como habia podido, y que no tenian tiempo de limpiarlas.

—¿Y el capitan? dijo el Renegado dirigiéndose á los hombres que estaban sentados al rededor del hogar.

—El capitan no está tan malo como parece, dijo uno que tenia todas las trazas de un soldado viejo desertado; en cuanto llegó, le hizo una sangria el Cura y Zorzales sacó el botiquin y le puso unos emplastos y unos sinapismos, y allá están con Juan García asistiéndole: y vive Dios, que hay que rajar de alto abajo como á un pepino á quien así le ha puesto.

—Se hará lo que sea menester hacer, dijo Pablo el Renegado; entretanto alerta, no se nos echen encima los cuadrilleros, y sea peor lo roto que lo descosido. ¿Dónde está el capitan?

—Allí, dijo el que parecia soldado viejo señalando á una puerta.

Por aquella puerta pasaron el Renegado y Quevedo, y se encontraron en un gran cuarto alumbrado con un gran candilon que estaba clavado por el extremo á una grieta de la pared.

Los muebles de aquel aposento eran rústicos: se componian de algunas sillas ordinarias, de una mesa de pino en que habia en una urna una imagen de la Virgen de la Soledad, de un arcon enorme, y de un gran lecho como de matrimonio, que estaba en un ángulo.

Una mujer morena, tosca, pero bien parecida, la cortijera sin duda, entraba y salia, demostrando un gran cuidado por don Lope que estaba en el lecho.

Un robusto campesino, como de cuarenta años, marido sin duda de la cortijera, ó mejor dicho, el cortijero, estaba de pié al extremo inferior de la cama, mirando con gran interés á don Alonso. Junto á él, sentado á la cabecera, estaba Juan García, y por último, otros dos bandidos con corazas, espadas, dagas y pedreñales, estaban sentados cerca del lecho.

El uno (como de cuarenta y cinco años de edad, pálido y avelanado, y de semblante avieso, era el cura que desempeñaba en la banda el papel de médico y de cirujano, y que hubiera podido

tambien decir misa, si por sus buenas obras no le hubiera recogido el arzobispo de Toledo sus licencias.

Era un hombre notable, y Quevedo le caló desde que le vió.

El otro era el compadre Zorzales, hombre ya duro, pero de aspecto alegre y zumbon, que servía en la compañía como boticario y curandero.

Habia ciertas dolencias entre los salteadores sensibles y de poco momento, por las cuales no se incomodaba al cura, que se reservaba para las cosas verdaderamente graves y difíciles.

Especialmente en cirugía era un prodigio el tal cura; y como cirujano, era una providencia para la compañía, gente brava, entre la cual no faltaban nunca heridos, ya de balas de los cuadrilleros, ya de resultas de alguna reyerta entre ellos mismos que se acuchillaban por quitame allá esas pajas.

IV.

—Y bien, dijo el Renegado, ¿se puede hablar con el capitán?

—Durillo anda eso, contestó el cura; porque aunque el capitán quiere hablar y la herida no se presenta tan mala como era de temer, porque el capitán tiene los cascos de hierro, yo se lo he prohibido; porque ¿adónde vamos á parar? tiene un calenturon atroz, y si se altera puede venir una inflamacion muy mala que nos le lleve.

—Teneis razon, hermano, dijo Quevedo, y yo que he sido herido muchas veces y he herido á muchos, sé lo que son estas cosas; todo tiento es poco: no me mireis así, don Alonso, que en vuestros ojos leo que estais dispuesto á romper el precepto del médico, y eso no lo permitiré yo porque os estimo y no quiero que os malogreis: aqui me trajeron porque saben que soy vuestro amigo, y aqui vine yo por saber que estaba en tan mal trance un gradísimo amigo mio: pero basta con esto, que ya vendrá ocasion en que podamos hablar largamente y en la presente hasta el oír hablar os daña: y con esto, quedaos don Dios y salgámonos fuera, señor Pablo, que nada tenemos que hacer aqui.

—Hay una muger que me interesa más que mi vida, dijo don Alonso rompiendo la prohibicion que de hablar se le habia hecho, y por esa muger he hecho que os busquen, y esa muger os encargo, don Francisco, que es doña Esperanza de Salvatierra: ingenio teneis y podeis mucho: servidme, que yo os lo agradeceré.

—Pues teneos por servido, señor don Alonso, dijo Quevedo: y

para serviros y para que no habéis más, vuélvome á Madrid, y bien hubiera podido evitarme que yo viniera y perdiera el tiempo, porque bastaba con que me hubieran dicho de vuestra parte lo que vos me habeis dicho en persona.

—Es que vos no sabeis...

—Yo lo sé todo; y adios y silencio, que á Madrid me vuelvo: echad á andar, señor Pablo.

Y Quevedo salió.

V.

—No habeis entendido á mi capitan, dijo Pablo cuando estuvieron fuera; mi capitan sabe, porque yo le he enviado correos, que tal vez esta noche, y si no esta noche muy pronto, nos apoderaremos de doña Esperanza: pero como nosotros andamos á salto de mata y no puede acompañarnos una señora, mi capitan ha pensado sin duda en que vos se la guardéis.

—¿Hacerme quiere á mi guardian de doncellas don Alonso? dijo con una aguda extrañeza Quevedo: pues digo que de la una parte protesto, y que de la otra me doy por peligroso; protesto por lo que tiene de dueña el guardar doncellas, y la gente dueñesca por lo mucho que las tales me han hecho sufrir y me han costado, es la cosa que más aborrezco en el mundo: y en lo de darme por peligroso tratándose de guardar doncellas, no pondero, porque por más que quisiera no pudiera irme á la mano: y á más que no es buen depósito aquel de que no se puede hacer inventario para que cuando se haga la entrega se vea si falta ó sobra algo; no vayan á ponerle á uno en cuenta lo que se figuraron que habia sin haberlo, y de cosas frágiles ningun prudente se hace cargo, y no conozco nada más frágil ni que con más facilidad se rompa que la mujer: así que, hermano Renegado, burlas habeis tenido conmigo de las cuales no os hago cargo, porque donde no hay intencion no hay delito, y donde no hay delito no puede ni debe haber pena: pero resultando la burla, de ella soy victima, y aguántome y sufro, que mejor me estaria yo á estas horas en mi cama descansando de las trabacuentas de esta noche y del anterior dia, que Dios los maldiga segun me han asendereado y puéstome de blando; que cosas me han sucedido en veinticuatro horas con las cuales habria asunto bastante para llenar un grueso volúmen.

—A hombres como vos los persiguen las aventuras, don Francisco.

—Y las desventuras y los enredos: muerto soy; entrégome; sobre los pies no me tengo; y como hace tanto tiempo que á caballo no monto, y hemos venido por la posta, santa Agugeta es conmigo, y pronto dije que á Madrid me volvía, y por ahora más fácil es que Madrid se venga á mí que el que yo me vaya á él; así pues, amigo, hacedme la merced de rebuscarme por ahí algo en que reposar mis atormentados huesos, aunque difícil veo aquí lecho ni cosa que se le parezca, habiendo tanta gente y tan buena que por lecho ha tomado la madre tierra, como lo tengo ante los ojos.

—Por eso no quede, don Francisco, que ya encontraremos medio de haceros una cama tal, que más blanda no la tenga el papa.

VI.

En efecto, con sacos llenos de paja, con capas, y con dos sábanas que proporcionó la cortijera, hicieron á Quevedo un razonable lecho, y tal, que cuando en él se encontró tendido, dijo:

—Paréceme que esta va á ser la vez que mejor duerma en toda mi vida: durmamos.

Y algunos minutos despues, roncaba de una manera formidable.

CAPITULO XXXIII.

De la mala infamia que obró la condesa de Santurces contra doña Esperanza de Salvatierra.

I.

La condesa de Santurces, despues de haberse vendido al conde-duque, ó mejor dicho, de haber vendido al conde-duque doña Esperanza, se fué á su casa vivamente preocupada.

Amaba á la reina, y los asuntos de la reina y los suyos propios se mezclaban y se confundian en su imaginacion.

Ella habia visto claro, muy claro, que el haberse encontrado en el aposento de la primera dama de honor que daba al patinillo, á Mercuelo, no significaba que este hubiera ido á robar á la duquesa de Sástago, ni mucho menos que hubiera pretendido penetrar en su aposento por un empeño de amor: esto era absurdo: ni la duquesa podia amar á Estebanillo, ni Estebanillo á la duquesa, porque ambos eran las criaturas más feas de la villa, y cuando lo feo llega á cierto grado, no puede ser amado ni aun por lo feo.

Habia en la historia un cordel anudado, lo que demostraba á la condesa que aquel cordel habia servido para bajar desde el desvan que estaba sobre el cuarto de la primera dama de honor al balcon.

Ahora bien; este balcon estaba sobre la reja por la cual habian hablado la reina y Quevedo.

Estebanillo Mercuelo era criado de confianza del conde-duque, de modo, que si Estebanillo se habia bajado hasta el balcon del cuar-

to de la duquesa, Estebanillo habia seguido á la condesa y á Quevedo, y habia visto entrar á este último en el patinillo. Si la reina y Quevedo confiados por la soledad del sitio habian hablado un poco en voz alta, el secreto no existia para el conde-duque: estaba descubierta la intriga de la reina y el conde-duque avisado.

Cierto es que Estebanillo habia sido preso é incomunicado en una de las mazmorras de la torre de la Almudena, y no habia tenido tiempo de avisar al conde-duque, y que aun podia remediarse algo, pagando bien á Mercuelo.

Pero la condesa necesitaba para esto quedarse inmediatamente libre, y para ello satisfacer los deseos del conde-duque procurándole los medios de apoderarse de doña Esperanza.

¿Tenia disculpa por esta parte la conducta de la mogigata y virtuosísima condesa de Santurces, reputada por todos como una santa?

Ninguna, porque no se puede buscar la disculpa en la pasion.

Si las pasiones pudieran servir de disculpa al sér humano, desapareceria la responsabilidad del pecado.

La condesa, por lograr un amor insensato que habia acabado por volverla loca, perdia como una miserable á una pobre jóven que le habia sido entregada, y á la que solo podia salvar la Providencia valiéndose de sus inescrutables designios.

II.

Decidida de todo punto á entregar á doña Esperanza, y á irse despues al alcázar bien provista de oro para comprar á Mercuelo despues de hablar á sus guardas para que la dejaran verlo, entróse la condesa en su casa y se fué al aposento donde en el lecho y aun no repuesta del grave accidente que la habia acometido la noche anterior, estaba doña Esperanza.

La jóven no dormia.

Al ver á la condesa, se alegró cuanto podia alegrarse.

—¡Oh! gracias á Dios, señora, dijo, que me trae con vos mi ángel!

—Angel no, amiga, contestó hipócritamente la condesa: ¿cómo os sentís, hija mia?

—Algo mejor del cuerpo, pero á cada momento peor del alma: no tengo noticia alguna de lo que tanto me interesa: mi padre... esto no admite duda, mi padre ha muerto: ha sido asesinado: un

escribano y un alcalde me lo han dicho, sin piedad. ¿Pero quién le ha asesinado?

—Mi sobrino don Lope está preso, dijo la condesa, y le cargan esa muerte.

—¡Oh! ¡mienten! ¡mienten! exclamó vivamente doña Esperanza: á ese caballero le encontré yo en la plazuela de Santa María de la Almudena en los momentos en que acontecia la muerte de mi infeliz padre: se oían crujir las espadas: no, no ha sido don Lope: lo juraría delante de la sagrada hostia.

La condesa se puso pálida de celos.

—¡Tanto amais á mi sobrino! dijo conteniendo mal lo trémulo de su voz.

—No, contestó doña Esperanza tímidamente, no le amo; yo amo á otro; pero me intereso mucho, como por un hermano, por el hombre generoso que me salvó y me trajo á vuestra casa, donde he recibido una tan noble hospitalidad.

—Pues no podeis permanecer en ella, hija mia, contestó ya de todo punto decidida la condesa, porque he recibido noticias de que vienen á prenderos.

—¿A prenderme á mí? exclamó incorporándose con sobresalto en el lecho doña Esperanza. ¿Y por qué?

—Porque dicen que amais á don Lope, que él mató á vuestro padre, y que vos le encubris declarando falsamente.

—Pero esa es una trama horrible, exclamó doña Esperanza.

—Sí, sí, dijo la condesa, horrible de todo punto; pero así son los alcaldes; no habiendo encontrado al matador de vuestro padre, habiéndoos seguido la pista, se empeñan en creer que el hombre que os ha traído á mi casa ha matado á vuestro padre, y que vos sois su cómplice.

—¡Oh, qué inicua suposicion, señora! exclamó doña Esperanza.

—Por lo mismo, es necesario que no sucumbais á las malas suposiciones de esos golillas; porque son tales de perversos, que si porque no se diga que no han encontrado al matador se empeñan en probar que el matador fué mi sobrino y que vos habeis sido su cómplice, lo probarán, y no habrá para vosotros remedio en lo humano... el patíbulo...

—¡Oh! ¡qué decís, señora! exclamó horrorizada doña Esperanza: ¡el patíbulo para él y para mí!

—¿Y creéis que se castigue con menos que con el patíbulo un parricidio?

— Pero eso no es cierto.

— No importa que no lo sea: un alcalde puede, si quiere, hacer desaparecer el crimen de donde le hay, y hacerle aparecer donde no existe.

— ¿Pero y vos, señora? ¿vos que teneis tanto poder en la corte, no podeis hacer que los jueces juzguen en justicia?

— Puedo, sí, indudablemente; pero es necesario ser precavidos, evitar que os prendan; porque si os prenden y no declarais que don Lope mató á vuestro padre y que vos fuisteis su cómplice, os darán tormento.

— ¡Dios mio!

— Y cuando los cordeles aprieten horriblemente vuestros delicados brazos, el dolor os hará confesar lo que quieran los jueces que confeseis; y una vez confesado un parricidio, ya no habrá remedio; porque este es un delito que no puede tener perdon ni del rey en la tierra ni de Dios en el cielo: pero si huis, si os ocultais, si no pueden arrancaros por el dolor una declaracion que os perderia con mi sobrino, si ganamos tiempo, yo haré de modo que la verdad respandezca, que mi sobrino sea absuelto, y que no caiga sobre vos, que sois inocente, acusacion alguna.

— Yo haré lo que querais, señora, dijo doña Esperanza completamente aterrada, con tal de que no suceda lo que temeis.

— Pues bien, voy á enviaros mis doncellas para que os vistan, y á mandar que dispongan una silla de manos en la cual os conducirán algunos de mis criados de confianza á un lugar seguro.

III.

La condesa salió.

Poco despues entraron las doncellas y vistieron á la aterrada doña Esperanza, que estaba calenturienta y verdaderamente enferma.

En vez del traje blanco con que la habia encontrado don Lope, las doncellas la habian vestido un magnifico traje de calle de la condesa.

Esta apareció en el momento en que las doncellas acababan de poner un manto de finisima lana á doña Esperanza.

El traje que la habian puesto era de luto riguroso, de los que tenia la condesa para cuando la corte se ponía de luto.

— Ya está dispuesta la silla, dijo la condesa que se habia afir-

mado en su mal propósito al sentir celos por el calor con que habia hablado doña Esperanza de don Lope: no hay que perder el tiempo, venid.

Y asiendo de la mano á doña Esperanza, bajó con ella hasta el zaguan de la casa donde estaba preparada una silla de manos.

—Nada temais, yo velo por vos, dijo la condesa cuando doña Esperanza estuvo dentro de la silla.

—¡Ah, señora! solo en Dios y en vos confio, contestó llorando doña Esperanza.

—Confiad, y adios, dijo la condesa, y cerró la portezuela.

Los lacayos levantaron la silla, y echaron á andar.

—¡Oh, sí! ¡que se pierda! murmuró roncamente la condesa: le ama, le ama, no puede ocultarlo; se la sale por los ojos el amor que siente por don Lope. ¡Ah! ¡que sea imposible para don Lope!

Y la cristianisima condesa, convertida por el amor en un demonio, subió rápidamente las escaleras, entró en su aposento, se cobijó con un manto, se llenó los bolsillos de oro, mandó pusiesen otra silla, y se hizo conducir á palacio.

CAPITULO XXXIV.

De las vueltas y revueltas que dió sin quererlo doña Esperanza.

I.

La silla en que era conducida doña Esperanza iba escoltada por dos criados de la condesa, y no de los más bravos.

Tampoco eran gente de pelo en pecho los que la silla conducian.

En cambio, con seis galopines de estos que tienen el alma echada atrás y son capaces de cualquier cosa si se les paga bien, esperaba Gil Perez oculto en la sombra á que saliera doña Esperanza de la casa de la condesa.

La silla atravesó las plazuelas de Puerta de Moros y de San Andrés, y empezó á marchar por la Cava Baja.

Los hombres que Gil Perez capitaneaba se pusieron en seguimiento de la silla.

Pero apenas habian hecho esto, cuando de las calles de don Pedro, de San Francisco y de Tabernillas, se destacaron, silenciosos, recatados y astutos, á juzgar por su manera de andar, diez hombres.

Parecian sombras segun se deslizaban sin causar ruido.

Gil Perez y los suyos no se recataban tanto: nada tenian que temer de los hombres que escoltaban la silla de manos.

Al entrar en la Cava Baja, Gil Perez y los suyos apretaron el pa-

so y cortaron á los hombres que escoltaban la silla, uno de los cuales iba delante y el otro detrás.

No hubo ni siquiera combate: los criados se aterraron al ver sobre sí tanta gente espada en mano, y dieron á correr.

Lo mismo pretendieron hacer los lacayos que conducian la silla; pero se encontraron cercados.

La gente de Gil Perez no queria hacer el oficio de acémilas, sino hasta el momento en que cerca ya del punto á donde se dirigian, despidiesen á los criados de la condesa, para que este punto no fuese conocido.

Siguieron, pues, con la silla obligados por los raptores que los rodeaban.

Al llegar á Puerta Cerrada se vieron estos rudisimamente acometidos, y de tal manera, y con tal saña y destreza, que á la primera embestida dos de los del conde-duque estaban por tierra.

No eran los otros cuatro gente que huiese tan fácilmente, en particular Gil Perez, que sabia cuánto le iba en que le quitasen á doña Esperanza.

Pero á los cinco minutos tenia Gil Perez una estocada en un muslo, otra en un brazo, y dos en el pecho, y no pudo tenerse ya.

Los tres hombres acuchillados tambien, huyeron.

Inútil es decir que los lacayos conductores de la silla habian huido tambien.

—Pronto, dijo el que parecia gefe de los vencedores; á cargar con la silla y á la casa del Gallo; ¿no veis que esos malditos gritan como desesperados, y que puede echársenos encima una ronda? agarraos dos por la parte de afuera á cada varal de la silla, y así la podemos llevar á la carrera.

—Como quieras, Bartolomé, dijo uno de aquellos hombres; pero yo me rio yo de todas las rondas que vengan.

—Siempre es bueno evitar, dijo el llamado Bartolomé.

II.

A todo esto, las órdenes de Bartolomé se habian cumplido: habian cargado con la silla ocho hombres que corrian como si nada llevaran hácia la calle de Toledo.

Los otros dos que habian quedado libres, iban el uno delante y el otro detrás.

Por lo que se vé, ninguno de aquellos diez hombres había sido herido, ó lo había sido muy ligeramente.

III.

Siguieron por la calle de Toledo á todo correr, llegaron á la calle de la Arganzuela, la siguieron, y se metieron por un enmarañado laberinto de callejuelas que ocupaban el mismo lugar que hoy ocupa esa característica parte de Madrid, esa especie de corte de los milagros que se llama Mundo Nuevo.

IV.

Los habitantes de aquel barrio eran de la misma estofa y profesion que los de hoy: carniceros, matachines y tripicalleros, gente maleante, mucho más entonces que ahora; contrabandistas, matuteros, chalanes, traperos é industriales de otra multitud de oficios menudos, y no muy licitos.

El llamado Bartolomé se metió en el corazon de aquel barrio, en una callejuela sin salida que hoy se llama del tío Estéban, y á su fondo llamó á una puerta que ocupaba todo el ancho de la calleja.

Contestaron al momento, y poco despues se abrió la puerta, y con un candil en la mano apareció una especie de salvaje con una ropilla vieja y rasgada de bayeta roja, unos calzones de paño burdo, y descalzo de pié y pierna.

Este hombre tenia cubiertas de vello todas las partes desnudas de su cuerpo, y lo que podia llamarse barba era una verdadera maleza, en la cual se adivinaban jabalies.

Una nariz roma y colorada, dos pómulos rojizos, dos ojos grises, pequeños y hoscos, y un dedo de frente, cubierto lo demás por una cabellera crespa, era todo lo que se veia del semblante de este hombre.

Para completar su descripcion, diremos que su fisionomia no revelaba otra cosa que estupidez, ferocidad y astucia: pero la astucia del animal voraz y traidor; la astucia del lobo.

V.

—¡Ah, la buena gente! exclamó reconociendo á Bartolomé y sonriendo de una manera sesgada.

—Empieza por abrir bien la puerta y quitarte del medio, que

estorbas, y es necesario que pase algo que viene con nosotros, dijo Bartolomé.

—¡Ah! contrabando, dijo el salvaje abriendo completamente la puerta.

—Sí, el contrabando más hermoso del mundo; un contrabando que bebe y come, y con dos ojos como dos luceros.

—¡Ah! bueno, tanto da, dijo el otro.

En aquel momento entraron los que conducían la silla, con ella. La puerta se cerró.

—Ahora que nos echen hurones, dijo Bartolomé: cuando pienso en el chasco que le hemos dado al conde-duque, se me regocija toda el alma. Adelante, añadió dirigiéndose á los suyos que atravesaron el patio: anda tú, Parduero, añadió dirigiéndose al salvaje que había abierto, dile á Crisóstoma que salga á recibir á una señora. Pero déjanos aquí la luz, que no hemos de quedarnos á oscuras.

Uno de los bandidos tomó la luz que Parduero tenía en la mano.

VI.

Bartolomé abrió la silla de manos y se encontró con doña Esperanza, no desmayada, pero sí aterrada y temblando.

—Salid, señora, salid y no temais, dijo Bartolomé: estais entre amigos.

Doña Esperanza no se movió: miraba espantada á Bartolomé, que aunque buen mozo y franco, estaba armado de una manera imponente, y tenía unas terribles trazas de bandido.

—Os digo que nada temais, repitió Bartolomé: nosotros somos todos de una persona á quien vos quereis mucho: de la persona con quien hablábais anoche en el jardín.

Doña Esperanza al oír esto se levantó, salió de la silla, y dijo con vehemencia arrojando sobre los bandidos una mirada investigadora:

—¡Que vosotros sois todos del caballero que hablaba conmigo anoche! ¿y quiénes sois vosotros?

—¿Quiénes han de ser, dijo sobreviniendo Parduero, sino los buenos mozos del capitán Andrés del Páramo, que andan por esos mundos de Dios burlándose de la Santa Hermandad?

—¡Salteadores! exclamó con un doloroso asombro doña Esperanza.

—¿Pues qué, no sabiais, señora, exclamó Bartolomé, que nuestro capitan era lo que es?

—Me salvó hace algun tiempo cerca de Guadalajara de unos bandidos.

—Os salvó de su propia gente, señora; pero si le amais, ¿qué os importa?

—Volvedme, volvedme casa de la señora condesa de Santurces, exclamó doña Esperanza.

—No en nuestros dias, dijo Bartolomé; el capitan está muy mal herido, en peligro de muerte, y no quiere morir sin veros.

—Yo no conozco á vuestro capitan: llevadme casa de la condesa de Santurces.

—Os llevaremos donde nuestro capitan está, si no de grado por fuerza.

—Por fuerza no, contestó valientemente doña Esperanza; porque no se puede llevar por fuerza á ninguna parte á quien sabe morir.

VII.

Apareció en aquel momento una mujer vestida como las del pueblo, pero muy agraciada y muy simpática.

Era la Crisóstoma, á quien habia ido á buscar Parduelo.

—¡Ah! ¡y qué dama tan hermosa! exclamó: ¿y de dónde os traen, señora?

—¡Amparadme! exclamó doña Esperanza, á quien alentó lo simpático de la Crisóstoma.

—¿Que os ampare yo, señora mia? ¿y quién habia de ampararme á mí contra estos buenos mozos? pues á fé á fé que no es gente de brios: y decid vosotros; ¿por qué esta señora pide que se la ampare?

—Esta señora es novia de nuestro capitan y le ama, dijo Bartolomé.

—Yo no sabia que amaba á un capitan de tal gente, dijo doña Esperanza.

—¡Ay señora mia! pues si esta gente es la mejor del mundo; siempre alegre, y siempre dispuesta á favorecer á cualquiera.

—¡Bandidos! dijo irritada doña Esperanza.

—Eh, bandidos, bandidos, contestó Bartolomé, cuando hay necesidad hay que pasar por todo hasta por los compromisos en que

los hombres de bien se ven, porque á veces es necesario matar por nuestra honra á un pícaro: ¿qué hay que hacer? ¿quién ha mandado que se promulguen tan vigorosas pragmáticas contra el duelo? en fin, señora, que nosotros no somos lo que vos creéis; nosotros somos unos buenos mozos, una brava gente que no cabemos en ninguna parte porque hemos tenido que dar forzosamente una estocada mirando á nuestra honra; todos soldados viejos que hemos vertido nuestra sangre por el rey y por España en Flandes y en Italia, y que no cabemos luego en las banderas de los reales ejércitos del rey nuestro señor porque la bandera no tiene inmunidad para los que han reñido en duelo; nosotros no somos de esos malos salteadores que salen al camino á todo y á todo el mundo roban y maltratan, sin respetar casada, ni doncella, ni viuda; nosotros somos gente brava que de alguna manera hemos de vivir, y no hacemos otra cosa que sacar contribucion á los viandantes ricos sin meternos con los pobres, sin maltratar á nadie y respetando á las mugeres y á los clérigos que son gente de faldas; salimos tambien á las conductas de dinero del rey nuestro señor y entonces nos quedamos con todo, y entonces solo es cuando hay muertos y heridos, porque con las conductas de dinero de la Real Hacienda vá gente brava, cuadrilleros y soldados y alguaciles, y con esos no hay que tener consideracion y caiga el que caiga; pero que cuenten un solo asesinato de Andrés del Páramo ó de su gente; ni una sola doncella atropellada, ni un solo clérigo ó un solo fraile maltratado, que no lo consentiria eso el capitán que es muy hidalgo y muy caballero y tiene otro nombre que es sin duda el que vos conoceis.

—Don Alonso de Fuensalida, exclamó doña Esperanza.

—Sí señora, sí, don Alonso de Fuensalida, mayorazgo cordobés, caballero del hábito de Calatrava y muy gran persona, á quien le han ido viniendo desgracias sobre desgracias y que no ha sido indultado ya por el rey nuestro señor y repuesto en su buena opinion y fama porque vos le amais.

—¿Porque yo le amo no le han indultado?

—Cierto que sí, señora: porque ¿cómo habia de indultar el conde-duque, que es como si digéramos el rey, á un hombre á quien ama una señora de quien el conde-duque está perdidamente enamorado?

VIII.

Bartolomé hablaba á bulto, por deducciones, lo que probaba que tenia buen ingenio, porque casi casi habia dado con la verdad.

Crisóstomo escuchaba con la boca abierta.

Parduelo, abierto de piernas, con las manos echadas atrás, miraba alternativamente á doña Esperanza y á Bartolomé con la expresion de la estupidez curiosa.

En cuanto á los bandidos, estaban impasibles en un grupo al lado de la silla de manos.

—Pues sí, señora, sí; dijo alentándose Bartolomé al ver la vacilacion que se habia pintado en el semblante de doña Esperanza, todo eso sucede; don Alonso, y le llamo así, porque este es su nombre y por él le conoceis, sin hacer nada malo y sin haber vertido una gota de sangre, se ha visto comprometido por ciertos amores desgraciados que tuvo allá en su tierra.

—Sí, sí, ya sé, dijo doña Esperanza, á quien habia contado su historia don Alonso; sabia que vuestro capitán andaba fugitivo y se ocultaba, pero no sabia que fuese bandido.

—Vuelta á lo de bandido; no hay tal bandidage, señora; en fin, don Alonso no ha sido indultado por vuestra causa; á más de eso, por vos don Alonso se encuentra ahora muy mal herido por el hombre que acompañaba anoche y con el cual don Alonso se topó cuando iba á buscaros, por el capitán Ponferrada, por don Alonso de Fonseca que es como si dijéramos uña y carne del conde-duque; y ese sí que es un bandido, porque sirve al conde-duque en cosas muy bajas; y si os habeis enamorado de él porque malhirió á don Alonso y porque tal vez os dijeron que don Alonso tenia la culpa de la muerte de vuestro padre, os habeis engañado, porque lo que queria el capitán Ponferrada era venderos al conde-duque como os ha vendido esa buena condesa de Santurces, á cuya casa quereis que os llevemos; como que la condesa que es dama de la reina es toda en cuerpo y alma del conde-duque, porque no deja nadie en la servidumbre del rey y de la reina el conde-duque que no sea suyo; y le sirven á ciegas, en lo que el conde-duque sabe muy bien lo que se hace, porque así sabe lo que los reyes dicen y las personas con quienes se tratan; y habeis de saber, señora, que el conde-duque ha estado hablando largamente esta noche con la condesa, y que cuando la condesa os echó fuera de su casa en esa silla y resguar-

dada por malos criados, era para entregaros al conde-duque, y la prueba la teneis en que os abandonaron cuando se vieron acometidos y los acometedores eran criados del conde-duque, y si nosotros no estamos en la calle y seguidamente no nos apoderamos de vos, á estas horas estais en poder del conde-duque: ya veis que os hemos salvado, como que obedecemos á nuestro capitan que os ama y os respeta. ¿Y á dónde podeis volver hoy la cara? Vuestro padre ha muerto, vuestro hermano está en la guerra, el capitan Ponferrada os ha vendido, porque á quien ama como á su alma el capitan Ponferrada, es á Maria la Calderona, esa cómica tan hermosa á quien vos conoceréis porque la conoce todo el mundo; y si os volveis á la condesa de Santurces, os encontrareis con que os ha vendido tambien por servir al conde-duque: ¿qué ámparo teneis más que el buen amor que nuestro capitan os tiene? y no tengais miedo, que nuestro capitan os respetará como si estuviérais bendita, y mientras nosotros os guardemos, nadie os tocará á un pelo; y no quiero decir más, porque ya he dicho bastante, y vos os habreis convencido y os vendreis con nosotros para llevar la alegría y tal vez la salud al triste de nuestro capitan; y además de eso, que con nuestro capitan está el buen caballero don Francisco de Quevedo y Villegas, de quien tanto habreis oido hablar y del cual os fiareis sin duda porque nadie ha dudado todavia de la honra de don Francisco.

—¿Me jurais por vuestra alma, dijo doña Esperanza, que está con vuestro capitan don Francisco de Quevedo y Villegas?

—Os lo juro por mi alma, por la de mi muger cuando la tenga, por la de mis hijos cuando nazcan, y por todo, cuanto puede jurar un hombre.

—Entonces os sigo, dijo doña Esperanza despues de haber meditado un momento.

—Gracias á Dios, dijo Bartolomé, porque yo no hubiera sabido qué hacerme si os hubiérais empeñado en no seguirme; porque ¿quién se atreve á una dama tal como vos y además amada por una persona tal como nuestro capitan? vamos, esto es distinto: Crisóstoma, hija, á ver si te vistes de hombre por el aire, porque como no podemos sacar esta silla de manos fuera de Madrid, será necesario que alguien lleve á caballo á esta señora, y nadie mejor que tú, que eres una doncella honrada: oye tú, Parduero, lo que tienes tú que hacer con esa silla para quitar de enmedio cosas que puedan traer pruebas, es deshacerla y quemarla; porque á fé á fé, que no es

conocida esta silla, y tiene las armas de la condesa de Santurces, y es de las buenas.

—Vaya una lástima, dijo Parduelo mirando con codicia á la silla; pueden darme á mí en el Rastro por ella lo menos, lo menos veinticinco doblones, y ya le quitarán allí las armas en un periquete.

—Pues no me fio de tí, dijo Bartolomé; señora, acompañad, si gustáis á la Crisóstoma, que con ella estareis mejor que aquí, y entretanto que la Crisóstoma se vista, nosotros haremos lo que hay que hacer.

Doña Esperanza salió por una puerta que conducia al interior, y Bartolomé pidió una hacha á Parduelo.

—No hay hacha, dijo este, porque no somos leñadores.

—¡Hola, tunante! ¿conque no hay hacha? pues mira, trae un martillo.

—Tampoco hay martillo, porque no somos herreros.

—¿No? pues mira, no le hace; estoy por servirme de tu cabeza como si un martillo fuese, seguro de que primero se habia de romper la silla que ella.

—Vaya una lástima de silla.

—Agárrate á ese varal, bestia, dijo Bartolomé; vosotros todos, añadió dirigiéndose á los bandidos, agarraos á ese otro. A ver cómo tiras bien, Parduelo; en cuanto los varaes crujan y se desencaje uno, te doy un real.

—Ea pues, que tiren que ya estoy aguantando, dijo Parduelo.

—¡A la una, á las dos, á las tres! dijo Bartolomé.

—Cinco de los bandidos que se habian agarrado porque no cabian más, tiraron con ímpetu pensando llevarse consigo la silla y á Parduelo, pero se equivocaron; Parduelo se habia convertido en una estatua de bronce, cuyos piés habian echado raíces en el pavimento, y la silla, que era fuerte, permaneció inmóvil, ni aún crujió.

—¡Eh, qué vergüenza! dijo Bartolomé; cinco contra uno y nada habeis podido; á ver aquí los otros, agarrad como podais, que me parece que el real sencillo que habia yo prometido á Parduelo se vá convertir en real de á ocho.

—Pues entonces, dijo Parduelo, que se ponga gente á tirar del otro lado, que lo que es la silla se romperá, pero lo que es á mí no me mueven.

Tiraron los diez picados ya, pero como los varaes eran de encina y estaban engrapados con hierro, y fuertemente, solo se oyó un crujimiento, pero la silla no se rompió, ni dió muestras de romperse.

—Ea, fuera de ahí, dijo Parduelo, que no servís para nada, y me voy á ganar yo solo el real de á ocho.

—Vamos, fuera, ¿no lo oís? dijo Bartolomé: quiero ver cómo este animal se las compone.

—Como no se traiga un hacha, dijo uno de los bandidos, me parece á mí que esta silla tiene mucho hierro.

—¿Qué sabes, tú animal? dijo Parduelo: ahora verás.

Y volvió la silla que cayó con estruendo, rompiéndosela los cristales: puso un pié sobre el varal que estaba en el suelo, se abrazó con el otro varal, se estiró, crugió poderosamente la silla, y el varal de la parte superior se rompió, se desvencijó, arrastrando consigo un tablero.

Entonces con el pedazo de varal, valiéndose de él como de una palanca, desencajó los largueros á la silla, y en menos de diez minutos estuvo hecha esta completamente pedazos, desarmada en una palabra y rotas las piezas y hechos girones el revestimiento interior que era de damasco blanco.

Aquella noche habia sido funesta para las sillas de mano de la condesa de Santurces.

Dos habian perecido, una en casa de Quevedo, otra bajo la brava pujanza de Parduelo.

Despues todos los fragmentos de la silla fueron echados en una chimenea y se les puso fuego.

—Creo que el hierro se podrá vender, dijo Parduelo; hay aqui lo menos una arroba que bien vale otro real de á ocho.

—Véndelo en buen hora, que por el hierro no han de conocer la silla, dijo Bartolomé, y toma, no ya un real de á ocho, sino este buen doblon, que bien lo ha ganado.

IX.

A este tiempo apareció la Crisóstoma vestida de hombre.

Se habia recogido el pelo de manera que aparecia como una melena.

Llevaba un sombrero chambergo gris con pluma, un capotillo pardo ancho y corto, con mangas y capucha de viage, un colete de ante, daga y espada, gregüescos pardos, calzas de grana atacadas, y botas de gamuza con espuelas; parecia un hidalgo muy jóven y muy hermoso, porque las mujeres ganan mucho cuando se visten de hombre; se convierten en unos hermosísimos adolescentes, cuando son jóvenes, frescas y lindas, como la Crisóstoma.

—¡Bravo, valiente! dijo Bartolomé.

—¿Te parezco bien, buen mozo? dijo Crisóstoma.

—Vaya si me pareces bien, contestó Bartolomé; como que voy á decirte algo.

—Límpiase que estás de huevo, dijo la Crisóstoma torciendo la boca y haciendo un gracioso mohín: ¡pues no habeis encendido mala fogata! y viene bien porque hace frio: calla, ¿habeis quemado la silla? bueno, aunque lo siento, porque si la hubiérais dejado aquí, me hubiera yó paseado como una señora y hubiera llevado de lacayos á Parduelo y al Gallo que son un buen par de osos y tan brutos, que pueden, no digo yo con una silla de manos, sino con la torre de Babel.

—Ahora que has nombrado al Gallo, dijo Bartolomé, me acuerdo de él: ¿cómo es que no le hemos visto? ¿Anda de faena?

—No, hijo, no, ayer vino por la mina con contrabando, y como no ha caído nada que hacer y ha pasado malas noches, está durmiendo; si callais un poco oireis los ronquidos; parece un pito de órgano de aquellos roncós y gordos: ¡qué bestia!

—Pues anda, anda, despiértale, Crisóstoma; pídele para nosotros la llave de la mina, y vamos andando que corre prisa: oyes, ¿has traído algo para que se abrigue la señora?

—Sí, hijo, sí, le he dado mi capotillo de viage, que es muy bueno, y mi sombrero de viage; y descuidad, que aunque hace frio, no se helará. ¿Y dónde están los caballos?

—A la salida de la mina: ya te daremos el más manso.

—Mira tú, á mi que se me dá aunque me diérais el caballo de Santiago; cuanto más malo mejor, no me gustan los caballos mansos como burros.

—Sí, pero como no vas sola, será menester buscarte uno fuerte, porque sois dos buenas mozas, y manso para que con los escarceos no se asuste la señora: vamos, te daremos el de Bandereta, que es muy fuerte y muy noble, y Bandereta montará á la grupa de otro. Ea, ya estás de vuelta con la llave de la mina.

Crisóstoma se fué: poco despues volvió con un hombre soñoliento y mal humorado, poco más ó ménos del mismo talante que Parduelo, pero bien vestido y á lo bravo, aunque como acababa de levantarse no tenia más que la camisa, los gregüescos, las calzas y un par de chancletas, pero lo que vestia era bueno y nuevo.

Traia en la mano una enorme llave.

X.

—Sepamos, dijo, por qué se me alborota la casa y estais aquí vosotros y la chiquilla se me ha vestido de hombre sin que lo mande yo.

—Pues vas á adelantar mucho: ¿ya empiezas á ponernos dificultades? dijo Bartolomé.

—Yo no pongo dificultades á nadie, dijo el Gallo, que él era; pero quiero saber á dónde vá mi hija.

—Vá á acompañar á una señora muy principal que es novia de nuestro capitan; y como está mal herido, quiere ir á verle.

—Bueno, dijo el Gallo, ¿y qué voy ganando en todo esto?

—Si tuvieras vergüenza, dijo Bartolomé, no me dirias ni una palabra, que bastante te hemos servido en tus contrabandos; y si no te han cogido alguna vez los de la real hacienda, no sé si ha sido por nosotros ó por obra del Espiritu Santo.

—Verdad es, però tambien es verdad que habeis tomado vuestra parte; que el que trabaja trabaja por algo: os sirve la mina, os lleváis á mi hija sirviendo á esa señora, y es muy justo que pagueis.

—Pues mira, entiéndete con el capitan, dijo Bartolomé, que yo ni traigo dinero encima, ni tengo orden.

—Bueno, yo pondré mi cuenta; ¿quereis que os acompañe?

—Maldita la falta que hace.

—¿Y con quién se va á venir mi hija?

—Tu hija se quedará probablemente cuidando de la señora.

—Bueno, yo iré mañana á arreglarlo eso: no voy con vosotros, porque me vendrá bien dormir, que he traído buen sueño de Portugal y me he pasado sin más que empezar el sueño sobre el caballo ocho dias con sus ocho noches; ea, vamos, que tengo ganas de volverme á la cama.

Y el contrabandista entró por una puerta inmediata despues de haber tomado el candelero que ardia en la estancia en que todos se encontraban.

Crisóstoma fué á buscar hasta la otra puerta á doña Esperanza que se habia quedado allí, y entró con ella en la habitacion de que habia salido su padre.

Bartolomé y los otros nueve bandidos las siguieron.

Parduelo se quedó en cuclillas junto al hogar calentándose al fuerte fuego que producía la silla que se quemaba.

XI.

El Gallo arrolló unas esteras y unos trastos viejos que habia en un ángulo del aposento, abrió con llave una larga y ancha compuerta y la levantó.

En aquella compuerta empezaba una rampa empedrada y pendiente.

—Vaya, enciende tu linterna, Bartolomé, dijo el Gallo.

—Siempre la llevo encendida, contestó Bartolomé, y encendidas las llevan tambien los muchachos. A ver, cuatro linternas en mano, dos delante y dos detrás para alumbrar bien.

Cuatro bandidos se desengancharon de la pretina las linternas de hierro, linternas sordas con cristales redondos, que al ser abiertos producian muy buena luz.

Dos bajaron delante, siguió Bartolomé, despues Crisóstoma llevando de la mano á doña Esperanza.

Luego cinco bandidos, y por último los dos restantes con linternas.

Apenas hubieron bajado, la compuerta se cerró y se oyó el ruido de la llave.

La rampa continuaba como unos cien pasos siempre pendiente. Despues el piso era llano.

La mina era ancha y alta, lo bastante para que pudiese caber por ella una caballería cargada.

Al hacerse en Madrid el alcantarillado para las aguas del Lozoya se cortaron muchas de estas grandes minas que habian servido para el contrabando, lo que prueba que los contrabandistas en Madrid han sido siempre una asociacion que ha dispuesto de mucho dinero, porque este género de trabajos no se hace sin grandes dispendios, como que habia minas de estas que terminaban en edificios rurales aislados á una legua de Madrid.

La de que nos ocupamos, terminaba á una media legua á la derecha de la Casa de Campo en un apeadero de cazadores, en el lugar que se llama los Hoyos de Valchico.

En este apeadero vivia con su familia un capataz de la misma laya que el Gallo, y como él, puesto en relacion con contrabandistas y malhechores.

En el momento en que llegaron, Pinta-rojo, que así se llamaba el capataz, mandó á su muger que diese de beber á los malhechores,

y sacó de la cuadra los caballos ensillados y los arcabuces al arzon.

Allí habian dejado los caballos por la tarde, y ya oscureciendo se habian metido por encima de la tierra y á pié en Madrid, entrándose uno despues de otro por la puerta de Segovia y la de Toledo, porque los portillos de la Vega y de Gil y Mon se cerraban al oscurecer.

Los bandidos bebieron, comieron algo, tomaron sus armas de un aposentillo en que las habian dejado, y montaron á caballo.

Crisóstoma montó en el de Bandereta, que era grande y fuerte; pidió su ropa, y sobre él y delante, tomó en sus brazos á doña Esperanza.

Bandereta montó á la grupa del caballo de otro bandido.

Salieron del apeadero: á los pocos minutos pasaban por el alto de las Cruces, y media hora despues llegaban á la casa de los Pinos, en el monte de Bohadilla, donde como sabemos, estaba la compañía de Andrés del Páramo, y con ella Quevedo.

CAPÍTULO XXXV.

El conde-duque visto por dentro.

I.

El conde-duque esperaba impaciente en su magnífico jardín del Buen Retiro, que aun no era entonces de la corona, á que le llevasen allí á doña Esperanza.

En apoderarse de ella tenia dos intereses don Gaspar de Guzman.

Primero y principalísimo, que estaba enamorado de ella, y despues, y no menos principalmente, porque perdiéndose doña Esperanza faltaba toda prueba de exculpacion á don Lope de Fonseca acerca de la muerte de don Mendo de Salvatierra, de que se le acusaba porque así convenia para que se le sentenciara á muerte y costase su indulto á la Calderona la sumision á los deseos del rey.

Esto era mantenerse en el mando á costa de infamias, pero de la ambicion injustificada, de la avaricia del mando, por lo que el mando produce y por lo que halaga al amor propio, al crimen hay un solo paso: las infamias de los ambiciosos se han cubierto, no sabemos con qué manto de audacia, con el nombre de alta política.

II.

El conde-duque era como otros tantos de todos los tiempos, un político eminentísimo; sabia manejar admirablemente la infamia, y no se detenía en la sangre.

Los que cierran los ojos á la sangre, los que la temen no sirven para gobernar.

Esto es, juzgando como juzgaba la política el conde-duque y sus semejantes de todos los tiempos.

III.

El conde-duque esperaba en un bellissimo saloncito de un pabellon situado á orillas del grande estanque que entonces existia en el mismo lugar y con las mismas dimensiones que el de ahora.

Aquel pabellon estaba situado donde hoy lo está el embarcadero: al otro lado habia un magnífico jardin.

Aunque demos á este edificio el nombre de pabellon por su carácter y por el lugar en que estaba situado, era un buen edificio que constaba de ocho piezas en el piso bajo y de otras ocho en el superior: una escalinata por la parte del estanque, servia de embarcadero, y terminaba en una galería baja que corria por todo el frente del pabellon.

En este no habia habitaciones para criados ni para dependientes; todas eran bellas, todas ornamentadas, entapizadas, ricamente amuebladas.

Era aquello un misterioso lugar de citas amorosas.

El aposento en que se encontraba el conde-duque, era delicado, ornamentado con filetería, exquisitos y ligeros cornisamentos dorados, de colores claros las tapicerías y de un tono brillante; el techo representaba á Venus y á Adonis, rodeados de geniecillos y ninfas, todos demasiado libremente dibujados y crudamente pintados.

En los cuatro ángulos, sobre cuatro magníficas consolas de bronce dorado y jaspe con grandes relojes y ánforas del Japon á los lados, habia gigantescos espejos de Venecia, y en una gran chimenea de mármol de Paros, menuda y bellamente esculpida por el gusto del Renacimiento plateresco, y coronada por el grande escuson de armas del conde-duque sostenido por dos génius, ardian produciendo un perfume *sui generis* cedro y sándalo mezclados.

Se comprenderá cuánto dinero necesitaba robar á España el conde-duque para sostener todo aquel lujo delicioso, solo comparable al de la antigua Cápua.

IV.

Dieron las doce con el intervalo únicamente de algunos segundos en los cuatro relojes situados en los ángulos del saloncito.

La misma hora se oyó en los de las otras habitaciones y fuera del pabellon en la torre de la capilla del Buen Retiro.

El conde-duque se impacientaba; porque nada es más impaciente que la espera de un enamorado que cree próximo el logro de sus deseos.

Estaba vestido de una manera excesivamente galana, como quien estaba decidido á fijar su situacion amorosa respecto á doña Esperanza.

Su justillo era de brocado blanco en oro, sus gregüescos de terciopelo blanco acuchillado con raso del mismo color, blancas eran sus calzas, y de brocado blanco y oro tambien sus zapatos: su ceñidor era de oro y pedrería, y pendía de su cuello sobre su pecho una cadena de oro y diamantes.

Sobre una consola tenia una toca tambien de brocado blanco en oro con joyel de perlas y rubies, y una espada y una daga con vainas blancas y empuñaduras y conteras de oro.

Pero este deslumbramiento del traje contrastaba enérgicamente con su semblante moreno, con sus ojos aviesos y con sus grandes narices aplastadas.

V.

Se oyeron al fin pasos presurosos en las habitaciones inmediatas, y el conde-duque se estremeció de alegría y pareció crecer su impaciencia.

Indudablemente el negocio estaba terminado.

Presentóse á poco un criado de esos que pueden llamarse de la alta servidumbre, con traje de ronda, de presencia servil y untuosa, que se inclinó profundamente ante el conde-duque, y á poco más dobla la rodilla.

—¿Qué es esto, Marchante, qué es esto? dijo de muy mal talante el conde-duque; ¿por qué vienes tú y no viene Gil Perez?

—¡Ah! el pobre señor Gil Perez... contestó con voz cobarde Marchante.

—¿Cómo pobre señor Gil Perez? dijo vivamente alarmado el conde-duque; ¿pues qué le ha sucedido á ese pícaro?

—Cinco heridas, señor excelentísimo, y cinco heridas graves, contestó cada vez más medroso Marchante, porque sabia bien lo que le esperaba.

—¿Y quién ha herido á Gil Perez?

—Unos hombres, unos demonios, que nos salieron en Puerta Cerrada.

—¿Y la señora? exclamó con ansiedad el conde-duque.

—Nos la han quitado, exclamó medio llorando Marchante.

—¿Cómo? ¡villanos, infames, ladrones! exclamó colérico el conde-duque: ¿cómo es eso que os han quitado la señora?

—Nosotros se la quitamos sin dificultad á los que la traian y veníamos tan campantes y tan contentos por Puerta Cerrada para ganar la Concepcion Gerónima, cuando de improviso se nos echó encima espada en mano no sé cuánta gente; ¡y qué gente, señor excelentísimo! ¡qué gente tan dura y tan mala! no tiraban más que estocadas, y para probarlo no hay más que ver cómo han puesto al pobre señor Gil Perez que se estuvo defendiendo hasta que con la pérdida de la sangre vino al suelo; y yo mismo, señor excelentísimo, tengo una estocada en este pecador brazo derecho que me escuece que me rabia, y cuando la recibí sentí un hormigueo como cuando un miembro se duerme, y la mano se me volvió como si fuera de trapo y se me cayó la espada: en fin, señor excelentísimo, su excelencia sabe muy bien que sus criados, ninguno somos ni cobarde ni manco, y que para quitarnos lo que vayamos guardando, mucha gente es menester que venga, como vino en efecto, señor; y puede estar vucencia seguro que aunque hubieran ido resguardando á la señora los doce pares de Francia, hubiera acontecido lo mismo, porque aquellos hombres no eran hombres, sino demonios.

—Tendré que pagar yo Lucíferes para que me sirvan; baladrones cobardes, que recejais en cuanto se os acomete de punta; no hay de quien fiarse, no hay hombres leales de quien servirse, todos son unos miserables que tragan y tragan y nos roban y se enriquecen engañándonos y cuando se necesita su sangre huyen.

Marchante no contestó, porque temió que si contestaba diese cuenta de él el conde-duque.

—¿Y qué trazas tenían esos hombres? dijo don Gaspar, siempre creciendo en su cólera.

—¿Qué trazas habían de tener? más negros que la pez, y sin vérselos dos dedos del rostro: bien es verdad que la noche es oscura que no se ven los dedos de las manos.

—¿Y de qué os sirvieron las linternas?

—Las linternas fueron rodando al primer envite, como que aquellos hombres no querían que los conocieran, señor, y á los dos minutos no dejaron títere con cabeza.

—Has dicho bien, Marchante, que títeres sois y no hombres, dijo el conde-duque; anda, anda, entra en ese gabinete y tráeme mi sombrero, mi capa, mis botas, mi espada y mi daga de ronda, que ahí están, y tráete también dos pistoletas que verás sobre una mesa.

Entróse rápidamente en el gabinete indicado Marchante.

VI.

—¿Y quién, quién es quien me ha robado, exclamó impaciente el conde-duque, esa mujer que me irrita, que me embriaga, que me enloquece y que es para mí cada día una dificultad mayor, esa hermosura que mantiene en mí la sed rabiosa de una felicidad desconocida?

Don Gaspar interrumpió su monólogo, que pronunciaba en voz alta, porque sintió acercarse á Marchante que traía los objetos pedidos.

Sentóse en un sillón el conde-duque y quitóse los zapatos y púsole las botas Marchante.

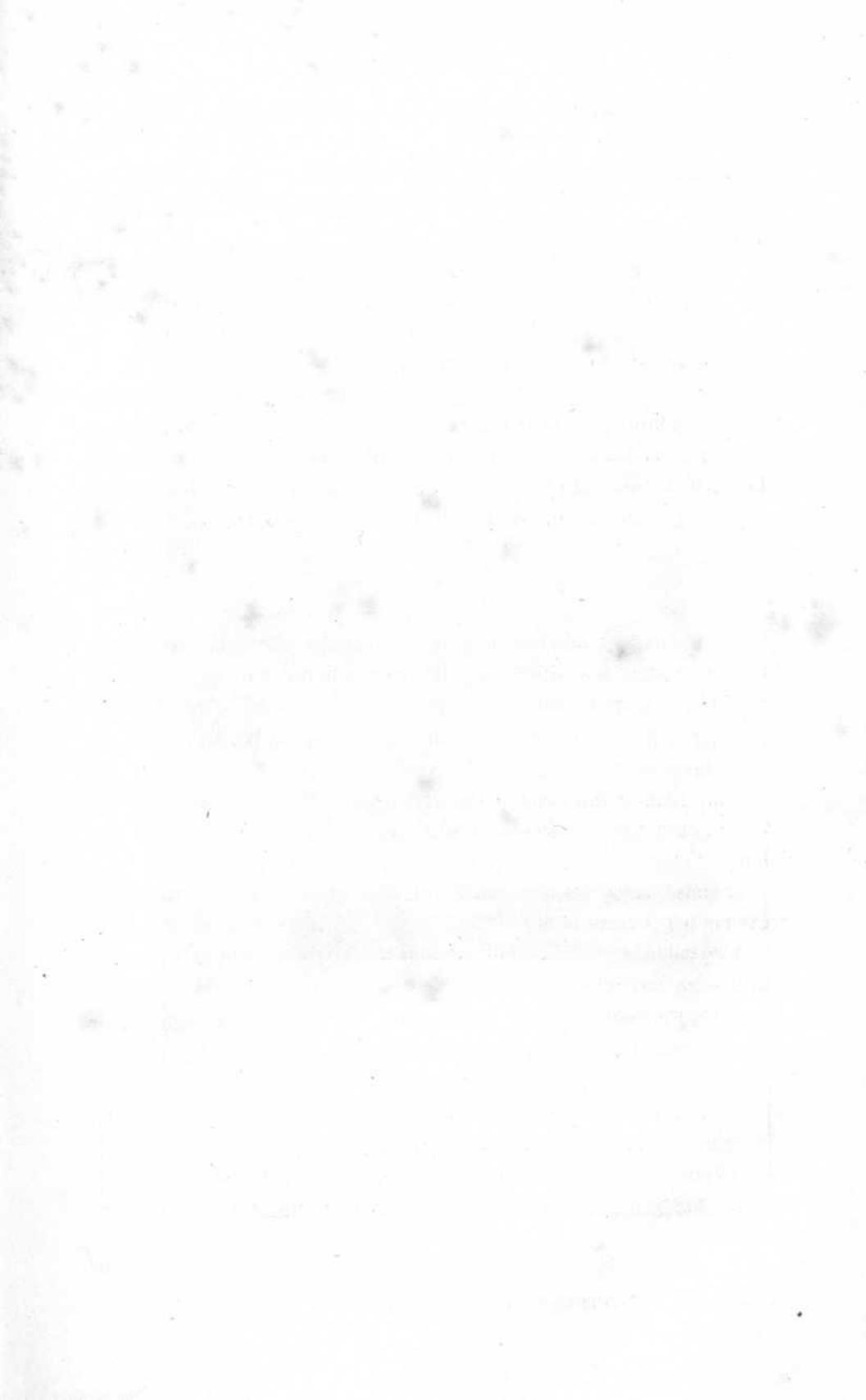
Levantóse el conde-duque, se ciñó la daga y la espada y se enganchó los pistoletas en su rico ceñidor de oro y pedrería; se caló el sombrero y aquel forro externo, por decirlo así, fué como una nube que cubrió lo relumbrante de su atavío.

—Conmigo, dijo.

Y echó á andar seguido de Marchante.

Bajó por unas escaleras completamente alfombradas que apagaban el ruido de los pasos, llegó al vestibulo del pabellón y despertó de un puntapié á un criado que dormitaba en un gran escaño blasonado.

Lanzó este mal despierto un taco redondo y una blasfemia, se puso de pié amenazador, pero se encojió instantáneamente al reconocer al conde-duque.





Si vamos así, señor, la bujía se va á apagar.

—Abre, le dijo este haciendo caso omiso del voto, de la blasfemia y de la amenaza de su portero.

Abrió la puerta con un llavín el criado, y el conde-duque dado á los diablos, salió impetuosamente de los jardines; pero hubo de detenerse.

La noche se habia hecho demasiado oscura y no se veía la tierra.

—Tu linterna, Marchante, dijo el conde-duque.

—¿Mi linterna? señor, pues si me la quitaron de un revés apenas empezó la danza.

—Losada, dijo con voz recia el conde-duque.

—Señor, contestó el portero.

—Una linterna á Marchante.

—No hay aquí linterna ninguna, señor.

—¿Pues con qué me alumbraron cuando vine?

—Vinieron pajes de su excelencia con antorchas.

—¿Y esas antorchas?

—Los pajes se las llevaron.

—Toma una bujía y pronto.

Instantáneamente y sin saber cómo habia podido subir y bajar, apareció Losada con un candelero en la mano que dió á Marchante.

El conde-duque echó á andar rápidamente.

—Si caminamos así, señor, dijo Marchante, la bujía se va á apagar con la violencia del paso.

El conde-duque reprimió su marcha.

Todo era contrariedades.

La furia del conde-duque se concentraba.

La bujía duró hasta la cerca del extenso jardín que estaba dentro del otro jardín inmensísimo que se llamaba el Buen Retiro.

Pero al abrir la verja, vino una ráfaga de viento y la bugía se apagó.

Tanto daba ya volver al pabellón, como buscar la salida del Buen Retiro.

Por la parte del Prado de San Gerónimo, la distancia era igual y no se veía, como habia dicho muy bien Marchante, ni los dedos de la mano.

Y desgraciadamente, por una parte y por otra, las calles del jardín eran un verdadero laberinto, que se cruzaban, se recruzaban, se enmarañaban entre árboles y setos, teniendo á cada paso el obstáculo de una fuente, de una estatua, de un pabellón.

El conde-duque habia gastado en el Buen Retiro un tesoro, y habia hecho de él un lugar delicioso, sombrero, accidentado, lleno

de contrastes y de bellezas, todo lo cual se volvía entonces contra el conde-duque.

VII.

Cuando un hombre de carácter violento se encuentra en una situación que le irrita y sobrevienen dificultades de un orden cualquiera, la irritación llega á su colmo.

El conde-duque se puso letal, rompió para adelante y tropezando acá en un árbol, allá en un seto, acullá en cualquiera de los mil obstáculos que se oponían á su paso y seguido de Marchante, tardó no menos que una hora en dar con la porteria principal del Buen Retiro.

Allí pudo encontrar una linterna, y acompañado de Marchante el conde-duque menos furioso ya, porque se habia resuelto á embestir la situación por uno de sus lados, se dirigió á la próxima casa de María Calderon.

Hé aquí lo principal de lo que habia pensado el conde-duque mientras adelantaba dificilmente por su jardín del Buen Retiro buscando la subida.

—¿Quién será quien me ha robado á doña Esperanza? ¿caso la misma condesa de Santurces que ha fingido ceder á mi voluntad, y que me ha armado esta trampa? No, no puede ser; la condesa está locamente enamorada de su sobrino y amenazada en él; además la ha hecho sentir celos contra doña Esperanza, que sin duda no son infundados, porque lo de María Calderon era un entretenimiento y un negocio para don Lope, y al ver bajo su protección á una niña tan hermosa como doña Esperanza, ha debido enamorarse de ella; yo estoy mortalmente de ella enamorado desde el momento que la ví. Si don Lope no estuviera preso, diría que él era el autor del robo, tal vez sus amigos... pero los amigos de hoy no se comprometen á tanto: no, no, y luego ¿cómo habrían de saber que iba á salir en alta hora de casa de la condesa de Santurces doña Esperanza? ¿Habrá sido Quevedo? Bah, es verdad que Quevedo lo puede todo, que parece que adivina; pero ¿qué le importa á Quevedo de doña Esperanza, y quién sabe, quién sabe si esta será una buena jugada de ajedrez con que ese endiablado ingenio me prepara á la corta ó á la larga un jaque mate? ¡por la ira de Dios que el tal Quevedo me estorba y que necesito de todo punto quitármele de encima! Y el rey le protege: ya se vé, como que le ayuda á hacer versos. Un rey no

debía ser poeta, los poetas no sirven para nada, todo quieren llevarlo á la region de los sueños, no ven nunca lo positivo; pero Quevedo, no, Quevedo vé harto claras las cosas: sí, sí, bien puede ser que don Francisco, que estuvo ayer á ver en su prision á don Lope, haya dicho: guardémonos á doña Esperanza para que si vienen mal dadas y sentencian á don Lope, doña Esperanza pueda poner en duda la culpa, y de esta manera no podrán obligar á la Calderona á que sea del rey y le entretenga. Pero señor, estos son muy largos rodeos, y don Francisco se vá derecho á los negocios; tambien es cierto que muchas veces toma la vuelta y acomete por detrás como el tigre: ¡maldito don Francisco! la verdad es, que no me atrevo con él, ¡y con qué ingénio el mal hombre se buscó una audiencia de su magestad! y es el caso que me ha vuelto algo al rey y es necesario andarse con tiento. Pero, calla, exclamó el conde-duque como venciendo una idea súbita: ¿no se han llevado esta noche de la manera más ingeniosa del mundo y á despecho del alcalde de Casa y Corte don Pedro Gutierrez de Santisteban, á don Alonso de Fuensalida? ¿No tiene este una compañía de gente brava y despierta á cuyos hombres nadie conoce y que son capaces de matarse por él, segun las muestras? ¿No ama ciegamente don Alonso de Fuensalida á doña Esperanza? ¿No pueden haberlo expiado todo los hombres de don Alonso y ser ellos los que han salido á los míos en Puerta Cerrada, que bien parece indicarlo lo bravo de la acometida? Y la verdad es, que Gil Perez y Marchante y los otros son buenas espadas y gente dura. Indudablemente, de don Alonso han sido los que á doña Esperanza se han llevado; pero don Alonso es un duende; cuantas veces me han dicho: Don Alonso de Fuensalida está en el Prado de San Gerónimo, á caballo, muy galan, con muy ricas preseas, y allí está tambien don Mendo de Salvatierra con su hija, y al minuto he enviado yo alguaciles y no han encontrado á don Alonso por el mundo. Ese hombre me causa pavor, y casi casi me parece que lo mejor seria indultarle, porque así le tendria agradecido. Indultarle, nunca; está entre los dos doña Esperanza; si yo indultase á don Alonso, que bien puede ser, primero porque tiene grandes disculpas, y luego porque el rey lo puede todo, se casaria con doña Esperanza, la perderia: no, nunca, mejor es apoderarse de él y arrojárselo al verdugo; pero como le prenden mal herido, me alegro, creo que no puede escapármese y se me escapa; ese imbécil alcalde de Casa y Corte... ¡Ah! ¿y qué habia de hacer don Pedro Gutierrez de Santisteban puesto entre el puñal y la bolsa de un bandido? lo mismo hubieran

hecho todos, tal vez hubiera hecho lo mismo yo, y es necesario concluir, concluir de todo punto; la cuestion más grave no es doña Esperanza, es la reina, la reina que vá cobrando ascendiente con el rey; la reina que me aborrece, y que si se apodera de su débil esposo, puede perdernos, y el rey la ama, la reina es bella, está enamorada del rey, y esto es lo único que me favorece porque aqueja al rey con caricias y con celos y el rey se hastía y huye de la reina; si no fuera tan inocente, si tratase con frialdad al rey todo se habria perdido, el rey encontraría una dificultad en su esposa, se obstinaria en vencerla, y la condicion del rendimiento de la reina seria mi cabeza.

VIII.

— Si el conde-duque hubiera ido á su prision á ver á Mercuelo y le hubiera interrogado, habria sabido que cabalmente lo que habia aconsejado Quevedo á la reina, era que se mostrase esquiva con el rey.

Tanto Quevedo como el conde-duque, conocian perfectamente á Felipe IV.

El conde-duque se propuso apresurar el momento en que la Calderona aterrada por el peligro de don Lope á quien adoraba, de lo que no tenia duda el conde-duque, sucumbiera al rey.

Entretanto el conde-duque, explotando hábilmente por medio del infame Villamediana, una intriga, podia herir la dignidad del rey y acabar de todo punto con la influencia de la reina.

Por aquí andaban las malvadas meditaciones del conde-duque, cuando llegó á la portería principal del Buen Retiro y ya provisto en ella de una linterna, se dirigió sin vacilar á casa de María Calderon.

CAPITULO XXXVI.

En que se penetra más en la negra alma del conde-duqua.

I.

Estaba silenciosa y oscura: á juzgar por las apariencias todo el mundo dormia en ella; pero generalmente las apariencias engañan, dormian todos es cierto, todos menos la pobre María.

Ni cómo habia de dormir, si estaba preso y acusado por un delito de muerte el hombre á quien amaba con toda su alma: ni aun se habia acostado.

Estaba sentada en aquel precioso retrete en que ya la hemos visto otra vez, al lado de la chimenea.

Esta se habia apagado porque abismada en sus tristes meditaciones María Calderon, no se habia cuidado de alimentarla, ni aun el frio la habia avisado.

Era bastante chimenea para ella el calor de su fiebre.

Maquinalmente se habia vestido de negro, y es que propendemos á los colores que están más en armonia con la situacion de nuestra alma.

Largas horas hacia que estaba sentada en aquel sillón, inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho sin cambiar de actitud y sin cansarse de ella.

Tan distraída estaba, que no sintió los primeros y fuertes golpes que el conde-duque había dado á la puerta.

Pero no pudo menos de notar la repetición de aquellos golpes.

II.

Saltó del sillón en un sacudimiento nervioso: cuando se está en la situación en que estaba María, todo nos trae una esperanza ó un temor; tan grave es la una como el otro.

María se abalanzó al mirador, le abrió, echó el cuerpo fuera y dijo con ansia:

—¿Quién es?

—El conde-duque, respondió brevemente este desde abajo.

—Esperad, voy á abrir, dijo María, no sabiendo si alegrarse ó aterrarse.

Y dejando el mirador y sin detenerse á cerrarle, tomó una bujía, bajó y abrió.

—Entrad, entrad, dijo con avidez.

—Bien sabía yo, contestó el conde-duque que se había dominado y aparecía cortésano y galán, que agradeceríais mi visita y os apresuraríais á recibirme; solo que esperaba encontraros en el lecho.

—Ah, yo no puedo dormir, me estoy muriendo, contestó ingenuamente María.

III.

Subian á este punto por las escaleras.

En la casa no había despertado nadie; aquella era de todo punto una visita secreta; Marchante se había quedado pegado al quicio de la puerta, y con la linterna debajo de la capa.

—¿Tanto os duele en el alma don Lope?

—¡Oh, Dios mio, sí! pero en vos consiste que yo no muera.

—Morir vos, dijo suavemente el conde-duque, ¿y qué sería del rey nuestro señor si vos muriéseis?

—Por piedad no me habéis ahora del rey, dijo María, entrando en su retrete y poniendo el candelero que tenía en la mano sobre la repisa de la chimenea: habládmeme de mi don Lope; ¿no os digo que me estoy muriendo? ¡Ah, Dios mio! se ha apagado la chimenea y tendréis frío, pero mucho frío; yo no le tengo, pero supongo yo que le hace; voy á encender.

—No en mis días, no permito yo que me sirva el alma de su magestad.

—Otra vez su magestad: callaos, dejadme, dejadme que encienda la chimenea.

—No hay para qué, dijo el conde-duque; como vos, supongo yo que haga frío; pero yo no le siento. A propósito, sentaos, oidme; traigo la cabeza hecha un hervidero, no me ha dejado su magestad hasta ahora, hablándome de vos desesperado.

—¿Pero y don Lope? ¿y don Lope? dijo irritándose María, lo que á mí me interesa es don Lope; ¿decidme, que vais á hacer con él?

—¿Yo? ¿pues qué puedo yo hacer ni deshacer en asuntos como el de don Lope? Eso pertenece á los alcaldes, á las leyes; ya se vé, los hombres arrastrados por sus pasiones, se olvidan de lo que les conviene.

—¿Pues y qué, qué, qué pasiones ha tenido don Lope? ¿qué ha hecho?

—Me da lástima de desvaneceros ilusiones, María, dijo el conde-duque: don Lope no os ama.

—¡Que no me ama! ¡Y le he visto arrodillado á mis piés y llorando!

—Sois muy hermosa, y los deseos pueden hacer llorar como el amor.

—¿Con qué demonio habeis hablado esta noche, señor conde-duque? exclamó pálida como un cadáver María.

—No quiero creer que tengais por un demonio á su magestad que tanto os ama, que por vos es capaz de todo, que si mañana repudiase á la reina, lo que no es difícil, de seguro se casaria con vos.

—Yo no he nacido para ser reina más que en el teatro, dijo María.

—Y para ser reina de la hermosura á la que todos rinden homenaje; reyes y mendigos.

—Me desesperais, cortais la conversacion cuando más me interesa.

—Es que os sigo.

—Pues bien, volvamos al punto de donde mis réplicas os sacaron: deciais que arrastrado por sus pasiones don Lope habia hecho lo que le tiene preso.

—Ciertamente, María, ciertamente; don Lope enamorado como un loco de doña Esperanza de Salvatierra y sorprendido por el padre de esta dentro de su jardín, al lado de su hija, salió á la calle revuelto con el padre y en la calle le mató.

— ¡Mentira! don Lope no es capaz de hacer eso.

— En buen hora, dijo el conde-duque, mentira será; pero así consta de las declaraciones.

— Me estais martirizando, me estais asesinando, dijo María, que temblaba de los piés á la cabeza.

IV.

El conde-duque comprendia con placer el delirio del amor de la Calderona por don Lope.

Por aquella parte ganaba rápidamente terreno y tenia la casi seguridad del triunfo.

Verdad es que estaba matando á una pobre niña, pero no importaba esto al conde-duque.

— Y bien, bien, dijo María con las lágrimas en los ojos, ¿y qué hacer con don Lope?

— ¿Por qué quereis saberlo, María?

— Hablad, hablad; muy terrible debe ser lo que á don Lope espera, cuando no quereis decírmelo; le matarán, le matarán tal vez.

— Si vos no lo remediais, muere ahorcado.

María arrojó un grito agudo, se echó á los piés del conde-duque y le abrazó las rodillas.

— No, no, exclamó; vos no querreis que eso sea, porque no querreis que yo muera, y yo no os he hecho ningun daño; ningun daño os ha hecho tampoco don Lope, él os estima mucho, os respeta, os ama, me ha hablado siempre muy bien de vos: ¡ah señor! vos le salvaréis, ¿no es verdad? le salvaréis por piedad de mí triste.

— No está en mi mano salvarle, yo no puedo torcer la vara de la justicia, yo no puedo suspender la espada de la ley.

— Vos lo podeis todo, vos sois aquí el rey; si abris su prision á don Lope, ¿quién os pedirá cuenta de ello?

— Ah, poco á poco, María, poco á poco; que yo goce del favor del rey no quiere decir que lo pueda todo: yo no puedo ir contra las leyes, seria un caso de tiranía que no me lo consentirian ni el rey ni el reino: la muerte, mejor dicho, el asesinato de don Mendo de Salvatierra, hecho, segun se cree, por un amante de su hija, y la desaparicion de esta, han causado un gravisimo escándalo, hay que satisfacer la vindicta pública, para don Lope no hay defensa, contra él vienen todas las responsabilidades de ese crimen que yo tengo la seguridad de que no ha cometido; pero, ¿qué quereis? las apariencias

le condenan y los señores alcaldes de Casa y Corte no verán el asesino de don Mendo de Salvatierra más que en don Lope.

—¿Pero si vos conoceis su inocencia, por qué no le salvais?

—Porque yo conozco la inocencia de don Lope por medios extrajudiciales que no pueden hacer prueba en juicio: los resultados pueden pronosticarse sin temor de equivocacion: don Lope será sentenciado muy pronto, tal vez mañana, porque cuando los delitos causan escándalo es necesario satisfacer cuanto antes la vindicta pública.

—¿Y á qué sentenciarán á don Lope? dijo sufriendo una verdadera agonía la Calderona.

—¿A qué han de sentenciarle sino á horca?

—¡A horca! ¡á un hidalgo! ¡á un caballero de hábito!

—Eso quiere decir que habrá una sentencia más, la de degradacion, porque el asesinato, María, es delito infame, delito de desafuero.

—Pues os digo que no, que no matarán á don Lope, porque yo llamaré al rey que está ansioso por verme, me arrojaré á sus piés y salvaré á don Lope.

—¿Y quién os ha dicho que yo deseo que don Lope muera? por el contrario, su desgracia me aflige, porque don Lope es mi amigo y le estimo mucho; vos habeis dado en el único medio que nos saca á todos de esta situacion terrible: el rey y solo el rey puede salvar completamente á don Lope, haciendo que se vea libre en posesion de todas sus honras y dignidades como si nada hubiera acontecido; porque el rey puede como señor absoluto y administrador supremo de la justicia, llamar á sí el proceso, hacerlo oír por su consejo, declarando que por los informes tomados consta que don Lope no ha tenido parte alguna en la muerte del capitan don Mendo de Salvatierra, y absolverle libremente de todo cargo que contra él se haya hecho: el rey puede hacer esto sin consultar á nadie, porque nadie sabrá ni puede saber si el rey ha consultado ó no: el rey puede prescindir de pruebas y de informaciones, bastándole con su conciencia: el rey por su poderío real absoluto, de la misma manera puede injusticiar á un hombre por solo un decreto suyo, manifestando que le consta su culpa, como puede absolver á otro hombre juzgado y sentenciado por los jueces manifestando que le consta su inocencia: el rey es el supremo imperante: el rey no solo es el administrador de la justicia, sino la justicia misma: el rey no tiene más superior que Dios, á quien dará cuenta el dia del juicio de lo que haya hecho bueno ó malo.

—El rey es noble y generoso, dijo la Calderona, y perdonará á don Lope.

—Es que no hay pruebas de la inocencia de don Lope, dijo el conde-duque; es que no puede convencerse al rey de que es justo absolverle, y tratándose de esto seria necesario que vos hiciéseis un sacrificio, que os prevaliéseis de la encendida pasion que el rey siente por vos y accediéseis á sus deseos.

Se echó á temblar la desdichada Calderona y su palidez creció hasta hacerse cadavérica.

—¡Ah no, no! exclamó, el rey no querrá eso, el rey no pondrá en una misma balanza mi desgracia, mi deshonra y su justicia.

—El rey está ciego por vos; yo no digo, María, que impongais al rey condiciones, no por cierto; esto no seria prudente: el rey haria el sacrificio de vuestra posesion, que es lo que más desea en el mundo, si llegase á comprender que compraba esta posesion con una injusticia; no, María, no; esto seria una temeridad, no se conseguiria nada, la dignidad del rey se sobrepondria á todo; es necesario tomar otro camino; creedme, mañana será sentenciado don Lope.

—¡Sentenciado mañana!

—Sí, sentenciado á horca, y si vos no haceis por él un sacrificio, la sentencia se cumplirá dentro de cuatro días: pero se pasará á la aprobacion de la sentencia por el rey, sentencia que se le consultará por ser don Lope capitán de los reales ejércitos y á más de esto caballero de hábito.

—¿Me jurais, don Gaspar, que es cierto todo lo que me habeis dicho, que las cosas sucederán como me las habeis anunciado?

—Os lo juro por mi alma.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Todo, pero dejaos guiar por mí.

—Haré todo lo que me aconsejais, con tal de que yo salve la vida de don Lope.

—Empezad por escribir una carta á su magestad.

—¿Y qué le he decir en esa carta?

—Que habeis pensado mucho en la pasion que su magestad os tiene: pero esperad, mejor será que yo os dicte esa carta.

María se levantó dócilmente, abrió un secreter de ébano con incrustaciones de nácar y concha, se sentó junto á él y tomó papel perfumado del género de aquel de que se valian las damas del siglo XVII para sus correspondencias amorosas.

—Espero, dijo pluma en mano y con la voz apenas perceptible, porque agonizaba.

El conde-duque la dictó lo siguiente:

«Señor, de tal manera han fructificado en mí las semillas del amor que habeis arrojado en mi alma, que ya no soy mia, sino toda de vuestra magestad: perdonad, señor, si mi propia inocencia ha podido hacerme luchar contra un amor que se ha convertido en mi tirano. De vuestra magestad soy, lo repito, y os espero esta noche á las doce. Dios guarde la preciosa vida de vuestra magestad muchos años.»

—Poned la fecha de mañana, añadió el conde-duque, y firmad.

María, con la decision de quien ha aceptado un sacrificio, firmó.

El conde-duque, que se habia levantado y estaba detrás de ella, echó en la carta polvos de color de rosa que habia en la salvadera, cortó la nema, dobló la carta, la cerró y la puso delante de María Calderon, que escribió sobre la nema estas palabras que dictó el conde-duque.

«Al rey mi señor.»

El conde-duque echó polvos sobre la nema, sacó su cartera y guardó en ella la carta.

—Habeis salvado á don Lope, dijo: dentro de dos dias estará en libertad; pero oid, y no os olvideis de lo que voy á aconsejaros: sois una gran cómica, María; mañana á la noche estad vestida lo más bellamente posible, quedaos velando sola en vuestra casa, de tal manera, que vos seais quien reciba al rey en la puerta misma de vuestra casa: mostraos con él enamorada, apasionada, y no habéis ni una sola palabra que haga referencia á don Lope; contentad al rey, y lo demás corre de mi cuenta: por supuesto, que yo me valdré para con el rey de vuestra recomendacion: pasado mañana, el rey os hablará de que por vos ha absuelto á don Lope: cuidado, María, decidle que don Lope es vuestro amigo y que él es quien ha sido en gran parte la causa de que hayan llegado á buen logro los amores de su magestad con vos, hablándoos siempre con gran elogio de las nobles prendas de su magestad, y que os dolia que habiéndoos hecho tan feliz la mediacion de don Lope en estos amores, muriese el desdichado de mala muerte y sin culpa; que por esa razon habeis hablado conmigo para obtener la absolucion de su magestad. Por supuesto, María, que el rey no pueda traslucir que vos habeis amado á don Lope ó que le amais, porque todo se echaria á perder.

—¡Oh, qué sacrificio tan horrible, Dios mio! exclamó la Calderona.

—¿Vacilareis? exclamó cuidadoso el conde-duque.

—No, no vacilo, descuidad; la vida de don Lope antes que todo.

—Que espero que no me hareis arrepentir por vuestra indocilidad de haberos aconsejado; teneis buen ingenio, un gran corazon; os dejo en la confianza de que cuanto más mediteis, más os convencereis de la bondad de mis consejos. Además de esto, María, el rey es muy apasionado y os ama tanto que acabareis por amarle y ¿quién sabe, quién sabe la gran fortuna que debereis al amor de su magestad? Conque adios, meditad bien que la carta que llevo conmigo será entregada mañana al rey, y que este es un paso decisivo del que no podeis ni debeis volveros atrás.

—Estoy resuelta, respondió María; todo por don Lope, todo.

—Pues bien, hasta pasado mañana que os traeré la absolucion de vuestro amigo, y vos misma ireis á llevarle la libertad. Adios.

—Adios, señor conde-duque, dijo María anegada en lágrimas; pero esperad voy á acompañaros, voy á abrir la puerta.

María tomó una luz y acompañó hasta abajo al conde-duque.

—No os olvideis, dijo este al salir.

—No me olvidaré, contestó llorando María.

El conde-duque se alejó, precedido de Marchante que le alumbraba con la linterna, y tomó el camino de la casa de la condesa de Santurces.

CAPITULO XXXVII.

En que se vé que la condesa de Santurces estaba tan loca por don Lope como María Calderon.

I.

Aunque la distancia era larga, Marchante y el conde-duque llegaron el uno delante alumbrando y el otro detrás, en poco más de un cuarto de hora á casa de la condesa de Santurces.

Estaba como era de suponer cerrada á piedra y lodo: esto no obstante, el conde-duque llamó con insistencia hasta que medio dormido acudió el portero.

—Decid á su excelencia, le dijo don Gaspar, que el conde-duque de Olivares necesita hablarla al momento para un asunto importantísimo.

—¡Ah excelentísimo señor! exclamó el portero, qué honra la mía en hablar con vucencia: pase vucencia; su excelencia está acostada, pero no importa yo pondré de punta á las doncellas y su excelencia será avisada, tenga vucencia la bondad de seguirmē, voy á conducir á vucencia al estrado.

—Quedate aquí, Marchante, dijo el conde-duque.

Y siguió al portero, que con una bugia en la mano, iba éxtremecido de placer porque servia de introductor no menos que al prepotente conde-duque de Olivares, ministro de Estado y del Despacho universal del rey.

— Esperaba una buena gratificación, y no se engañó, porque cuando despues de haber dejado en el gran salon de recibo al conde-duque, volvió y le dijo que ya su señora estaba avisada, el conde-duque le dió una buena sortija.

II.

Esperó don Gaspar media hora larga, lo que queria decir que la condesa se ataviaba.

Al fin se levantó el portier de una de las grandes puertas del salon, y apareció una doncella que dijo al conde-duque:

— Sígame vuestra excelencia si gusta.

El conde-duque siguió á aquella jóven, que le hizo atravesar algunas estancias perfectamente decoradas y amuebladas, y le introdujo al fin en un ancho y magnífico gabinete, en el cual sentada junto á una chimenea y negligentemente vestida aunque con gran elegancia, estaba pálida y con visibles muestras de insomnio la hermosa condesa de Santurces.

III.

— ¿Qué es esto? ¿qué visita es esta tan inesperada? dijo con suma afabilidad la condesa: sentaos, amigo mio, sentaos, debe hacer mucho frio.

— En tal situacion tengo el cuerpo y el espíritu, señora, contes-
tó el duque, que si hace frio no le siento; ved la hora en que vengo á veros, meditad en lo enemigo que soy de importunaciones, y comprendereis lo grave del motivo que me trae.

— ¡Ah! ¿doña Esperanza tal vez?

— De doña Esperanza, no hay que hablar, señora, dijo el conde-duque: vuestros criados se la dejaron arrebatarse fácilmente; pero es el caso, que en Puerta Cerrada se la han arrebatado á los míos, dejando á uno muy mal herido, unos hombres que no se sabe quien sean.

— ¿Y habeis sospechado de mí, don Gaspar?

— Ni por asomo: no es de doña Esperanza ciertamente de quien vengo á hablaros, sino de otra persona que os interesa mucho más.

— ¿Y quién es esa persona?

— Vuestro sobrino don Lope de Fonseca.

— ¡Ah! ¿pues y qué sucede á mi sobrino? exclamó verdaderamente asustada la condesa.

—Sucede, dijo el conde-duque, que ese endiablado alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban, ha andado tan activo y ha encontrado tales méritos en el proceso de vuestro sobrino, que como sabia que yo me interesaba grandemente por él, me ha avisado diciéndome que tiene hecha toda su prueba, y que como la muerte del capitán don Mendo de Salvatierra ha causado un gravísimo escándalo, va á pronunciar mañana la sentencia, y á elevarla á la aprobacion de su magestad.

—¡Dios mio! exclamó la condesa, ¿y á qué va á sentenciar ese hombre á mi sobrino?

—A muerte.

—¡A muerte!

—Sí, señora; á muerte en horca.

—Vamos, no puede ser, eso no será, exclamó sofocada la condesa; yo veré mañana á ese hombre, le cubriré de oro.

—Todo inútil, señora mia, todo inútil; el tal Pedro Gutierrez de Santisteban es un juez inflexible, con él no valen dádivas ni honras ni amenazas, es capaz de sufrir el martirio por la justicia, hay que dejarle que sentencie.

—Eso es, y que ahorquen á mi sobrino.

—No le ahorcarán, porque sobre los alcaldes está el rey.

—Y sobre el rey, vos.

—Bien, sí, condesa; pero yo no salvaré á vuestro sobrino si vos no me salvais á mí.

—¿Y qué hay que hacer, don Gaspar?

—Que me ayudeis contra mis enemigos.

—¿Y quiénes son vuestros enemigos?

—Demasiado los conoceis, pero el principal de ellos es la reina.

El conde-duque hablaba desembozado, porque para con la condesa de Santurces no tenia otro arbitrio.

Ella era tan cortesana y tan experimentada como él.

Causa grima el ver en qué intrigas tan miserables se ven envueltos los reyes por los traidores que los rodean, y más cuando los reyes se dejan arrastrar por sus pasiones, como es notorio se dejaba arrastrar por ellas el señor rey don Felipe IV.

—¿Y qué hay que hacer? dijo la condesa.

—¿Qué hay que hacer? poner decididamente fuera de combate á la reina: ¿pues no sabeis que la reina quiere gobernar el reino á par del rey? ¿No sabeis que nuestros enemigos se amparan de la reina y nos hacen una guerra á muerte? La reina no cede, la reina se obs-

tina, ha jugado el todo por el todo, y hay que hacer como ella hace, ó somos perdidos.

—¿Y qué medios hemos de emplear contra la reina? dijo ya tranquila la condesa de Santurces porque veía que estaba en tratos con el conde-duque, y que este salvaría completamente á don Lope si ella hacía lo que el conde-duque quisiese.

—¿No habeis reparado, señora... dijo el conde-duque.

—¿Y en qué he de haber reparado? hay tantas cosas en que reparar en la córte...

—Me refiero á la intimidad que existe entre don Juan de Tarsis y la reina.

—Ah, si, es verdad, dijo la condesa que no había reparado en nada porque no había en qué reparar; ciertamente, el conde de Villamediana hace versos á una Filis, que segun los pelos y señales no puede ser otra que su magestad.

—Y lee los versos á todos los de la corte, y cuando ve á la reina, lo cual sucede con mucha frecuencia á causa de su cargo de correo mayor, la lee los tales versos.

—Cierto que sí.

—Y más de una vez han estado largo tiempo á solas su magestad y Villamediana.

—Pues mirad, no he reparado.

—Bah, pues tenedlo por seguro; lo he reparado yo.

—Ah, pues si vos lo habeis reparado, don Gaspar, es lo mismo. ¡Qué cosas, señor, qué cosas! ¡Cómo andan los tiempos!

—Ya veis que como leales vasallos no podemos ni debemos tolerar que de tal manera sea injuriado el rey.

—Cierto que no, ¿pero quién es el que se atreve á ponerle el cascabel al gato?

—Bah, condesa, me atrevo yo; pero para esto necesito pruebas, y si vos me las negais...

—¡Ah, no, no! se apresuró á decir la condesa comprendiendo la intencion del acento de las últimas palabras del conde-duque, yo no os las niego, sino que no encuentro la manera.

—¿No sois amiga de la primera dama de honor?

—No mucho, no mucho, don Gaspar; la vieja duquesa de Sástago me encocora.

—Pero podeis ser muy su amiga.

—Indudablemente, dijo la condesa, y no sé cómo no lo soy, porque á la verdad la de Sástago tiene muy buenas cualidades, so-

bre todo la cristiandad y la honestidad, es muy buena señora.

—Pues bien, haceos su amiga y empezad otorgándola una confianza.

—¿Y qué confianza ha de ser esa, don Gaspar? dijo la condesa, que estaba resuelta á prestarse á todo por su sobrino.

—Escribid á la duquesa con fecha de hoy.

—¿Y qué la he de escribir, don Gaspar?

—¿Quereis que yo os dicte la carta?

—Vaya si quiero, dictad.

Y la condesa se levantó, se fué á una papelera, la abrió, tomó papel, que ciertamente no estaba perfumado, porque la reoolta condesa de Santurces no mantenía con nadie correspondencias amorosas, y esperó á que la dictase el conde-duque, que empezó de esta manera:

«Amiga doña Gertrudis, estoy verdaderamente escandalizada y sin querer creer á mis propios ojos; por lo mismo os consulto á ver si reparais en lo que he reparado yo, que ciertamente es gravísimo: ya sabeis que nuestro amigo don Juan de Tarsis se jacta de que su magestad la reina le tiene en grande estima y que muchas veces nos ha leído versos de una Filis que se parece mucho, segun el poeta la pinta, á su magestad, y aquello de los idolatrados imposibles y de los círculos etéreos donde está el sol de la felicidad del conde, y aquel anhelo sin fin, y aquel esperar sin esperanza y toda aquella balumba de metáforas en que los más lerdos ven que el conde levanta sus versos á una sacra y augusta persona: yo no sé cómo su magestad el rey, que conoce todos los versos de Villamediana, no ha reparado en esto; puede ser acaso, porque tanto y tan increíble atrevimiento se encubra á sí mismo, por no haber quien crea haya quien se atreva á tanto. Pero no es esto solo, mi querida duquesa; ayer entraba yo harto de prisa por la tarde en la galería de mozos, que sabeis que es el punto del alcázar menos frecuentado y al que dan las habitaciones de la reina, y hube de detenerme: fortuna que me detuve á tiempo y no me vieron; la reina y el conde de Villamediana estaban junto á las celosías que caen sobre el Campo del Moro y Puerta del alcázar, muy metidos en conversacion, y no así como quiera, sino dadas las manos. Me aturdió esto y huí: pudo ser ilusion mia; tengo esa pesadilla en la conciencia, y os consulto, señora, por si vos habeis visto entre la reina y el conde alguna otra cosa semejante. Os escribo, porque de resultas de lo que he visto, me he puesto mala y me tarda el que me saqueis de dudas. Será prudente que quemeis esta carta. Guárdeos Dios.»

IV.

—¿Y qué vais á hacer de esta carta, don Gaspar? dijo la condesa.

—Con esta carta salvo á vuestro sobrino, contestó el conde-duque.

—Pero me perdeis á mi.

—Por el contrario, os salvo; yo haré que indirectamente y sin deciros por qué, os recompense el rey, porque en fin habeis obrado como una vasalla leal.

—¿Pero y mi sobrino?

—Arremeted con vuestros escrúpulos, condesa; pedid á Roma la dispensa y casaos con él.

—¡Ah, no me atrevo! mi voto, y sobre todo, que yo no amo á mi sobrino de esa manera.

—Pero se me antoja que seriais con él muy feliz. Vamos, poned la nema á la carta, doña María.

La condesa cerró la carta y puso en el sobreescrito:

«A la excelentísima señora duquesa de Sástagó, primera dama de honor de su magestad.»

—Mi señora doña María Estebez de Guzman, dijo contentísimo el conde-duque y guardándola en su cartera, os dejo para que reposeis tranquila: pasado mañana podreis abrazar libre y salvo á vuestro sobrino.

—Gracias, señor don Gaspar, contestó la condesa, soy toda vuestra.

—Alegraríame de que eso fuera completamente cierto, porque sois hermosísima, condesa.

—¡Ah! exclamó la condesa bajando los ojos, mi hermosura, si alguna tengo, es de la tierra, porque mi alma es de Dios.

El conde-duque besó la mano de la condesa y salió.

En cuanto estuvo fuera de la casa, tomó el camino de la de Pedro Gutierrez de Santisteban.

CAPÍTULO XXXVIII.

Lo que era la justicia en aquellos tiempos.

I.

Llegó á ella muy vencida ya la noche el conde-duque, llamó y volvió á llamar, respondió una vieja, dió su nombre el conde-duque, abrieron y entró.

Recibióle todo soñoliento, todo pavor, todo respeto, cubierto su estado en ropas menores por la toga el señor Pedro Gutierrez de Santisteban, en un despacho mezquino y frio en que no habia más que un estante con alambra, algunas sillas de anea y una gran mesa de nogal recargada de procesos, tras la cual se veia un sillón de vaqueta.

—¡Señor excelentísimo, poderoso señor! exclamó el alcalde deslumbrado por el resplandor que para él emanaba del ministro universal, ¡tanta honra por mi humilde casa! siéntese aquí vucencia: ¡qué felicidad, Dios mio, qué enorme favor!

—Basta, basta, señor alcalde, dijo el conde-duque sentándose en el sillón. No conozco nada más alto que al que absuelve y condena, que tiene en la punta de su pluma la vida y la muerte. Sentaos.

—¡Oh! de ninguna manera, excelentísimo señor; perdóneme su excelencia si no obedezco; sentarme yo delante de su excelencia, ¡oh, no, no señor, de ningún modo!

—Yo os suplico que os sentéis; tenemos que hablar largamente, y me molesta veros de pié.

—Pues por no molestar á su excelencia me siento bien contra mi voluntad.

Y el alcalde se sentó quedándose de media anqueta y tieso sobre el ángulo de una silla, con una posicion muchísimo más violenta que si se hubiera estado de pié.

—Decidme, preguntó el conde-duque, ¿en qué estado se encuentra la causa del matador del capitan don Mendo de Salvatierra?

Asustóse el alcalde.

—¡Ah señor excelentísimo! en ningun estado; sin empezar como quien dice, fuera de las primeras diligencias; porque habeis de saber, señor excelentísimo, que todo ayer he estado secuestrado por un crimen inaudito y en poder de bandidos.

—¿Secuestrado estuvisteis, señor Pedro Gutierrez? observó severamente el conde-duque.

—Sí, señor; no pude evitarlo, fui víctima de una astucia infernal.

—¿Y no sabeis que al juez que se deja secuestrar debe quitársele la vara por tonto?

—¡Ah señor, señor excelentísimo! que quisiera mejor no haber nacido, que sufrir tal reprension de boca de su excelencia; tiene su excelencia razon, fui un estúpido; pero sóbrame mi buena intencion, y sirva esto para que su excelencia ejercite conmigo misericordia.

—Secuestrado por bandidos, burlado por bandidos todo un alcalde de Casa y Corte, todo un individuo de la excelentísima sala del consejo de Castilla, ¡qué vergüenza!

—Por piedad, por piedad, señor excelentísimo, exclamó el señor Pedro Gutierrez cayendo de rodillas.

—Alzaos y sentaos, dijo el conde-duque, y si quereis que con vos se ejerza misericordia y aun que se pase la mano por cima de la gravísima culpa que habeis cometido dejándoos engañar, resarcid por vuestra parte á la justicia lastimada.

—Sí resarciré, excelentísimo señor, sí resarciré, dijo el alcalde, que habia vuelto á sentarse y estaba más tieso que antes; pero ahorcad ó echad á galeras á todo el que caiga bajo mi mano.

—¿Y nada se os ocurre acerca del señor don Lope de Fonseca, por otro nombre el capitan Ponferrada, del hábito de Santiago?

—Lo que se me ocurre es que... no se me ocurre nada, excelentísimo señor; porque segun he llegado á entender, se me antoja

que no ha sido él el matador de don Mendo de Salvatierra, ni por pienso.

—Qué antojos teneis tan extraños, pues ¿quién más que él ha sido el matador?

—Indudablemente, señor, indudablemente él ha sido; pero no creo fácil hacerlo constar en el proceso.

—¿Qué pobre hombre sois! ¿no estais seguro de que el asesino de don Mendo de Salvatierra ha sido don Lope de Fonseca?

—Sí que lo estoy.

—Pues si lo estais, sentenciad; acabad brevemente el proceso; ya sabéis que con pocas fojas se puede llevar á la horca á un hombre.

—Sí, sí, indudablemente, excelentísimo señor, pero ¿y las pruebas? ¿y los testigos?

—Cada vez os encuentro más torpe: los testigos los tiene un juez siempre que los quiere, debajo de la mano.

—¡Oh!

—¿No encontrareis vos dos hombres que hayan visto matar á don Mendo de Salvatierra? Y si no vos, vuestro secretario.

—Encontraremos, no digo yo dos, sino veinte; pero ¿y la confesion del reo?

—¿No sabéis vos, ó vuestro secretario, hacer firmar á un hombre aunque no quiera? Ahí teneis una firma de don Lope de Fonseca.

Y el conde-duque sacó una carta, cortó de ella únicamente la parte que contenia la firma, la entregó al alcalde, y guardó la carta.

—Pero excelentísimo señor, dijo aturdido el alcalde, por todo esto que vucencia me manda puedo yo ser decapitado en justicia ó por lo menos enviado por toda mi vida á galeras.

—¿Qué sabéis vos, señor Pedro Gutierrez? ¿creeis que yo puedo aconsejaros una injusticia?

—¡Ah no, no, señor, de ningun modo! ¡excelentísimo señor, vucencia es la justicia personificada!

—Pues bien, á mí me consta, y del mismo modo le consta al rey nuestro señor, que don Lope de Fonseca ha matado de mala muerte, con traicion y alevosía, premeditacion, seguridad y saña, al buen capitán don Mendo de Salvatierra, por apoderarse de su hija doña Esperanza, á la que ha robado y secuestrado haciéndola desaparecer; y como estos dobles crímenes han causado un gravísimo escándalo hasta el punto de que ningun hombre honrado se crea se-

guro en su honor y en su persona, el rey nuestro señor quiere y manda y decreta que el castigo sea ejemplar y prontísimo para que sirva de escarmiento; y como este castigo no sería ejemplar si no fuese pronto, y como no puede ser pronto si nos esperamos á tener todas las pruebas legales, testificales, indudables que pide el derecho, constando el delito, se atropella por todo y se anula la prueba por aquello de *salus populi prima lex esto*, y aquello tan sabido y tan profundamente sabio de que el fin justifica los medios: y no se hable más, y llamad á vuestro secretario, y poneos sin levantar mano á sustanciar este importantísimo proceso de tal manera que hoy mismo pronunciareis sentencia y la dareis á la aprobacion de su majestad.

II.

Sudaba el mezquino del alcalde.

Se le pedia una enormidad de todo punto imposible.

Es decir, se le exigía que asesinasen á un hombre valiéndole para ello de armas la falsificacion, el perjurio y una multitud de crímenes espantosos.

Sin embargo, el señor Pedro Gutierrez de Santisteban no se atrevía á negarse, le aterraba el poder del conde-duque.

—De otro modo, dijo este, se os prenderá, se os encausará por la debilidad y por la torpeza de haberos dejado secuestrar por bandidos, y por el crimen de haber procurado con una orden vuestra la evasion de un gran criminal que se encontraba preso y sujeto al imperio de las leyes.

Cuando un juez comete una primera debilidad, se eslabonan á ella otra multitud de debilidades necesarias.

Un juez si no quiere verse reducido á una situacion infame, debe arrostrar el martirio antes que faltar á la justicia.

El señor Pedro Gutierrez de Santisteban no tenia medio de retroceder, y le aterraba la lucha que tenia que sostener con su secretario, que no se encontraba en el mismo caso, y el señor Pedro Ponce pondría piés en pared y no se rendiría tan fácilmente porque era avaro y procuraría sacar todo el partido posible del mal hecho que se le exigía.

—No encontraré secretario que esto haga, dijo Pedro Gutierrez rompiendo por todo, como no se le dé un ojo de la cara, porque estos tales no acceden sino por la cuenta que les tiene.

—Acabáramos de una vez, dijo el conde-duque, tomad un papel y escribid lo que yo os diga.

El juez enderezó su pluma sobre un pedazo de papel sellado inutilizado y el conde-duque dictó:

«La real hacienda pagará por la secretaria de Estado y del despacho universal á... la cantidad de... por servicios privados de los cuales tiene conocimiento su magestad, de cuya real orden expido yo el infrascrito, secretario de Estado y del despacho, esta carta de pago.»

—Dadme ahora un pliego de papel del sello, dijo el conde-duque.

Y dejando el espacio necesario para que pudiese caber el texto de la carta de pago, escribió:

El conde-duque de Olivares.

Y rubricó.

—He dejado en blanco el nombre de la persona que ha de recibir, y la cantidad, para que pongais el que os parezca y la suma que querais; y no hablemos más y vóime, que ya amanece y necesito reposar: cuenta con que esta tarde ha de ser presentada al rey para su aprobacion la sentencia de muerte de don Lope de Fonseca, y la de degradacion adjunta, con cuchillo ó en horca segun de la prueba resultare.

—Pues ello ha de ser así, dijo Pedro Gutierrez; vaya vucencia con Dios, que ya se hará lo que se pudiere y más de lo que pudiere ser.

—Así lo espero, dijo el conde-duque.

Y se levantó para marcharse.

—Espere vucencia á que le alumbren, dijo Pedro Gutierrez.

Y tomando el velon de Lucena con gran pantalla que alumbraba la estancia, precedió al conde-duque por las fementidas escaleras de la casa, y abrió por sí mismo las dos puertas del zaguan.

El conde-duque salió rebozado.

Empezaba á amanecer.

Marchante rompió la marcha alumbrando aún con su linterna, porque el dia amanecía muy negro.

Pedro Gutierrez cerró, se metió en un aposentillo que habia en el estrechísimo patio de la casa, y movió bruscamente á un moceton que dormia con el sueño más grave del mundo en una apariencia de lecho.

—A ver, Gato-rubio, exclamó el alcalde cuando el moceton des-

perió despavorido, á ver si cuelgas la asadura y te vas ahora mismo á casa del señor Pedro Ponce y le dices que sin demora ni escusa se venga contigo al instante, que le estoy esperando.

—Pues hágame su merced, dijo restregándose los ojos Gato-rubio, que no sabemos por qué se le llamaba así, puesto que era pelinegro y moreno, el favor de encenderme el candil á fin de que yo pueda vestirme más de prisa, que á tienta no se encuentran bien y pronto las cosas.

Encendió el alcalde un candil que estaba clavado á la pared por su rabo y salió.

Entonces saltó de la cama desnudo una especie de Apolo de Belvedere en cuanto á la forma, pero de color de morcilla mal curada.

Echóse una camisa no muy limpia, encajóse unas calzas grises atacadas, unos gregüescos pardos, una ropilla parda tambien; calzóse unos enormes zapatos herrados, y aun creemos que con herraduras; ciñóse un talabarte de que pendia una espada de cuatro dedos de ancha y cinco palmos de larga; atravesóse una daga sobre los riñones, enganchóse su pistolete, púsose un sombrero y una capa parda, cogió una vara negra, apagó el candil, y abriendo las dos puertas del zaguan en las cuales habia dejado puestas las llaves el señor Pedro Gutierrez, cerró, guardóselas, y se puso en franquía en demanda del señor Pedro Ponce, con el que volvió aun no pasada media hora.

Era ya de dia.

CAPÍTULO XXXIX.

De lo que eran los escribanos de entonces.

I.

—Buenos dias nos dé Dios, dijo entrando en el aposento donde estaba el alcalde el señor Pedro Ponce y restregándose las manos y soplándoselas, y qué buen frio que hace; y vá de aperreos: ayer todo el dia hasta las tantas de la noche preso y asustado, y hoy molestado antes del amanecer, cuando aun todavía no se ha satisfecho el sueño.

—Cosas son estas de nuestro oficio, señor Pedro Ponce.

—Pues digoos yo, señor alcalde, que nuestro oficio se vá poniendo más malo cada dia, y que si esto sigue así, de escribano me quito y métome fraile, que así no trabajaré tanto, tendré menos zozobras, y serviré mejor á Dios; pero ¿cómo es que para indemnizarme del madrugon no mandais á vuestra ama de gobierno doña Genoveva, traiga de aquel rico aguardiente de guinda que os regalan de Chinchon, para hacer boca al rico chocolate de Soconusco que os regalan los padres de la Merced con los excelentes molicones bañados que recibís de las buenas madres Trinitarias?

—Dejad, dejad que se levante á su hora la buena doña Genoveva, que está ya demasiado anciana y cansada para que se la hagan sufrir madrugones: todo esto vendrá á su tiempo y á más grande al-

muerzo á las nueve y gran olla podrida con alguna empanada y algun faisán por añadidura á las doce, y porque no os impacientéis, digoos que tengo yo aquí algo con que hareis boca mucho mejor que con el aguardiente de guindas de Chinchon.

—¿Y qué es ello? dijo el señor Pedro Ponce.

Calóse las antiparras el alcalde, leyó la minuta de la carta de pago, y luego mostró al escribano el papel sellado con la firma en blanco del conde-duque.

—¡Cáspita! ¡cáscaras! ¡rescoldo! exclamó el escribano, ¿y qué es es esto? Huéleme á fraude: algo se nos pide importante.

—¡Ay señor Pedro Ponce, exclamó compungido el alcalde, que lo que se nos pide es un imposible!

—¡Qué ha de ser imposible! dijo el escribano, á pesar de que no sabia de lo que se trataba; dadme, dadme acá esa firma en blanco, é idme leyendo la minuta.

Y bajo la palabra del alcalde escribió:

«La real hacienda pagará por la secretaria de Estado y del despacho universal á Gervasio Gutimberga, genovés de nacion, que habita en la calle de Francos, núm. 25 nuevo, la cantidad de cincuenta mil ducados á la vista, por servicios privados de los cuales tiene conocimiento su magestad, de cuya real orden expido yo el infrascrito, secretario de Estado y del despacho, esta carta de pago.»

Puso la fecha del dia el señor Pedro Ponce.

De su cosecha habia puesto el nombre de quien habia de recibir y la cantidad que habia de ser recibida.

II.

—No sé si habeis puesto poco ó mucho dinero, dijo el señor Pedro Gutierrez mirando de una manera profunda y escudriñadora al señor Pedro Ponce, porque no sé si sabeis ó nó por qué se nos dá esta cantidad.

Como se vé, puesto ya en el burro y comprometido el señor Pedro Gutierrez de Santisteban se llamaba á la parte.

—Lo que sé, dijo el señor Pedro Ponce, porque es lo que más urge ahora, es que tengo las manos engarabitadas de frio y que me parece que debiérais encender un buen brasero, porque creo que vamos á escribanear mucho.

—¿Y quién os lo ha dicho? contestó el alcalde, agitando una negra campanilla de bronce que tenia sobre la mesa, á cuyo sonido se

presentó Gato-rubio, recibiendo orden de encender el brasero.

—Me lo dice la carta de pago en blanco que nos ha dejado el señor conde-duque.

—¿Pero saheis de lo que se trata, cristiano?

—Trátese de lo que se trate: por cincuenta mil ducados, quiero decir, por veinticinco mil, que son los que me tocan en parte, soy yo capaz de cambiar los hemisferios.

—Pues mirad que se trata no ménos que de trastrocar los hemisferios de la justicia.

—Los del quinto cielo trastrocara yo por esa cantidad, dijo el señor Pedro Ponce. ¿Pero qué es ello?

—Que tenemos que sentenciar á muerte hoy mismo, y elevar la sentencia á la aprobacion de su magestad, á don Lope de Fonseca, caballero del hábito de Santiago, conocido además con el nombre de capitan Ponferrada, por el delito de haber dado muerte con traicion, alevosía, seguridad y saña al capitan inválido don Mendo de Salvatierra, y otro sí, por raptó violento de doña Esperanza de Salvatierra, hija del susodicho difunto.

—Pues se le sentencia, contestó tranquilamente el señor Pedro Ponce. ¿Pero por qué querrá el conde-duque que se sentencie á muerte á ese don Lope? Paréceme que he puesto poco dinero: faldas andan aquí, y es gran lástima que yo haya partido tan de ligero: ¿quién sabe para lo que se querrán estas faldas y por qué se nos pedirá la sentencia de ese? negocio era bobo de cien mil ducados, pero en fin, ya está hecho; para otra vez no partiré tan de ligero.

—¿Conque se le sentencia, eh? dijo el señor Pedro Gutierrez.

—Sí, señor; se le sentencia á horca con saco y bonete colorado, y por sentencia conjunta, á degradacion de sus títulos, empleos, honores y preeminencias.

—Me admira la frescura con que decís se le sentencia: ¿y la prueba, señor don Pedro Ponce?

—Yo siempre llevo una prueba metida debajo del brazo, contestó el escribano: solo me falta una firma del reo, que no será difícil encontrar, pero puede invertirse tiempo.

—Por eso no os acongojeis, dijo el alcalde, que aquí tengo yo una firma de don Lope que me ha dejado el mismo conde-duque.

—¿Sabeis que no parece sino que el conde-duque ha sido alguna vez escribano? dijo el señor Pedro Ponce, pero se le ha olvidado á su excelencia una cosa que yo iré á reclamarle.

—¿Y qué es ello?

—Una real órden por la que su magestad nos mande saltemos por encima de los términos de prueba.

—Ah, esa la dará su excelencia en cuanto se le pida.

—Pues á ver si os aderezais y os vestís, señor alcalde, porque lo que aquí procede es ir á tomar la confesion al capitan don Lope.

—Negará.

—¿Y qué importa que niegue, si la confesion la habrá hecho ó no la habrá hecho á solas con nosotros? á lo que vamos es á que conste que hemos ido á la cárcel de las Órdenes á tomar la confesion al reo, que luego esta parecerá firmada por él tan completa, que será bastante para dispensar toda otra prueba, no obstante lo cual haremos la prueba de testigos presenciales del hecho: en fin, vestíos y despachad, y á ver si doña Genoveva se ha levantado ya y nos trae el aguardiente de guindas y sobre él el chocolate y los moigones.

III.

Llamó el alcalde y se presentó Gato-rubio.

—El brasero está todavia á medio encender, dijo temiendo ser reprendido por tardo.

—Espere á que le amonesten para disculparse, dijo el alcalde, y se escusará de necedades; que no es el brasero lo que se le pide, sino que diga á doña Genoveva, que ya se habrá levantado, que le entregue la limeta del aguardiente de guindas de Chinchon y dos vasos, y que se ponga á hacer como sabe hacerle, chocolate del de Sonusco de los padres de la Merced, y que os lo dé servido con dos servilletas muy limpias y con mojicones bañados de las madres Trinitarias: ea, vaya y dése prisa.

Salió el alguacil y al volverse el alcalde vió que el escribano estaba con unas calzas negras en la mano.

—¿Qué esto, señor Pedro Ponce? dijo el alcalde.

—Que voy á serviros de ayuda de cámara para que os vistais más pronto, señor alcalde.

—Ah, mil mercedes, no merezco yo tales criados, dijo el alcalde quitándose la toga, apareciendo en ropas menores, sentándose y poniéndose las calzas.

Pedro Ponce salió del inmediato dormitorio donde se habia metido, apareció con los zapatos no muy lustrados del alcalde, se los puso y los apretó los lazos.

—Vamos, vamos, muy servicial andais hoy, dijo el alcalde, y me vais á hacer á malas costumbres.

—Poneos, poneos los gregüescos y la ropilla, dijo el secretario que habia vuelto á entrar en el dormitorio, lo que no encuentro es golilla, porque la toga ahí la teneis.

—Ya se la pediremos limpia, almidonada y encañonada á doña Genoveva, cuando hayamos tomado el chocolate: esa es prenda que se pone pronto.

Y el señor Pedro Gutierrez que se habia encajado los gregüescos y la ropilla, se echó sobre todo la toga ó loba que era una especie de sotana estrecha y larga hasta los piés, cerrada por enmedio á lo largo por una hilera de botones, con mangas estrechas y falsas mangas. Esta loba tenia á la izquierda una abertura para sacar por ella los tirantes de la espada.

Entró á punto Gato-rubio con una batea de cobre muy limpia y en ella una limeta y dos vasos limpisimos tambien, con un trinchante de plata para sacar las guindas.

—Servid, dijo el señor Pedro Gutierrez.

Gato-rubio llenó los vasos de aquel aguardiente color de rubí, mirándole con ansia y con envidia, metió varias veces el trinchante sacó como hasta media docena de guindas para cada vaso, y no sabemos cómo, algunas sin que lo notaran ni el escribano ni el alcalde, se le cayeron en la manga de la ropilla.

Bebieron alcalde y escribano á menudo y celebrando la calidad del aguardiente, y lo bien aliñado y aderezado que estaba con almíbar y clavo y nuez moscada, lo que hacia de él un licor exquisito, comieron las guindas y despidieron con la batea á Gato-rubio, que en cuanto salió al corredor, se embocó la limeta dándola un tiento que la dejó temblando; y despues se comió las guindas que habia escamoteado en la manga de la ropilla, porque no tenia tiempo para sacarlas de la limeta.

—Mucho han bebido sus mercedes, dijo doña Geneveva que estaba en la cocina dale que le das á los molinillos del chocolate; vamos, señor Ginés, vos tambien sois cristiano y se os puede romper la hiel si no lo probais; poneos un vaso y unas guindas, que me gusta á mi que esteis gordo y colorado.

—Para que esté como vos, que estais fresca y rolliza como una muchacha.

—No seais malo, señor Ginés, que ya sé yo que os gusta más la porterilla del conde de al lado, esa rapazuela que parece un fideo.

—Como que miro yo de la casa á nadie más que á vos, doña Genoveva, contestó Ginés.

—¡Ah picaruelo, y cómo sabes buscártela! hijo, vamos, bebe, pero bebe con prudencia, no te huela el amo y te eche, y luego vente por acá que yo tendré un pocillo de chocolate con sus ricos mojicones; anda, hijo, anda y trae la bandeja alemana y los pocillos de pedernal que están en el aparador, y dos vasos grandes y un plato grande con sus ricos mojicones, que ya ha subido tres veces el chocolate.

—Me parece que se vá su merced con el escribano, dijo Gato-rubio tomando del aparador los objetos que le habia pedido doña Genoveva.

—Pues me alegro, que no se respira sino cuando su merced está fuera de casa: si todos los dias pasase como ayer que no pareció hasta las diez de la noche... vamos, hijo, ya está esto, lleváelo.

Fuese Gato-rubio al despacho de su amo y gefe, llevando sobre las palmas de sus manos la bandeja y aspirando con delicia el aromático olor del Soconusco.

—Dejad eso ahí, dijo el alcalde, y traed las servilletas que se os han olvidado, animal, y que doña Genoveva os dé una golilla.

Salió Gato-rubio.

IV.

—No hay cosa que me haga más feliz, dijo el escribano, que este Soconusco de los padres de la Merced: ¡y qué bien que se tratan los tales padres, y qué bien que se aforran para servir á Dios! así es que tienen los cogotes gordos y colorados que dá gozo verlos: no digo nada de estos mojicones, que parecen hechos no por manos de monjas, sino por manos de ángeles: qué suavidad, qué delicadeza la del baño y qué bien que conocen el gusto del paladar las madres: no, no, y lo que es doña Genoveva cuece de tal manera este chocolate y le deja tan en punto, que acaba de hacerle generoso y sin igual sobre la tierra.

—Ah, Dios ha hecho al hombre para gozar lícitamente con el paladar y con el estómago, y para vivir descansado y no con el aperreamiento que nosotros. ¡Oh qué cosa tan áspera es la iusticia!

Y al decir esto sorbia con delicia del Soconusco el alcalde, sin acordarse de que iba á sentenciar á muerte á un inocente.

Los curiales tienen encallecida la sensibilidad como los médicos

y los sepultureros: para ellos un sér humano no es otra cosa que un material de que se hace un presidiario, un galeote, un ahorcado, un difunto, al que se entierra y hacen todas estas cosas con la misma indiferencia que un zapatero hace un par de zapatos; de otra manera no habria justicia posible, porque serian imposibles el juez y el verdugo, y el médico y el sepulturero; no los permitiría la sensibilidad.

De lo que resulta que Dios es la perfeccion única y ha hecho cuanto era necesario hacer, cada cosa para su cosa, y todo conviniendo á la armonía universal y al bien absoluto.

V.

Apareció Gato-rubio con la golilla y las servilletas, á tiempo que escribía una lista el señor Pedro Gutierrez.

—Venid acá, Gines, dijo, á ver si os acordais todavia de leer.

Y dió la lista al alguacil.

Este leyó mascullando.

—Minuta de lo que se ha de pedir que esté hecho para las nueve de hoy en la hostería de los Tudescos: un pastel de higado de pato, dos grandes chuletas de cerdo asadas á la parrilla con criadillas de tierra asadas y peregil, limon y manteca de vacas, dos perdices reogadas en tocino, una ensalada de puerros, una conserva de membrillo, pan candeal y vino clarete de la Nava del Rey.

—Eso es, dijo el alcalde: pues ahora mismo, que son las siete, os ireis á la hosteria y no os movereis de allí, á fin de que todo esté hecho á las nueve y á punto de comerse; que lo traigan en portaviandas con calentador, y que nos pasen hoy mismo el recibo en conciencia para que no tengamos que echar á galeras por ladron al hostelero de los Tudescos. A doña Genoveva, que tenga para el mediodia una buena olla podrida con todos sus menesteres, y á más, albóndiga, cangrejos y anguila: item, que haga una empanada, como ella las sabe hacer, de gazapo, perdiz y chocha; del pescado que hubiese en el mercado: el más fresco y el mejor, mitad cocido mitad frito; buena ensalada de apio y escarola, y en cuanto á postres ya los hay en casa: idos.

Fuése Gato-rubio y entró contentísimo en la cocina.

—Hoy tenemos gran día, hoy nos atracamos, porque lo que es sus mercedes no se comen lo que han pedido ni aunque se les soguée y se les sople con una caña antes de que coman: el almuerzo

se pone en la hostería, pero la comida, que es la siguiente, se pone en casa.

Y empezó á contar Gato-rubio.

Y conforme iba relatando, iba doña Genoveva contando por los dedos, y halló que podia sisar bien cuatro ducados, porque á lo que habian pedido pensaba ella añadir las delicadezas, esto es, la cuestion de adorno y de relieve, y todas estas cosas hacen subir una cuenta como la espuma.

En fin, á las siete y media de la mañana, el alcalde, embirretado, engollillado, entogado, vara en mano, espada al cinto, envuelto en una gran capa de paño fino de Segovia, fuése á la cárcel de las Órdenes con su adjunto secretario, y se encontró con una protesta, con una competencia, que le dejó helado y frio.

El negocio se echaba á perder, el consejo de las Órdenes por su juero llamaba á sí el proceso de don Lope.

Pero no se entregaron á discrecion ni alcalde ni escribano, sino que personalmente se plantaron en casa del conde-duque, que dormia, á pesar de lo que y como era un señor alcalde de Casa y Corte quien le buscaba de órden del rey, fueron con sumo respeto á despertar á su excelencia, que cuando supo que quien le buscaba era el señor alcalde Pedro Gutierrez de Santisteban, le recibió sin dejar el lecho, con su adjunto secretario; y enterado de la protesta del consejo de las Órdenes y de que era necesaria una real órden para saltar por encima del término de prueba, llamó á su secretario y le dictó con acento nervioso dos reales órdenes: por la una se declaraba el desafuero de don Lope por el género de delito que habia cometido y se le entregaba á la jurisdiccion civil ordinaria, por la otra se dispensaba al alcalde encargado del proceso de los términos de prueba y se mandaba al dicho alcalde la abreviase de modo que pudiese ser llevado al patibulo el reo detrás del cadáver del asesinado, para satisfacer la vindicta pública ofendida.

Estas dos reales órdenes firmadas por el conde-duque fueron entregadas al alcalde para que las uniese al proceso.

Hecho esto, el conde-duque despidió á su secretario, para quedarse en libertad con el alcalde y el escribano.

VI.

Agarró la ocasion por los cabellos Pedro Ponce.

—Señor excelentísimo, dijo suavemente, ¿es legítima esta carta

de pago que me ha entregado para que la cobre, como notario, el genovés Gervasio Gutimberga?

—Mostrad, dijo el conde-duque.

Entrególe el documento el escribano, miróle el conde-duque, y dijo:

—No es mucho, dadme una pluma.

El escribano fué á la mesa de despacho, mojó una pluma, y la entregó al conde-duque.

Este escribió en la carta de pago:

«Páguese hoy día de la fecha por el tesorero de la secretaría de Estado y del despacho universal. — *Olivares.*»

—La sentencia será presentada á vuestra excelencia, para que la eleve á su magestad, dijo Pedro Ponce, hoy mismo á las tres de la tarde.

—Pues bien, señores, dijo el conde-duque, que Dios os guarde; necesito reposar que he dormido muy poco.

—Dios guarde á vuecencia, dijeron á un tiempo el alcalde y el escribano.

Y salieron.

VII.

El consejo de las Órdenes tuvo que bajar la cabeza, en vista de la real órden que le fué presentada, y don Lope fué conducido á la cárcel pública.

VIII.

Ya sin prisa, y porque eran cerca de las nueve de la mañana, el alcalde se volvió con su secretario á su casa; y mientras el almuerzo venia, el señor Pedro Ponce se fué á la secretaría de Estado y del despacho universal, que entonces se abria muy temprano, porque nuestros abuelos eran mucho más madrugadores que nosotros, y se llevó para allá cuatro alguaciles de la ronda del señor Pedro Gutierrez, que ya habian acudido á hacer su servicio, con cuatro sacos, á fin de que repartido el peso del dinero, pudieran llevarle bajo la capa, y no hubiese escándalo.

Presentóse el señor Pedro Ponce al tesorero de la secretaría de Estado y del despacho universal; y este por más que gruñó y rene-gó, porque el dinero andaba escaso en tesorería, echando mano á

ciertos fondos y emolumentos, hizo al fin efectivos aquellos cincuenta mil ducados, porque en la rúbrica de la media firma «*Olivares*» habia cierta señal de que no se habia apercibido el escribano, que á no existir aquella señal, la carta orden no se hubiera realizado tan brevemente.

A las nueve y media, el señor Pedro Ponce entró triunfante casa del señor Pedro Gutierrez, y los alguaciles dejaron en el despacho de este los cuatro talegos constantes cada uno de doce mil quinientos ducados en buenos doblones de á ocho.

Los alguaciles no extrañaron aquello, porque podia aquel dinero ser de penas de cámara ó de algun pleito con la real hacienda.

—Guardaos esos cincuenta mil ducados donde no les dé el sol, dijo el señor Pedro Ponce, que esta tarde despues de que hayamos llevado la sentencia á la secretaría de Estado, me llevaré yo los veinticinco mil que me pertenecen.

—Que me place, dijo el señor Pedro Gutierrez mirando con codicia los cuatro talegos que fué asiendo del cuello y metiéndolos en la parte de abajo de un armario que cerró.

—Buen negocio, ¿eh? dijo el escribano, con algunos como este ya se podia soltar la vara é irse á pasar buena vida á alguna villa.

—Vayan por el susto y el mal dia que pasamos ayer, dijo el señor Pedro Gutierrez.

—Tambien es verdad, contestó el escribano; ¿pero está ya el almuerzo? que creo que nos va á hacer muy buen provecho.

—Sí, señor, sí, vamos allá, dijo el señor Pedro Gutierrez.

Y llevó á su secretario á un cuarto situado junto á la cocina que servia de comedor.

Allí habia una mesa perfectamente cubierta.

IX.

El almuerzo duró hasta las once y media.

Entonces bien repletos y de muy buen humor, volviéronse á poner sus golillas, alcalde y escribano, y con cuatro alguaciles fuéronse á la cárcel pública, donde se encontraron con don Lope que estaba dado á los diablos.

Inútil es decir que don Lope nada declaró que pudiese comprometerle, porque no hizo otra cosa que contar la verdad del hecho.

Abrevió la declaracion cuanto le fué posible el alcalde, como cosa que no habia de servir; y á las doce y media, y dejando inco-

municado á don Lope y llevando consigo una protesta tambien inútil, que don Lope habia hecho reclamando su fuero, se fueron escribano y alcalde á casa de este, y allá el señor Pedro Ponce rasgó la declaracion y la protesta del preso, y se puso á hacer una verdadera novela, un proceso supuesto.

X.

Volaba la pluma del escribano.

Cuando tuvo hecha la confesion de don Lope, es decir, suplantada á don Lope, tomó el pedazo de papel en que estaba la firma de este, y sin vacilar la falsificó de tal manera, que el mismo don Lope la hubiera creído suya.

Habia antes extendido tres declaraciones de tres testigos de mayor excepcion, y en seguida extendió el texto de la sentencia de muerte en horca, con sayo y bonete encarnado, que el señor Pedro Gutierrez firmó friamente.

Estaban en blanco las firmas de las declaraciones de los testigos: el señor Pedro Ponce salió entonces, y en la próxima calle de Latoneros, se metió casa de un fabricante de velones, peroles y almoreces; le metió en la trastienda, y le dijo:

—Firmad aquí, señor Ruiz Porras, y sabed que aunque no jurais derechos os vale esta firma veinticinco doblones; ya os informaré de lo que teneis que decir si como no es de esperar se ampliara este proceso.

—¿Y quién os dice nada, señor Pedro Ponce? dijo el latonero, hé aquí mi firma.

—Enviad mañana á vuestro mancebo á mi casa por los veinticinco doblones, y quedaos con Dios, que corre prisa.

De allí se fué el escribano á los soportales de la calle de Toledo á la Plaza, se metió en una salchicheria, y dijo á un hombre obeso que estaba detras del mostrador:

—Venios conmigo para adentro, señor Damian Picazo.

Entróse con el escribano el comerciante de grasa, y firmó á cierra ojos donde el escribano le dijo que firmase.

—Enviad mañana por veinticinco doblones á mi casa, y quedaos con Dios, que estoy muy deprisa.

Y salió escapado, entró en la Plaza, la atravesó, y se metió casa de un mercader de sedas.

— Firmad aquí, señor Cosme Pedroche, y sabed que os ganais veinticinco doblones.

Firmó el mercader sin saber lo que firmaba, como los otros.

Tenian una gran confianza en el escribano.

El proceso estaba concluido.

Inmediatamente lo llevaron á la secretaria de Estado, donde el conde-duque esperaba.

Poco despues el conde-duque subia por una escalerilla de servicio á la antecámara real.

Pero en vez de entrar en la cámara, se fué por la saleta á las galerías, y en la de los Infantes se entró en la habitacion de la excellentisima señora duquesa de Sástago, primera dama de honor de la reina.

CAPITULO XL.

De lo que habló el conde-duque con la duquesa de Sástago, y de cómo por resultado de la conversacion se vió obligado á visitar en su encierro á Estebanillo

Mereuelo.

I.

Encontró el conde-duque á la duquesa de Sástago irradisima todavia, por la aventura de la noche anterior.

Esto consistia en que habia oido muchos cuchicheos de damas y camaristas al pasar ella por la antecámara de la reina, y habia comprendido muchas miradas furtivas y burlonas, y en que la misma reina la habia preguntado:

—¿Pero qué es lo que os sucedió anoche, duquesa? creo haber oido decir que encontraron en vuestro aposento á un intruso.

Esto habia sido causa de que doña Gertrudis hubiese tomado una ojeriza mortal del momento á la reina.

La encontraba, pues, perfectamente preparada el conde-duque, para la intencion que llevaba.

Como la noche anterior el conde-duque y la duquesa, segun recordarán nuestros lectores, habian transigido y habian quedado grandes amigos, la duquesa se tragó su mal humor y se puso cuanto amable pudo para el conde-duque.

—Y bien, le dijo, ¿á qué debo la felicidad de veros en mi cuarto?

—A una casualidad, mi querida doña Gertrudis, contestó el

conde-duque, sacando de su cartera de terciopelo bordado de oro una carta: héme aquí que soy vuestro correo.

—¿Mi correo, amigo mio?

—Si por cierto, contestó el conde-duque, al pasar por la galería de los Infantes, me he encontrado esta carta dirigida á vos, que sin duda ha perdido quien la traia, y cuyo secreto he respetado por más que yo sea muy curioso y me interese mucho saber qué puede escribir la señora condesa de Santurces á la señora duquesa de Sástago, cuando á lo que creo no son muy amigas.

—En verdad, en verdad, dijo doña Gertrudis, que me extraña mucho que me escriba doña María, porque estamos alejadas; ¿me permitís, don Gaspar? tengo una gran curiosidad.

—Satisfacedla, señora, satisfacedla; ya sabéis que soy muy vuestro amigo, y que podeis tratarme con la mayor confianza.

—Pues con vuestra licencia, amigo mio, dijo la duquesa.

Y rompió la nema, desdobló la carta, y se puso á leerla con avidéz.

De improviso la duquesa se puso pálida, decimos mal, verde, porque sobre la tez impura de la duquesa, la palidez se hacia verdosa.

Ya hemos dicho que estaba muy mal predispuesta en contra de la reina.

—Oh, dijo, esto podrá ser muy bien, porque yo tambien he notado algo.

—¿Y qué habeis notado, doña Gertrudis?

—¿Sabéis lo que me dice en esta carta la de Santurces?

—Ah, ¿cómo he de saberlo si no la he visto?

—Pues vedla, amigo mio, vedla, tengo la mayor confianza en vos.

Y dió la carta al conde-duque.

Este á poco que adelantó en la lectura de aquella carta exclamó:

—¡Oh, señora! ¿y cómo puede ser esto? ¡qué revelacion tan terrible!

—¿Habeis visto, don Gaspar?

—¿Y cómo que si he visto? ya no se puede creer nada sobre la tierra, cuando hasta la virtud de la reina es mentira.

—Y que no hay que dudar de ello, dijo la duquesa, porque ¿cómo puede suponerse que mienta la de Santurces, que como todo el mundo sabe es una santa? y ya oís con qué escrúpulos me pregunta dudando de sus propios ojos, para ver si yo he visto algo.

—¿Y en efecto habeis visto algo, doña Gertrudis?

—¿Que si he visto? exclamó la malvada fea, he visto, si señor, he visto algo más que ha visto la de Santurces, porque yo estoy algo más que ella cerca de la reina: pero habia guardado un profundo secreto, creyendo que nadie habia reparado en nada: ya se ve, los enamorados son imprudentes, piensan que nadie los ve: ¡oh señor, oh señor, si viérais cómo he visto yo, de qué medios tan raros se vale la Providencia para que se descubran los delitos! figuraos que yo he descubierto una entrevista nocturna de la reina con Villamediana en el jardin del alcázar, á causa de una dolencia mia.

—¿A causa de una dolencia vuestra, señora?

—Si, señor; á causa de una dolencia muy incómoda: figuraos que tenia yo una erisipela tenaz en la nariz, que á más de hacerme sufrir mucho me afeaba porque tenia la nariz como un porro; no hubo pomada ni unguento en la botica que no me hiciesen los médicos aplicase á mis narices, y siempre en vano, hasta que apelé á un curandero que me recomendó una de mis doncellas: oid lo que el curandero me dijo:

—Es necesario, señora, que vuecencia espere el primer menguar de la luna, que será dentro de cuatro dias.

—¿Y cuando mengüe la luna menguará mi erisipela? pregunté yo.

—Si, señora, me dijo, pero es necesario que vuecencia tome la luna á la media noche, y de manera que el rayo de la luna que la dé en las narices pase por una espesura de árboles: con esto y con rezar tres Padre nuestros y tres Ave Marías al bendito San Pascasio mientras que vuecencia toma la luna de la manera que he dicho, al otro dia se encontrará completamente aliviada; pero es necesario tambien que al último *Pater Noster* y con las narices levantadas hácia la luna, se unte vuecencia con esta pomada que está en este botecillo.

—¿Y se ha de hacer esto precisamente dentro de cuatro dias?

—Sí, señora; dentro de cuatro noches sin contar con esta, que es cuando empezará á menguar la luna, y en punto de la media noche ha de empezar vuecencia á rezarle al bendito San Pascasio, y al llegar al tercer *Pater Noster*, debe vuecencia untarse con la pomada.

Pues bien, don Gaspar, á la cuarta noche, contando con aquella, cuando yo pensaba irme á mi quinta del Alamillo, hé aquí que me toca de servicio, que no puedo evadirme y que me echo á temblar contando con que por entonces no podia ser mi curacion, y³la

erisipela se habia hecho terrible, me hacia rabiarse, porque mi servicio duraba hasta muy tarde, y por si podia dar una escapada al jardin del alcázar, me traje conmigo el botecillo de la pomada: en efecto, á las nueve me mandó salir de la cámara la reina con el pretexto de que iba á rezar á su oratorio; esperé en la antecámara, dieron las nueve y media, las diez, las diez y media, las once, las once y media, y su magestad no habia llamado; me picaban entonces las narices de una manera terrible; tuve una tentacion á la que cedí, la de bajar al jardin; todo podia ser que la reina me llamase, y yo habia pensado disculparme diciendo á su magestad la verdad; bajé por unas escalerillas y por la galeria salí al vestibulo por donde se pasa al jardin, donde siempre hay un portero, y le mandé que me abriese. El portero obedeció, salí al jardin y me dirigí á la calle de los castaños, en la cual busqué un rayo de la luna que penetrase por la espesura, y le hallé como á la mitad de la calle, me puse á tomar aquel salutifero rayo con el oido atentísimo para empezar á rezar al bendito San Pascasio cuando empezasen á dar las doce del reloj del alcázar, lo que no tardó en acontecer; al tercer *Pater Noster*, yo que tenia metido un dedo en el botecillo de la pomada le saqué lleno de ella y me froté las narices: no podeis figuraros qué escozor tan agudo, tan terrible, tan infernal, me acometió en aquel momento; parecia que tenia las narices metidas en una fragua, y que al mismo tiempo me las mordía un perro rabioso; no pude contenerme, y empecé á dar gritos, y escapé á través de los árboles: ¡ah, don Gaspar, don Gaspar! tropecé con una mujer y un hombre, mejor dicho, con una dama y un caballero: ella era la reina que habia salido sin duda por la puerta reservada del jardin: un rayo de la luna daba en la cara á su magestad y estaba conmovida, llorosa: yo por instinto me tapé la cara instantáneamente con las manos, de modo que la reina no pudo reconocermé, escapé por otro lado, y al escapar ví que el hombre que estaba con la reina era Villamediana.

II.

El conde duque estaba asombrado de la malvada invencion de la duquesa.

—¿Y vuestras narices, amiga mia? preguntó.

—No sé, don Gaspar, si con la sorpresa que me causó el ver á la reina en tal lugar, á tal hora, y tan á solas con Villamediana me calmó el dolor, ó que pasó la accion de la medicina; porque en vez

del ardiente escozor que sentia antes, experimenté un frescor delicioso, me llevé la mano á las narices y se me cayó la piel, y con ella la erisipela, quedándome en su lugar otra piel nueva y sonrosada.

—Verdadero milagro compuesto de tres virtudes, de la de la luna, de la del bendito San Pascasio, y de la del unto.

—Verdaderamente, don Gaspar, verdaderamente; ello fué que yo me volví á la antecámara de la reina completamente curada.

—¿Estaba ya en su cámara su magestad?

—No ciertamente, ni volvió hasta la una y media, en cuya hora me mandó llamar y me dijo que me retirase y que se diese la orden de que se retirasen las otras señoras.

—¿Y no notásteis en el semblante de su magestad si os conoció ó no?

—Ah no, no, la reina no me conoció, estoy segura de ello; de otro modo me hubiera encargado el secreto, y no me dijo ni una palabra; estaba sí muy conmovida é inquieta.

—Pues bien, duquesa, contestad eso que me habeis contado á la carta de la buena condesa de Santurces.

—Oh, Dios mio, dijo la duquesa, esto es muy largo.

—Reducidlo cuanto podais, pero tened en cuenta que es necesario que libreis de sus escrúpulos á esa santa.

Y el conde-duque como por distraccion se guardó en la cartera la carta de la condesa de Santurces.

Notólo la astuta duquesa de Sástago, y dijo:

—¿Quereis que me ponga á escribir una carta, y que cuando esté escrita os la dé para que se la lleveis á la de Santurces, diciéndola que os la habeis encontrado perdida en la galería de los Infantes?

—Me parece bien, dijo el conde-duque; porque cartas como estas no deben confiarse á un criado que en efecto puede perderlas.

—Pues mirad, voy á meterme en un retrete; no sé escribir sino á solas: podeis entretener el tiempo leyendo la vida del santo del dia en el *Flores sanctorum* que está ahí sobre la mesa. Siempre es bueno el ejemplo de las virtudes, especialmente para los que gobiernan: con vuestra licencia.

Y desapareció por una puerta inmediata.

—Víbora y cómo te vengas de alguna inocencia con que te habrá herido sin quererlo esa estúpida de doña Isabel: y que tenga esa muger la pretension de destruirme á mí, á mi en quien se juntan el valor y el ingenio: ah, esta noche la Calderona será del rey, mañana el rey creará que su muger es de don Juan de Tarsis, el repudio,

ah, sí, el repudio, esto es necesario de todo punto, ya casaremos al señor rey don Felipe IV con otra princesa no tan dada á gobernar como doña Isabel.

Y el conde-duque reclinando las espaldas en el ancho sillón, inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó profundamente pensativo.

La duquesa tardó una hora larga en aparecer con la carta, que dió á leer al conde-duque.

Era la carta larguísima: la duquesa habia llenado un pliego con una letra muy menuda y con unos renglones muy unidos; era su letra picuda y fea como ella, pero muy clara.

—Perfectamente, dijo el conde-duque, hacedme la merced de cerrar esa y de sobrescribirla, que yo la llevaré al momento.

—No tan al momento, señor don Gaspar, dijo la duquesa; tengo que deciros algo más serio acerca de la reina, y lo que yo no pueda deciros, os lo podrá aclarar la de Santurces, porque ella fué quien metió á don Francisco de Quevedo en el patinillo, á donde dá ese balcon y en donde se encontró á ese Mercuelo ó ese diablo.

—¿Cómo habeis sabido vos eso, duquesa?

—¡Cómo! gastando sendos doblones para corromper á los guardas de la prision, donde está ese vuestro criado, y yendo á hablar con él, porque yo no reposaba ni podia reposar, como que me iba la honra en ello; porque el tal Estebanillo vuestro criado se habia caido en el balcon de mi aposento, y yo no podia creer que se hubiera caido cazando un mochuelo.

—¿Y qué os ha dicho Estebanillo?

—Id, id, y preguntádselo que él os lo dirá, porque ya se acerca la hora de que yo vaya á la cámara: ya vereis qué cosas os cuenta; en fin, será necesario que le solteis.

—¡Cómo! dijo el conde-duque, á ese pícaro, que se ha atrevido á ofenderos.

—Le perdoné para que hablase, le prometí intervenir para que se le soltase, y yo cumplo mis palabras.

—Bien, bien, doña Gertrudis, me alegro porque yo en verdad sentia mucho sacrificar al tal Estebanillo, es un excelente criado.

—Pues no le sacrifiqueis, porque ya se ha encontrado disculpa de su estancia en el balcon, y para que todo el mundo crea en la disculpa, le caso con una doncella mia y la doto: así se destruyen las maledicencias y se evita la desgracia de un pobre hombre que no ha tenido intencion de ofenderme.

—¡Cómo se conoce vuestro buen corazón, doña Gertrudis, y lo

mucho que aprovechais los ejemplos que se encuentran en las vidas de los santos! Yo os doy las gracias en nombre de Estebanillo y en el mio propio.

Y el conde-duque besó las manos á la duquesa, y lleno de impaciencia salió.

CAPÍTULO XLI.

Segunda parte del anterior.

I.

Estebanillo Mercuelo estaba por una parte consolado, porque la duquesa le habia prometido formalmente hablaria al conde-duque para que le soltase sin cargo alguno; pero exigiéndole que para destruir las intencionadas maledicencias de los fisgonos que le querian mal, habia de casarse con una de sus doncellas, á quien ella dotaria convenientemente.

—Por cuya dote añadió la duquesa, cualquiera doncella de las mias que elijais, se casará con vos á pesar de vuestra figurilla.

Vió el cielo abierto Mercuelo, porque estaba enamorado hacia mucho tiempo de una robusta gallega fijodalga muy aseñorada que servia á la duquesa, como alta doncella y si se quiere camarista.

—Pues elijo, exclamó con apresuramiento Mercuelo, á doña Mari-Gomez la del lunar como la llaman en el alcázar, que trae revuelto á todos los pajes y que de nadie hace caso porque dice que vuecencia quiere meterla monja y la dota.

—Verdad es, dijo la duquesa, pero el estado del matrimonio es santo y tanto puede servirse á Dios en él como en un convento, y descuidad que yo haré que la Mari-Gomez os quiera y se case con

vos; pero habeis de decir ella y vos á todo el mundo, que por ella y por verla secretamente, os descolgásteis al balcon de su aposento.

—Yo declararé eso y todo lo que vuecencia quiera, contestó Mercuelo, con tal de salir de aqui y casarme con la Mari-Gomez.

Prometióle la duquesa formalmente muchas cosas, y por esta razon Mercuelo estaba consolado y alegre, pero impaciente porque hacia muchas horas que habia ido á hablarle la duquesa, y desde entonces no se habia abierto para bien ni para mal, ni aun para darle de comer, su prision.

Parecia como que le tenian olvidado.

Así es que cuando vió el resplandor de una luz por la regilla de la puerta y oyó las llaves que abrian, le latió violentamente el corazon y mucho más cuando el sargento de la guardia española que le abrió la puerta, le dijo:

—Largaos de aquí cuanto antes, á fin de que pueda yo enviar cuanto antes á que descansen á los buenos mozos que os han estado guardando.

Mercuelo rompió á correr, no fuese que se arrepintiera el sargento; pero este le detuvo asiéndole de la ropilla, porque la capa la habia perdido en la aventura de la noche anterior.

—Esperad, le dijo el sargento.

—¿Pues no me habeis dicho que me marche? dijo Mercuelo con la expresion de un gato á quien cogen de improviso por el morrillo.

—Sí señor, os marchareis; pero necesito comunicaros antes una orden.

—¡Una orden! ¿y de quién? dijo con cuidado Mercuelo.

—De vuestro amo el excelentísimo señor conde-duque.

—¿Y qué orden es esa?

—Que vayais ahora mismo á la secretaría de Estado y del Despacho Universal.

Y como el sargento habia ya dicho á Mercuelo todo lo que tenia que decirle, le soltó.

Mercuelo embistió con una escalera de ojo por donde se súbía de los subterráneos á las galerías del patio del alcázar.

—Esperad, dijo el sargento, que está oscuro y os vais á romper la crisma.

Pero cuando el sargento dijo esto, estaba ya en las galerías bajas Mercuelo, y poco despues entraba por la secretaria de Estado y del Despacho Universal, sin capa, sin sombrero y sin daga.

Era ya de noche, y no habia nadie en la secretaría, á excepcion

del portero mayor, que cuando vio á Mercuelo abrió con un llavín una mampara, y dijo:

—Pasad, su excelencia os espera.

Pasó Mercuelo, y se encontró delante del conde-duque que hojeaba unos papeles.

Aquellos papeles eran el proceso fantástico de don Lope.

—Señor, dijo Mercuelo.

Levantó la vista el conde-duque de sobre los papeles, y al ver á su satélite, dobló el proceso, le guardó debajo de su ropilla, y exclamó:

—¡Ah! ¿eres tú, picaro? pues date el parabien de no morir ahorcado.

—A estos percances se espone, señor excelentísimo, el fiel criado que se propone servir á vuestra excelencia.

—¿Qué mochuelo ibas tú á cazar, que hizo que te cojieran en el balcon del aposento de la duquesa de Sástago?

—¡Ah! si supiera vuestra excelencia qué mochuelo era ese, qué gran mochuelo; mochuelo viejo y con unas garras...

—Déjate de rodeos y adelante: ¿quién era el mochuelo?

—Don Francisco de Quevedo.

—Y bien, ¿por qué tras de don Francisco te caiste tú en el balcon de la duquesa?

—No señor, no me cai, me descolgué.

—¿Y don Francisco de Quevedo se habia descolgado también?

—No señor, don Francisco habia entrado por la puerta del patinillo.

—¿Y entrando él por la puerta del patinillo te descolgaste tú por el tejado?

—Como que la señora condesa de Santurces habia cerrado la puerta del patinillo.

—Ya, pero cuenta por derecho.

Mercuelo contó cómo habia visto á Quevedo y á la condesa de Santurces, y los habia seguido recatándose, hasta que vió que la condesa de Santurces encerró á Quevedo en el patinillo.

—Ya, dijo el conde-duque: ¿y á qué iba ese mochuelo al patinillo?

—A pelar la pava con un águila real.

—¿Con la reina?

—Cabalmente.

—¡Qué! ¿la reina ama á don Francisco de Quevedo?

—La reina no ama á nadie más que al rey; así resulta por lo menos de la conversacion que yo les oí.

—¡Cómo! ¿oíste lo que hablaron?

—Sí, señor, porque habia pegado el oído al suelo del balcon, y por allí venian resbaladas las palabras: yo tengo muy buen oído, y oía perfectamente.

—¿Y qué hablaron?

—¡Ah! excelentísimo señor, don Francisco de Quevedo es un tuno muy largo, que conoce mucho á los hombres y á las mujeres, y dió á la reina unos consejos, que mire vuestra excelencia, que si la reina los sigue se queda con el rey.

—¿Pero qué consejos eran esos?

—Que no se anduviese con su magestad en rendimientos, que no le buscase amorosa, que le tratase duro, con desden.

—¡Ah! exclamó el conde-duque, ya es tarde, eso me ayuda, eso podia haber sido muy bueno para la reina hace algun tiempo; pero ahora parece que don Francisco conspira por mí.

Y luego el conde-duque añadió, porque las anteriores palabras las habia dicho en voz baja é ininteligible:

—Es necesario que averigües por dónde anda don Francisco de Quevedo, á dónde va, qué hace, qué dice, y si es posible hasta qué piensa.

—Señor, excelentísimo, dijo Mercuelo, se espone vucencia á quedarse sin su más leal servidor, porque don Francisco es un demonio que acomete á quien le sigue; y dá don Francisco unas estocadas, con la menor de las cuales basta para matar á los cristianos.

—Para qué te ha dado Dios el pellejo y los huesos sino para que los gastes sirviéndome.

—Me parece señor, que tan bien he servido anoche á vucencia, que por poco, por poco no me ahorcan por servirle bien; ¡si vé vucencia la cara que puso la señora duquesa de Sástago cuando me encontró junto á sí, y lo que encargó que me asegurasen bien, y lo que pidió que me ahorcasen! yo me di por muerto.

—Como que habias ofendido gravemente el pudor y la reputacion de esa castísima señora.

—Castisima, sí, á la fuerza, por fea: porque siendo yo quien soy, mezquino y pelon, y siendo ella quien es, gran dama y grande de España, y rica, y camarista mayor de la reina, y raquítico y feo, me miraria mucho de tener una historia con la tal señora.

—No te cansas de tus insolencias, Mercuelo; eres irreverente.

—Yo no reverencio á nadie más que á mi señor.

—Pues debes reverenciar á la señora duquesa de Sástago, porque segun me ha dicho, piensa dotar grandemente á una muy hermosa doncella suya, y casarla contigo.

—¡Ah! señor, eso será lo único bueno que habrá hecho en toda su vida la señora duquesa de Sástago; y si viera vuecencia qué hermosa mujer es Mari-Gomez, y qué lunar tiene en la mejilla izquierda... bendito sea Dios, señor: se me hace la boca agua, y no sé yo cuando va á llegar el dia en que me casen con esa gloria.

—Se conoce, Mercuelo, que te has pasado veinticuatro horas sin hablar, y que te desquitas: ya que tanto deseas que te se favorezca, y para concluir, dígame que lo ganes, y que me vayas buscando un hombre muy callado, muy bravo y de mucha confianza, á quien dar un gravísimo encargo.

—¿Encargo encarnado? dijo Mercuelo.

—Poco importa que el encargo sea rojo ó blanco, contestó el conde-duque; lo que se quiere es un hombre de buen ánimo: bah, vete á descansar, y por el susto que has pasado, toma.

Y el conde-duque arrojó su bolsillo á Mercuelo, que lo recojió de sobre la alfombra, lo sopesó, lo besó, se lo guardó en los greñescos y salió.

Inmediatamente el conde-duque abrió una puertecilla secreta, y por unas escaleras rectas, estrechas y alfombradas, subió á la recámara del rey, en la que entró por otra puertecilla secreta.

CAPITULO XLII.

Una doble equivocacion.

I.

El rey estaba bizarramente vestido aunque de una manera seria y de negro; pero en los botones de oro de la ropilla, en los lazos de los calzones y de los zapatos, tenia diamantes y perlas.

Llevaba á la cintura un pequeño puñal con pomo de oro y pedrería, y de una cadena de oro y diamantes pendia el Toison de Oro.

Estaba muy bien peinado y todo este atavío contrastaba con su densa palidez, y esta palidez con las dos pequeñas manchas sonrosadas de sus pómulos.

Miró con ansia al conde-duque.

II.

—Cuánto habeis tardado, dijo; la felicidad que me ha causado la carta de María está amargada por la espera.

—Es aún temprano, señor; aún no son las siete, y está convenido en que María Calderon recibirá á vuestra magestad para que no haya escándalo á las doce.

—¡Cinco horas! exclamó el rey con cansancio.

—Cinco horas se pasan muy pronto cuando se emplean bien,

señor; traigo una multitud de provisiones y de negocios que despachar con vuestra majestad.

—En efecto, dijo el rey, abulta mucho vuestra cartera, conde-duque: me tratais sin compasion, me abrumais de trabajo, no tengo absolutamente gana de ocuparme de nada esta noche. Habladme de María.

—Como guste vuestra magestad, pero urgen esas provisiones; nay aquí una concesion de título á un indiano que paga por ella cuatro cuentos de reales.

—Oh, dijo el rey, en mucho estima ese tal un título: ¿y cómo quiere titularse?

—Marqués de Aurotes.

—¿Y dónde está Aurotes?

—Aurotes es un vocablo nuevo, un vocablo derivado de *aurus auri* el oro.

—Ah, pues ese picaro lo entiende; titula sobre lo que le sobra.

—Tambien hay que despachar la carta de amayorazgamiento de este marquesado de Aurotes.

—¿Y qué es lo que amayorazga ese tal?

—Medio reino de Extremadura, que ha comprado por lo que le han pedido.

—Creo que las Américas no se han hecho para el rey de España, sino para esos záfios que se van de las montañas de Santander, de Asturias y de Galicia á buscar oro al nuevo mundo.

—Pero se lo traen acá y lo gastan.

—Dadme, dadme, conde-duque; despachemos á este señor marqués de Aurotes.

El conde-duque abrió la cartera y puso delante del rey por la parte en que debia firmar dos gruesos mamotretos.

El rey firmó y rubricó sin leer ni una letra.

Así firmaba todo lo que le llevaba el conde-duque, bien á diferencia de su abuelo don Felipe II, que no firmaba jamás un papel por insignificante que fuese, sin haberle leído, releído y estudiado.

Felipe II no habia tenido nunca más que simples secretarios.

Su nieto Felipe IV tenia un amo en el conde-duque.

—¿Y qué más hay, don Gaspar? dijo el rey con indolencia.

—Hay, que es necesario de todo punto enviar al marqués de Spinola, armas, hombres y dinero, porque viene quejándose hace seis meses de que no puede hacer la guerra.

—Muy caras nos salen estas guerras de Flandes, dijo el rey; nos

tienen sin dinero y sería necesario ver si podían cortarse con honra.

—Con honra no, dijo el conde-duque; será necesario abandonar los Países Bajos, cejando ante los franceses.

—Pues que sigan entonces esas guerras, dijo el rey, pero comoneos como podáis para mantenerlas.

—Los cuatro millones del indiano, dijo el conde-duque, vienen como llovidos: á más de esto, aquí hay una multitud de provisiones de oficios y de nombramientos de regidores perpétuos para personas que los solicitan y que son ricas, que pueden producir unos cien mil ducados.

—¿Y creéis que sean justas esas provisiones?

—Sí, señor.

—Pues dadme, idme dando, firmaré.

El conde-duque fué presentando sucesivamente una multitud de papeles al rey que este firmó sin examinarlos.

Concluido esto, el rey se frotó las manos, se las sopló y dijo:

—¿Qué hora es, conde-duque?

Este miró un gran reloj que había en la recámara y contestó:

—Las ocho, señor.

—¡Cuatro horas todavía! dijo el rey.

—Aun queda que despachar, para entretener la espera, señor, dijo el conde-duque.

—¿Qué queda aún que despachar, dijo el rey, pues si yo creo que he despachado á medio mundo?

—Queda una cosa grave, muy grave.

—¿Y cuál, don Gaspar?

—Vuestra magestad sabe que antes de anoche fué muerto á mano airada un tal don Mendo de Salvatierra, capitán inválido, que tiene á su hijo don Juan sirviendo de alférez de una compañía de infantería en el Monferrato.

—¿Y quién era ese don Mendo? dijo con indolencia el rey.

—Un cualquiera, que había servido durante cuarenta años á los augustos abuelo y padre de vuestra magestad.

—Bien ¿y qué?

—La muerte de ese don Mendo, por la manera como fué hecha y por haberla acompañado el rapto de una hermosa jóven, hija suya, ha causado escándalo de tal manera, que en Madrid no se ha hablado ni se habla de otra cosa, y con tal acrecimiento, que la sala de alcaldes de Casa y Corte ha pedido se la autorice para prescindir de los términos de prueba y de todos los trámites largos del proceso.

—¿Y qué se ha hecho?

—Se ha concedido al alcalde de Casa y Corte que instrua el proceso, de orden de vuestra magestad, y con fecha de hoy, lo que la sala de alcaldes solicitaba, y de tal manera ha ápresurado el proceso el alcalde Pedro Gutierrez de Santisteban, que le tengo aqui sentenciado en consulta á vuestra magestad.

—¿Y qué ha sentenciado el alcalde?

El conde-duque abrió el proceso y leyó:

«En el pleito y causa criminal que ante nos pende, de la una parte el licenciado Cristóbal Gomez Coello, fiscal de su magestad, y de la otra don Lope de Fonseca, capitan de infanteria de los reales ejércitos y del hábito de Calatrava, conocido tambien por el sobrenombre de Ponferrada, sobre muerte violenta dada por el dicho don Lope con premeditacion, alevosia, seguridad y saña, segun consta del proceso, al capitan inválido don Mendo de Salvatierra: y otrosí, de raptó de doña Esperanza de Salvatierra, hija del dicho don Mendo, difunto: visto que por las declaraciones de tres testigos presenciales de mayor excepcion, y por confesion del sobredicho don Lope, ámplia y bastante segun derecho, el fiscal de su magestad ha probado su acusacion: fallamos, que debemos condenar y condenamos al dicho don Lope de Fonseca á degradacion del hábito de Santiago y de todos los honores y preeminencias de que goza; y otrosí, á que sea ahorcado con sayo y bonete colorado, como asesino, en la Plaza Mayor de esta villa, y en todas las costas de este proceso y en resarcimiento de daños y perjuicios á los hijos del difunto, en la suma de dos mil maravedises; y por esta nuestra sentencia ejecutoria, así lo mandamos y ordenamos en Madrid á 25 de enero de 1622.—El licenciado Pedro Gutierrez de Santisteban.—Por ante mí, Pedro Ponce.»

III.

—Y bien, que le ahorquen, dijo tranquilamente el rey.

—Perdóneme vuestra magestad le diga, observó el conde-duque, que no ha reparado bien en el nombre del sentenciado.

—Es verdad, dijo el rey, estaba distraido: ¿quién es él?

—Es no menos que el capitan Ponferrada.

—¡Cómo! ¿el capitan Ponferrada, el amante simulado de María Calderon?

—Exactamente, señor.

—¿Y qué es lo que ha hecho el pobre capitan Ponferrada? dijo el rey: estaba distraído, he oído mal y me he olvidado.

—Dicen que ha matado de mala muerte á un capitan inválido, á don Mendo de Salvatierra.

—¡Ah, ya! sí, es verdad, áquel cuya muerte ha dado escándalo: creo que hemos hablado de eso, ¿eh?

—Si señor.

—¿Y cuándo hizo esa fechoría el bueno de Ponferrada?

—Dicen que antes de anoche.

—¡Antes de anoche! ¡antes de anoche! ¿pues no nos acompañó antes de anoche el capitan Ponferrada al Prado de San Gerónimo?

—Si señor.

—Y si mal no recuerdo, ¿no le hirió ese divertido de don Francisco de Quevedo, porque Ponferrada le impedía llegar á nos para pedirnos audiencia? ¿Sabeis que es el diablo ese don Francisco de Quevedo? ¡y si viérais qué cosas me dijo en la audiencia! me dejó atónito: ¿quereis creer que parecia él más rey que yo? quise castigarle, pero la verdad es que él me dijo cuanto quiso y que yo no hice nada. Estos hombres de ingenio y de un ingenio tal como don Francisco, pueden todo lo que quieren: no hay medio de enojarse con ellos; la verdad es, don Gaspar, que todo lo que don Francisco me dijo era el Evangelio.

—Me atreveré á observar, señor, dijo el conde-duque, que don Francisco de Quevedo ha debido hablar muy mal de mi á vuestra magestad.

—Si le habeis tenido preso en San Márcos no sé cuanto tiempo, hecho cada canónigo un predicador contra él, y abriéndosele las heridas con lo húmedo de su lóbrego encierro donde le tenían guardado, ¿cómo quereis que hable de vos, conde-duque?

—Harta indulgencia se ha tenido con él cuando no se le ha ahorcado por su complicidad con el duque de Osuna en la fea conspiracion contra la señoría de Venecia.

—Pues don Francisco tira los treinta dineros cuando se habla de esto, y dice que todo fué infamia y calumnia y que todo era ojeriza que el duque de Lerma tenia al gran duque de Osuna, como Quevedo le llama; y la verdad es, que con tan vivos colores pinta aquello, que dan ganas de creer lo que dice.

—Ah, sí, señor, si á don Francisco de Quevedo se le deja hablar, no se encontrará medio de ahorcarle.

—Es un hombre que vale mucho, dijo el rey, á quien yo mucho estimo, un buen repúblico.

—Pues, permitame vuestra magestad le diga, que si en tal estima le tiene, puedo yo retirarme para que él ocupe mi lugar.

—¿Y quién piensa en eso, Olivares, quién piensa en eso? el que yo diga que estimo á don Francisco de Quevedo, no quiere decir que no os estime á vos infinitamente más: pero señor, ¿á qué ha salido don Francisco de Quevedo?

—Ha salido á propósito del capitán Ponferrada, de la herida que le causó antes de anoche.

—¡Ah! sí, sí, es verdad, todo esto ha salido á propósito de la sentencia que ha fulminado mi sala de alcaldes de Casa y Corte contra Ponferrada, por asesinato de un capitán inválido.

—Eso es, señor.

—Pues bien, si Ponferrada estuvo con vos en el Prado de San Gerónimo, ¿cómo pudo estar en otra parte?

—Aquí ha habido un error, dijo el conde-duque que sabía muy bien que el rey no se acordaba ya del pormenor de la sentencia; se ha tomado á otro por el capitán Ponferrada; se han equivocado de alto á bajo tres testigos, y se ha dictado una sentencia justa con arreglo á la ley. Pero si se deja ejecutar esta sentencia, se habrá asesinado á un inocente.

—¡Oh! libreme Dios de tal y tan horrendo pecado, dijo el rey; que vuelva á mirarse el proceso, que se amplie la prueba, que se saque de claro en claro la verdad.

—Señor, señor, dijo el conde-duque, hay tal cúmulo de coincidencias, de apariencias, que siempre resultará lo mismo, y no se habrá hecho más que perder tiempo.

—¿Pues entonces, qué ha de hacerse?

—Vuestra magestad es la justicia misma, vuestra magestad puede mandar se absuelva libremente al capitán Ponferrada por razones que prueban su inocencia y que vuestra magestad reserva en su real ánimo.

—¿Pero no ha dado escándalo esta muerte, conde-duque? ¿No piden todos los hombres honrados el castigo de ese horrendo asesinato?

—Sí, si señor; pero cuando se sepa que vuestra magestad afirma la inocencia de don Lope, y que por ella le manda absolver libremente, nadie dudará; quedará, es cierto, en el misterio el nombre del asesino; pero estas cosas se olvidan pronto, señor; la gente habla

de ellas por hablar, porque la verdad es que á nadie se le dá nada de que maten á un hombre: todo consiste en que el vulgo ocioso ha de hablar de algo: ¿además no consta á vuestra magestad que el capitan Ponferrada no pudo ser el asesino, porque en el mismo tiempo que se efectuaba el asesinato, recibia, sirviendo á vuestra magestad, una herida?

—Ciertamente, dijo el rey; ¿pero cómo han colgado este milagro al pobre Ponferrada?

—Quién sabe, señor, si el asesino ha pagado tres testigos para que declaren contra otro.

—¡Ah! pues si eso resultase probado, dijo el rey, era necesario para hacer cumplida justicia ahorcar á esos tres malvados testigos falsos.

—Para probar que lo eran, seria necesario que vuestra magestad declarase que el capitan Ponferrada acompañaba á vuestra magestad en el Prado de San Gerónimo junto á la casa de la Calderona en el mismo tiempo en que se cometia el crimen al otro extremo de Madrid.

—¡Oh! de ningun modo, exclamó el rey; basta con que mis leales servidores, mis servidores íntimos conozcan mis debilidades.

—Queda siempre la cuestion de justicia, señor: vuestra magestad no puede cargar su conciencia permitiendo se castigue á un caballero y se le ahorque por un delito que no ha cometido.

—Pues bien, extended el decreto que os parezca oportuno, que yo le firmaré.

—Estaba yo tan seguro, señor, de la rectitud de vuestra magestad, de la magnanimidad de su corazon y de su sabiduría, que el decreto viene ya extendido.

—Leed.

El conde-duque tomó el proceso y por bajo de la sentencia leyó:
 «Don Felipe IV, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Aragon, etc, habiéndonos dado cuenta por nuestro secretario de Estado y del Despacho Universal, del proceso instruido contra el capitan de nuestros reales ejércitos, don Lope de Fonseca, del hábito de Calatrava y nuestro camarero, por supuesta muerte alevosa dada por él á otro nuestro capitan de infantería inválido don Mendo de Salvatierra, constándonos por razones que reservamos en nuestro real ánimo la completa inocencia del dicho don Lope, por este nuestro real decreto mandamos se destruya el proceso contra él instruido y se tenga por nulo y de ningun valor, poniéndose por consecuencia

en libertad al dicho don Lope; dándosele si la pide certificación de este nuestro real decreto para que en nada padezca su limpia honra. Tendréislo entendido y lo comunicareis á quien corresponda para su cumplimiento.—Dado en el alcázar de Madrid, á veintiseis de Enero de mil seiscientos veintidos. —YO EL REY. —Al conde-duque de Olivares.—Está rubricado de la real mano.—EL CONDE-DUQUE.»

—Dadme, dadme, rubricaré, y que suelten al momento á ese pobre Ponferrada; así podrá acompañaros y resguardaros: tiempo queda desde ahora hasta las doce.

—Pues permitame vuestra magestad que vaya yo mismo por la órden de soltura de Ponferrada.

—Id, id, dijo el rey; volveos con él.

—No sé si eso será posible, dijo el conde-duque, porque como sabe vuestra magestad, Ponferrada fué herido y no levemente, por Quevedo en una pierna.

—Es verdad, nos pasaremos sin él, pero no importa; id, id, y soltadle.

El conde-duque se arrodilló, besó la mano al rey, y llevándose el proceso, se retiró de espaldas hasta llegar á la puerta secreta por la cual desapareció.

IV.

Apenas habia salido el conde-duque, cuando el rey notó que habia unos papeles más pequeños que los usuales del despacho, y que parecían cartas sobre la mesa.

Era maravillosa la audacia del conde-duque.

Habia dejado, al tomar el proceso delante del rey, las dos cartas de la condesa de Santurces y de la duquesa de Sástago.

El conde-duque se batía á muerte, jugaba el todo por el todo.

Conocía además mejor que á sí mismo á Felipe IV, como que le habia criado; habia halagado desde muy antiguo sus pasiones y le conocia profundamente; sabia además como experimentado político, que los golpes cuanto más audaces, cuanto más violentos son, más aturden.

El rey, por curiosidad y por entretener el tiempo, tomó la carta de la condesa de Santurces, y empezó á leerla: á poco tembló de los pies á la cabeza; se puso pálido como un cadáver, y se cubrió de sudor frio; amaba á la reina, además la reina era su esposa; en la carta de la condesa de Santurces habia una acusacion terrible, la

del adulterio de la reina con don Juan de Tarsis, conde de Villamediana, correo mayor del rey, poeta licencioso y hombre de costumbres depravadas.

Por aquella vez Felipe IV tuvo valor.

Apuró aquella horrible lectura, leyó de la cruz á la fecha las dos cartas.

V.

—¡Ah! exclamó dejándose caer abatido sobre el sillón; ¡qué es esto, Dios mio! sí, sí, no hay duda; el conde duque no me habrá dejado estas cartas para que yo las viese, sin estar seguro del crimen de la reina; ¡oh, venganza, venganza terrible! pero venganza secreta; venganza que solo conozcan los criminales, el juez que sentencia, el acusador y Dios que lo sabe todo. ¡Ah, el conde-duque, el conde-duque! y quieren hacerme dudar de su lealtad... y no ha vacilado en provocar mi ira, por no consentir que yo viva engañado... y esta manera de respetar mi dignidad, esta acusacion muda; este es un consejo, sí; debe quedar esta infamia en el fondo del corazon; no debo hablar de ella á nadie, á nadie, ni aun al conde-duque: estas cartas deben perecer: ¿qué importa? esas cartas, línea á línea, letra á letra, quedan grabadas en mi corazon: ¿y cómo, cómo, la venganza? ¿qué digo la venganza? ¿cómo la justicia?

El rey se levantó y se puso á pasear ajitado por su recámara, cabizbajo, profundamente pensativo.

—¡Ah, no, no! dijo, el repudio no; el repudio me deshonoraría, sabria todo el mundo lo que hoy saben muy pocos; no, no, el repudio no, la separacion sí, separacion de cuerpo y de alma; separacion ignorada aquí dentro de nuestro alcázar, separacion interna; que el mundo no lo sepa, para ante el mundo siempre lo mismo el rey y la reina, el esposo y la esposa; á solas la indiferencia, el desprecio: él... él... la muerte, muerte secreta, muerte segura, ¡ah! ¡sí! ¿Y ella, y ella? dijo despues de algunos momentos de silencio: ¿por qué ella no muerta tambien? ¡Ah! no, no, la amo, Dios mio, la amo, la amo ahora más que nunca; me parece increíble, mentira, y tal vez, tal vez no sea más que un principio; Isabel es pura, Isabel es digna, la conozco bien, tal vez mi indiferencia, mi desamor, mis aventuras: ¡ah! es que la tenia tan mia, tan mia, que no encontraba nada que me irritase, nada que me empeñase: ¡oh! Dios mio, me abraso, me ahogo: ¿por qué no ir á verla, á observar? tal vez, tal vez aun sea tiempo: sí, sí: ¡Ontiveros, Ontiveros!

Se abrió la puerta de la cámara, é inclinándose profundamente, apareció un gentil-hombre.

—Id, dijo, y decid á la camarera mayor, que el rey va al cuarto de la reina.

El gentil-hombre desapareció.

—Sí, sí, no quiero sorprenderla; podría pasar por la comunicacion secreta, pero, no, no, que me espere, que espere al rey: podría del otro modo encontrarla desprevenida; quiero que se prevenga: si es criminal, yo lo conoceré; su recelo será la confirmacion de mis temores.

Y el rey siguió paseando y en silencio un cuarto de hora.

Al fin abrió la puerta de su recámara; se oyeron dos palmadas; estas dos palmadas anunciaban á la servidumbre que iba á pasar entre ella el rey.

Felipe IV atravesó la cámara, antecámara, la saleta, el salon del trono, la saleta, la antecámara y la cámara de la reina, y entró en la recámara.

La reina que habia oido las dos palmadas con que su servidumbre habia anunciado la presencia del rey, estaba de pié sombría y ceñuda en el centro de la recámara.

—¡Ah! señora, dijo el rey, me parece que me recibis como en audiencia.

—Recibo á vuestra magestad como á mi rey y mi señor natural, contestó la reina, que siguiendo los consejos de Quevedo, sábios sin duda, pero que las circunstancias habian hecho inoportunos, se perdía inocentemente, demostrando al rey, no solo indiferencia sino animadversion, aunque todo esto envuelto en el más profundo respeto.

—Esperais al rey, dijo con amargura Felipe IV, no al esposo amante.

Se le ablandó el corazon á doña Isabel, y estuvo á ponto de arrojarse á los brazos del rey llorando de alegría, porque hacia mucho tiempo que Felipe IV no se le mostraba enamorado.

Las palabras que el rey la habia dirigido habian sido verdaderamente sentidas, enamoradas; pero en mal hora se acordó la reina de los consejos de Quevedo, se contuvo.

Su semblante conservó su seca seriedad: ei rey creyó ver no solo disgusto, sino animadversion en la reina.

—Para mí no hay ni rey ni esposo, dijo la reina, porque el rey no me hace justicia, y el esposo me abandona.

—¡Señora! exclamó el rey, que irritado por los celos se habia puesto terrible: para vos no soy ni el rey ni el esposo, vos lo desconoceis todo.

—Porque todo se desconoce para mí, replicó la reina cada vez más altiva, cada vez más seria, afirmando cada vez más al rey en sus terribles sospechas.

Doña Isabel se perdía inocentemente creyendo acertar.

Quevedo la habia dado excelentes consejos, hijos de su conocimiento del corazon humano; pero las eventualidades hacen ineficaces con mucha frecuencia, y aun contrarios en la práctica, los consejos más sábios.

Una intriga infame habia hecho funestísimos al ser practicados los buenos consejos.

El rey despues de haber leído las dos cartas de la de Sástago y de la de Santurces, no pudo ver en la conducta de la reina en aquellos momentos el justo enojo de la esposa desatendida, de la mujer injuriada, sino la animadversion, el ódio de una esposa infiel á quien separaban de su marido unos amores criminales.

Fatalidad, y siempre fatalidad.

Don Francisco de Quevedo habia nacido para hacer daño sin quererlo, su fortuna era cáustica, corrosiva, como eran cáusticos y corrosivos los versos que le inspiraba su desesperacion.

Podia decirse que don Francisco de Quevedo estaba maldito, que allí donde ponía la mano se preparaba una desgracia.

VI.

Y tanto era una fatalidad lo que acontecia, como que si la reina no hubiera estado preparada por los consejos de Quevedo, al hablarla el rey amorosamente, se hubiera conmovido, se hubiera arrojado en sus brazos, hubiera dejado ver al rey, que nada tenia de torpe, la ingenuidad de la pasion, la sinceridad del alma; y de seguro hubiera sobrevenido una explicacion que hubiera puesto tan al descubierto al conde-duque, que tal vez, y sin tal vez, hubiera pagado con su cabeza las intrigas y los excesos de su irritada ambicion.

España hubiera ganado mucho, si se la hubiesen ahorrado algunos años del funesto gobierno del conde-duque.

Tal vez no se hubiera perdido Portugal, tal vez hubiera tomado otro rumbo la sucesion de la corona, porque acaso hubiera dado

doña Isabel más hijos varones á Felipe IV que hubiesen podido suceder á Carlos II.

Quién sabe cuantas consecuencias pueden nacer de una sola causa, si esta causa es tan grave como el divorcio de un matrimonio real.

Los reyes influyen de una manera decisiva sobre las naciones, y por esto son tan severamente responsables ante Dios de sus hechos.

VII.

El rey miró por algunos segundos profundamente á la reina.

Se puso sucesivamente pálido y rojo.

Un infierno se debatía en su alma.

Dudaba sobre si debería embestir de frente la situación, hacer cargos á la reina, mostrarla las cartas de las de Sástago y de Santurces, y abrumarla bajo el peso de su indignación.

Desgraciadamente la dignidad contuvo al rey.

Un arranque impremeditado, hijo de la indignación y de la cólera, hubiera salvado también la situación.

Doña Isabel, al verse acusada, se hubiera rehecho; tenía corazón y talento, y hubiera desvanecido aquella cobarde, aquella infame, aquella miserable intriga, como el sol deshace la niebla.

Pero otra vez la fatalidad vino á impedir toda explicación.

El rey se contuvo, saludó ceremoniosamente á la reina, y salió murmurando:

—Todo es verdad, todo; me aborrece, ama á otro.

Y el rey se afirmó más en su propósito de venganza.

En cuanto á la reina, apenas salió el rey, se arrojó sobre su sillón sollozando:

—No hay esperanza para mí, el rey me aborrece; pues bien, no cederé, no lloraré como hasta ahora; sufriré, pero sufriré con dignidad.

El conde-duque triunfaba.

CAPITULO XLIII.

En que se prueba que no miente la fama, conservando la reputacion de cómica sublime á la Calderona.

I.

El conde-duque habia aprovechado el tiempo que faltaba desde que se separó del rey hasta poco antes de la media noche, yéndose á ver á María Calderon con el proceso de don Lope bajo la ropilla.

Cuando llegó, encontró á María pálida como un cadáver, llorosa, y en un deshavillé completo; desordenados los hermosos cabellos, envuelta en una especie de sobretodo de terciopelo negro con forros de tafetan rojo.

—¡Oh, qué es esto, mi querida María! dijo el conde-duque, ¿sabéis qué hora es?

—Me importa poco la hora que sea, contestó Maria; todo me es ya indiferente.

—¿Y vais á recibir así á su magestad? dijo impaciente el conde-duque.

—Creo que su magestad no vendrá hasta despues de las doce, contestó estremeciéndose imperceptiblemente Maria.

—Y bien, vuestro reló que debe ser muy bueno, porque vos no teneis nada malo, dijo el conde-duque señalando un magnifico reló de bronce puesto sobre la chimenea, marca las nueve, y esa hora es en efecto; tambien las marca el mio... añadió el conde-duque sacando un enorme reló de oro casi esférico.

—Y bien ¿qué? dijo María: ya he avisado á mis doncellas para que vengan á vestirme, para representar la tristísima tragedia en que vos me habeis repartido un papel harto doloroso, harto terrible, un papel desesperante.

—¡Ah! yo me intereso por vos, María; acabareis por alegraros; ¿por qué amar de tal modo á un ingrato?

—¿Y quién os dice que yo le amo? os engañais; le desprecio, he llegado á convencerme de que era un miserable que se habia prestado á desempeñar junto á mi bajos oficios; me ha quedado en el corazon una herida, que se cerraria si no me viese obligada á dejarme herir en la honra.

—¿Que aborreceis á don Lope? exclamó asustado el conde-duque porque temia una reaccion en María, y que se le escapase, ¿pues si le aborreceis, por qué quereis salvarle?

—¿Por qué? ¿por qué? porque á despecho mio, me causa horror su muerte.

—Eso es que le amais; eso es que lo que llamais despecho no es más que desesperacion, exclamó olvidado de todo el conde-duque en su gozo, al ver que María no podia arrancarse del alma la pasion que don Lope la habia inspirado.

—No sé, no sé lo que es este infierno que se ha apoderado de mí, exclamó María: pues bien, si, venga el rey, satisfaga su amor, máteme: ¿qué me importa ya todo?

—Por Dios, María, por Dios, exclamó el conde-duque; si el rey os encuentra asi, si no sabeis engañarle, nada habremos hecho: mirad, añadió el conde-duque sacando el proceso, ved lo que dice al fin de esta foja.

María leyó.

—¡Oh, qué horror! exclamó, ¡sentenciar á muerte en horca á don Lope!

—Esperad, esperad, dijo el conde-duque, leed lo que dice en esta otra foja que al proceso se ha añadido.

—¡Ah! dijo con una inmensa exclamacion de alegría la pobre joven, ¡la declaracion de la inocencia de don Lope hecha por el rey! ¡su absolucion!

—Sí, María, sí, y esto se ha hecho sin nombraros para nada; lo he hecho yo, el rey no tiene necesidad de saber si amais ó no amais á Ponferrada; esto es mejor que lo que habiamos pensado: pero os advierto, María, que como he hecho esto lo deshago, porque nada cuesta quitar del proceso esta foja salvadora que se le ha añadido.

—Descuidad, descuidad, señor conde-duque; no retrocederé, os conozco bien; me creéis bastante para distraer al rey, para apasionarle, para enloquecerle, para apartarle de la reina, para hacerle vuestro esclavo; somos cómplices, don Gaspar; pero ya que yo acepto esa complicidad terrible, quiero mi parte.

—¿Cuánto quereis?

—No quiero más sino que mi desdicha sea la fortuna de don Lope.

—¿Cómo, María! ¡un hombre que no os ama, un hombre que os olvida por otra! bastante haceis con salvarle la vida.

—Quiero vengarme, quiero decirle un día: tú marqués, ó conde, ó duque, como quieras; tú lleno de honores y de dignidades, tú satisfecho en tu amor y en tu ambicion, sabes que todo, la vida y la honra, tus honores, tus títulos, tus preeminencias, tus riquezas, la muger que tienes, y hasta los hijos que ella te ha dado, todo lo debes al horrible sacrificio de una pobre víctima que te ha amado con un amor que no merecias: tú infame, tú amañador de intrigas vergonzosas, tú rufian, tú pícaro, tú eres una gran persona, porque yo he dejado de ser honrada, porque yo he renunciado á mi felicidad, hasta á la salvacion de mi alma: y si á ese hombre le queda un poco de corazon, yo haré, yo haré que ese hombre me ame cuando ya sea tarde; yo haré que ese poco corazon que le haya quedado destile sangre y lágrimas; yo haré que él se revuelva como una sabandija en el fuego, como me revuelvo yo, yo desdichada.

—Por Dios, María, ese furor, ese dolor, ese desórden... vos estais loca: es imposible que el rey no conozca la tremenda violencia que os haceis.

—Ah, descuidad, descuidad: cuántas veces triste, inquieta, desesperada, loca, porque tenia celos y hambre de amor; cuántas veces irritada por ausencias de don Lope, he ido al teatro desaliñada, desordenado el cabello, desolada, con el corazon lleno de amargas lágrimas, una hora antes de empezarse la comedia, ¡ah! y he tenido tiempo bastante para que me vistan, para que me peinen, para que cubran mi palidez con colores artificiales, y he representado, y los vítores han llenado el coliseo y todos han dicho al verme sonriente, brillantes los ojos, llena de fuego y de entusiasmo: ¡oh, qué feliz, qué feliz es la Calderona! ¡estúpidos! y la Calderona tenia entonces agarrada una víbora al corazon, como ahora: descuidad, descuidad, señor conde-duque; á las doce la Calderona estará vestida, pintada, peinada para representar un papel, para engañar á un rey: y no ha-

brá aquí un público que vitoree, un público que se rompa las manos aplaudiendo, un público que envidie mi felicidad; pero habrá un rey que se creará adorado, un estúpido que no sabrá que la horrible muerte del alma ha hecho de mí un cadáver viviente, y que una víbora eterna, una víbora mortal, una víbora insaciable me muerde y me emponzoña el corazón.

II.

El conde-duque había acabado por ser confundido por María, por ser dominado; temblaba, y no se atrevía á mirar á la jóven.

Impulsos tuvo de renunciar á todo.

María le había encontrado un resto de corazón, pero el demonio de la avaricia, de la soberbia, gritaba detrás de él: si la salvas, mueres.

Y el conde-duque arrancó de sí aquel resto de sentimiento, se pasó la mano por la frente, y miró de un modo audaz á María, que tenía fijos en él sus hermosos ojos de una manera intensa, como si hubiera estado leyendo en su alma.

III.

—Ah, no, no, dijo María; no os sacrificéis, don Gaspar: ¿qué importan la vida y el alma de una pobre muger, cuando se trata de la fortuna, del esplendor, de la felicidad de un grande hombre, que hará grande á su rey y prósperos á sus reinos?

El posesivo, esa terrible partícula que desespera á los hablistas, que no se escapan sin usarle muchas veces mal, había sido usado epigramáticamente por la Calderona, que dominaba de una manera admirable el habla y hacia de ella lo que quería.

Entendiólo así el conde-duque y exclamó:

—¡Mis reinos!

—¿Qué? dijo María, habeis entendido mal, es verdad: he hablado mal yo, he querido decir los reinos del rey; no vuestros reinos. Ah, sois muy suspicaz, es ciertamente fuerte trabajo hablar con vos, no sé como entendéis las cosas, conde-duque; ¿no os he dicho que reposeis tranquilo? reposad: el rey creará que yo le adoro; si el rey me ama como vos decís, será feliz, yo os lo afirmo; no verá lo que se revuelva en el fondo de mi alma, no: ¿para qué me ha hecho Dios cómica, y tan excelente cómica como todos dicen? ¿qué hago yo en la

escena, más que dar á la ficcion la apariencia de la verdad, y de una manera tal que por verdad se tiene, y conmovido el público llora ó rie? ¿Y qué sabeis vos, conde-duque, si todo este dolor mio, si toda esta desesperacion, si este desaliño, este abatimiento, esta palidez, son otra cosa que una admirable ficcion que os engaña? ¿qué sabeis si es que yo quiero haceros esclavo mio, para pisaros, para disponer de vos, para engrandecerme á costa vuestra, y si no estoy ansiosa por que venga el rey? ¿qué sabeis si yo al verme amada de tal manera por el señor don Felipe IV, al verme antepuesta á una reina, me he enamorado del señor rey don Felipe IV, con toda mi ambicion, con toda mi soberbia? ¿qué sabeis acerca de lo que haya de cierto en todo lo que veis en mí? ¡Ah! Dios me ha hecho una gran cómica, ó tal vez me ha dado un gran corazon que vos no comprendeis. ¡Ah! me dais lástima, conde-duque; sois inferior á mí, sois mi vasallo: ah, perdonad, no lo creais; es que me chanceo, vamos, tranquilizaos, estoy de muy buen humor, he pensado con juicio, y he comprendido la gran fortuna que Dios me ha otorgado: ¿y cómo podiais creer que no me conmoviera el delirante amor que por mí siente su magestad? Ah, qué tontería: estais cariacontecido, conde-duque: diablo, vos no sabiais hasta qué punto era yo traviesa.

Y María se echó á reir de la manera más natural del mundo.

—Adios, señora, adios, exclamó espantado el conde-duque; tomad, tomad ese proceso, enviadlo vos misma al alcalde de Casa y Corte, que le ha instruido, que le ponga en ejecucion: en cuanto á lo demás, haced lo que querais: sois libre, me habeis espantado, me habeis conmovido: adios.

Y el conde-duque escapó.

IV.

María se apoderó con ansia del proceso que habia dejado el conde-duque sobre la mesa.

—Las nueve y cuarto, exclamó mirando al reló: aun queda tiempo, aun queda tiempo, sí: ¡hola! añadió avanzándose á una puerta del interior, Laureta, Laureta.

Tardó poco en aparecer la jóven doncella de confianza de María.

—Pronto, mi manto, mis chapines; á Porcuna que se ponga la capa, la espada y tome la linterna; vamos á salir al momento.

—¿A pié, señora?

—Sí, á pié; no puedo detenerme ni un punto.

Laureta calzó unos pequenísimos chapines á Maria, y la dió un manto.

—Tú tambien vas á acompañarme; cobijate y avisa á Poroua.

—Al instante, al instante.

Y Laureta salió.

María tomó el proceso y le guardó cuidadosamente entre sus ropas.

—¡Ah! exclamó, que haga lo que quiera: ¡infame! ¡sí, te he dominado por un momento como domino al público! pero eso pasará, habrá pasado ya en cuanto te haya dado en la frente el frio de la noche: que soy libre, que puedo hacer lo que quiera ahora... te conozco harto bien: has tenido miedo de mí, pero tu ambicion se sobrepondrá á tu temor. ¡Ah! no, no, yo te haré sentir mi venganza, conde-duque; yo me cobraré en tu desesperacion y en tu rãbia, de la rãbia, de la desesperacion que ahora me haces sentir; pero más tarde, más tarde; aun no es tiempo. ¡Ah! se me olvidaba; para estos golillas la mejor razon, el mejor decreto, es el oro.

Y abrió una papelera, y sacó de ella el oro á puñados.

Se llenó los bolsillos, y viendo á la puerta á Laureta cobijada ya, dijo cerrando la papelera:

—Vamos á representar la segunda jornada de nuestra comedia.

Y salió.

CAPÍTULO XLIV.

La segunda parte de aquella trapisonda.

I.

Cenaba alegremente el alcalde Pedro Gutierrez de Santisteban, con su secretario Pedro Ponce.

Habia recibido el primero una orden del conde-duque para que estuviese dispuesto á cumplimentar á cualquiera hora que fuese el decreto del rey que sobre el proceso de don Lope recayese.

Así es, que el señor Pedro Gutierrez estaba en actitud de combate pegado á su secretario, á quien habia mandado llamar al oscurecer.

—¿Sabeis que observo en mi mismo una cosa que no sabia? dijo el alcalde al secretario.

—Es extraño que haya una cosa que no sepais vos, dijo adulatoramente Pedro Ponce.

—Pues hay muchas cosas que no sé: por ejemplo, que cuando se almuerza muy bien, se come mejor; y que cuando se come mucho y con buen apetito, se cena que se devora: he aquí un buen sistema para cebar mujeres; porque ya os podeis hacer cargo, señor Pedro Ponce, que á nosotros suele importarnos muy poco el que los hombres esten cebados ó no cebados.

—A no ser que se trate de nosotros mismos, dijo Pedro Ponce: y puesto que habeis descubierto ese secreto, cebaos, señor alcalde, cebaos, que bien lo habeis menester.

—Aprovecharé vuestro consejo, y siempre pensando en ellas, porque la gordura da hermosura: ¿y sabéis por qué no me he casado yo, señor Pedro Ponce? porque he tenido juicio, porque he comprendido que no hay mujer que pueda amar á un hombre flaco; y como el principio de la felicidad del matrimonio es el amor, en casi todos los procesos de adulterio que hemos tenido, recordadlo bien, el marido ha sido flaco, ó jorobado, ó contrahecho ó feo; pocos buenos mozos, gordos y horondos han venido á quejársenos de la liviandad de su mujer: nada, nada, para casarse, la primera condicion es estar rollizo: no dejéis por cumplimiento esa codorniz, señor Pedro Ponce, que yo ya me he comido seis, y reservo algo de apetito para esa lamprea en salsa blanca que tan bien huele.

A este punto llegaban de su grata conversacion de entrecena, alcalde y secretario, cuando se oyeron fuertes y precipitados golpes á la puerta de la casa.

—¿Apostais, señor Pedro Ponce, que ese que llama nos trae ya proceso decretado por el rey, y tan á raja-tabla que nos corta la cena?

—Bien podrá ser, dijo el escribano; pero ese es nuestro destino, no poder comer, estar, ni dormir tranquilamente.

Presentóse entonces Gato-rubio, cabo como sabemos de los alguaciles de la ronda del señor Pedro Gutierrez de Santisteban.

—Ahí hay una dama, dijo, que quiere hablar con vuesa merced.

—¿Dama? no estoy en casa, dijo el alcalde; me interesa mucho más acabar de cenar á gusto; decidla que vuelva mañana.

—Es, señor alcalde, que esa dama trae un proceso con decreto de su magestad.

—Ya pareció ella, dijo Pedro Ponce, ¿quién será?

—¡Ah! exclamó de mal humor el alcalde, pues si con proceso viene y decretado por su magestad, metedla en la sala, que allá voy; ¿qué le hemos de hacer? no nos dejarán en paz.

Fuése Gato-rubio, y el alcalde se sirvió la mitad de la enorme lamprea que estaba sobre la mesa.

—Mientras sube, mientras se sienta y mientras se arregla, y con un poco que me espere que me detenga yo, bien puedo acabar de cenar; ¿no es verdad, señor Pedro Ponce?

Y el alcalde embaulaba entretanto.

—Cierto, ciertísimo, señor Pedro Gutierrez, dijo Pedro Ponce; pero principal debe ser la dama que viene, y tratándose de una dama principal, no me parece prudente hacerla esperar mucho, porque puede perderse algo.

—En un buen medio están las cosas: hacerse esperar un alcalde de Casa y Corte algún tiempo, es dar honor á la justicia.

II.

Oyóse entonces un campanillazo impaciente.

—Diablo, dijo el alcalde, esa es la campanilla que está sobre la mesa de la sala: ¿quién puede atreverse á llamar de tal manera en mi casa, como no sea esa señora?

—Cuando decia yo que debia ser dama muy principal, bien sabia yo lo que me decia, señor alcalde: id, id, que tiempo tendremos sobrado para cenar á todo nuestro placer: mirad no sea la señora condesa de Santurces, tia del procesado.

—Pues no se me habia ocurrido á mí eso, dijo el alcalde: teneis razon, y si no mirad, mirad con qué impaciencia vuelve á llamar.

—Ah, es preciso, preciso ir: lástima de lamprea, se va á enfriar. Gato rubio, Gato rubio.

Apareció el alguacil.

—Llevaos á la cocina esta lamprea y que la pongan al calor.

Y el alcalde poniéndose la golilla que la tenia en una perinola de su sillón, se fué á la sala.

Lo primero que le dió en los ojos en cuanto llegó á la puerta, fué un brillo dorado que partia de la mesa.

María Calderon mientras llegaba el alcalde, se habia entretenido en poner en carros al pié de la luz, que era un velón de Lucena, los doblones de á ocho que llevaba en el bolsillo, y que habian producido más de diez carros de á veinte doblones.

—¡Ah! exclamó el alcalde ahogando su exclamacion y comprendiendo.

Y adelantó sin mirar á la mesa, como si no hubiera visto el dinero que en ella habia, apresurado, quitándose el birrete y saludando con una profunda reverencia á María Calderon, que estaba cubierta de los piés á la cabeza con un ancho manto de terciopelo, y el semblante con el tupido velo de encaje de Flandes.

—Y bien, señora, dijo el alcalde, ¿en qué puedo servirlos?

María Calderon sacó el proceso de entre sus ropas, buscó el decreto que exculpaba y absolvía á don Lope, y le mostró al alcalde.

—Y bien, dijo este, mirando intensamente á María, como si hubiera querido descubrir á través del velo su semblante.

—Esto hay que cumplimentarlo al momento, amigo mio, dijo Maria Calderona con una perfecta voz de vieja.

—Ah, dijo el alcalde: ¿vos, señora, sois sin duda parienta de don Lope de Fonseca?

—Sí, contestó Maria Calderon; soy su abuela: ¡oh! y me ha tenido muy en cuidado el peligro que ha corrido ese loco: pronto, pronto, señor alcalde, que no sabéis lo que una abuela se interesa por un nieto; tengo grandes deseos de abrazarle y de echarle una reprimenda: ¡pues no me ha costado poco sacrificio arrancar de su magestad este decreto!

—¡Oh! yo estoy maravillado, señora: ¿quién lo diría? ¿con que don Lope no es criminal? á pesar de una prueba tan clara, tan concluyente, y es necesario creerlo, porque lo dice el rey, y el rey no puede mentir: hay cosas muy singulares.

Y al decir esto, pensaba en las manos que acababa de ver, y continuaba para sí:

—Vaya si es singular: una señora que por la voz parece más vieja que Noé, y que tiene las manos más blancas, más gorditas, más pequeñitas y más hermosas del mundo; vamos, esta señora lo entiende, y ha cuidado de cebarse.

Y decia esto, mientras leía y releía el decreto.

—Vamos, dijo la Calderona sosteniendo siempre su papel de vieja, abreviad, ¿no veis que tengo ansia por abrazar á mi nieto?

—Al momento, al momento, señora: hola, señor Pedro Ponce, venid acá.

Apareció el escribano.

—Mirad lo que el rey nuestro señor decreta.

Miró Pedro Ponce el decreto y abrió enormemente la boca.

—¡Ah! esto es muy singular, dijo.

Y miraba á hurtadillas los doblones que estaban sobre la mesa.

—Esta señora es abuela del interesado, dijo Pedro Gutierrez, y desea que al momento se le ponga en libertad.

—Pues al momento, señor alcalde, vamos allá; seguidme, señora, que el señor Pedro Gutierrez tiene aún que ponerse la capa y la espada, y ya nos alcanzará.

Lo que tenia que hacer el señor Pedro Gutierrez era recoger los doblones que estaban sobre la mesa.

VI.

El señor Pedro Ponce salió de la casa del alcalde acompañando á María y llevando consigo el proceso.

Delante iba alumbrando con su linterna Gato-rubio.

Detrás y pegada á su ama Laureta; pegado á Laureta Porcuna, y en seguida cuatro alguaciles.

Dos se habian quedado para acompañar al alcalde.

El escribano tomó hácia la cárcel pública, que estaba muy cerca, como que se encontraba en la plazuela de Provincia, adherida á la Audiencia.

VII.

Pedro Gutierrez entretanto habia contado rápidamente y guardado los doblones, despues de lo cual se puso su birrete, su espada, su daga y su capa, y se fué á alcanzar al señor Pedro Ponce y á la *abuela* de don Lope, que iban ya saliendo á la Plaza Mayor.

Quedóse un poco atrás al sentirlo el escribano, y le dijo rápidamente al oido:

—Eran más de doscientos, ¿no es verdad?

—Pardiez, dijo el alcalde, y qué bien contais con la vista, señor Pedro Ponce; eran doscientos cinco.

—Ya decia yo, contestó el escribano.

Y fué á ponerse á la izquierda de María, que iba muy deprisa, porque sabia ya que don Lope estaba en la carcel pública.

El alcalde se puso á la derecha.

—¡Ah! ciertamente, dijo este, que no sabe el señor don Lope la buena abuela que tiene.

—¡Ah! pues no merecia tenerla, dijo hablando naturalmente María.

El alcalde dió un salto.

—Vive Dios, dijo, que vos no sois la misma señora, y que tanto podeis vos ser abuela de don Lope, como yo vuestro hijo.

—¡Ah! la abuelita se ha ido, contestó Maria riendo.

—Y nada me habiais dicho, señor Pedro Ponce, exclamó amostazado el señor Pedro Gutierrez.

—¿Y qué os habia de haber dicho, señor alcalde?

—Que la señora anciana se habia ido y que habia quedado en su lugar una señora jóven.

—Pues que me emplumen, dijo Pedro Ponce, si esta señora no es la misma, la mismísima dama con quien yo salí de vuestra casa y con la que he venido hablando hasta ahora.

—¿Estais seguro de lo que decís, amigo mio? preguntó María al escribano con su voz natural.

—¡Jesucristo! exclamó el señor Pedro Ponce; pues hé aquí una metamórfosis que yo no entiendo.

—Es que os habeis distraído, señores, dijo María Calderon; y mientras vosotros os dáis cuenta de si eran doscientos ó doscientos cinco, la abuelita se ha ido y yo me he quedado en su lugar.

Y María se echó de nuevo á reír.

Quedáronse estupefactos los dos golillas.

—Pero ¿y quién sois vos, señora? dijo queriendo darse humos de autoridad Pedro Gutierrez.

—Cuando se sabe á cuánto asciende el dinero que se nos da y se guarda, dijo María, todas las demás preguntas son escusadas.

No supieron qué contestar los dos curiales.

La justicia se habia desprestigiado y no podia ponerse seria.

—Nada os importa, dijo María, quién yosea ó quién deje de ser: os diré, sin embargo, que soy tanta persona, que os pudiera pesar si no me sirviérais bien: os han traído un real decreto de su magestad el rey que estais obligado á cumplir, señor alcalde.

—Indudablemente, señora, contestó todo confuso Pedro Gutierrez.

—Y debeis cumplirlo cuanto antes, puesto que para que cuanto antes lo cumplais estais ya advertido por el conde-duque de Olivares, y yo os he pagado bien. Puesto que estamos delante de la puerta de la cárcel, llamad á ella en nombre del rey y concluyamos cuanto antes; tengo grandes deseos de llevarme á mi don Lope.

—¡A su don Lope! murmuró el escribano; ya.

—¿Quién será esta señora? dijo para sí Pedro Gutierrez levantando el gran aldabon de la puerta de la cárcel, y produciendo al dejarle caer un golpe sordo y retumbante.

VIII.

—¿Quién llama? contestó desde adentro una voz carcelaria, esto es, una voz irreverente, ácre, que revelaba un mal sugeto en quien la habia producido.

—Abrid á un señor alcalde de Casa y Córte, contestó Pedro Ponce.

Se abrió un postigo y apareció un hombre záfio, vestido de paño pardo, burdo, con calzas de lana gruesa y cinto de cuero blanco, del cual pendía un haz de llaves.

—Presos tenemos ó más bien presas, dijo el portero viendo á Maria y á Laureta, que se metían detrás del alcalde.

—Qué mala costumbre teneis los llaveros, dijo severamente el alcalde, de preguntar sin ser interrogados; ¿qué familiaridades son esas, pícaro?

—Perdone su merced, señor alcalde, contestó puesto en respeto el portero.

—Id y soltad al señor don Lope de Fonseca, del hábito de Calatrava, de orden mia por consecuencia de real decreto del rey nuestro señor.

Habian seguido adelante, habian pasado el rastrillo, y estaban en lo que se llama en las cárceles la entrepuerta, de la cual no pasan nunca los jueces ni los escribanos, como no sea para hacer alguna visita.

Otro portero estaba allí dormitando en un sillón de vaqueta, colocado detrás de una mesa, donde habia un tintero y dos grandes libros.

—Eh, Carcabueso, dijo el primer portero moviendo bruscamente al segundo, que despertó azorado; quitaos la gorra y poneos de pié, que está aquí su merced el señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban con su nobilísimo escribano el señor Pedro Ponce.

—Déjate de adulaciones, pícaro, dijo el escribano, y métete por esos interiores, y dále al alcalde la orden que ya te se ha dado, y que se presente en seguida ante nos con el señor Lope de Fonseca.

El portero abrió un rastrillo y desapareció.

—Dios guarde á su merced, dijo el otro portero de la entrepuerta, que ya se habia despavilado; ¿en qué tengo que servir á vuestra merced?

—Busca, le dijo Pedro Ponce, en el registro de hoy la entrada del señor don Lope de Fonseca.

—¡Ah! dijo el portero tomando uno de los grandes libros y abriéndole por un lugar que estaba señalado con un papel; aquí está ese señor don Lope, y por ciertó que despues de él no ha entrado ninguno; hoy ha sido mal dia.

—Dame, dame acá, dijo el escribano acercándose á la mesa,

El portero le presentó el libro abierto.

—Perfectamente, dijo Pedro Ponce; el señor don Lope es el primero de una hoja en blanco, mejor; así nos ahorraremos de tachaduras.

Y cortó de la hoja la parte en que estaba el nombre de don Lope con lo restante del registro.

—¿Qué es lo que haceis? dijo el portero.

—Lo que no te importa, dijo Pedro Ponce.

—¿Cómo que no me importa? creerán que yo he rasgado esa hoja, y me formarán proceso.

Pedro Ponce no contestó, sino que tomó una pluma y escribió lo siguiente:

«Esta hoja queda inutilizada por haberse rasgado de ella la parte de papel en que estaba el nombre de un caballero indebidamente preso, cuyo nombre, según la expresa voluntad del rey nuestro señor, no debe aparecer en el registro de esta cárcel pública.»

—Firmad aquí, señor alcalde.

Pedro Gutierrez firmó.

Por bajo puso el escribano: «por ante mí el secretario público de su magestad, Pedro Ponce». Y luego más abajo: «no se registra nada en esta hoja; pásese á la siguiente.»

Y volvió el libro para que le viese Carcabueso.

—¡Ah! esto es distinto, dijo el portero cuando lo hubo leído; de esta manera ya puede vuesa merced romper todas las hojas del registro, que yo no me opondré; y me alegro, sí señor, me alegro; porque el tal caballero es muy excelente, y todos creíamos aquí que le ahorcaban; floja acusacion que traía encima el pobre; ya decía yo que me parecía imposible; si los de acá conocemos á la legua y hasta por el olor el delito que cada uno trae; quién es ladrón y quién mohatrero, y quién reñidor, y quién pícaro, y quién asesino, y nada de esto tenía ese señor.

—Pero vos teneis de locuaz todo lo que él tiene de excelente persona, dijo Pedro Gutierrez, y no parece sino que como servis á la justicia creéis que todos los de justicia, por altos que sean, son de vuestra familia.

—Perdone su merced, señor alcalde, dijo Carcabueso, que yo no he querido ofenderle.

—Pues si hubiérais querido ofenderme, galeote, no estaríais ya en un encierro con un par de calcetas de Vizcaya y con las costillas calientes: ¿pero habeis visto qué pícaro, señor Pedro Ponce?

—Ya, ya, dijo el escribano; había que poner remedio en esta gente.

Carcabueso se rascó el cogote y no dijo ni una palabra más.

Se estableció un silencio profundo.

María se había sentado en un sucio banco que corría todo alrededor de la entrepuerta y miraba á través de su velo, triste y acongojada, una imágen de la Purísima Concepcion pintada al óleo que se veía en la pared situada al frente á buena altura y alumbrada por una lámpara.

Laureta y el rodrigon estaban en pié junto á su ama.

La ronda del señor Pedro Gutierrez se había quedado en la parte de adentro del rastrillo que correspondía al zaguan de la cárcel.

X.

Pasaron algunos minutos en silencio; al fin se oyeron pasos de la otra parte del rastrillo que correspondía al interior y ruido de llaves.

Se abrió aquel rastrillo y apareció un hombre con trazas entre hidalgo y pícaro vestido con una ropilla, unos gregüescos y unas calzas de color verde oscuro.

Era calvo y tenía gran nariz, grandes cejas de guarda-polvo, dos ojillos excesivamente móviles y penetrantes escondidos allá en su alveolo, y unos grandes bigotes y una gran perilla.

—Guarde Dios muchos años á vuesa merced, señor alcalde, dijo reverentemente; ¿qué es lo que me ha dicho este Someruelos, que no me he fiado de ello, sobre que ponga en libertad á cierto preso grave, muy grave, que trajeron aquí esta mañana?

—Señor Sotillos, dijo el alcalde, si el que os ha dicho es el señor don Lope de Fonseca del hábito de Calatrava, no ha hecho más que deciros lo que yo le he mandado que os diga de orden de su magestad.

—Pues ponerle en el registro de salida, Carcabueso.

—¿Qué es poner en el registro de salida, dijo Carcabueso si se ha borrado hasta el registro de entrada.

—¡Cómo que se ha borrado el registro de entrada! dijo el alcaide, que él era el del vestido verde oscuro.

—¡Qué ha de ser! dijo Pedro Gutierrez, sino que así lo he mandado yo de orden de su majestad.

—¡Ah! eso es distinto, dijo el alcaide, y dígame su merced; ¿también de orden de su majestad se pagará el carcelaje de ese señor caballero?

—¿Cuánto es ese carcelaje? dijo levantándose María.

—¡Ah ya! dijo el alcaide; vos, señora, sois á lo que parece, parte interesada, y pagais: pues bien, el carcelaje importa veinte ducados, porque se ha puesto á ese caballero en buena sala y con buen lecho, y se le ha asistido bien, aunque no ha comido porque está herido, pero no tanto que no pueda salir por su pié de la cárcel aunque sea cojeando.

—Tomad un doblon de á ocho, dijo María, y dad lo que sobre á los pobres presos; pero alijerad, porque me tarda ya el verme fuera de esta triste casa con don Lope.

—Dejéle vistiéndose por lo que esto pudiera ser: conque vé, Someruelos, vé y tráete para abajo ese señor. Ah, dale su capa, su sombrero, su daga y su espada que se me entregaron en depósito cuando le trajeron preso.

—Muy bien, dijo Someruelos.

Y se fué.

Entre tanto, todos guardaron un profundo silencio; el alcalde y el escribano, porque nada se les ocurría que decir, María porque estaba profundamente preocupada, y los demás por respeto.

Así pasaron diez minutos, hasta que al fin apareció Someruelos con don Lope.

María hizo un movimiento nervioso involuntario, se levantó y avanzó hácia don Lope, pero se contuvo.

Don Lope miró con extrañeza á aquella dama completamente envuelta en un manto y en la que no hubiese podido reconocer á María Calderon.

—¿Qué esto, dijo al alcalde, de ponerme tan intempestivamente en libertad?

—Dad las gracias á vuestra abuela, dijo el alcalde, que ha obtenido del rey nuestro señor la orden de que se os ponga en libertad tan libremente que aun sin costas salís.

—Y no debe salir de otro modo, dijo don Lope, cuya irritacion duraba, quien ha sido indebidamente preso por delitos que no habia cometido.

—Por supuesto, señor don Lope, dijo Pedro Gutierrez, que podeis estar seguro, que aunque hubiera durado algo mas vuestra prision, hubiérais salido libremente y sin pena, porque yo no puedo sentenciar á nada á quien ningun delito ha cometido.

—No esperaba yo ménos de la justicia de vuesa merced, señor alcalde.

—¿Qué estais ahí diciendo? exclamó María Calderon con una voz que hizo estremecer á don Lope; dadme, dadme ese proceso, señor escribano, dijo tomándoselo de la mano antes que este se lo diese; mirad, añadió dirigiéndose á don Lope y poniéndole el proceso por la parte de la sentencia ante los ojos; leed.

—¡Yo, éxclamó don Lope, sentenciado á degradacion y á infame muerte de horca como asesino!

—Leed, leed aquí á la vuelta, dijo María Calderon.

Luego que leyó el decreto del rey.

—¡Ah! exclamó mirando conmovido á María; todo lo comprendo ahora: qué miserable he sido.

—Bueno es que lo reconozcais, don Lope, dijo María; ¿ahora dudareis? y arrancó á don Lope el proceso. El rey quiere que este proceso se destruya, ¿no es verdad, señor alcalde?

—Ciertamente, señora, se apresuró á decir Pedro Gutierrez, y seria bueno destruirlo.

Temia que don Lope se apoderase del proceso, le examinase buscando la justificacion de su sentencia y encontrase su confesion falsificada, y las declaraciones de tres testigos falsos.

—Héle aquí destruido, dijo María poniéndole fuego á la luz del velon que ardia sobre la mesa.

Le retuvo en su pequeña mano hasta que solo quedó un fragmento, y al arrojarle, como se le descompusiese el manto, dejó ver su semblante que era harto conocido por razon de su oficio de cómica.

—¡La Calderona! exclamó Pedro Gutierrez haciéndose atrás.

—¡La Calderona! repitieron todos.

—Sí, sí, yo soy, ¿qué os espanta? Señor alcalde, yo soy la Calderona, la hija del ajusticiado don Rodrigo Calderon, que no ha querido que don Lope de Fonseca sea ajusticiado: seguidme, don Lope; si no podeis andar bien, apoyaos en mi brazo. Buenas noches, señor alcalde; buenas noches, señor escribano.

Y salió precedida por Someruelos que abrió el rastrillo de la puerta exterior y se alejó sirviendo de apoyo á don Lope que cojeaba sensiblemente, seguida de Laureta y de Porcuna.

CAPITULO XLV.

Nueva jornada de la tragicomedia.

I.

—¡Oh! ¿Qué habeis hecho, exclamó don Lope, qué habeis hecho, María?

—Lo que únicamente podia salvaros; porque aunque os habeis portado muy mal conmigo, yo no queria que os ahorcasen, contestó tranquilamente Maria, ocultando de una manera maestra lo dolorosísimo del estado de su alma.

—¡Ahorcarme! contestó don Lope; ¿y por qué me habian de ahorcar?

—Ya habeis visto la sentencia; sobre todo, que quien mata al padre de una mujer por robarla, enamorado de ella hasta la locura, no tiene otro premio que el de ahorcado.

—Esa es una infame calumnia, exclamó don Lope; se ha jugado con vos, Maria; se sabia que me adorábais, y se me ha usado como prenda para que sucumbais al amor del rey.

—¡Ah! ¿que yo os adoraba? exclamó Maria; ¿y lo habeis creido? Qué vanidosos son los hombres, Señor. Cuando una mujer se propone engañarlos, porque le conviene, lo creen todo; ¿pues no podeis figuraros que solicitada yo por el rey, no podia vacilar en la eleccion?

—¿Hablais de veras, señora? dijo empezando á irritarse don Lope.

—¿Que si hablo de veras? pues no; ¿con qué objeto me enamorábais vos? con el de suplantar un dia en vuestro lugar al rey; ¿no es esto? ¿Creeis que yo lo ignoraba? os dejaba hacer y os engañaba, y al mismo tiempo desesperaba al rey por hacerme valer más.

—Mentira, mentira, eso no puede ser; yo recuerdo...

—Recordad que os he engañado, no os fieis de lo que en mí habeis visto; representaba un papel muy bien estudiado, y con gran empeño de representarle bien: ha llegado el caso de hablar con franqueza, don Lope; vos habeis sido para conmigo el rufian del rey por encargo del conde-duque.

—¡María! exclamó irritado don Lope.

—¿Ni cómo habia yo de amar á un hombre á quien se le conocia la ficcion, porque no era tan buen cómico como yo, á un hombre enamorado de otra hasta el punto de matar por ella á su padre?

—Repito que esa es una calumnia infame; doña Esperanza sabe bien quién mató á su padre, y qué no fui yo.

—¡Doña Esperanza! dijo ocultando bajo un acento de burla su despecho María, hermoso nombre; ¿cómo podiais vos esperar ni querer que yo os amase, si estábais y estais enamorado de una Esperanza?

Por más que quiso fingir María, sus celos pudieron más que ella, aparecieron en sus últimas palabras y se revelaron á don Lope.

—¡Oh! gracias, gracias, María; vos me amais, me amais con toda vuestra alma; apurais por mí el más horrendo de los sacrificios; ¡ah! no, no le apureis; os han obligado aterrándoos con la amenaza de mi muerte; no cedais á ese temor, no; á mí no pueden matarme como no me maten á traicion, de una puñalada; ¡ah! todo lo comprendo; vuestra tenáz resistencia á premiar los amores del rey, el empeño del conde-duque para enloquecer con vos al rey, para apartarle de la reina; ¡ah! no, no, esto no es posible; esto no será; vos tendreis piedad de mí; yo os amo, María; yo os amo como no he amado nunca, os lo confieso; la situacion en que encontré á doña Esperanza, su hermosura, su juventud me halagaron por un momento; luego yo no creia que me amábais tanto; mirad que si por salvarme de la muerte aceptais los amores del rey, aceptándolos me matais.

—¡Oh, qué locura, qué vanidad! dijo María haciendo un esfuerzo desesperado para dar un acento irónico á sus palabras; hé aquí

lo que son los hombres; cuando tienen en la mano una joya, porque joya es el corazón de una mujer que ama, no la estiman; y cuando aquella joya se les arrebatara porque no la merecen, corren tras ella desesperados.

—¡Ah, María, María! exclamó don Lope; no ireis vos esta noche á vuestra casa.

—¿Que no iré? exclamó con altivez María; ¿y quién sois vos para impedirmelo? sobre todo, ¿qué derecho teneis á ello, qué insensatez es esta?

—Es la desesperación de mi alma; creedme, María: desde el punto que os he visto en la cárcel salvándome, desde el punto que he visto aquella infame sentencia, aquel generosísimo decreto del rey declarándome inocente bajo la fe de su palabra real, lo he comprendido todo; y en aquel punto, María de mi alma, he sentido que me abrazaba por vos, que os adoraba; he sido un villano, un miserable, es verdad; he servido sin condiciones al conde-duque, he pretendido hacerlos traición; no os conocía, no sabía cuánto me amábais, y con cuán apasionado amor; el don Lope de ayer no es el don Lope de hoy; yo os lo juro; no, no tireis hácia la calle del Prado, hácia vuestra casa; no ireis, no ireis á ella; en ella os aguarda la desventura; venid, venid á la mía donde hay para vos un amor sin fin; ó si no quereis venir á mi casa, yo os llevaré á una casa honrada, donde os depositaré, de donde iré á sacaros para hacerlos mi esposa.

—¿Pero estais loco? exclamó María retirando el brazo en que se apoyaba don Lope, y haciendo un supremo esfuerzo para pronunciar sus palabras; ¿no ois que os desprecio?

II.

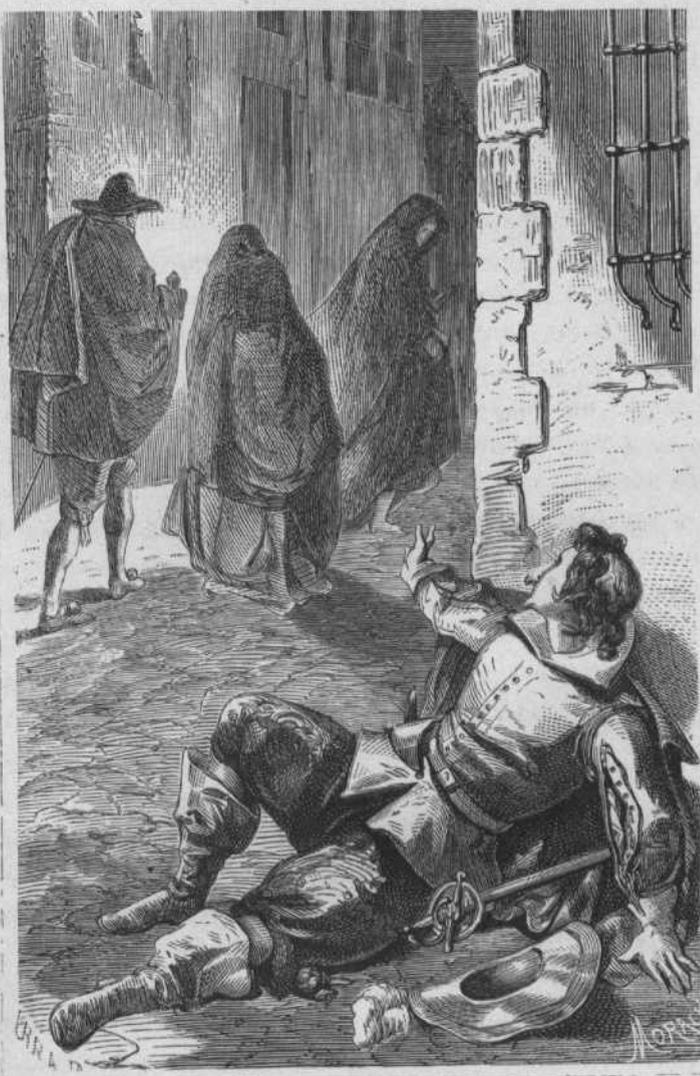
Don Lope, harto dolorido de la pierna, mucho más dolorido del alma, sorprendido por el acento de infinito desprecio que María habia dado á sus palabras, vaciló y cayó.

María hizo un movimiento para levantarlo, pero se contuvo.

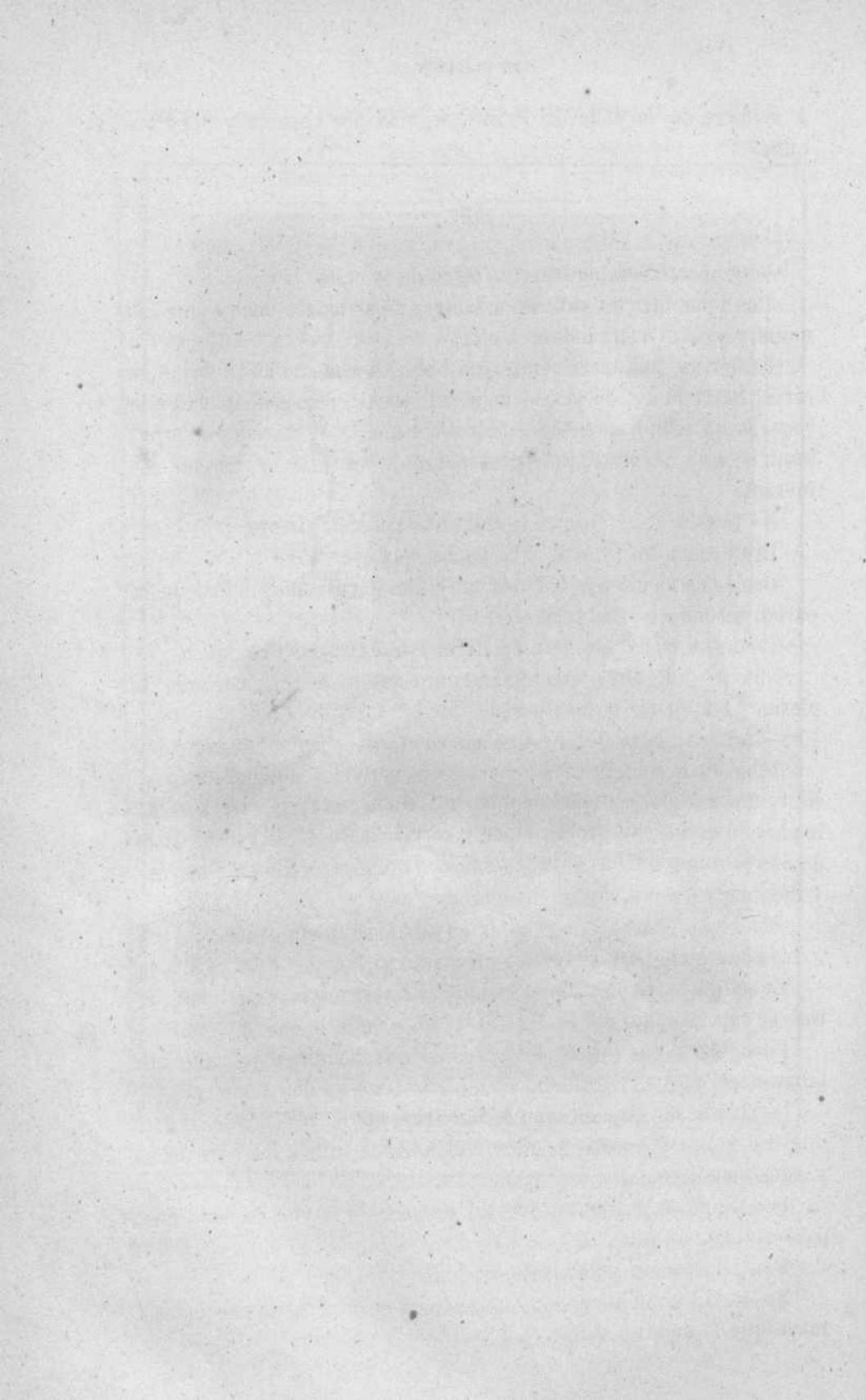
—Ah, no, no, dijo en voz ininteligible, le perderia y me perderia; mi suerte está echada, he sido cojida por el tigre que me retiene entre sus garras.

Y dió á correr sin que fuesen bastante á detenerla los gritos desesperados de don Lope.

—¡Oh! su vida, su vida antes que todo, exclamó María, y siguió



Y dió á correr, sin que fuera bastante á contenerla
los gritos desesperados de don Lope.



á lo largo de la calle del Prado, seguida por Laureta y por Porcuna.

III.

Muy pronto desapareció á lo largo de la calle.

Don Lope hizo un violento esfuerzo, se arrastró, llegó á una esquina y se alzó agarrándose á ella.

La herida, por el esfuerzo que habia hecho andando desde la cárcel hasta el fin de la plazuela del Angel, se habia abierto y le causaba un agudo, un insoportable dolor que le adormecía la pierna, impidiéndole servirse de ella á pesar de su valor y de sus esfuerzos.

No pasaba ya nadie por la calle hacia mucho tiempo.

Eran cerca de las once y la noche muy oscura.

Don Lope siguió adelantando muy lentamente apoyándose en la pared, asiéndose á las rejas.

Tardó un cuarto de hora en llegar á la calle del Príncipe.

Una vez allí, tuvo que andar sobre sus manos arrastrando la pierna hasta ganar la otra pared.

—Ah, no podré llegar, dijo; me siento débil, pierdo sangre.

Y haciendo uno de esos peligrosos esfuerzos dominándolo todo, se irguió, sacudió un fuerte golpe en el suelo con la pierna herida, le pareció que recobraba su vigor y corrió; pero al llegar al átrio de San Antonio del Prado le acometió un enlanguidecimiento mayor, y dominado por un vértigo insoportable cayó.

Por algun tiempo el vértigo le envolvió completamente.

Nada sintió, pero el vértigo fué pasando.

Cuando don Lope pudo percibir las impresiones exteriores, el reló de San Antonio del Prado dió las doce de la noche.

Poco despues se oyeron los pasos de dos hombres que adelantaban deprisa, y al llegar uno de ellos tropezó en don Lope.

—Yo no sé, dijo el que habia tropezado, por dónde andan nuestras rondas, que así dejan en medio de la calle á los borrachos y á los mendigos.

Don Lope se estremeció; habia reconocido la voz del rey, que pasó rápidamente.

Don Lope quiso gritar, pero no pudo.

Su desfallecimiento crecia, empezaba á envolverle un nuevo desmayo que le dominó al fin.

IV.

Allí estuvo una hora.

A la una, desmayado aun, perdiendo sin cesar sangre de la herida, fué recogido por la ronda de un alcalde de barrio, que no sabiendo quién era, pero juzgándole caballero por su traje y por su aspecto, le llevó al cercano hospital de los Italianos, donde aunque era español, en gracia á su estado le acogieron caritativamente, emprendiendo sin perder tiempo su cura.

CAPÍTULO XLVI.

En que se da cuenta de la cuarta tragicomedia de la Calderona.

I.

Habia esta llegado á su casa poco antes de las once, enloquecida, delirante, muriéndose.

Tenia la certidumbre de que era amada por don Lope, y esta certidumbre habia aumentado su desesperacion.

Pero no se atrevia á decir al conde-duque: valeos de otra víctima, yo no sirvo.

La habia aterrado aquella sentencia de muerte.

El conde-duque conocia demasiado bien la delirante pasion que María alentaba por don Lope, pasion pura, casta, como es siempre el primer amor de una mujer, que como María, tiene corazon y alimenta su alma con sueños.

María comprendía demasiado al conde-duque y sabia tambien demasiado que el conde-duque la comprendia á ella.

Para salvar á don Lope no habia otro medio mejor que engañarle, apareciendo ante él vulgar, miserable, ambiciosa, vendida al rey, perdido el pudor, haciéndose despreciable, en una palabra.

Cuando el amor es una locura como lo era el de María Calderon, se sobrepone á todo, es el mayor inconveniente de la vida de la mujer, su gran peligro, su prueba.

María, para salvar á don Lope necesitó que este la odiase, que

este se avergonzase de haberla amado, y se propuso llevar á cabo todo cuanto puede hacer una mujer para que el hombre que la ama la desprecie.

II.

Pero no era fácil engañar á don Lope.

En la conversacion que habia traído desde la cárcel con María, habia comprendido la intencion de la jóven, y el móvil de esta intencion: por lo mismo, la ficcion, la procacidad de María habian aumentado el amor de don Lope; mejor dicho, le habian hecho nacer de repente, porque el amor que, al verse salvado por la jóven, habia experimentado por ella, estaba muy lejos de ser el deseo que por la hermosura de María habia sentido.

Es muy frecuente, que los séres que no han sentido verdaderamente el amor le equivoquen con el deseo.

De este error nacen gran parte de las desgracias que afligen á la humanidad.

Para que la union de dos séres sea estable, se necesita algo más que las propensiones de la materia; es forzoso que por una simpatía irresistible se unan los espíritus.

III.

Don Lope habia reconocido demasiado tarde que amaba á María.

El agradecimiento tiernísimo que la generosa, la grande conducta de la jóven le habia inspirado: sus celos, su rabia, su desesperacion al comprender el precio que costaba á María el salvarle de aquella intriga miserable que acaso habia puesto en peligro su vida, todo esto junto le habia revelado que amaba á María con toda su alma.

Por su parte, la jóven no podia hacer otra cosa que lo que hacia.

Nosotros no podemos disculparla sin ofensa á la moral, pero somos indulgentes con las pasiones humanas, y sabemos que la mujer por su desgracia, lo pospone todo á su amor.

María adquirió la seguridad, de que solo sacrificándose, y sacrificándose de una manera horrible podia salvar á don Lope, y no vaciló en aceptar el sacrificio.

Y era necesario que este fuera completo para que no fuese infecundo, era necesario que el rey se creyese adorado por María.

IV.

En cuanto esta llegó á su casa, un poco antes de las once de la noche, mandó á Laureta que la peinase, la pintase y la vistiese.

La cómica se preparó para representar la parte más triste de su papel.

Cuando estuvo vestida, mandó á Laureta que se acostase: la joven doncella se retiró con extrañeza.

Nunca habia sucedido aquello, y no comprendia para qué se habia hecho ataviar su ama.

Sin embargo, este atavío no era exagerado.

Se reducía á un elegantísimo traje de casa, á pesar de lo cual era rico.

No tenia sobre sí joya alguna y estaba hermosísima.

Ensayó al espejo sus miradas, sus sonrisas, y todo esto con el alma desolada, con la fiebre en la cabeza, con la desesperacion en el corazon.

Quedó satisfecha de si misma.

Era una cómica consumada.

Pareció tranquila y bella.

Habia invertido más de tres cuartos de hora en su atavío y casi otro en el ensayo de su aspecto.

Así es, que cuando verdaderamente se puso á esperar desesperada eran ya cerca de las doce, que no tardaron en sonar en el reló que estaba sobre la chimenea.

A María se le heló la sangre en cuanto oyó la vibracion de la primera campanada.

Tal empeño habia mostrado el rey por ella, que era de esperar, ó mejor dicho, de temer, no tardase ni un minuto más de la hora de la cita.

En efecto, aun no habia sonado la última campanada de las doce, cuando se oyeron tres palmadas debajo del balcon del retrete en que estaba María.

Esta se puso la mano sobre el corazon, como si hubiese sentido en él el frio de un puñal.

Se rehizo sin embargo, se levantó, tomó una bugia, salió de su retrete, atravesó silenciosamente algunas habitaciones, bajó las es-

caleras, abrió la puerta exterior de la casa, y todo esto sin vacilar, ni temblar, á pesar de que el terror que la dominaba, la agonía que experimentaba eran superiores al terror, á la agonía de un sentenciado que se acerca á su suplicio.

—Ah, dijo el rey que estaba inmediatamente junto á la puerta, hé aquí un hermoso dia que amanece para nosotros á la media noche.

—Y vos, señor, dijo María, sois el sol resplandeciente que viene á inundar de luz á este dia pálido.

—¡Oh, qué feliz soy! exclamó el rey asiendo la mano izquierda que María tenia libre, y besándosela sin que la jóven la retirase; esperadme aquí, Olivares.

Y entró.

María cerró la puerta.

El rey hizo ademán de rodearla la cintura, y acercó su semblante al de María.

—Ah, no, dijo esta apartándose y sonriendo; tratadme con más respeto si pretendéis que yo crea que me amais.

—¡Que si os amo, María! exclamó el rey, ¡que si os amo! soy vuestro esclavo, mi mayor felicidad será obedeceros, por supuesto si veo que me amais.

—¡Y cómo no he de amaros, señor, cuando vos me amais tanto! Entrad, entrad; no es este lugar digno de vuestra magestad, ni hay para vos lugar digno en mi casa.

—¡Oh, sí, María, sí, en vuestros brazos!

—Mereced ese lugar, señor; ahora seguidme, pero pisad quedo; mi tia y mis criados no tienen costumbre de que yo reciba visitas á estas horas.

Felipe IV siguió á María pisando furtivamente como un criminal que se recata porque no quiere ser sorprendido en un mal hecho.

Así, de una manera silenciosa penetraron, no en el casto retrete en que habitaba generalmente María, sino en otro no ménos bello, situado al otro extremo de la sala.

Allí habia una chimenea encendida y una mesa servida con refrescos, vinos generosos y conservas.

Estos preparativos habian extrañado tambien en gran manera á Laureta.

—Bah, habia dicho la muchacha al retirarse, el teatro ha cogido al fin de medio á medio á mi ama y se vuelve como todas; me

parece que tenemos amante; ¿pero quién será este amante? mucha persona debe ser cuando al fin mi señora se rinde; y bien, ya veremos.

Y Laureta se sentó y se durmió harto descuidada de lo que podia ser aquello.

V.

El rey se quitó la capa y el sombrero y los puso sobre un sillón.

Desajustóse luego el ceñidor, al que estaban unidas la espada y la daga, y las puso sobre otro sillón.

Luego se acercó á María, la miró con ánsia; pero no se atrevió ni aun á tocarle una mano.

La jóven le miraba sonriendo.

En su mirada habia ternura, pero habia tambien algo misterioso que contenia al rey.

—Sentaos, señor, dijo María, hace mucho frio y debeis venir helado.

—Si, sí, en verdad, señora, dijo Felipe IV, el invierno en Madrid es erudísimo, homicida; ya veis, yo traigo encendido por vuestro amor en mi corazon un volcan, y sin embargo estoy aterido de frio.

—Confortaos, señor, dijo María, y para que acabeis de confortaros, aceptad esta copa de generoso vino de Chipre.

Y sirvió al rey una copa llena de dorado licor sobre una bandeja de plata sobredorada.

—Bebed vos primero, María, dijo el rey, y convertid ese vino con el contacto de vuestros lábios en un néctar de los dióses.

María bebió parte del vino y ofreció sonriendo la copa al rey.

El rey bebió sin apartar sus ojos de los terribles ojos de María, en que lucia un fuego intenso, el fuego de la fiebre que no podia dominar y que el rey tomó por el fuego del amor.

—Me habeis envenenado, dijo el rey devolviendo la copa á María, pero con un veneno delicioso; creo que ahora os amo infinitamente más que antes.

—¡Ah! no digais eso, señor, porque me contrariais; yo creia que me amábais desde hace mucho tiempo todo cuanto podiais amar.

—El amor es infinito como la luz, como el espacio, contestó el

rey; en vos encuentro un océano de felicidad: yo estoy loco, María.

—¡Loco! no os quiero loco, señor, porque de un loco no pueden esperarse más que locuras.

—¿Y qué os importa si todas esas locuras van á vos?

—¡Ah, señor! tenemos que hablar mucho, mucho; necesito saber hasta qué punto me amais para decidirme á partir con vos mi alma.

—¿Pues qué no estais decidida? exclamó con acento de contrariedad el rey; Olivares me habia dicho...

—El conde-duque podrá haberos dicho todo lo que quiera; pero yo os diré la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, María?

—La verdad es que en vuestro empeño por mí solo habeis adelantado un paso.

—No llameis empeño á lo que es amor, amor del alma, necesidad de unirme á vos, de vivir en vos, y de que vos vivais en mí. ¿Y decís que solo he adelantado un paso?

—Sí, señor; la última vez hablamos por la reja; hoy habla vuestra magestad conmigo dentro de mi casa; á esto es á lo que yo llamo un paso más hácia mí.

—Bien, bien, dijo el rey; con tal de que yo me acerque á vos, vamos bien, con tal de que no me detengais cuando haya llegado á cierto punto.

—Ya he dicho á vuestra magestad que estoy decidida; que puesto que vuestra magestad me favorece tan altamente amándome, yo pago con creces el amor de vuestra magestad.

—Empecemos, María, porque el tratamiento de magestad me lastima en vuestros lábios; aquí no está el rey, sino el amante; ¿cómo hablaríais á un amante, María?

—No lo sé, señor, porque soy de todo punto inexperta en amores: vos sois mi primer amor.

—El vos me ofende tambien; ¿no creéis que el tú, el amoroso tú es el único tratamiento de dos enamorados?

—Muy de prisa vais, señor; y sobre todo, pretendéis que yo, de repente, me olvide de que sois mi rey y mi señor.

—Señor de vuestra alma, ese es mi deseo; pero vuestro rey, no; para vos, María, no soy más que un pobre esclavo, atento á vuestra voluntad para cumplirla.

—Pues bien, cumplid mi voluntad respetándome, no pretendiendo de mí lo que me seria muy violento, convertirme de repente en vuestra amante.

—¡Oh, Dios mio! exclamó el rey; sea lo que vos queráis; no puedo daros una prueba mayor de lo bien que os amo, que doblegándome á vuestra tiranía; porque yo muero, fallezco por vos.

—Esperad, dijo María; esperad, no os amo aún lo bastante para ser vuestra; me violentaria demasiado; y si es verdad que tanto me amais, debéis evitar, señor, que me violente.

—¡Ah! será lo que vos queráis, María; porque ya os lo he dicho; el rey, el señor desaparecen delante de vos; aquí vos sois la reina, vos la imperante, vos la obedecida; yo el vasallo, yo el que obedezco; creedme, María; la mujer ha sido desde que empecé á sentir la necesidad del amor, mi tentacion, mi sueño; he creído amar muchas veces, y he hecho por mujeres locuras; pero al conoceros he comprendido que mi corazon estaba virgen, que no habia amado aún: ¡oh, María, María! vos no me inspirais el sentimiento bastardo que me han inspirado otras mujeres; mi amor por vos es purísimo, es un amor inmortal, un amor de los cielos, un amor que hace sentir al alma una delicia inefable, una alegría infinita; no, María, no, yo nunca he amado como os amo.

—¿Y vuestra esposa? exclamó de repente María infiltrando en el rey una profunda mirada.

—¡Mi esposa! exclamó Felipe IV.

Y se puso densamente pálido.

—No me habéis de la reina, continuó, os lo suplico, no me habéis nunca; á los reyes no nos casa el amor, sino la razon de Estado; no se consulta nuestro corazon; nos casa nuestro padre cuando es nuestro rey y nuestro señor y no podemos desobedecerle, como me sucedió á mí; ó cuando no, nos casan nuestros reinos, que nos dicen: elegid una princesa, señor, para elevarla á vuestro tálamo; dadnos un heredero que asegure la sucesion de la corona y evite turbulencias y guerras civiles; y nos casamos con la primera princesa que más conviene á la política, con una mujer que no nos conoce y á quien no conocemos sino por un cambio de retratos; no nos casamos por el amor ni para el amor, sino para dar herederos á la corona: y el pobre corazon sufre, el pobre corazon llora, porque el rey es un hombre que siente como los demás, pero que no tiene la libertad de los demás; nuestra grandeza es nuestra esclavitud; todo tiene su precio, María, y yo no sé, yo no sé por qué nos envidian, sino porque se envidia todo lo que está alto, todo lo que reluce: ¡ah, María, María! vos sereis para mí el ángel que me alivie del peso de la corona. No, no sereis para mí ni para los que sepan que sois

mia, una manceba vulgar, no; sereis la esposa del corazon, y nuestros hijos, yo os lo juro, llevarán el apellido Austria á la faz del mundo.

—¡Nuestros hijos! exclamó María, y se estremeció.

—¿Por qué temblais, hermosa de mi alma? exclamó el rey.

—Mis hijos serán mi deshonor, exclamó Maria encontrando una rápida disculpa para su estremecimiento; ¡ah! mi deshonor, añadió; yo estoy loca, ¿pues qué honra tengo yo?

Llególe su vez al rey de estremecerse.

—¡Vuestra deshonor! pues qué, ¿estais deshonrada, María? exclamó el rey con la voz trémula y densamente pálido.

—Sí, exclamó María con voz opaca; deshonrada y maldita.

—¡Maldita y deshonrada! exclamó el rey cuya turbacion crecia.

—Pues qué, exclamó María, ¿no soy yo la hija bastarda de un ajusticiado?

La mirada del rey se hizo vaga ante este recuerdo imprevisto de don Rodrigo Calderon.

—Y decid, ¿no amo yo al hombre que mató á mi padre?

El rey alzó la cabeza altivo en uno de aquellos rápidos movimientos de dignidad que pasaban por Felipe IV, como momentáneos destellos de la altiva casa de donde venia.

—A don Rodrigo Calderon, dijo, le mataron sus delitos.

—Os ruego, señor, que os acordeis de lo que acabais de decirme para el dia en que yo os pida la cabeza de un hombre.

—¿Teneis ya enemigos, María? exclamó el rey que apenas salia de un recelo cuando entraba en otro.

—No, contestó la jóven; pero podrá suceder que algun dia me ofenda algun ambicioso á quien dé celos y temor el amor que me tengais; podrá suceder que yo tenga necesidad de vengarme de algun hombre tan cargado de delitos como mi desgraciado padre.

Y María, al decir estas palabras, pensaba en el conde-duque.

Esperaba cobrarse un dia el sacrificio á que la obligaba Olivares enviándole al mismo suplicio en que murió su padre.

—Os suplico, María, dijo el rey, que si teneis algun enemigo que os haya ofendido, me digais su nombre.

—Aún no, señor, respondió Maria.

—¿Y por qué aún no?

—¿Por qué? porque aún no existe ese enemigo.

—¿Y por qué pensar en lo que no existe? dijo el rey.

—¿Por qué? porque existirá; porque los favoritos no sufren bien

que haya quien parta con ellos el favor de un rey, á quien quieren dominar completamente; porque temen á la mujer amada; porque me temerán, á pesar de que yo no seré ambiciosa y me satisfaré con que sea verdad lo eterno de vuestro amor.

—¡Oh! sí, María, sí, será eterno, porque despues de muerto os amaré, porque mi alma se quedará con vos.

—¡Ah! no, no, vuestra alma irá al seno de Dios, porque sereis un rey justo y bueno; así lo espero. A lo menos, si yo conozco que tengo algun poder sobre vos, lo emplearé en que hagais felices á vuestros reinos.

—¡Oh! exclamó Felipe IV; sois un ángel, María.

—Si no soy un ángel, señor, soy á lo ménos caritativa.

—¡Caritativa! ¿y á qué hablar ahora de la caridad?

—Bah, señor, me amais tanto, que os olvidais de todo; os olvidais, por ejemplo, de que está helando.

—¿Y á propósito de qué os acordais de eso?

—¿A propósito de qué, señor? dijo María riendo de la manera más natural del mundo; á propósito del pobre conde-duque, que está en la calle; corre un norte insufrible; yo me quedé helada en el momento en que abrí la puerta; calculad lo que estará pasando por vos vuestro lealísimo vasallo don Gaspar de Guzman.

—Mucho os interesais por él, María, dijo Felipe IV que era muy celoso.

—Al interesarme por él, señor, me intereso por vos; porque si el pobre conde-duque coje un pasmo y de él muere, ¿dónde vais á encontrar otro mejor vasallo?

—Acabad por decir, María, que me echais á la calle.

—¡Echaros! ¡Echaros yo! ¡Ah! no digais eso, señor; no, no os echo; yo os amo, pero quisiera que os separárais de mí, os tengo miedo, más bien me temo á mí misma; satisface tanto al corazon de una mujer ver rendida ante ella la grandeza de un rey; yo os suplico, señor, me respeteis, no me considereis como una mujer cualquiera; que espereis á que nos conozcamos mejor; yo os suplico salgais; sobre todo, no volvais con el conde-duque; no sé, no sé cuánto me lastima el que un tan grande hombre pase tan malos ratos; mañana, señor, os esperaré á la misma hora.

Y María se levantó.

VI.

Tanto dominaba María al rey, tanto la amaba, que se levantó también, y en silencio se ciñó su daga y su espada y se puso la capa, pero no el sombrero.

—Cubrios, cubrios, señor, dijo María; no quiero que me respeteis tanto.

El rey se cubrió, pero más que como su señor, como quien obedece.

Estaba embriagado por el amor de María; su afán de ser amado y el amor propio le hacían creer que María le amaba.

Esta tomó una gran copa de plata sobredorada y la llenó de vino de Chipre.

—Porque no muera jamás vuestro amor, señor, dijo María y bebió.

—Por tu alma, exclamó el rey apurando la copa.

María la puso sobre la mesa.

—¡Ah! exclamó como quien recuerda; acerca de mí y de nuestro amor no habéis de hoy en adelante con el conde-duque, yo os lo suplico; no os mostreis tampoco triste, porque no teneis motivo para estarlo; en una palabra, os lo pide mi corazón, no hagais con nadie platillo de nuestros amores.

—Ah, yo os lo juro, exclamó el rey.

Y María tomando un candelero con una bujía salió precediendo á Felipe IV.

Al salir á los corredores se volvió y se puso un dedo en los labios, como indicando al rey silencio y recato mientras atravesaba por la casa.

Al abrir la puerta exterior, María dijo con la voz trémula, conmovida, enamorada en la apariencia, pero con una apariencia perfecta:

—Adios señor, hasta mañana.

El conde-duque dió aquel asunto por concluído.

María subió lenta, lúgubre, terrible.

La expresion de su semblante habia cambiado por completo.

Vacilaba como una ébria.

Llegó á su retrete, dejó el candelero sobre la chimenea, todo esto maquinalmente.

Entró en su alcoba y se arrojó de cara sobre su lecho y rompió á llorar.

CAPITULO XLVII.

Del trabajo que costó á una buena tia dar con un buen sobrino.

I.

Al dia siguiente, la condesa de Santurces andaba loca metida en una carroza corriendo de Caifás á Pilatos, preguntando en la Audiencia á alcaldes y alguaciles por su sobrino don Lope de Fonseca.

Consistia esto en que aquella mañana muy temprano, la condesa habia enviado á su mayordomo á la cárcel á preguntar por su sobrino, y habianle respondido, que como á las diez y media de la noche anterior habia ido á la cárcel el señor alcalde de Casa y Corte encargado del proceso, su secretario y una dama, que el alcalde habia puesto en libertad á don Lope, y que este con la dama se habia ido.

Quién tal dijo á la noble condesa de Santurces.

¿Quién podia ser aquella dama?

¿Doña Esperanza? pero doña Esperanza habia desaparecido.

¿Qué importaba? podia haberse perdido para todos ménos para don Lope.

La condesa envió á su mayordomo á casa de su sobrino.

El mayordomo volvió diciendo que los criados de don Lope decian que su amo no habia parecido por la casa, ni se tenian de él otras noticias sino que habia sido puesto en libertad.

A todo esto eran las diez de la mañana. Doña María mandó que pusiesen una carroza y envió á la Audiencia á preguntar donde vivia el señor Pedro Gutierrez de Santisteban.

El mayordomo volvió diciendo que el señor Pedro Gutierrez estaba ya en la Audiencia y que allí podia vérselo.

A la Audiencia se fué la condesa de Santurces.

Pero fué el caso, que cuando llegó, el señor Pedro Gutierrez no podia ser visto por la condesa porque estaba viendo un proceso.

La condesa hubo de esperar, y para aprovechar la espera preguntó á todo alguacil que encontró á mano, si por acaso, rondando la noche anterior habian encontrado con una dama á un caballero que debia cojear por estar herido en una pierna; que era su sobrino y que por esto le interesaba saber de él.

Y por donde, cuando llevaba preguntados diez ó doce corchetes, tropezó con uno que la dijo:

— Caballero herido y desmayado, pero sin dama, encontramos uno anoche junto á la cancela del átrio de los padres capuchinos de San Antonio del Prado.

— ¿Y era buen mozo ese caballero? preguntó tiñéndose de un vivo color la condesa.

— ¡Oh! sí, señora: muy buen mozo aunque estaba muy pálido.

Se le abrieron las entrañas á la buena doña María.

— ¿Reparásteis, dijo, si ese caballero tenia al pecho el hábito de Calatrava?

— Efectivamente, señora.

— ¿Y á dónde le llevásteis, preguntó alentando apenas la condesa, porque le llevaríais á alguna parte?

— Sí, señora, sí, le llevamos aunque no era italiano, por el estado en que se encontraba y por ser el hospital más próximo, al de los Italianos.

La condesa dió un doblon de á veinte al alguacil, que se lo agradeció mucho, y escapó y se metió en su carroza, haciéndose llevar á toda prisa al hospital de los Italianos.

II.

Pero allí debia esperar una nueva y terrible contrariedad.

Apenas volvió en sí don Lope, apenas le curaron, declaró que en cuanto fuese de dia se iba, que él tenia donde le asistiesen y que no queria estar en el hospital.

Y como en el hospital no tenían interés alguno en retener á un intruso, puesto que don Lope no era italiano, dijeron amen; pero como la mañana amaneci6 muy fria no le dejaron partir hasta las nueve, en que buscada una silla de manos le sacaron del hospital.

III.

Pero apenas se habian separado de 6l en direccion á la calle de Don Pedro, donde vivia, cuando don Lope les hizo que volviesen atrás, mandándoles le llevasen al Prado de San Ger6nimo, casa de la Calderona.

Los mozos se alegraron, porque la distancia era incomparablemente mäs corta, y diez minutos despues la silla de manos paraba delante de la casa de María, cuyas señas habia dado á los conductores don Lope.

IV.

Esto habia sucedido poco antes de que llegase al hospital la condesa de Santurces, que se desesper6.

—¿Y á dónde han llevado á ese caballero? dijo.

—No lo sabemos bien, contestaron; pero si quereis esperaros, los mozos que han ido á llevarle lo dirán.

La condesa se esper6.

Media hora despues llegaron los mozos, no porque hubiesen necesitado tanto tiempo para volver, sino porque se habian metido en una taberna á gastar parte de algunos reales que les habia dado don Lope.

La condesa les pregunt6; ellos no supieron decir cuya era la casa á dónde habian llevado al caballero herido; pero dijeron que aquella casa estaba en el Prado de San Ger6nimo, que hacia esquina á una callejuela; y que por el lado del Prado tenia un jardin con algunos árboles muy altos y dos rejas en la tapia.

La condesa no tenia antecedente alguno de la Calderona ni de su habitacion, ni aun conocia á la Calderona; porque por lo modesto de sus costumbres no iba nunca al teatro, ni aun cuando la reina asistia á 6l, porque tenia buen cuidado de excusarse, si no tenia mejor pretesto á causa de enfermedad.

Y efectivamente, doña María se ponía mala á la sola idea de asistir á un espectáculo tan profano y tan deshonesto, en que las có-

micas hacian gala de una desenvoltura escandalosa, y bailaban obscenamente y cantaban cosas capaces de hacer ruborizar á una piedra.

Esto no lo sabia la condesa por la reina, sino porque se lo habia dicho su confesor, que era un reverendo, grave y docto padre agustino; así es que no habiendo podido decirle los conductores de la silla de manos en que fué don Lope, que este habia ido á casa de la Calderona, la condesa tampoco pudo suponerlo; pero mandó á uno de aquellos mozos montar en el pescante de su carroza, y que hiciera parar á la puerta de la casa donde habian dejado al caballero herido.

V.

Riñeron los mozos sobre quién habia de ser, porque esperaban propina, lo cual impacientaba á la condesa, que para dirimir la cuestion dió una igual propina á los dos; pero entonces costó una segunda disputa á ver quién se habia de quedar.

Al fin la condesa logró que uno de ellos montase en el pescante, lo cual no impidió que el otro se fuera delante de la carroza para tener opcion á la mitad de lo que la condesa diese, además de lo que habia ya dado.

A los pocos minutos, los dos mozos, el que iba delante y el que habia montado, dijeron:

—Ahí es, en esa casa.

La carroza se detuvo á la puerta de la casa de la Calderona.

Abrió un lacayo de los dos que iban á la zaga la portezuela, puso el otro la escalerilla, que no ménos que una escalera se necesitaba para bajar de las carrozas de entonces, y la condesa se metió nerviosa y colérica en el zaguan de la casa de la Calderona, y llamó con violencia á la puerta.

Pero retrocedamos y dejemos á la condesa esperando á que la puerta se abriese.

CAPITULO XLVIII.

De cómo la pobre María se puso en peligro de muerte al perder su última esperanza.

I.

Cuando don Lope salió de la silla de manos y apoyado en los mozos llegó á la puerta interior del zaguan de María, y cuando pagados los mozos se fueron, llamó violentamente á la puerta sacudiendo con furor la aldaba y asiéndose á los travesaños salientes de la labor de la puerta para sostenerse.

Estaba pálido, convulso, irritado.

Sentia cada vez con más fuerza aquel amor intenso, ardiente, terrible que le habia sorprendido al verse salvado por María, al medir el sacrificio de la jóven.

Como digimos antes, María no le habia engañado con su desdén.

Don Lope era bastante experto y habia visto la verdad bajo el acento, al parecer, indiferente de María.

Se habia sentido amado por ella tan intensamente como él la amaba, y luego, desde que volvió en sí en el hospital de los Italianos, no habia podido olvidar que junto á él, cuando estaba postrado cerca de la verja del átrio del convento de capuchinos del Prado, habian pasado dos hombres, y que en la voz del uno que habia hablado habia reconocido al rey.

¿Y á qué iba por allí el rey á tal hora, envuelto en las tinieblas, sino á casa de María?

Es verdad que resguardándole el mismo don Lope, habia ido el rey muchas veces, pero no habia entrado en ella.

La infamia que contra don Lope se habia cometido falsificando un proceso; la sentencia de muerte consecuente á aquella falsificacion; la declaracion de su inocencia por el mismo rey, hecha por un real decreto, todo esto era para él una revelacion, y una revelacion terrible, atendido el estado de su corazon.

María se sacrificaba.

El rey habia entrado aquella noche en la casa de María.

María era la manceba del rey; él llegaba tarde.

La herida, aquella herida que fatalmente habia recibido guardando las espaldas al rey cuando el amor de María le era indiferente ó le halagaba cuando más, le habia impedido llegar, adelantándose al rey, á la puerta de la casa de María, para impedir al rey la entrada, á trueque de todo.

Porque cuando los celos descubren á un hombre el secreto de su corazon; cuando de improviso conoce que ama con toda su alma, sin comprenderlo, engañado por la confianza; cuando conoce que la mujer á quien habia considerado como un medio era un tesoro, y le vé perdido, su amor se convierte en una locura.

Sabe Dios lo que hubiera acontecido entre el rey, el conde-duque y don Lope, si su herida abierta por una fatiga excesiva y el estado de su espíritu, no le hubieran postrado ante el átrio de los capuchinos.

La noche, la soledad, las tinieblas hubieran encubierto á don Lope, y sabe Dios si la historia hubiera tenido que consignar la muerte de Felipe IV á causa de una aventura galante.

II.

Pero esto no pudo ser, y la historia no consignó el escándalo de un regicidio no ocurrido por una causa tan poco digna de un rey.

Don Lope habia vuelto en sí en su lecho del hospital de los Italianos, y al volver en sí se habia desesperado.

Por esto, á pesar de la mala situacion de su herida, á pesar de todo, se habia hecho conducir á casa de María y llamaba á su puerta trémulo, lleno de ansiedad, esperando y temiendo, cubierto de sudor frio, con el corazon violentamente agitado y con la boca seca y amarga.

III.

Abrió Porcuna, que conocía demasiado á don Lope, y que le temía más que á una vara verde, porque cuando don Lope entraba como novio de María en la casa, le había dado más de un impio puntapié.

Porcuna no sabía ni una palabra acerca de la situación en que su ama se encontraba con el rey; y como don Lope tenía entrada franca en la casa, aunque nunca había ido tan temprano, no le impidió la entrada.

Además, que de miedo no se la hubiera impedido.

—¿Está tu señora? le preguntó don Lope de una manera que alarmó al rodrigon.

—¿Pues y dónde ha de estar siendo tan de mañana? contestó Porcuna.

—Podía haber ido á la iglesia á hacer penitencia por sus pecados.

—Bien pudiera ser, dijo Porcuna, que no se atrevía á llevar la contraria á don Lope; pero estando yo aquí, claro está que la señora no ha salido, porque sin mí no sale nunca; digo, á no ser cuando salía con vos de noche, que entonces yo no hacía falta; y si no, acordáos que anoche cuando la señora fué á sacaros de la cárcel iba yo.

Don Lope no había oído ninguna de estas palabras; mientras Porcuna las había pronunciado, había estado en lucha con un principio de vértigo.

La herida no era tan leve como parecía, porque Quevedo no hacía heridas leves, y la escitación de los nervios, á causa de un dolor agudo, habían producido aquel principio de vértigo, dominado solo por la fuerza de voluntad.

—¿Está levantada tu señora? dijo al fin don Lope alzando la cabeza.

—Sí señor, sí, dijo Porcuna; aunque nunca se levanta tan temprano; pero, Dios mio, qué pálido estais: la señora también...

—¡Que también la señora está pálida! exclamó con ansia don Lope.

—Como una muerta, y además de esto, ojerosa y con los ojos hinchados de llorar; vamos, vuesas mercedes están de monos, y es necesario que esto se acabe: Laureta dice que la señora no se ha desnudado esta noche, y que está tan peinada como la dejó.

—Mira, Porcuna, dame tu brazo, súbeme, arrástrame por las escaleras; estoy cojo, no puedo andar.

IV.

Porcuna dió el brazo á don Lope, cerró la puerta y empezó un trabajoso ascenso por las escaleras con su carga, porque una carga podia llamarse entonces á don Lope.

El dolor le habia adormecido la pierna, y no la sentia; pero sí el dolor agudo de su alma.

Al fin trabajosamente llegaron á la puerta de la sala por donde se pasaba al retrete particular de María.

—Déjame aquí, dijo don Lope asiéndose á uno de los sillones.

Porcuna se fué.

Don Lope siguió como un niño que aún no sabe andar, asiéndose á los muebles, adelantando lentamente, arrastrando su pierna herida.

Al fin llegó á la puerta del retrete, levantó el portier y vió á María replegada en un sillón, junto á la chimenea, abandonados los brazos, inclinada la cabeza sobre el pecho, en la actitud de la mayor desolacion.

La chimenea, aunque habia sido encendida sin duda muy temprano, abandonada, lucia muy poco.

María parecia no sentir nada de lo que la rodeaba.

Don Lope la miraba de una manera suprema, con una expresion imposible de describir, por lo angustioso, por lo anhelante, por lo desesperado.

Así pasaron algunos minutos.

María no habia sentido á don Lope, pero sin duda influyó sobre ella el fluido que emanaba de los ojos del jóven, alzó en un movimiento nervioso la cabeza, le miró de improviso y se puso de pié rápida como si la hubiese lanzado del sillón un mecanismo.

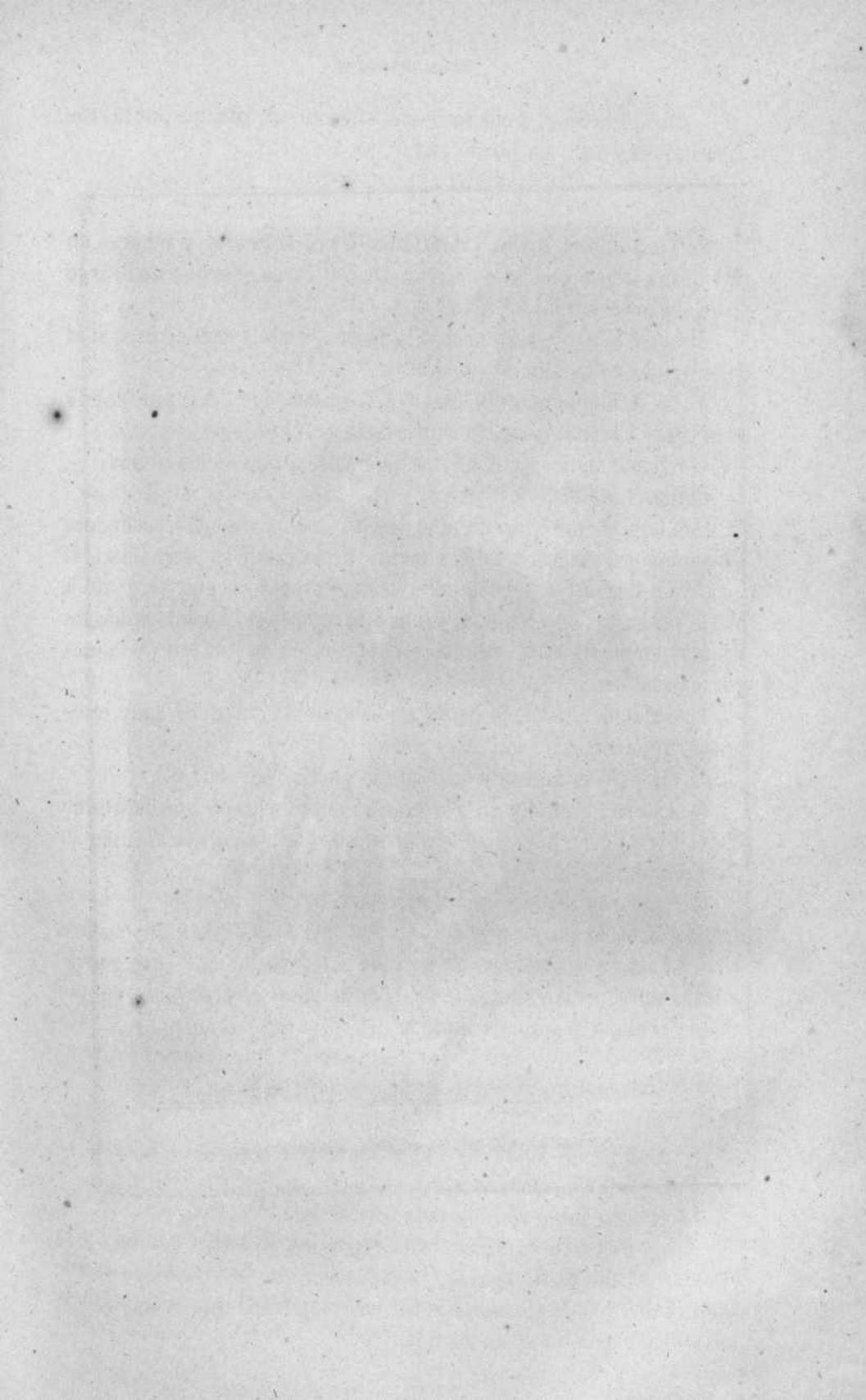
V.

—¿Qué haceis aquí? dijo; ¿qué teneis que hacer en esta casa?

María se habia dominado.

La cómica habia reemplazado á la mujer.

Aparecia en su semblante una expresion de altivo desden, y la conmocion que habia sufrido, la escitacion que de ella habia resultado, habia teñido sus mejillas de un color febril que reemplazó la antes densa palidez de su semblante.





Arrancó también la espada á don Lope.

—¡Qué busco! exclamó don Lope; mi alma, mi vida.

—No las teneis aquí, dijo María dominándose siempre; id á buscarlas donde está la hija de ese padre, muerto por vos.

—Otra vez, otra vez esa calumnia que vos habeis creído, dijo don Lope asiéndose á los muebles del gabinete para acercarse á María.

Esta vió entonces el terrible estado en que el jóven se encontraba.

Habia vuelto á manar sangre de su herida.

Estaba tan pálido como puede estarlo un sér viviente.

María vaciló; pero se rehizo y tomó una campanilla de plata que estaba sobre la chimenea.

—Si llamas, dijo don Lope desnudando violentamente la ancha daga que llevaba á la cintura, me degüello.

María dejó la campanilla.

—Esto es estar loco, dijo, pero sin dar muestras de vacilacion alguna.

Encontraba todo el valor que necesitaba en el exceso de su amor por don Lope.

—Loco, sí, loco, exclamó este: ¿y por qué? por tu impiedad; ¿por qué no me has dejado morir, Maria? ¿por qué no has dejado que me asesinen? ellos hubieran matado mi cuerpo, pero tú has matado mi alma.

—¡Cuánto amor y cuán de improvisol dijo con acento sarcástico María: qué hallazgo tan no esperado, el de vuestro amor: os habeis olvidado ya de lo que pasó antes de anoche: ¿encontré yo en vos cuando fui á buscaros en un figon, cuando supe que habiais sido herido, el loco enamorado que ahora encuentro? ¿Por quién recibisteis esa herida, don Lope? La recibisteis guardando las espaldas al rey á quien vendiais.

—¡Ay de mí! exclamó don Lope, no sabiendo qué contestar á este reproche y dejándose caer en el respaldo del sillón.

Su mano abandonó la daga que cayó sobre la alfombra.

María se lanzó rápidamente sobre aquella arma, y al lanzarse arrancó tambien la espada á don Lope poniendo ambas armas sobre la chimenea.

—¡Ah! dijo María; héme aquí libre del triste espectáculo de un muerto: no teneis fuerza para apoderaros de estas armas.

—Pero puedo romperme el cráneo contra el muro.

—¡Ah, vos no hareis eso! eso seria ridículo ¿y para qué habeis

de hacerlo? vos creéis que yo me he sacrificado por vos: vos creéis que yo os adoro, y eso no es cierto; eso fué antes de que me hubié-
seis desengañado; pero yo no soy de esas mujeres que pueden ser impunemente desdeñadas; un deudo vuestro, vuestra herida y las palabras de don Francisco de Quevedo, me hicieron ver toda la repugnante verdad del objeto que os habia acercado á mí: es cierto que he pedido al rey, ó lo que es lo mismo al conde-duque, la declaracion de vuestra inocencia sin saber si érais ó no culpable; pero esto no ha sido ni siquiera un acto de caridad, ha sido una prueba del amor del rey.

—¡María! exclamó con acento impaciente don Lope.

—Oh, sí, ¿qué prueba mayor de la pasion de un rey que obligarle á faltar á la justicia respecto á un delito que ha causado un grande escándalo? y no disputemos acerca de si sois inocente ó no; del proceso resultaba vuestra culpa: pues bien; el rey está loco por mí; mi prueba me ha salido bien; soy feliz, he hecho mi fortuna, he satisfecho mi soberbia; porque desengañaos, don Lope, esta y aquella y hasta vuestra noble y virtuosísima tia la condesa de Santurces, se deslumbrarían con el amor del rey, se mostrarían orgullosas de poseerle, de dominarle: ah, sí, creedme; no miento, no os hagais ilusiones; vos nunca os hubiérais casado conmigo porque soy hija de un ajusticiado, á más bastarda, y sobre todo esto cómica. Entre ser querida de un tal don Lope, pobre como un raton, ó querida de un rey, la eleccion no es dudosa.

—¡Miserable! exclamó don Lope creyendo en las palabras de María; con tan sublime ficcion habian sido pronunciadas, que don Lope las habia creído sinceras.

A su amor sobrevino el desprecio, y la palabra «miserable» dirigida á María habia acusado por decirlo así todo aquel desprecio.

María sintió la herida en el corazon; experimentó una agonia indecible, pero no vaciló.

Un solo momento de vacilacion lo hubiera echado todo á pèrder.

El conde-duque la inspiraba pavor.

Nunca se habia ejercido una violencia tan horrible como aquella de que el conde-duque hacia víctima á María.

Era esta la gran pasion de Felipe IV, su locura, y era necesario que el rey estuviese loco.

Un acto desesperado de independenciam de María hubiera causado la venganza del conde-duque, que tenia hartos recursos para que no pudiera contar María de seguro con la muerte de don Lope.

II.

—Y bien, dijo, ¿á qué esas recriminaciones? despreciadme y dejadme en paz.

—Me vengaré, exclamó don Lope.

—Ah, os vengareis; es decir que me mostrareis en vuestra venganza vuestro capricho y no habreis conseguido otra cosa sino que yo me vea vengada de vos por vos mismo, de la torpe conducta que en daño mio habeis observado: os creo capaz de todo, pero no os temo y os agradezco que me hayais avisado á tiempo: todo se reducirá á decir al conde-duque que me habeis enamorado, y como por lo que habeis hecho con ese pobre don Mendo de Salvatierra, os creará capaz de todo, os desterrará amenazándoos á sangre, si se os encuentra á diez leguas á la redonda del lugar donde yo me encuentre.

—¡Vengarme yo de tí, infame! exclamó don Lope; ¡cuánto he soñado! ¡cuán imbecil he sido! ¡creer que tú te sacrificabas para mí, ver en tí una mártir, cuando no eres más que una ambiciosa que lo vendes todo á tu engrandecimiento! vengarse de tí, seria honrarte; tú no mereces otra cosa que el desprecio. No, ni aun el desprecio; esto seria estimarte algo, no; lo que tú mereces es un completo olvido, tú no has existido para mí; yo no te conozco, has sido un sueño penoso de esos que al desvanecerse nos hacen dar gracias á Dios porque ha sido un sueño; ¡ah! estoy tranquilo, completamente tranquilo, y si por algo no siento haber venido es, porque viniendo, he salido completamente de dudas, sé á qué atenerme respecto á tí: dame mi daga y mi espada, no temas, no verteré por tí ni una sola gota de sangre, ni siquiera una lágrima.

III.

En efecto, se habia operado en don Lope una reaccion, de tal manera le habia engañado Maria apareciendo ante él soberbia, interesada, miserable, y aun puede decirse que infame.

El amor de buena ley muere sin dejar tras sí consecuencia alguna en el momento en que comprende una ofensa contra él el sér amado.

María comprendió que habia logrado curar radicalmente á don Lope, y afectando una perfecta indiferencia, le dió la daga y la espada completamente segura de que no usaria de ella contra sí.

Don Lope envainó con trabajo su espada y su daga.

—María, puedes llamar, dijo; necesito que me saquen de aquí, porque no puedo salir por mi mismo; cuando me hayas perdido de vista, olvídate de mí como yo me habré olvidado de tí.

María echó de nuevo mano á la campanilla.

Pero en aquel momento oyó que paraba una carroza á la puerta de su casa y se precipitó al balcon.

Esto acabó de engañar á don Lope.

—¡Ah! dijo, ¿temes que el conde-duque ó alguno de sus satélites sobrevenga y me encuentre aquí? diablo, yo lo sentiria porque esto seria una especie de venganza que yo no habria buscado, que no quiero.

—Una dama, una dama hermosísima, exclamó María que estaba vuelta de espaldas á don Lope, mirando por las vidrieras al ver bajar rápidamente de su carroza y entrar en el zaguan de su casa á la condesa de Santurces.

Y en verdad que la sobreexcitacion y la cólera embellecian á la hermosa condesa, dando una animacion y una expresion indefinible á su semblante.

Poco despues se oyó el fuerte golpear de la aldaba sobre la puerta.

María salió rápidamente.

Apenas salió, una expresion de angustiosa desesperacion se pintó en el semblante de don Lope.

—¡Ah! exclamó; no puedo olvidarla, no la olvidaré nunca, no me ha amado, es indigna de mi amor: ¡ah, sí! hay una mujer que me ama, que me ama con toda su alma, una noble, una digna mujer, mi tia: sí, ¿á qué vacilar? Pero María, ¡Dios mio! María... si me parece imposible: y bien, si es hija de mal padre y de mala madre, si don Rodrigo Calderon se decia engañaba á todo el mundo y era un infame ¡ah! ¿por qué esta vacilacion? No no, olvidémosla; sí, olvidémosla, no merece más que el olvido.

Tan irritado estaba don Lope, que no sentia el dolor de la herida ni el desfallecimiento.

Y sin embargo, seguia brotando de su herida sangre.

IV.

María habia salido tan violentamente, que como Porcuna, era pesado, llegó antes que él á la puerta y la abrió.

Todo su valor, todos sus propósitos se habían desplomado en el momento en que había visto á aquella hermosísima é irritada dama que se lanzaba como una tempestad dentro del zaguán de su casa.

¿Qué otra cosa puede ser que una enamorada loca de don Lope?

Todo había podido dominarlo María ménos sus celos.

Al abrir la puerta, al encontrarse frente á frente de la condesa, al apreciar sus cualidades, al tener cerca su hermosura, exclamó de una manera terrible:

—¿A quién buscáis aquí, señora?

—A quien puedo, á quien debo, contestó con altivez la condesa; á mi sobrino don Lope de Fonseca.

—¡Ah, vos sois la condesa de Santurces!

—Sí, exclamó doña María: ¿y quién sois vos que os atreveis á hablarme olvidándoos del tratamiento que me corresponde como grande de España? ¿sois por ventura igual en la calidad á mí?

—Yo soy reina muchas veces, y sé ser señora, y vuecencia será todo lo grande que quiera, pero vuecencia parece muy pequeña á la cómica María Calderon.

—Ah, sí, necesariamente, dijo la condesa, cómica habíais de ser: maldita de Dios cuando así envolvéis con vuestras malas artes á un caballero: dejadme, pues: quiero verle, quiero llevármelo. ¡Diego! ¡Martin! aquí: si esta mujer resiste, pasad por cima de ella; lo mando yo.

—¿Y á qué mandar violencias? dijo María; ¿creeis que voy á rebajarme hasta el punto de reñir con vos como una mujerzuela por un hombre? perdone vuecencia si me olvido de darle el tratamiento; no tengo costumbre de hablar con altas damas, sino con las fingidas en el teatro: pase vuecencia; que se queden ahí esos hombres: tengo yo criados que pueden bajar al sobrino de vuecencia hasta la carroza de vuecencia: sígame vuecencia.

Y María tiró rápida, nerviosa, palpitante por las escaleras.

La de Santurces la siguió no ménos irritada que ella.

Llegó á su retrete y dijo levantando el portier y esperando para que pasase doña María.

—Señor don Lope de Fonseca, hé aquí á la excelentísima señora condesa de Santurces, vuestra noble tia.

No había acabado aun de pronunciar su anuncio la jóven, cuando la condesa de Santurces estaba asida á su sobrino y le contemplaba con ánsia, con la delirante ánsia de una mujer perdidamente enamorada.

La beata habia desaparecido de todo punto y se habia decidido. Pero temblaba, no sabia si la aceptaria su sobrino ó no.

Don Lope vió en la mirada de su tia, no solamente un «yo te amo» ansioso, sino una hermosura satánica, una hermosura incomparable.

Estaba desesperado, loco, y asió la cabeza de la condesa, la miró con extravío y la besó en la frente.

—Salid, dijo con voz ronca y terrible María.

Y dió un paso hácia ella y se contuvo.

—Salid: el dia en que os desposeis, avisadme, continuó, y con la gente de mi compañía iré á representar una alegoría en vuestras bodas.

Y Maria soltó una carcajada de desprecio.

—Sí, sí, salgamos; salgamos, don Lope, ya que por vos me he visto yo obligada á entrar en tal casa y á hablar con tal mujer.

Y ayudó á don Lope para que se alzase.

Le dió su brazo, le rodeó la cintura y salió con él lentamente, pasando por delante de Maria sin verla.

María permaneció inmóvil como una estátua, manteniendo levantado el portier, mirando intensamente con una expresion sobrenatural á aquel grupo que se alejaba.

Cuando hubo desaparecido por la otra puerta de la sala dejó caer el portier y quedó delante de él rígida, palpitante, encendida, como si toda su sangre fuese subiendo á su cabeza.

—¡Oh mentira, mentira! exclamó; no hay amor, no hay corazon; miseria, infamia; yo, yo me he sacrificado por él; yo le he amado, yo le amo aun; ¡oh Dios mio!

La voz de Maria se hizo de repente gutural, ininteligible; su semblante tomó una expresion de idiotez, vaciló y cayó.

Afortunadamente, Laureta entró en aquel momento, y al ver en el suelo á su señora inmóvil, contraída, desfigurada, casi negra, empezó á dar gritos pidiendo socorro.

En aquel momento se oyó el rodar de un carruaje que arrancaba.

En aquel momento, la condesa de Santurces, ya en su carroza con don Lope, rodeaba sus mórvidos brazos á su cuello y le decia:

—Yo te amo, yo te adoro, yo soy tuya desde hace mucho tiempo con mi alma... ¡Ah, mi voto, nuestro parentesco!... Pediré dispensacion de ellos al Papa; ¿no es verdad que tú quieres que yo sea tu esposa, deseado de mi alma?

—¡Oh, sí, sí! exclamó don Lope.
Y reclinó su cabeza sobre el hombro de su tia.

V.

Entre tanto, los criados de María andaban aturridos.

Alguno habia escapado á buscar á un médico y á los otros les tardaba la llegada de este.

Cuando al fin aportó uno en su mula que habia sido encontrado en la Carrera de San Gerónimo y subió, examinó á María, y todos se aterraron cuando dijo:

—Rezad porque Dios haga un milagro por vuestra señora; esta es una apoplejía mortal.

Y como entonces los médicos no eran cirujanos, mandó ejecutivamente por un barbero para que sangrase á María.

CAPITULO XLIX.

Del malísimo rato que dió al conde-duque un encuentro con Quevedo.

I.

El conde-duque sufrió un susto terrible cuando al mediar del día, habiendo enviado á uno de sus satélites á que preguntase á María si había pasado bien la noche, este le dijo que la Calderona estaba más cerca de la muerte que de la vida, á causa de una apoplejía.

El conde-duque prescindió de todo miramiento, y no tomó más precaucion que la de llevar echadas las cortinillas de la carroza para ir á informarse por sí mismo del estado de María.

Encontróla que aún no había vuelto en sí: cuatro médicos disputaban ya como energúmenos acerca de lo que se había de hacer para salvar á la Calderona.

Porque hay que advertir que la vida de la Calderona era preciosa.

El autor de la Compañía del corral de la Pacheca, en el momento de recibir la noticia del accidente de María, había buscado al doctor de más campanillas, al famoso don Cosme Centellas, que había acudido en su gran mula con su sangrador y su practicante.

La cofradía de las Animas había echado mano del no ménos célebre doctor don Miguel Saltoperas, que había acudido tambien con su acompañamiento, y á más con un botiquin.

La cofradía de los Cómicos del rey había echado mano del doctor don Pedro Pergamo, que también había llevado sus farautes.

Y por último, la cofradía de los Hospitales generales de hombres y mugeres, había enviado al doctor don Diego de Salmontillo, que también había acudido con sus ayudantes.

El pobre licenciado saltamonte Juan Perrote, que había acudido el primero, andaba como aturdido, como medroso, como pretendiendo esconderse, abrumado por el desden de aquellas cuatro eminencias, que no hacían absolutamente caso de él.

Acabó, en fin, por escaparse, pidiendo como de limosna sus honorarios á Porcuna, que le dió dos reales, y aún así regañados; bajó, cobró su mula, y escapó.

La casa estaba invadida.

En la sala se veían acá y allá los botiquines abiertos, los practicantes dispuestos: se comprendía todo este interés.

El autor ó representante de la compañía del Corral de la Pacheca, tenía demasiado interés en salvar á la Calderona, porque ella era el cuerpo y el alma de la compañía, y estaba allí con el galán, las damas y los cómicos principales.

La cofradía de Cómicos del rey, que radicaba y radica en la iglesia de San Sebastian, con capilla propia, tenía una obligación de acudir al socorro de uno de sus más importantes miembros.

El hermano mayor, el mayordomo de cera y el muñidor, que eran otros tantos cómicos fuera ya del ejercicio, estaban allí consternados y cariacontecidos; era mucha desgracia la que se venía sobre la cofradía si moría la Calderona, porque á más de que ella tenía siempre su bolsa abierta para los cómicos pobres, ninguna como ella recogía tanto cuando se trataba de echar un guante para una necesidad ó una desgracia; ni nadie como ella hacía caer tanto doblon de á ocho, ni tanto cintillo, ni tanta alhaja en la gran bandeja de la cofradía el Jueves y el Viernes Santo, ni nadie como ella ponía de su bolsillo tanto dinero para que fuese ostentosa y solemne la fiesta que se hacía á San Cosme, patron de los cómicos, el día de su advocación.

La cofradía de las Animas tenía también un gran interés, así como la de los Hospitales generales de hombres y mugeres, porque como de la entrada del corral de la Pacheca y de la del Príncipe, en cuyos ambos coliseos trabajaba la Calderona, sacaba un tanto para dichas cofradías, nadie producía lo que la Calderona, que solo con anunciarse que iba á trabajar, subía la entrada y hacía que des-

de muy temprano la gente obstruyese la calle del Príncipe, para no quedarse sin oír aquel prodigio.

Porque entonces no había billetes; se pagaba en cuartos á las puertas de las respectivas localidades del teatro, y cada cual se colocaba donde podia.

Lope de Vega, á quien se habia avisado por el autor de la compañía, habia acudido presuroso como poeta dramático, como amigo de la enferma y como sacerdote.

Quevedo, que habia vuelto, ya diremos cómo, de su expedicion á la casa de los Pinos del monte de Bohadilla aquella misma mañana, y que habia andado husmeando, olisqueó la cosa, y se plantó allí tambien.

II.

Pero como los criados de María hubiesen metido en el patio de la casa las mulas de los doctores, porque no llamasen la atencion y se juntase gente, ningun indicio encontró en el exterior de la casa el conde-duque que le revelase el *mare magnum* que dentro de ella habia, ni olió á los dos famosos ingenios, que cansados de oír disputar á los doctores y respetando su independencia, y no pudiendo andar por la sala porque estaba dificultada por los botiquines, se habian salido á un corredor que daba frente por frente del desembocque de las escaleras, y se paseaban, el uno pulcro con sus modestos y limpios hábitos de clérigo, á los que prestaban cierta elegancia sus cabellos canos y largos, su bigote y su perilla entrecanos, su sombrero de alas recogidas, su cruz de San Juan y su medalla de inquisidor. El otro con su traje descuidado, con alguno que otro lamparon, su cruz de Santiago al pecho, y sobre la capa su gran chambergote negro de ala estendida y alta copa, con cinta, un si es no es alicaído; su gran cabellera, naturalmente rizada, en que se veian algunas canas; su enérgico bigote y su larga perilla; su boca desdeñosa y ácre; su nariz acentuada, cuyas ventanillas se dilataban y se comprimian, señal clara de que algo intenso y terrible se revolvia en su cabeza; sus grandes ojos negros penetrantes, entonces sombríos, y sus piernas zambas y sus grandes pies juanetudos, y su espada de costilla de vaca con gabilanes de acero al cinto, y asomando por el costado derecho el guardamano de una daga de ganchos.

Los puños y la golilla de Quevedo estaban en un estado lamentable por lo ajados y sucios.

Quevedo aparecía entonces puro, tal cual era, sin aliño, sin disimulación; no le faltaba más que la linterna de ronda colgada de la pretina.

—Todo lo veis negro, don Francisco, decía Lope de Vega en el momento en que llegaba á la puerta de la Calderona y llamaba el conde-duque.

—¿Y cómo quereis que vea las cosas, contestó con acento incisivo Quevedo, quien todo es luto y negrura, que no parece sino que mi suerte ha nacido en Guinea? Allí, donde pongo el pié salta una desdicha, y no hay vez que no levante la cabeza para enderezarme que no reciba un coscorron: sécase y púdrese lo que hay á mi alrededor, como si yo fuera la peste, y siempre me está zumbando en los oídos el *de profundis clamavi*. Antojándoseme vá que yo soy un alma en pena, que ando por el mundo para pegarle á todos la penitencia de mis pecados; pero, pardiez, ¿quién es ese que llama con tanta fuerza? Médico debe de ser el que teme que la difunta se le vaya sin que él entre á la parte en la culpa de su muerte.

—Agrio estais, don Francisco, y duéleme vuestra falta de resignacion.

—Con gran depósito echóme al mundo mi madre, don Frey Lope; pero tanta priesa se han dado á gastármela, que no me queda ya ni un tantico.

Llegaban entonces de frente al desemboque de las escaleras, y en aquel punto el conde-duque, á quien habian ya franqueado la puerta, que subia rápidamente, se detuvo, dejando ver su disgusto y su sorpresa al encontrarse, como quien dice, nariz á nariz, con Quevedo.

Relampaguearon los ojos de este como los del leon que vé al tigre, y dijo con voz opaca, incisiva, agresiva y profunda:

—Bien hacia yo en murmurar el *memento homo*: hé aquí que se nos pone delante de las narices el sepulturero.

—Siempre donairoso, dijo el conde-duque, aun en los casos tristes.

—Guardadme el vocablillo, don Gaspar; que á fé, á fé, aunque yo trato donairosamente el lenguaje, y hago de él lo que quiero, antes que inventar lo *donairoso*, me atreveria á azotar á un Cristo.

Y como si no hubiese tenido delante á nadie, volvió la espalda y siguió su paseo hácia el otro extremo del corredor.

Lope de Vega, que era todo cultura y todo buenas formas, aun-

que no queria bien al conde-duque, no se atrevió á tanto y se mantuvo en los limites de lo cortesano.

—Habeis cogido en muy mala disposicion á don Francisco, dijo; sin duda al levantarse ha pisado hoy una mala yerba.

—No se levanta quien no se acuesta, dijo Quevedo de espaldas aún, y un tanto alejado.

—¿Y cuándo no pisa malas yerbas don Francisco? dijo el conde-duque.

—Cuando no ando por donde vos pisais, contestó Quevedo volviéndose, porque habia terminado el corredor.

Lope de Vega estaba contrariado, y no lo estaba ménos el conde-duque.

Este se salió de la situacion preguntando á Lope:

—¿Y cómo está la pobre Maria?

—¿Cómo ha de estar, dijo Quevedo anticipándose á la respuesta de Lope, si vos habeis andado con ella? maldicion cayóle encima, secósele el alma á la sin ventura, y se escapa de vos muriéndose.

—¿Os habeis propuesto, don Francisco, dijo ya impacientado el conde-duque, cansarme la paciencia?

—No conozco á nadie que ménos se canse que vos en las malas obras.

—Volveréos á meter en San Márcos de Leon.

—Mejor, porque así os tendré lejos.

—Por Dios, don Francisco, dijo Lope, que vuestro humor os pone fuera de la prudencia que en tan alto grado poseeis.

—Pues mirad no lo meta todo á barato, y á rio revuelto, y á mar borrascoso, y á rayos y á infierno, y meta mano, y acabe de una vez, así me pongan el cuchillo á la garganta, con todas las desventuras que ese hombre guarda para el rey, para el reino y para el universo mundo.

Y Quevedo dió un paso adelante, y echó mano de una manera tan fria, tan nerviosa, tan iracunda, á la empuñadura de su espada, que el conde-duque se hizo atrás, y como estaba junto á las escaleras, á poco le falta plano y dá consigo de espaldas.

Lope de Vega se interpuso.

—Don Francisco, dijo, ya que no respetais al que gobierna por la voluntad del rey nuestro señor, respetad en mí al sacerdote y al amigo.

—Que se vaya ese hombre, contestó Quevedo; que todavía tengo yo corazon en el pecho y alma en el cuerpo, y no he de consentir,

Dios vive, que el verdugo venga á rematar á su víctima: idos, conde-duque, que hoy da aquí la guardia don Francisco de Quevedo, y si quereis pasar, volved con treinta hombres, si es que no pasais tampoco y todo se reduce á que yo me regale con un bravo almuerzo de alguaciles.

Tan por alto estaba Quevedo, que al conde-duque le entró algo parecido al pavor.

Comprendió que don Francisco, que no era muy amigo de Lope, por lo mismo que Lope medraba por lo cortesano, no le respetaria; que si contestaba alto á Quevedo y echaba mano á la espada, era hombre muerto; que estaba en mal terreno; y sin decir ni una palabra más, sin disimular que Quevedo le dominaba y le obligaba á obedecer, bajó las escaleras, y viendo á Porcuna que hablaba en el zaguan con uno de sus lacayos, le dijo:

—Seguidme de orden del rey.

Porcuna se echó á temblar y siguió dócilmente sin sombrero y sin capa al conde-duque.

Este subió á su carroza.

—Subid, dijo á Porcuna.

Porcuna subió y se quedó de pié, que tales y tan altas de techo eran las carrozas de aquel tiempo.

—Sentaos, vive Dios, dijo el conde-duque, que al arrancar la carroza os vais á caer.

Porcuna no se sentó, sino que se desplomó sobre uno de los asientos delanteros.

—Al Buen Retiro, dijo el conde-duque al lacayo que estaba sombrero en mano á la portezuela.

Porcuna miraba espantado al conde-duque con la misma expresion con que un griego de los tiempos heróicos hubiera mirado á la Gorgona.

La carroza arrancó rápidamente arrastrada por sus seis poderosas mulas.

—¿Qué ha sucedido casa de vuestra señora? dijo con la voz seca, imperativa, terrible, el conde-duque, haciendo temblar al pobre Porcuna.

—¿Qué ha de haber sucedido, señor, dijo este compungido y lacrimoso, sino que la señora no se ha acostado, ó si se ha acostado no se ha desnudado? porque Laureta dice que cuando entró por la mañana se la encontró conforme y segun la habia dejado peinada y vestida á las once de la noche, y muy triste, y, al parecer, muy desesperada.

Alarmóse el conde-duque.

—Pero algo, algo más debe haber sucedido.

—Ha sucedido que como á las nueve de la mañana vino don Lope de Fonseca, y luego una señora muy principal, mucho, que yo oí que se llamaba la condesa de Santurces cuando estaba hablando con la señora; que fué á abrir la puerta ella misma; y luego, luego la señora condesa de Santurces se llevó á don Lope; y luego, luego cuando entró Laureta se encontró á la señora sin sentido y como muerta y empezó á dar voces, y acudimos, y yo fui á buscar un médico, y lo traje, y avisé al autor de la compañía, y este avisó á los demás, y ahí están todos.

—Pero ¿y la señora, cómo está la señora?

—Muy mala, señor, muy mala, que puede ser que la pobrecita no escape.

VII

Hubo de alegrarse el conde-duque hasta cierto punto, porque su choque con Quevedo le habia impedido encontrarse sin pensarlo en medio de tanta gente y toda maleante, como que la mayoría se componia de cómicos, y en una situación ambigua.

A este tiempo habia llegado la carroza á la puerta principal del Buen Retiro.

—Bajaos, dijo el conde-duque á Porcuna; idos á vuestra casa, y de cuarto en cuarto de hora venid á avisarme de cómo se encuentra vuestra ama.

—Descuide vucencia, excelentísimo señor, contestó Porcuna.

Y precipitándose de la carroza dió á correr, no dándose aún por seguro.

VII.

María volvió al fin en sí á las dos de la tarde.

Pero no podia decirse que habia pasado el peligro.

María deliraba.

El conde-duque, desesperado por el temor de que se le muriese su instrumento, se fué á palacio, dió cuenta al rey de lo que sucedia, disculpando con este tristísimo motivo su tardanza en ir al despacho.

CAPITULO L.

De cómo no cesaban las contrariedades con el conde-duque.

I.

Pero ni una palabra dijo al rey el conde-duque de lo que con Quevedo le habia acontecido.

Esperaba todavia atraerse á don Francisco, no tenia pretesto para deshacerse decididamente de él por medio de las leyes, entregándole al verdugo, y aun encerrado le temia.

El conde-duque no estaba muy tranquilo: la noche anterior despues de la salida de casa de Maria, el rey se habia mostrado reservado con él, grave y conmovido.

Felipe IV se presentaba bajo una nueva faz á su antiguo favorito.

Esto podia significar que Maria Calderon influia más en Felipe IV que lo que el conde-duque hubiera querido, porque el conde-duque no queria en la Calderona una influencia, sino un instrumento sujeto á su voluntad.

La reserva del rey habia inquietado, pues, mucho al conde-duque.

Estaba seguro de que Maria no amaba al rey, de que no podia amarle, y de que adoraba á don Lope.

Don Lope, pues, era una persona importantísima, una persona inviolable, á causa de Maria Calderon, para el conde-duque.

Porque ¿cómo dudar que amándose como se amaban María Calderon y don Lope no acabasen por unirse haciendo ella traicion al rey?

El conde-duque sabia bien por experiencia propia, y aun por lo que habia visto en otros, que cuando una mujer acepta la intimidad de un hombre por interés, por ambicion ó por temor, cuando el amor no viene á identificarla con el amante poderoso, lo que sucede pocas veces, busca la satisfaccion de su alma, ó de su deseo en otro amor que oculta cuidadosamente, acabando este amor por ser la grande influencia de la mujer que en tal situacion se encuentra.

Ahora bien, don Lope, á no dudarlo, era el grande amor de María, y el conde-duque no vacilaba en su creencia de que al fin y al cabo María y don Lope se unirian secretamente engañando al rey.

El conde-duque tenia seguridad de saber esto en cuanto aconteciese, tenia muy bien montada la que podia llamarse su policia.

Podia impedirlo, es cierto, desterrando á don Lope, ó armándole una zancadilla y prendiéndole, ó de cualquiera de los otros mil modos que estaban á su alcance; pero esto no le convenia al conde-duque, porque era lo mismo que provocar la animadversion de María, que á todas luces dominaba al rey, y acabaria por acrecer en dominio sobre él de una manera omnimoda.

El conde-duque habia conocido al rey impresionado fuertemente por muchas mujeres, pero nunca le habia visto tan reciamente apasionado como por la Calderona.

Ahora bien, lo que al conde-duque convenia era atraerse, interesar á don Lope, excitando su ambicion y satisfaciéndole para que le sirviese ciegamente, volviendo en su provecho la influencia que sobre el rey tenia indudablemente la Calderona.

II.

Todas estas maquinaciones habian inquietado gravemente al conde-duque desde el punto en que dejó en el alcázar al rey, que habia llegado grave y taciturno, pero al parecer no descontento.

El conde-duque no pudo dormir, ni sintió la necesidad del sueño, ni aun se acordó.

Por la mañana, decidido ya á lo que debia hacer, dió el primer paso, ó intentó darlo, bajo y miserable, cerca de la Calderona, yendo á visitarla: ya sabemos con lo que se encontró, y esta fué una

nueva inquietud para el conde-duque, amargado á más por la violenta escena que habia tenido lugar entre él y Quevedo, y que tal vez no habia llegado á un extremo deplorable por la mediacion de Lope de Vega.

Pero resultaba que despues de la violenta cuestion entre la Calderona y don Lope, y de la extraña aparicion en el lugar de la escena de la condesa de Santurces, Maria habia caido como herida por un rayo por una congestion cerebral.

¿Qué significaba esto? ¿Cuál era el misterio en que se envolvía aquel suceso? ¿Qué habia sucedido primero entre Maria Calderon y don Lope, y despues entre estos y la condesa de Santurces?

Era necesario saberlo.

Resultaba en primer lugar que la pasion de Maria por don Lope, era importante, más intensa que lo que el conde-duque habia creído.

Ahora bien, ¿en qué situacion de espíritu se encontraba don Lope respecto á Maria?

La condesa de Santurces se lo habia llevado, y esto era sin duda lo que habia producido el terrible accidente de Maria.

La condesa de Santurces, lo sabia bien el conde duque, estaba enamorada de una manera mortal de su sobrino hasta el punto de sucumbir por él á cometer infamias, tales como la entrega de doña Esperanza de Salvatierra á los satélites del conde-duque, y á escribir una infame carta, atentando al honor de la reina, á la otra no menos venerable duquesa de Sástago.

De deduccíon en deduccíon el conde-duque, que era de despier-to ingenio, habia llegado casi á adivinar la verdad de lo que habia sucedido casa de Maria.

Esto es, que don Lope habia preferido á su tia la condesa de Santurces: esta era una complicacion que por una parte embrollaba y por otra facilitaba los proyectos del conde-duque.

Habia llegado el caso de que la devota, la castísima condesa de Santurces, se presentase en quiebra, y dijera á todo el mundo que se le habia acabado el capital de castidad y recojimiento, casándose, dispensados sus votos y su parentesco, con don Lope.

Este amor de la condesa bien manejado, podia ser un elemento de intriga, y bajo este punto de vista, facilitaba el logro de las intenciones del conde-duque.

Pero al mismo tiempo quitaba á don Lope su independencía, le constituía bajo la vigilancia de una ex-devota, y cuando estas tales dan su brazo á torcer, y despues de haber dicho á todo el mundo

que aborrecen los hombres, muestran palpablemente que adoran á uno, son las celosas más intransigentes, más activas y más terribles del mundo.

Considerada la cuestion desde este punto de vista, el conde-duque encontraba embrollados, dificultados sus proyectos.

Era pues, necesario no descuidarse, y acudir al peligro, tanto más que el rey habia mostrado tal sentimiento, tal inquietud, tal agonía, al saber el peligro en que se encontraba María Calderon, que el conde-duque vió claro que María era la única y poderosa arma de que él podia servirse para sujetar á su voluntad al débil Felipe IV, anular al rey.

Este ha sido el trabajo, la tarea incesante de todos los ambiciosos vulgares, para lo cual no han perdonado intrigas, infamias ni crimen alguno.

Esto ha sucedido en todos los tiempos: el poder supremo, cualquiera sea su índole, será acechado y mordido á traicion por estos miserables de alma estrecha y soberbia.

III.

El conde-duque no reposó ni un momento despues de que salió del despacho de su magestad.

Los pretendientes que estaban esperando todo el dia se desesperaron.

Ni á uno solo vió el conde-duque, ni tomó un solo memorial, haciendo decir á alguno de aquellos párias de antecámara:

—¡Válgame Dios, y qué de mal humor está esta tarde su excelencia! ¡Dios quiera que le salgan bien sus cosas para que mañana escuche á los pobres!

IV.

El conde duque, sin comer ni acordarse siquiera de que ni habia almorzado ni comido, se hizo llevar á casa de la señora condesa de Santurces; pero el portero le dijo profundamente inclinado.

—Tengo el disgusto de manifestar á vucencia que la señora no puede recibir.

—¿Tan de cuidado está el señor don Lope de Fonseca, su sobrino, que la condesa no recibe?

—¡Ah! no, no señor, contestó el portero cada vez más inclina-

do; su señoría no está tan al cabo que impida el recibir á la señora; los médicos han dicho, que aunque la herida no es leve, tampoco es grave, y que con reposo y algunos dias curará perfectamente: por lo que no puede recibir la señora condesa es, porque no está en casa á causa de que ha venido á llamarla con urgencia, de orden de la reina, una de las dueñas de la servidumbre.

Alarmóse el conde-duque.

¿Para qué habria llamado la reina tan urgentemente á la condesa?

Pero disimuló la impresion que esta noticia le habia causado y dijo:

—Y bien; cabalmente venia yo á informarme por mi mismo de la salud de mi grande amigo don Lope: ¿hay alguna prohibicion de los médicos que impida que yo le vea?

—No, señor, no; dijo el portero, y tanto es así, como que con él está su grande amigo don Francisco de Quevedo.

—Siempre ese hombre, murmuró el conde-duque; parece que le llama el demonio y le pone delante de mí: y bien, dijo, teniendo compañía don Lope no quiero verle; mucha conversacion podia serle perjudicial; si vuelve la señora condesa esta tarde, decidle que esta noche tendré el contento de verla.

—Vaya vucencia con Dios, dijo el portero viendo que el conde-duque le volvia las espaldas.

V.

Entró don Gaspar en su carroza, se hizo llevar al alcázar y se encaramó en aquella bella cámara que tenia en una torre donde le vimos al principio de este libro.

Llamó á Mercuelo que se encontró á mano, porque so pretexto de espion en palacio, estaba gratamente entretenido en conversacion con su prometida esposa, con aquella doña Marí Gomez la del lunar, la hidalga gallega doncella de confianza de la vieja duquesa de Sástago, que si hablaba con Mercuelo y se le mostraba amorosa era en beneficio de las grandes promesas que la habia hecho su señora para cuando se casara con él.

Era necesario sacar hasta la última raiz de la maldiciente suposicion de amores, contra la duquesa de Sástago y Mercuelo, que se habia permitido la retozona juventud de la servidumbre, demostrando, que si Mercuelo habia sido encontrado en la habitacion que tenia en palacio la duquesa, habia sido por una de sus doncellas, con

la cual le casaba, mirando á la moralidad la duquesa calumniada.

Mercuelo tiró los setenta dineros y soltó por lo ménos quince blasfemias y otros tantos y tantos juramentos, cuando habiéndole dicho un portero de la secretaria, que el conde-duque le esperaba en la cámara de la torre, se vió obligado á privarse de la contemplacion del hermoso lunar de doña Mari Gomez.

Presentóse de muy mal humor al conde-duque, porque Mercuelo era un audaz impenitente.

—Vete, le dijo el conde-duque, á la puerta de la saleta del cuarto de la reina; acurrúcate en un rincon, observa cuándo sale la condesa de Santurces, y avisame al momento: además, cumple mejor con el encargo que te he dado de que no dejes á sol ni á sombra á don Francisco de Quevedo.

—Pero si don Francisco no está en Madrid, dijo Mercuelo, y vucencia no me ha encargado que le siga por el universo mundo.

—Don Francisco de Quevedo está en Madrid desde esta mañana, como que le he visto yo casa de la Calderona, y ahora mismo está casa de la condesa de Santurces.

—Pues juro á vucencia, que si don Francisco ha venido á Madrid no ha ido á su casa, porque si hubiera ido me lo hubiesen avisado los espías que tengo puestos para que le acechen.

—Pues ya sabes dónde está; cójele la pista, síguesela, no la pierdas ni un momento, si no por tí mismo porque no puedes estar continuamente en este servicio, por medio de tus espías; acuérdate para servirme bien del mal paso de que te he sacado y de que puedo muy bien meterte en otro del que no salgas tan fácilmente; vete.

Mercuelo salió dado á los diablos y el conde-duque se quedó paseándose agitado y no ménos poseido de ellos.

CAPÍTULO LI.

De la originalísima y grave conversacion que tuvo Quevedo con la condesa de Santurees.

I.

Quevedo permaneció casa de María hasta que esta volvió en sí y la examinó por sí mismo, porque Quevedo lo era todo, hasta médico.

Tenia una intuicion poderosa y adivinaba lo que no sabia.

Sin poderse explicar la causa, se tranquilizó y dijo á Lope de Vega:

—Podeis iros tranquilamente á vuestra casa; Dios no os quita la mejor dama que ha interpretado vuestras comedias.

—Dios lo quiera, contestó Lope, y como tengo confianza en vos, porque acertais siempre, vóime á comer mi olla podrida porque ya es hora.

—Olla podrida dijísteis, y hambriento oyólo; imprudente habeis sido; á ménos racion os toca. Dóime por convidado, que en casa, de la que estuve ausente por los enredos que me acosan, olla vacía habrá y tal vez no sana, pero no podrida.

—Que me place, contestó Lope de Vega; rica va á estar como nunca mi mesa, porque habrá en ella el manjar de vuestro ingenio.

—No hablemos de esto, don Frey Lope, que donde vuestro ingenio está todo es pequeño.

—Cortés andais en demasia.

—Pero no cortesano; vos sacais del corazon de las criaturas amor y lágrimas, y yo saco veneno; vuestro ingenio vale más que el mio, porque acaricia y consuela, y el mio muerde; culpa es de los que me han hecho caer en hidrofobia, que ya cuando yo era bachiller y mozo y estaba virgen de penas, canté el amor y la hermosura y las flores y las fuentes y el bosque humbrío y las noches serenas; y de tal manera, que quien quiera encontrar en el Quevedo de entonces al Quevedo de ahora, no le conoceria; que, don Frey Lope, la experiencia seca y emponzoña, y la inspiracion se contamina de un humor acre y negro, y el que ayer arrullaba como tórtola hoy silba como víbora: en un hombre hay muchos hombres que van muriéndose y sucediéndose; solo queda la figura y el sino, que en lo tocante á lo demás, cada diez años, y es decir mucho, el hombre se muda en todo y por todo en obras y en pensamientos, y tal hay, que empezó ángel y acabó demonio.

Lope de Vega callaba y meditaba.

—¡Qué desgraciado sois! dijo al fin; os falta la resignacion.

—Si, es verdad; me falta haberme encallecido el pellejo para aguantar sin sentirla la eterna cantárida que cada quisque que puede la aplica á cada prógimo en el colodrillo, como si pudiérais resignaros á que siempre os estuvieran arrancando una muela sin acabáosla de sacar; resignacion para los gárfios con que siempre os están tirando del alma: acabemos por confesar que el que se resigna es porque no tiene necesidad de resignarse, que resignarse á un cáncer en el estómago, ni del Santo Job que me pongan delante lo creo: y no digais que digo una heregia, que Job ponía el grito en el cielo, y se atrevia á preguntar á su Dios y á su señor por qué le tenia leproso en el muladar sin culpa y abandonado de todos; y en fin, que Job no es otra cosa que la parábola de la humanidad que va por el sendero prefijo, cuyas asperezas no ha hecho, y clama y grita: y si quejarse es resignarse, venga Dios y véalo.

—Yo no me atreveria á decir que un gran canonista como vos, un gran teólogo, el que mejor ha expuesto tal vez las Sagradas Escrituras, pueda dar en una heregia como no sea fuera de sí y por desesperacion.

—Embestir contra lo eterno, contra lo inmutable, contra lo invencible, necedad es de tonto, y Dios no me dé el castigo de entontecerme. Pero pareceme que ya estamos cerca de vuestra casa, don Frey Lope, porque me da en las narices el olor de la oronda morcilla.

En efecto; hablando, hablando habian llegado á la calle del Leon y á la esquina de la de Cantarranas.

Poco despues, los dos grandes ingénios estaban sentados frente á frente, teniendo en medio de una mesa limpiamente servida una honda fuente en que la aromática olla podrida humeaba.

La conversacion durante la comida fué de todo punto filosófica, salpimentada con los frecuentes rasgos ácremente humoristicos de Quevedo.

Terminada la comida sin haber hablado ni una sola palabra de la Calderona ni del conde-duque, Quevedo agradeci6 mucho á Lope de Vega el agasajo que le habia hecho, y á pretesto de ir á visitar á otro enfermo se despidió de su anfitrión y salió.

II.

Habia averiguado Quevedo cabalmente por medio de Porcuna, que don Lope habia estado allí aquella mañana, que habia hablado largamente con María, que por último habia sobrevenido la condesa de Santurces y se habia llevado á don Lope, despues de lo cual se habia encontrado accidentada á María.

—Pues señor, bien, dijo para sí Quevedo cuando supo esto; es necesario averiguar, el negocio es travieso, gato hay aquí encerrado: condénase la buena condesa olvidándose de sus amores con Jesucristo por un noble rufian, accídéntase la Calderona, sobreviene el conde-duque... estoy viendo andar al rey, á nuestro buen rey, al señor don Felipe IV, por en medio de todo esto, culebreando entre figuras negras sin tropezar con ellas, y sin apercibirse de nada: salud á los reyes tontos, los prefiero á los reyes despiertos: quiero mejor el desgobierno de un favorito, que la tiranía de un señor prepotente: al favorito se le puede cortar la cabeza, pero la cabeza de un tirano es al fin una cabeza sacra, la cabeza ungida del Señor: ¡desdicha de la república! si tontos, malo; si de despierto ingénio, peor; si buenos, mártires; si perversos, verdugos: en fin, todo lo que existe lo ha hecho Dios, y á lo que Dios ha hecho hay que bajar la cabeza, porque cuando Dios lo ha hecho bien hecho está: los humanos no son otra cosa que los innumerables miembros de un eterno Jesus, que marcha con su cruz á cuestas y los pies derramando sangre hácia un Gólgota que está viendo siempre, y al cual nunca llega... ¡Bah, bah! Dios multiplica á los tontos, nos los osea-mos como á las moscas de delante de las narices, sin vernos libres

de ellos; pero los tontos son la prueba de la gran sabiduría de Dios: *stultorum numerus infinitus*: aunque los tontos fuesen tantos que formaran una corteza á la tierra y una nata al mar, no seria más que un solo tonto: el cero no se multiplica. A la salud de los tontos, porque ellos hacen posible el gobierno.

Quevedo tenia el achaque de irse de idea en idea á una distancia infinita del punto de donde habia partido su primer pensamiento.

—Es necesario, dijo, necesario de toda necesidad, que en cuanto yo sepa lo que por aquí resulta, me vaya á ver lo que hay por el otro lado.

Así es, que cuando hubo adivinado por intuición que no se moria la Calderona, y despues de haber comido, porque tenia la tripa como cañon de órgano, y sabia demasiado que hay cierta vaguedad en la inteligencia cuando el estómago está vacío, se fué á casa de la condesa de Santurces, seguro de que allí encontraria á don Lope, y que una vez encontrado el jóven, le pondria en autos de lo que habia acontecido.

Pero se guardó muy bien de preguntar por don Lope, porque Quevedo no cometia necedades, y hubiera sido una necedad insigne ofender á la quisquillosa condesa, preguntando en su casa por su sobrino, hasta que este por lo ménos no fuere su marido.

Mandó, pues, al portero, porque Quevedo mandaba siempre, y no hablaba más que para mandar ó imponerse con las gentes, á quienes no respetaba fuera cualquiera su clase, avisasen á su excelencia de que allí estaba don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, y sin decir lo del hábito porque le enseñaba, queria besarle las manos.

Y como Quevedo mandaba de tal modo que todo el que era por él mandado le obedecia, la condesa fué avisada, y como era de esperar, recibido Quevedo no solo con gusto sino con ánsia.

Antes de que Quevedo la pudiese hablar una palabra, ya la condesa le habia soltado las siguientes:

- Vos sabeis teología y cánones, ¿no es verdad?
- Os podeis casar, contestó Quevedo.
- Pero si yo no os he dicho... contestó cortada la condesa.
- Yo me voy al fin, y el fin que vos buskais es casaros con vuestro sobrino.
- ¿Y no peco?
- Si pecais, en el pecado llevareis la penitencia.
- ¿Pero peco?

— Conforme y según.

— Pero idos al fin, don Francisco, idos al fin como al principio.

— Dios me libre de irme al fin que vos vais como no sea con pistolete.

— Qué humor gastais, don Francisco; dijo impacientándose la condesa.

— Negro como la pez, que de puro ahumado puedo ya ser cocido: temblando estoy de que me crean morcilla y me enollen.

— Don Francisco, por Dios, yo tengo la conciencia intranquila.

— Señal, aunque no muy cierta, de que teneis conciencia.

— Válgame Dios, ¿pues no he de tenerla?

— La conciencia, doña María, es una cosa de que todos hablan, y que en verdad, en verdad, es un duende que muy pocos conocen; porque para tener conciencia es necesario tener sabiduría, y los sábios aquellos del *noscete ipsum*, son contados como los padres santos, y á más de esto andan por las nubes.

— Vamos, don Francisco, á ver si yo me explico.

— Comprendido, señora, comprendido; vos teniais una cosa, la ofrecisteis, y mientras la habeis tenido la habeis dado; no se os puede pedir mas: ¿cómo diablos vais á continuar dando una cosa que no teneis porque se la ha llevado la trampa?

— Vamos, trabajo es entenderos, don Francisco, y ¿qué tenia yo que daba porque lo tenia, y que ahora no puedo darlo porque no lo tengo?

— Una cosa que es otro duende, doña María; la castidad.

Y para decir estas palabras don Francisco acandiló el lábio inferior.

— ¡Jesus y qué cosas teneis! dijo poniéndose vivamente encendida la condesa.

— Téngolas como Dios me las ha dado, respondió Quevedo, y no me quejo, porque otros las tienen peores.

— Pero si no es eso.

— Sí, sí, ya sé; lo vuestro es que no sois vuestra, y por ser muy de otro, quereis para que os salga la cuenta, que el otro sea vuestro; y como teneis hecho voto simple de castidad, no solemne, como es necesario hacerle para que sea irrevocable, creéis que no podreis unir bien lo de vuestro y suyo con lo del voto, que en cosas de amor anda á cintarazos con el tuyo y mio: pues, condesa, ni siquiera teneis que pedir dispensa á Roma, basta con que pidais absolucion al obispo, y deis una buena limosna para un objeto piadoso; porque

entendedlo bien, no puede haber absolucion sin penitencia, y la mejor penitencia es aquella que produce un bien: con esto, y con que escribais á nuestro embajador en Roma, remitiéndole razonable cantidad de doblones, y apremiándole tal como lo haya menester vuestro urgencia para que active la dispensacion, podeis casaros con vuestro sobrino.

—Y entonces, ¿por qué me habeis dicho, cuando os he preguntado, que peço, que conforme y segun, y que en el pecado llevaré la penitencia?

—Pecado habeis si os habeis enamorado de quien no os ame, y penitencia tendreis de celos y de sinsabores, y de rabia, y pondráseos el humor negro, y envestireis con vuestras narices, y no ireis por la penitencia á Roma.

—¡Ah! mi sobrino, mi sobrino me adora; me adora, si señor: ¡ah! no sabeis: está loco de alegría, él no habia podido figurarse que yo fuese tan buena tia; porque yo verdaderamente me sacrificio, don Francisco.

—Acabais de pecar y en pecado tonto, porque el que dice lo que no siente sabiendo que no le han de creer, peca en vano.

—Oh, creedme, creedme: ¿sabeis dónde me he encontrado á mi sobrino?

—Sí señora, casa de la Calderona.

—Casa de una perdida, casa de una mala mujer.

—Pecais más gravemente, condesa.

—¿Y por qué peço?

—Porque mordeis en pobre carne despedazada.

—Ah, ¿vos tambien volveis por esa mujer, por una mujer que ha tenido valor de decir á mi sobrino, á un caballero, á un Fonseca, que habiendo de elegir entre el que nada podia darla más que amor, y un rey que podia ponerla en los cuernos de la luna, no habia que dudar?

—¿Qué? ¿qué es eso que decis de rey? dijo Quevedo.

—¿Pues qué, no lo sabeis, confesado por ella misma á don Lope sin pudor ni vergüenza, que es la querida del rey?

Pasó algo, como la expresion de un insoportable asco del alma, mezclado con una chispa de indignacion, por los terribles ojos de Quevedo.

—¿Querida Calderona del rey? ¿querida habeis dicho? sí, sí, es posible: sí, eso es, la reina... ¡ah, cuánta infamia! ¿y vos?... sí, sí, vos habeis salvado á vuestro sobrino.

—Que si le he salvado, dijo la condesa, pues qué, ¿no sabeis?

—Ah, nó ha acabado el cuento.

—Pero ¿en dónde habeis estado, don Francisco, que no habeis sabido que mi sobrino fué sentenciado á muerte?

—¡A muerte! ¿y por qué?

—Por haber matado, segun dicen, á ese pobre capitan don Mendo de Salvatierra, por amores de su hija: una calumnia; pero ya se vé, habia andado en ello el conde-duque y yo...

—¿Y qué hicisteis vos?

—¡Yo, qué hice yo! contestó turbada la condesa.

—Sí, vos, ¿qué hicisteis?

—Supliqué al conde-duque, le aseguré que mi sobrino no podia haber sido porque estaba en mi casa cuando sucedió la muerte de don Mendo; creyóme el conde-duque, y el rey...

—¿Qué hizo el rey? me pone en ascuas lo que el rey puede hacer, si le dice que lo haga don Gaspar de Guzman.

—Ah, pues tranquilizaos, don Francisco, porque el rey declaró en un real decreto que anulaba la sentencia, y mandaba destruir el proceso porque tenia, en razones que reservaba en su real ánimo, la certidumbre de la inocencia de mi sobrino.

—¿Cuánta infamia hay aqui? preguntó como hablando consigo mismo Quevedo.

—Oh, sí, sí, teneis razon, don Francisco, teneis razon; todo esto no es más que un tejido de infamias: por lo mismo, y por apartar á mi sobrino de malos tratos con gente infame, haciendo el sacrificio de mi vocacion, y viéndole locamente enamorado de mí, quiero casarme con él: si por él no miro, ¿quién va á mirar por él, don Francisco?

—Sí, sí, dijo Quevedo que se habia encerrado en una gran reserva, obrais muy cuerdamente casándoos con vuestro sobrino; haceis una obra grandemente meritoria de caridad; os echais al mundo rompiendo la severidad de vuestras propensiones; y haceis tan bien, tan bien como que vuestro sobrino y vos sois dignos el uno del otro, y esa María Calderon no podia ser dignamente la deseada de un hombre como vuestro sobrino.

—¿Conque hago bien?

—Como un ángel... en tinieblas: lo de las tinieblas lo pensó don Francisco, pero no lo pronunció.

—¡Ah! gracias, gracias, don Francisco.

—Gracias, ¿y de qué? respondió con acento punzante Quevedo.

— Gracias porque me habeis quitado un peso de la conciencia.

— Ya os he dicho, condesa, que la conciencia es un duende de que todos hablan y que muy pocos conocen: el vuestro no es caso de conciencia, es otro caso.

— ¿Caso de qué?

— De necesidad.

— ¡Necesidad!

— Sí, necesidad de amparar á vuestro sobrino: ¿y qué hablais de haber hecho, mi buena condesa? cerrar los ojos, porque quien está necesitado apenca con todo.

III.

— Señora, dijo en aquel momento una doncella: aquí hay una dueña de su magestad, que de órden de su magestad viene á hablar á vucencia.

— Perdonad un momento, don Francisco, voy á ver.

— Id, id, señora, que el anuncio merece la presteza.

La condesa salió.

— ¡Oh! exclamó Quevedo, ¿qué hay aquí, Señor, qué hay aquí? esto se une de una manera oscura cou la muerte de don Mendo, con la salida de su hija de esta casa en hora inoportuna, con aquel rapto en la calle hecho inútil por el otro rapto de los hombres de don Alonso de Fuensalida, condiciones impuestas por el conde-duque para arrebatár á doña Esperanza de la proteccion de la condesa y la salvacion de Ponferrada por una muerte que no ha cometido, porque consta, porque me consta que la ha cometido otro... y esa entrega infame de la Calderona al rey, nacida sin duda de esa sentencia... y Ponferrada, abandonando á María, matándola, y casándose con la condesa. Ah, todo esto va á parar á la reina: al rey le embriagan, le pierden: en mal hora vale tanto la pobre María Calderon: ah, pero esto no está claro, esto no sale del círculo de las suposiciones en lo que más importa; es necesario saber á qué atenerse, es necesario que yo hable con Ponferrada, pero esa mujer me estorba: ah, mucho disimulo, don Francisco, disimulo; esta beata tiene tres pelos del diablo, y aunque se hace la tonta, es un lagarto largo, como desde aquí á las Indias: gran necio serias si te adivinara: desconoceríaste y daríaste á tí mismo espanto y tédio. Ah, ya está ahí.

La condesa llegaba en aquel momento junto á Quevedo.

—La reina me llama con urgencia, dijo, y tengo que salir al momento.

—Pues id, id, mi buena doña Maria: ¿y cómo os va de salud?

—¿Que cómo me va de salud?

—Pues, preciso; ya que no pude pedirlos por ella á la entrada, porque no me dejásteis resuello para hablar con lo de vuestro pecado, os pido por vuestra salud, que me interesa mucho, á la salida.

—Ah, siempre con donaires, don Francisco: pues mirad, esto y muy buena; particularmente desde que me habeis dicho que no peco, soy muy feliz, y os deseo una salud y una felicidad tales como las mias.

—Oh, gracias, señora, gracias, no merezco tanto; pero se me ocurre, ¿puedo ver á mi grande amigo vuestro sobrino?

—Ah, sí, y os lo agradezco mucho, porque así no se aburrirá tanto tiempo estando solo, y tanto más cuanto que os estima mucho.

—No le estimo yo ménos, señora.

—Yo os lo agradezco: pero adios, don Francisco, voy á cobijarme; hasta luego, si es que estais aquí cuando yo vuelva. Petra, Petra, acompaña á este caballero al cuarto de mi sobrino. Adios, bésoos las manos.

—Gracias, señora, dijo Quevedo.

Y siguiendo á Petra salió por una puerta mientras la condesa salia por otra.

CAPITULO LII.

En que Quevedo sabe algo que podia aprovechar.

I.

Al otro extremo de la inmensa casa de la condesa de Santurces, estaba el cuarto que la buena tia habia destinado á su querido sobrino.

Este cuarto constaba de algunas ricas habitaciones que daban sobre un hermoso jardin.

Estas habitaciones estaban riquísimamente amuebladas, aunque con un gusto algo antiguo.

Habian pertenecido siempre al jefe de la familia cuando este era hombre.

En una ancha y magnífica cámara en que habia una chimenea encendida y dos candelabros sobre ella, en un gran lecho de roble, tallado, lecho nupcial de los Santurces, donde habian muerto los de cuatro generaciones, estaba don Lope: junto á él, de pié, haciéndole compañía, estaba uno de los altos criados de la condesa.

II.

—Hé aquí, dijo entrando Quevedo, que viene el malhechor á ver su malfecho.

—¡Don Francisco! exclamó don Lope sorprendido, ¿sois vos?

—Creo que si, aunque si reparo mucho diga tal vez que no, porque no me reconozco.

—Idos, Gabriel, dijo don Lope.

El criado salió.

—¿Cómo estais? preguntó Quevedo con un acento singular.

—Sentaos, sentaos junto á mi, contestó don Lope, y os diré cómo estoy, pero en voz baja.

Arrastró Quevedo un sillón, porque aquellos pesados sillones eran no para levantados, sino para arrastrados, lo puso junto á la cama y dijo:

—Os escucho en confesion.

Incorporóse don Lope, y puso su boca cerca del oído de Quevedo.

—Fiebre teneis, dijo este, vuestro aliento quema, apartaos un tanto, don Lope, que tengo yo demasiado calientes las orejas.

—Es el fuego de mi alma que me sale por la boca, dijo don Lope.

—¿Y por qué ese incendio?

—Por quien no le merece.

—¿Y quién no le merece?

—Ella.

—¿Y quién es ella?

—María.

—¡María! Os ama, quiero decir doña María, esto es, vuestra queridísima tia.

—Digo yo Maria Calderon.

—Ah, Maria Calderon: ¿pues no la despreciáis?

—¿Quién os ha dicho eso?

—Vuestra tia.

—Ah, mi tia, tengo miedo de hablar, temo que mi tia escuche, oiga..

—Descuidad, han llamado á la señora condesa á palacio.

—Ah, don Francisco, si yo la pudiese olvidar sería el hombre mas feliz de la tierra. Ah, no sabeis, no sabeis qué hermosa es mi tia, y qué buena es.

—Dejémonos de interioridades, don Lope, y veamos las interioridades de vuestra alma; os oigo y no os conozco: ¿cuándo os habeis encontrado el corazon? porque no le teniais, hermano, ó si le teniais, era tan chico que no merecía la pena de llamarse corazon.

—Le encontré anoche en la cárcel al fin de un proceso donde habia una sentencia de muerte y una libre absolucion del rey.

—Explicadme, explicadme eso, yo he estado ausente dos noches.

—Prendiéronme en mi casa, donde estaba herido por vos; y apropósito, don Francisco, vos teneis la culpa.

—De vuestra herida, protesto; no tiene la culpa de una herida el que la hace, sino el que da motivo para que le hieran; yo necesitaba una audiencia del rey, no podia cojerle en ninguna parte, teniale allí en el prado de San Gerónimo, y vos me impediais que llegase, ¿qué habia de hacer sino apartaros?

—No os echo yo la culpa de eso, lo que digo es que á causa de la herida que me disteis, es hoy manceba del rey María Calderon, y esto, os lo digo, me tiene loco, desesperado.

—Ya teneis dos cosas que explicarme, lo del proceso y lo de la mancebía de la Calderona con el rey: empezad por lo primero; ante todo el orden, el universo es tan perfecto porque todo en él está ordenado.

—Pues bien, prendiéronme, ya lo sabeis, puesto que fuisteis á visitarme á la cárcel de las Órdenes, y me llevásteis una carta de María que me alentó; al dia siguiente declarado el desafuero del delito que me atribuían, me llevaron á la cárcel pública, donde me guardaron con grandes prevenciones; pasé el dia desesperado, sin dejarme hablar con nadie, ni aun con el carcelero que entró á llevarme una mala comida de la que se da á los presos, cuando por la noche ya tarde, el alcaide entró en mi encierro, llevando mi sombrero, mi capa, mi daga, y mi espada, y me dijo, alegraos, señor caballero, porque os han declarado inocente y os ponen en libertad, y de tal manera, que ni aun vuestro nombre quieren que aparezca en el proceso en que se me sentenciaba á muerte por el asesinato alevoso ejecutado por mí contra don Mendo de Salvatierra.

—Sí, sí, ya sé todo eso; pero como cola de esa sentencia habia un real decreto por el cual el rey os declaraba inocente: me lo ha dicho vuestra tia.

—Pero mi tia no ha podido deciros, porque yo no se lo he dicho, que allí en la entrepuerta de la cárcel envuelta en un manto, estaba María Calderon, que arrebató el proceso de las manos del alcaide, le quemó, pagó mi carcelaje y me llevó consigo.

—Veo más de lo que quisiera ver, dijo Quevedo, porque yo no daba por tan infame al conde-duque.

—¿Y qué veis, don Francisco?

—Veo que hay menguados alcaldes que se prestan á todo, veo que hay escribanos cernicalos que á todo echan la garra, creo que

hay testigos falsos que por un poco de oro infame se olvidan de que tienen alma y de que hay Dios, veo en fin, que un inocente puede ser llevado al patibulo, y sobreveo que la Calderona os ama más que á su vida, más que á su alma, que por vos arrostra la desesperacion y la muerte: y hé aquí que me habeis explicado al esplicarme una, las dos cosas que teniais que explicarme, lo de vuestro proceso y lo del amancebamiento de la Calderona con el rey.

—¿Creeis?

—Creo firmemente como creo en Dios, que si se os ha echado una zancadilla no habeis sido vos quien habeis caido, sino la pobre María.

—¿Creeis que María se ha sacrificado por mí? dijo dando un acento sarcástico á sus palabras don Lope.

—¿Pues no he de creerlo? estoy viendo al conde-duque que dice á María, ó eres amante del rey ó te quedas sin amante: si quieres que tu amante viva, mata á tu amor, y fabrica como buena cómica un amor de pega para engañar al señor rey don Felipe IV, á quien yo necesito entretener.

—Os engañais, don Francisco; si María os oyese, se reiria: anoche, oh Dios mio, apenas podia yo andar, la herida me lastimaba de una manera terrible, ella me conducia del brazo, yo que creí ver en ella el sacrificio que vos tambien habeis creido ver, me inflamé de un amor nuevo, de un amor desconocido, la supliqué, la rogué, la ofrecí mi mano, y ella, ¿podeis creerlo, don Francisco? me despreció, me insultó.

—Pues mirad, no creia yo que os amaba tanto María: oh, las mujeres cuando se enamoran de veras, son infinitas en su amor.

—Decís eso, porque no sabeis que me abandonó en el átrio de Capuchinos del Prado, y se alejó soltando una careajada infame.

—¡Ah, y qué gran corazon tiene esa muchacha! se parece á la otra, es una pobre que murió por su amor, y de cuyo nombre no quiero acordarme, pero el hombre que aquella amaba era más digno de ser amado que vos.

—Ah, no, no, María es una miserable; al fin, cómica.

—¡Válgame Dios, y hasta dónde ha llevado su sacrificio la pobre María!

—Insistís; pues sabed que cuando salí esta mañana del hospital de los Italianos, al cual me llevó una ronda que me habia encontrado medio muerto en la calle, me hice conducir á casa de María, anhelante, desesperado: ¡oh, y cuán mal sentida aquella desesperacion!

María continuó en sus desprecios, y acabó por decirme que habiendo de elegir entre el amor de un hidalgo rufian y el de un rey caballero, estaba por el rey, y me dijo que era ya su querida, y que me fuese, y me irritó y me curó de mi amor.

—Creo que no, don Lope; me parece que ni vos ni María estais curados; pero os aconsejo que no volvais á acordaros de ella, de esta vez casi la habeis muerto, de otra la matariais.

—¡Muerto! exclamó don Lope.

—Como que vuestra tia, que os advierto que está loca por vos, os sacó triunfante de su casa, y tal fué el vaiven que los celos causaron en el corazon y en la cabeza de María...

—¿Que se desmayó? dijo con una amarga ironía don Lope: ah, las cómicas saben desmayarse.

—Pero no saben hacer que toda su sangre se las suba á la cabeza, y las tire muertas al suelo como un toro herido por el cachete: no, no saben falsificar la apoplejía fulminante.

—¡Dios mio! exclamó don Lope aterrado, ¿ha muerto María?

—Aun no, y creo que no morirá; pero no os acerqueis más á ella: la desgracia que os sobrevendría á los dos, seria horrible: ella os adora, no tengo duda; pero el conde-duque no os perdonaría ni al uno ni al otro: yo no puedo defenderos, estoy viejo, cansado, débil, todo lo que he podido hacer ha sido insultar hoy al conde-duque, de tal manera, que si hubiera tenido una sola gota de sangre honrada, ó me hubiera matado él á mí, ó yo le hubiera matado á él: qué quereis, estaba de humor negro, me irritan las infamias, el conde-duque se aguantó como un perro, pero no estoy muy seguro de que no me prenda, y dé conmigo otra vez en San Márcos de Leon, para desconsuelo de los canónigos que me temen más que á la peste, porque yo no soy su prójimo. En fin, callaremos, y no hablemos más de la Caiderona: procurad olvidarla, y para olvidarla mejor, enamoraos de vuestra tia, que bien merece que vos la ameis, como vos mereceis ser amado por ella; sed hombre, haceos rico, gozad de una castidad que ha acabado por saltar como una espada de Toledo de mucho temple, á la que un imprudente blande demasiado; haceos hombre, sed rico, sed conde, gozad de lo material y de lo que abulta, que es lo único que en este mundo se estima, y dejaos de amores de tragedia, que no dan más que amargos disgustos: yo os lo afirmo, como que por ellos he pasado más de una vez, ¡ay mi buena doña Catalina!

—¿Y quereis que olvide á María, exclamó don Lope, cuando me

afirmais que se ha sacrificado por mi amor, y que por celos míos se ha puesto á punto de muerte?

—Por lo mismo debéis olvidarla; no seais niño, don Lope; el hombre de quien una mujer se enamora hasta las entrañas, y es capaz de echar las entrañas por él, debe huir de ella asustado, aunque para huir tenga que tirarse de lo alto de una torre; una mujer que ama así, es almibar espesa que gusta una poca, pero que si os hacen tragarla continuamente, acaba por desguazaros el estómago, por aburriros, por haceros grata la muerte en comparacion de tanta y tanta dulzura: ¡ah! no sabeis el horror que se toma á lo dulce despues de un largo empalagamiento: y luego que esas mujeres son celosas, con unos celos sublimados, extracto de sí mismos, que vienen á ser un corrosivo que os horada la paciencia, y que os pone en el caso de aniquilarlas para libraros de ellas, porque en vano será que huyais; os buscarán, os arrojareis á un pozo, y os la encontrareis en el fondo, lacrimosa, querellosa, inaguantable, mortal, si pudiérais subiros á una nube, en la nube la encontraríais, y si por acaso os enamorara otra mujer, será buscada, arañada, injuriada, arrastrada por los cabellos; os vereis en fin, aburrido, desesperado, sin encontrar medio de libraros de vuestra pesadilla, y no os vereis libre hasta que ó ella reviente de rabia, ó vos sucumbais de hastío: una vez me cojió una y encerróme, y para escapar tuve necesidad de poner fuego á la casa, y al saltar clavéme en la tierra blanda por la lluvia, y si no es por cierto pícaro, allí me coje como pájaro en tija: creedme, don Lope; huid de Maria, primero, por miedo á sus locuras; despues, por miedo al conde-duque. No hablemos más de esto, que os anuncio que si os obstinais, me levanto y os dejo; hablemos de cierta hermosa á quien vos robásteis hace tres noches.

—¿De doña Esperanza? dijo don Lope sometiéndose aunque de mala gana á la voluntad de Quevedo.

—Ciertamente, de doña Esperanza: ¿querreis creer que vuestra tia la echó á la calle por celos de vos, y que el conde-duque la recojió por amor suyo, y que al conde-duque se la quitaron gentes de cierto prójimo á quien adora, y del cual es adorada? por cierto que al tal le metí un tajo número uno en la cabeza, que á poco más le rebañó los sesos.

—¡Ah! ¿al matador sin duda de don Mendo?

—A don Mendo no le ha matado nadie, amigo mio, legalmente sea dicho, porque legalmente vos habeis sido el criminal; el rey os

ha absuelto, y santas pascuas: lo que viene muy bien á mi noble amigo don Alonso de Fuensalida.

—¡Cómo! ¿es ese famoso caballero de quien todos hablan y á quien nadie conoce, y que dicen que vive como salteador, el hombre á quien yo herí?

—Sí, pardiez.

—¿Y es cierto lo de salteador?

—¿Qué ha de hacer un hombre que por contrariedades de la fortuna, y por apariencias, sin haber cometido delito alguno, no puede estar tranquilo en ninguna parte porque no le alcance la justicia? Pero es un salteador generoso, más que esto es un bravo que tiene un pequeño ejército completamente sujeto á su disciplina, y que le mantiene una contribucion que saca á los viandantes, pero solo á los viandantes ricos, y aun así, nunca les quita todo lo que llevan, sino lo que há menester para el mantenimiento de su gente durante algun tiempo; en cuanto á los pobres, más bien que robarlos los socorre. Conoce la gente del campo y de la aldea, y no solamente le favorece y le oculta, sino que le ama; porque voy á deciros una cosa extraña: que ese salteador pregonado por el rey y perseguido por la justicia, es una especie de rey justiciero que anda á trasmano saltando montes y atravesando veredas; tiene una cincuentena de buenos mozos bajo su mando, que ninguno de ellos es ladron, ni por asomo, sino tunante de almadraba, soldado viejo, acostumbrado á la férula del preboste; buena espada y mal genio, siempre dispuesto á tomar unas cuantas contestaciones de acero ó plomo con el lucero del alba; pero llamad á uno de estos ladron, y os rajarán de alto á bajo; son gente franca y sin miedo, el peor de cada casa, y tan afectos á su capitan, que el mínimo de ellos se dejaría arrancar á túrdigas la carne por salvarle: y contad con que el que puede llamarse mínimo entre los soldados de don Alonso, que yo así los califico, comparado con otros hombres, puede llamarse máximo; ellos no conocen más rey que su capitan, ni más ley que la que él les prescribe. Don Alonso usa de una manera admirable la justicia distributiva: ¿qué creéis que hace en cuanto llega á un pueblo? da audiencia á los que de justicia están menesterosos. Si el alcalde cometió algun desaguizado contra un pelon, don Alonso se informa, oye al querrelloso, pone la prueba de claro en claro, saca una multa al alcalde que se parte entre los pobres del pueblo, y si la falta es grave se llevan preso al alcalde y le tienen por allá cuanto tiempo cree necesario para el justo castigo; él ampara al menesteroso, él dirime

los pleitos y los sentencia; él enjuga las lágrimas de las doncellas desgraciadas á quienes ha engañado un tonto, casándolas, y dotándolas de su peculio, si son huérfanas ó viudas; que hace al fin una providencia del campo y de la aldea; por él dicen los campesinos que no hay otro mejor alcalde que Andrés del Páramo, que este es el nombre supuesto de don Alonso de Fuensalida, y si un dia le cojiese la justicia y le ahorcase, no se quitarian el luto en siete años los de las aldeas y los cortijos. ¿Pero me direis cómo ese don Alfonso con un puñado de hombres se atreve á ejercer jurisdiccion y hacer justicia en los pueblos pequeños? esto consiste en que sus hombres son todos soldados viejos de Italia y los Países Bajos, que valen cada uno por ciento, y capaces de andar con el mismísimo demonio á tajos y reveses; apuntes he tomado yo en veinticuatro horas que con ellos he estado, bastantes para que se indulte á don Alonso y á su gente y se les envíe allá á los Países Bajos á ser el terror de los franceses. Pues ved ahí el hombre á quien doña Esperanza ama más que á su alma, con el cual se casará en el punto en que don Alonso sea indultado.

—¿Cómo? exclamó don Lope; ¿doña Esperanza se casará con el matador de su padre?

—Sí, vive Dios, aunque digo mal, porque don Alonso no mató á don Mendo de Salvatierra, ni aun le pasó por las mientes, como no mató al padre de una amante que tuvo hace años don Alonso en Andalucía: creyóse esto por las apariencias y estas apariencias fueron las primeras desgracias de don Alonso, porque le pregonaron, le confiscaron los bienes y le obligaron á vivir como vive: estas muertes las causó un lacayo atento á la conservacion de la vida de su amo, y hombre tal, que allí donde pone la vista airada, allí va la muerte, y tan heróico, que habiendo visto que de todas las desgracias de su amo, él por un exceso de celo ha tenido la culpa, se ha escapado y se teme por lo que le han oido decir algunos de la compañía, que haya venido á Madrid á presentarse á la justicia y á hacerse cargo de los delitos que se imputan á su amo; pero los que se han quedado por allá dicen que en buen hora exculpe á su capitan, probando como puede, que las dos muertes que se le achacan no son suyas, y así que la prueba esté hecha y antes de que pronuncie la sentencia contra ellos le sacarán horro y quito, robándole á los alcaldes la satisfaccion de verlo ahorcar: y lo harán como lo dicen, porque si ellos se empeñan en quitarles una alma al diablo se la quitarán: y tened en cuenta que no es tan difi

cil el indulto de don Alonso, porque verdaderamente no es en efecto salteador, sino un hombre que ha tomado dinero á préstamo, porque su mayordomo lleva un libro en que van sentados en un clarísimo registro los nombres de las personas á quien se ha pedido dinero en el camino, y las cantidades; y en el punto en que don Alonso sea indultado y puesto en posesion de sus bienes, entregará estas cantidades á estas personas y resultará que él ha mantenido con su hacienda á los bravos mozos que le han acompañado: y por eso y porque me intereso mucho por mi buen amigo don Alonso de Fuensalida, he venido á ver á vuestra tia para tratar del indulto; que si ella quiere, se logrará por la mucha mano que tiene con el rey y la reina, y con el conde-duque: cabalmente aburrido, desesperado por lo que he visto casa de la Calderona, y no os hablo de ella para que volvais á tomarla en boca y os lo prohibo, he venido á ver á vuestra tia, con la cual he hablado, encontrándome con que no es esta ocasion de hablarla de nadie porque no piensa más que en sí misma y en vos que es la misma cosa; por lo mismo, no me agradezcáis la visita, porque yo no sabia que estábais aquí.

—Pues don Francisco, aquí estoy, y para rato; porque mi tia ha tomado la cosa tan á pecho, que me ha dicho que antes de que esté completamente restablecido de la herida que me hicisteis, y que no es tan leve como parece, habrá venido la dispensacion de nuestro parentesco y la anulacion de su voto; porque piensa enviar, si es que no lo ha enviado ya un correo á Roma cargado de oro, á fin de que los dos asuntos se terminen en cuanto llegue.

—Y la buena de vuestra tia me preguntaba si pecaba casándose con vos, y me aseguraba que hacia un sacrificio en ello solo por apartaros de malos pasos.

—¡Ah! callad, callad, don Francisco; mi tia no sabe lo que le sucede ni yo tampoco.

—Acabaremos porque sois de la última que llega, don Lope.

—Me sucede una cosa muy original, don Francisco; queria yo sin saberlo á María Calderon, me habia acostumbrado á salir de noche á paseo con ella, á llevármela á cenar á las huertas, á oirla decirme, yo os amo, yo no puedo vivir sin vos; y todo esto lo escuchaba yo, como lo he oido de tantas otras, sin apresurarme por ello; miraba á Maria como una cosa que se me brindaba y que yo no tomaba porque no queria: en esto conocí á doña Esperanza que me pareció un bocado de cardenal, y me puse algo pensativo por ella, despues comprendi el inmenso sacrificio que por mí habia hecho

María, temí ó más bien adquirí la certeza de que era del rey, y esto me supo muy mal, os lo aseguro.

—Es verdad, dijo Quevedo, no estimamos las cosas hasta que nos las quitan, ó mejor dicho hasta que vemos que las estima otro; vivimos de envidia y de soberbia, que son una misma cosa, y no podemos estar buenos porque las tales vicisitudes crían un humor ácre capaz de acabar con un poste.

—Pero recojióme despues mi tia, trájome á su casa; pero ¡qué tia, don Francisco, qué tia!

—Lo mejor que tiene para vos vuestra tia, es que es la última con quien habeis hablado.

—Os juro que si yo hubiera sabido que mi tia estaba enamorada de mí desde hace cinco años y que solo por miedo de faltar á su voto me habia apartádo de sí y me habia tratado secamente, sería yo conde de Santurces há mas de cinco años: ¿habeis visto fortuna como la mia, don Francisco? me adora la querida del rey y mi buena tia quiere casarse conmigo: no sé cuál de las dos es más hermosa, á pesar de la diferencia de edades, porque ya veis, mi tia aunque tiene más de cuarenta años parece una muchacha: si viérais qué fresca está, don Francisco.

—Sí, sí, eso ya se vé, vuestra tia no representa arriba de veinticinco años.

—Pero qué hermosura, señor, qué hermosura y qué amor.

—Ya, ya me hago cargo, del amor digo, que lo de la hermosura bien está á la vista para tormento de pecadores. Pero yo no os entiendo, don Lope: ¿no os desvanecisteis anoche cuando os abandonó la Calderona? ¿No fuisteis esta mañana anhelante á su casa? ¿No deciais, no ha mucho, que al conocer el sacrificio que por vos habia hecho la Calderona os habiais enamorado mortalmente de ella? ¿Cómo es que ahora á pesar de que sabeis que la Calderona os ama, porque si no os amase no estuviera padeciendo el accidente que la postra, os declarais enamorado loco de vuestra tia?

—¡Ah! porque mi tia me consuela de la pérdida de María, porque encuentro en ella lo que en María me ha quitado el rey.

—Ah, es verdad, todo se compensa en este mundo, y mucho más vos que dais con todas al saco, y cuando el saco está lleno y necesitais meter en él á otra, sacais del saco y arrojais lejos de vos á la primera con quien tropieza vuestra mano.

—Qué quereis, á cada cual la amo de su manera. ¿Crecis que porque María me ame y yo sienta su amor en mi corazón debo dejar

yo de ser conde y grande de España y rico y marido de una de las más hermosas mujeres de la corte? No, don Francisco, no; eso sería una simpleza, no quiero depender más, no quiero estar atenido á un sueldo que el conde-duque me dé por bajos servicios que mañana pueden convertirse en servicios infames; no, vive Dios, yo no cierro la puerta á la fortuna, se la abro de par en par y creo no ofenderos si os digo que si vos estuviérais en mi lugar hariais lo mismo.

—No sé lo que yo haría, dijo Quevedo, lo que hago ahora indudablemente es irme.

—¡Cómo! ¿me dejais solo?

—Paréceme que acaba de llegar vuestra tía, porque he oído en el patio el ruido de una carroza: la señora condesa será para vos una compañía mucho más grata que yo: además mi pobre ama de gobierno no me vé hace cuarenta y ocho horas, y sabe Dios lo que acontecerá á la pobrecilla: conque adios, don Lope, ya vendré á veros.

—Id con Dios, puesto que os obstináis en marchar.

Quevedo salió, encontró las galerías del patio, pero vagó algo por ellas porque no sabia dónde estaban las escaleras.

De improviso le dió en el rostro el reflejo de una luz que traía en la mano una persona que se acercaba.

Aunque la luz dejaba en sombra el rostro de aquella persona, Quevedo la conoció por el talante.

Era la condesa de Santurces.

—Os prendí, señora, dijo Quevedo.

—Siempre estoy á vuestra disposición, don Francisco.

—No se me os ofrezcais mucho, porque os tomo, contestó Quevedo.

—Vos siempre con vuestra libertad en el hablar.

—Os considero ya como una mujer casada: oh, os doy el parabien, condesa; vuestro sobrino está verdaderamente enamorado de vos, pero hay sombras.

—¿Cómo que hay sombras, don Francisco? exclamó alarmada la condesa.

—Y sombras muy bellas, muy hermosas: juzgad si nó: la una sombra que se pone delante de vuestro amor como una niebla, se llama Esperanza, la otra sombra se llama María.

—Ah, venid y explicadme eso, don Francisco; no os permito que os vayais dejándome en la duda.

—Tengo mucho que hacer, señora, no he parecido por mi casa, no sé en cuanto tiempo.

—No importa, no importa, don Francisco; tardareis un poco más, lo que no debe importaros habiendo tardado tanto.

Y la condesa asió de un brazo á Quevedo y se le llevó consigo.

CAPÍTULO LIII.

Cómo se aprovechaba de lo que había sabido Quevedo.

I.

La condesa llevó harto de prisa á Quevedo, no al estrado, sino á un gabinete aparte.

—Pero mirad, señora, la dijo al entrar Quevedo, que he dejado solo á vuestro sobrino, que no gusta de estar solo y os está esperando con ánsia.

—Tiempo tendrá de estar á mi lado; ya veis, como que no voy á permitirle que se separe de mí por lo mismo que es un loco; mi sacrificio sería inútil si le dejará su libertad; pero habladme, habladme de esas sombras.

—Decidme vos antes, dijo Quevedo con el tono singularmente imperativo que usaba cuando queria ser obedecido; ¿para qué os ha llamado la reina?

Y como siempre que Quevedo mandaba le obedecian, la condesa dijo sacando de un bolsillo un papel doblado.

—Para esto.

—¿Y qué es esto? dijo Quevedo.

—Un soneto.

—¡Cómo! ¿se ha consagrado su magestad la reina como su augusto y carísimo esposo, á las nueve doncellas monteses?

—No ciertamente, don Francisco; ese soneto se lo ha encontrado la reina sobre su reclinatorio, cuando fué á rezar esta noche.

—Veamos, dijo Quevedo; probablemente será tan malo que no valdrá el trabajo de sufrirlo.

Y poniéndose de pié y calándose las antiparras, se acercó á uno de los candelabros que ardian sobre la repisa de la chimenea y leyó con voz campanuda y acentuada:

—Soneto á Belisa: pardiez, exclamó Quevedo, yo conozco esta letra, y conozco tambien á esta Belisa, porque es la Belisa del conde de Villamediana cuyo es el soneto.

—Pues; dijo la condesa; Belisa partido por la mitad y trocado, es Isabel.

—Y si dijéramos Lesbia, seria lo mismo, dijo Quevedo, el conde de Villamediana tambien tiene una Lesbia, pero la Lesbia y la Belisa del conde de Villamediana son una misma Isabel, y esa Isabel á quien llamándola Lesbia ó Belisa se atreve á hacer versos el necio don Juan de Tarsis, es la reina.

—Cabalmente; pues por eso su magestad, que tiene conmigo más confianza que con cualquiera de su servidumbre, que ha visto en lo Belisa lo Isabel, me ha llamado para entregarme este soneto, á ver si por su letra puedo averiguar quién es el autor audaz de estos versos.

—Pues á poco trabajo lo habeis averiguado, condesa; ya sabeis quién es el autor, el conde de Villamediana.

—Leed, leed, y vereis cuánto disparate, dijo la condesa.

—Créolo bien, porque las musas quieren mal á Villamediana y le inspiran de pega, y si á esto se añade la necia presuncion del autor, tendreis en sus obras más maldades que podeis apetecer. Dios le ha hecho á este para que Montalvan no sea el peor de los que escriben poesia; veremos, veremos.

Y Quevedo leyó.

—Si la inquisicion, dijo Quevedo, castigase á los herejes de la poesia como castiga á los herejes de la fé, hace mucho tiempo que Villamediana y Montalvan estarian quemados como impenitentes re-lapsos.

—Pero dejando á un lado eso, ¿no os parece que el conde está loco?

—¿Qué ha de parecerme á mí lo que no puede ser? dijo Quevedo; acertaríais si dijérais que está tonto.

—¿Y qué creéis que puede hacer la reina?

—¿Qué ha de hacer la reina? ¿qué contestacion tienen estas cosas de una dama tal y tan ilustre? sufrirlas, quemar los versos, ave-

riguar por una persona tan de confianza como vos, quién es el servidor villano que pone en su reclinatorio ó en cualquier lugar de su recámara á donde pueda encontrarlos, papeles como esté, y decirme lo á mí, que aunque no he nacido para ejecutor de justicia, por la reina la ejecutaria de tal modo que pondria espanto.

—Pues no sé, no sé, dijo la de Santurces, quién pueda ser.

—¿Quién estaba de servicio esta noche?

—La marquesa de Casavedra y la condesa de Teatinos.

—¿Y no habia más damas de la servidumbre en palacio?

—Sí, señor, sí, la duquesa de Sástago; pero esa no está de servicio, porque no le hace como primera dama de honor, pero segun costumbre, asiste todos los dias al cuarto de la reina.

—¿Sabeis que me parece una mala lechuza esa duquesa de Sástago, que ya estaba en la servidumbre cuando yo era paje del señor rey don Felipe el Segundo? ¿y sabeis que la profeso un tan entrañable aborrecimiento sin saber cómo, que se me autoja que ella ha sido la que ha puesto este soneto en el reclinatorio de su magestad?

—Ah, no lo creo, dijo vivamente la de Santurces defendiendo á la duquesa por la complicidad que con ella tenia en daño de la reina: la de Sástago será todo lo antipática, todo lo fea, todo lo vieja, todo lo repugnante que queráis; pero la creo una mujer honrada.

—Creeis, pues, en lo que no veis, lo que quiere decir que sois muy pródiga de fé, condesa, añadió Quevedo cambiando de repente de tono; teneis muy mal seguro á vuestro sobrino.

—¿Cómo que tengo mal seguro á mi sobrino? dijo la condesa olvidándose de todo punto de la anterior de la conversacion.

—Y muy en peligro.

—¡Cómo! ¿La herida amenaza?

—No, condesa, no; quien se la ha dado es muy su amigo, y aunque no pequeña, porque no puede irse á la mano, ha sabido dónde se la daba, como amigo que se interesaba por su vida.

—Sí, sí, ya me dijo mi sobrino que habiais sido vos.

—Pues si él lo ha dicho, verdad será; púsoseme por delante, estorbábame, importábame mucho quitar de en medio el estorbo, y como el tal estorbo era duro de pelar y tenia espada en la mano, hube de apartarle como pude; no hablemos más de esto; ya veis que vuestro sobrino me trata con afecto.

—Sí, sí, ya lo sé y os estima en mucho; pero si el no tener yo seguro á mi sobrino no es por la herida, ¿por qué es?

—Por la herida que pueden hacerle, que no será tan liviana co-

mo la que yo le he dado, porque el conde-duque no se valdrá de un amigo de don Lope para que le hiera.

—Me estais despeizando el alma, don Francisco, exclamó verdaderamente asustada la condesa, ¿por qué ha de herir á mi sobrino el conde-duque?

—Por quitar estorbos al rey.

—¡Estorbos!

—Sí por cierto, ¿creeis vos que el conde-duque no quitará de en medio á todo trance á un hombre á quien ama con toda su alma la Calderona? ¿No creeis que cuando el conde-duque sepa que en casa de la Calderona estuvo esta mañana vuestro sobrino, y que él fué la causa del lamentable estado en que la Calderona se halla, se encontrará cargado de temores de que haya quien parta su influencia con el rey por medio de la Calderona?

—Me iré con mi sobrino á mis estados de Asturias.

—En lo cual hareis un favor al conde-duque, porque la muerte de don Lope en un despoblado de las montañas asturianas no causará tanto escándalo como si en la corte aconteciese.

—¿Qué hablais, de que el conde-duque puede matar á mi sobrino?

—Digo lo que presumo y lo que presumiria cualquiera que no fuese tonto, si estuviese en los misterios de estos negocios.

—¿Y creeis?... dijo con curiosidad la condesa.

—Lo creo, como creo en Dios: á dónde quiera que os lleveis á vuestro sobrino, al rincon más apartado del mundo, allí le alcanzará la mano de un sicario enviado por el conde-duque.

—Me estais matando, Dios mio, ¿y qué hacer?

—Que el conde-duque no sepa que la Calderona ama á vuestro sobrino.

—¿Y quién se lo ha de decir?

—La conducta de la Calderona.

—¿Y cómo puedo yo evitar que esa mala mujer acuda á casa de mi sobrino y haga diabluras?

—Eso no puede evitarlo nadie más que yo, á quien teme y respeta la Calderona.

—¡Ah! pues hacedlo, don Francisco, hacedlo, y así me hareis hecho dos favores, dos inapreciables favores, que no olvidaré nunca; el uno proteger la vida de mi sobrino de las asechanzas del conde-duque; el otro, que yo viva tranquila, porque ¿qué esposa puede vivir tranquilamente si sabe que anda tras su marido una mujer tan diabólica y tan hermosa como esa comedianta?

—Es que, señora, yo nunca he hecho favores si no me los han pagado.

—Pues no andeis corto, don Francisco; toda mi hacienda es vuestra.

—¿Eb? ¿qué decis, señora? yo no me he echado aun á esas cicateras ganancias: yo vendo mis favores, sí, pero los vendo por otro favor.

—¿Y qué favor quereis que os haga? exclamó alarmada la condesa.

—Favoreceríanme mucho vuestros favores de mujer, no os lo niego; vacante ando y desatentado y sin sombra, y en vos la encontraría fresca y perfumada.

—Por Dios, don Francisco.

—No os ruboriceis, no os alarmeis, no se trata de eso, yo me obligo, me comprometo, me juramento á aterrar de tal manera de una parte á la Calderona, y de otra á don Lope, que no se atreverán á acercarse ni en cien leguas el uno al otro; pero si yo he de hacer eso, quiero, exijo y ordeno hagais dos cosas que me interesan demasiado.

—¿Cuáles?

—Primeramente, que os vengais conmigo al alcázar, que me metais en el patinillo de marras y que hagais que la reina baje á la reja consabida.

—En eso no hay inconveniente alguno, don Francisco; veamos lo otro que me ordenais.

—Hélo aquí: tengo la seguridad de que el conde-duque que sabe sin duda lo que esta mañana aconteció en casa de la Calderona, esto es, que estuvo allí don Lope, que sobrefuisteis vos, y os llevásteis poco menos que á cuestras á vuestro sobrino, convertida en mozo de carga por los celos, y que inmediatamente sobrevino á la pobre María, no mala como vos creeis, el accidente apoplético que la ha puesto á las puertas de la muerte.

—¿Y qué importa que sepa eso el conde-duque? cuando esa mujer se accidentó, claro es que vió lo que no queria ver.

—El conde-duque verá más que eso, mucho más, porque no es romo de ingenio; verá que la Calderona adora á don Lope y vendremos á lo que yo os he dicho, que temerá que los dos se avengan al fin á las circunstancias, aprovechen el amor del rey á María y le vuelvan en favor de don Lope, quien como marido vuestro, si se dedica á la política podría ser secretario de estado y del despacho universal.

—No le quiero tan alto ni tan cerca del rey.

—Pero pudiera suceder muy bien que sin quererlo vos lo quisiese vuestro sobrino; esto de seguro, no se le ha ocultado al conde-duque, y estoy cierto de que habrá venido á visitaros esta tarde, y de que si no ha entrado fué sin duda porque olió que yo estaba aquí, porque habeis de saber que su excelencia me teme como á una epidemia, por lo mucho que me estima, y me estima tanto que siempre que puede guardarme me guarda.

—En efecto, don Francisco, dijo con asombro la condesa, adivinais; el portero me ha dicho cuando volví del alcázar que el conde-duque habia estado á visitarme, que no estando yo habia preguntado si se podía ver á mi sobrino, y que aunque le dijeron que sí, se fué diciendo que volvería.

—Ah, pues me alegro de saberlo, á alguno tengo yo que cruzar esta noche.

—¿Qué es eso de cruzar? don Francisco.

—Cruzar es lo mismo que rajar.

—Me poneis espanto.

—Y á mí me ponen espías.

—¿Cómo que os ponen espías?

—Seguro estoy de que hay un satélite del conde-duque atisvando la puerta de vuestra casa para seguirme cuando yo salga y no abandonarme hasta saber donde me meto: así, pues, yo saldré primero y vos luego; necesario será que yo me disfrace: ¿de qué, señor, de qué? ya lo veremos, porque aunque me libre del espía que me siga no podré librarme de los espías que haya en palacio. Ah, en cuanto salgais del cuarto de la reina, de haberla avisado que yo espere en el patinillo, os vais á la puerta de este, y no os asusteis si veis llegar dos frailes, el uno lo seré yo y el otro una persona de toda mi confianza.

—Bien, bien, don Francisco, no me asustaré.

—Item más: dad orden al portero de la puerta de las Meninas para que abra á dos religiosos que llegarán, por si acaso están cerradas las puertas del alcázar cuando yo acabe mi tarea.

—Daré la orden, don Francisco, la daré.

—Pues como os decía, el conde-duque vendrá á ver si puede apoderarse de vuestro sobrino; afirmadle entonces que os vais á casar con él, que se casa con vos desengañado por el desprecio que de él habia hecho la Calderona: el conde-duque no se fiará de vos y os exigirá que hagais salir de la córte á vuestro sobrino para evi-

tar que él lo haga, y aun puede ser que os exiga que os vayais con él para detenerle: armaos de altivez, como grande de España; amenazad al conde-duque con un escándalo, y acabad por decirle que vos hareis que don Lope ni vea, ni oiga, ni entienda á la Calderona, con tal de que os haga un favor.

—¿Y qué favor he de pedir al conde-duque?

—¡Qué favor! un indulto.

—¿Para quién?

—Para un buen caballero que se llama don Alonso de Fuensalida.

—¡Cómo! ese hombre terrible que dicen que aparece de tiempo en tiempo en Madrid, y que siempre que aparece sucede una desgracia.

—Ociosidades del vulgo, señora: don Alonso de Fuensalida es el mejor sujeto del mundo, y os interesa servirle porque él impedirá que vuestro sobrino se distraiga con una hermosa dama.

—¡Cómo!

—Como que don Alonso de Fuensalida es el amante de doña Esperanza de Salvatierra, con la cual se casará, y ya veis que estando casada doña Esperanza con un hombre á quien ama, está fuera del peligro de que no estando casada la enamorese vuestro sobrino.

—¡Dios mio, Dios mio! me habeis hecho una Babel la cabeza.

—Pues pongamos muy clara esa Babel: hé aquí lo que hareis á trueque que yo haga que la Calderona y don Lope no vuelvan á hablarse en toda su vida: avisareis á la reina que yo necesito hablarla, dareis orden al portero de las Meninas para que franquee la puerta á dos religiosos Carmelitas, esperareis á estos dos religiosos en la puerta del patinillo; y por lo que respecta á lo otro, pedid al conde-duque por lo que él os pida, que será lo que yo os he dicho ú otra cualquiera cosa tambien importante, el indulto completo y la devolucion de sus bienes, fueros y preeminencias á don Alonso de Fuensalida. Conque no os digo más, y vóyme, que hay que aprovechar el tiempo; hasta luego, que nos veremos á la puerta del patinillo del alcázar.

—¿Pero os llevais el soneto?

—Pues no he de llevármelo; necesariamente. Adios, señora, adios; hasta luego.

Y Quevedo salió.

II.

Se detuvo en la habitación inmediata y sacó del bolsillo plegada su linterna de hierro que armó.

Sacó del mismo bolsillo su cabo de vela de cera no muy limpio, le encendió y le puso en la linterna.

En seguida salió, dió con los corredores, bajó las escaleras y dijo á un criado que encontró al pié:

—Tomad mi pañuelo.

—¿Y para qué, señor? dijo el criado, tratando con sumo respeto á Quevedo, porque le vió el hábito de Santiago.

—Idos al cenicero, echadme ceniza en el pañuelo y volved, que corre prisa.

El criado tomó el pañuelo, no muy limpio tampoco, de Quevedo; abrió mucho los ojos en muestras de extrañeza, se entró por la puerta que daba al patio, y á poco volvió trayendo el pañuelo lleno de ceniza.

—Gracias, dijo Quevedo.

Y se echó la ceniza que en el pañuelo venia en ambos bolsillos de sus gregüescos.

Sacudió el pañuelo, se lo guardó y se puso en marcha.

III.

Al salir á Puerta de Moros siguió recto sin mirar á ninguna parte, como el hombre más descuidado del mundo, hácia la estrecha y tortuosa calle del Almendro.

CAPITULO LIV.

De cómo á Mercuelo le salió muy mal seguir á Quevedo.

I.

Don Francisco llevaba toda el alma en los oídos, pero marchaba cuanto de prisa y desembarazadamente se lo permitía la defectuosa configuración de sus piernas y lo enorme de sus pies.

Notó un paso recatado, recatadísimo, detrás de sí á alguna distancia.

—Ya tenemos detrás al mochuelo que nos ha puesto de lacayo el señor conde-duque de Olivares, dijo para sí: pues aguarda, hermano, aguarda, que ya veremos por dónde sales.

Y Quevedo siguió hasta que llegó á la esquina de la calle del Nuncio.

Dobló la esquina y quedó detrás de ella.

Poco despues sintió ya muy cerca los pasos del que le seguía.

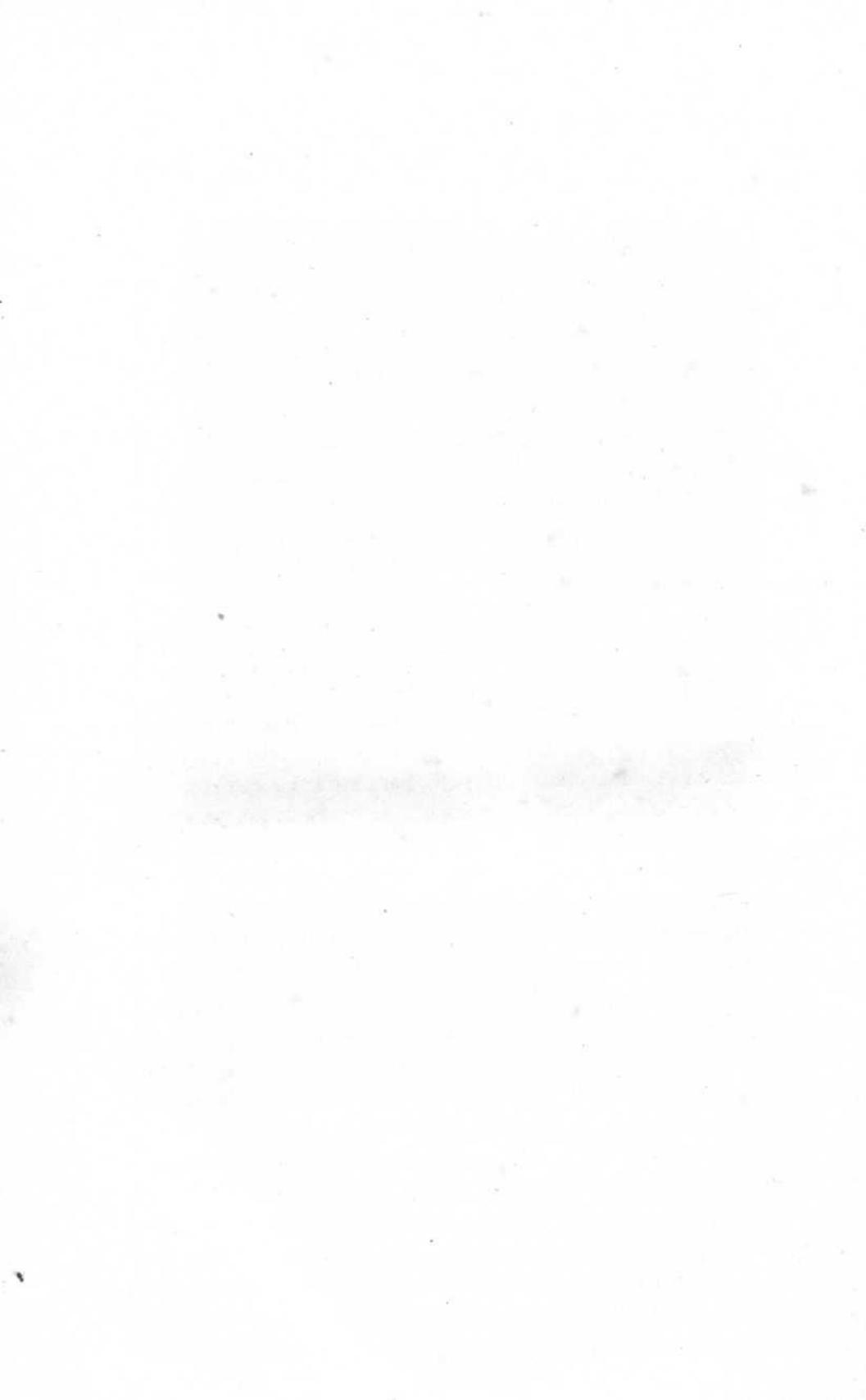
Quevedo se metió la mano en el bolsillo y tomó un puñado de ceniza.

Poco despues asomó no menos que Mercuelo, según resultó á causa de la luz de la linterna que Quevedo le puso en las narices.

—Toma, espion; y á ver qué haces con tus ojos, exclamó Quevedo tirando con furia un puñado de ceniza á los ojos de Mercuelo que inmediatamente dió un alarido.



—Toma, espion, y á ver qué haces con tus ojos.



—Calla, dijo Quevedo metiéndose de nuevo la mano en el bolsillo y sacudiendo otro disparo de ceniza á Mercuelo, pues mucho efecto te hace.

Pero vió que por el rostro de Mercuelo corría sangre.

—¡Diablo! dijo, pues ya sé lo que es.

—Es que me habeis reventado un ojo, exclamó Mercuelo.

—Pues no me acordaba, dijo Quevedo, de que llevaba en este bolsillo algunos reales de á ocho.

Un real de á ocho era del mismo peso y tamaño que los duros de ahora.

En efecto, Quevedo al coger el primer puñado de ceniza habia cogido con él un real de á ocho, y con tal furia habia tirado la ceniza á los ojos de Mercuelo, que dando el real de á ocho de canto en su ojo derecho, se lo vació.

—¡Ay Dios mio, Dios mio, mi ojo! exclamó Mercuelo dando cada vez más récios alaridos.

—Recógelo y guardátelo, dijo Quevedo rebuscando con su linterna por el suelo, como yo recojo y guardo mi real de á ocho.

Y le recogió, le guardó y se alejó murmurando:

—Yo no le queria herir, pero está visto que Dios queria que fuese herido: mejor, así no podrá seguirme en mucho tiempo, y cuando me siga tendrá que ir soslayado, para mirarme con el único ojo que le queda: alégrome: esto hará que el conde-duque me tenga cada dia más en respeto.

Y Quevedo siguió andando cuanto de prisa podia hácia Puerta Cerrada, mientras Mercuelo se quedaba gritando:

—¡Socorro! ¡Favor, honrados vecinos! ¡á ese mal hombre que me ha saltado un ojo!

Pero por más que gritaba, no se abrian ni puerta ni ventana.

Nadie queria meterse en lo que pasaba en la calle, aunque quedasen heridos de resultas de una riña.

Porque solia suceder que los señores alcaldes declaraban autor del fracaso al primero que encontraban junto al muerto.

Mercuelo hubo de tener paciencia: el dolor se le habia calmado, pero le salía mucha sangre.

Aplicóse su pañuelo á la herida, contuvo la sangre, y dió á correr desatentado, calenturiento, hácia el alcázar, tomando por el camino más corto, esto es, por Puerta Cerrada, cava de San Miguel, las Platerías, la calle de Santiago y la del Tufo (hoy de Requena), dando al fin consigo en la portería de las Meninas, desde donde ha-

ciéndose sostener por uno de los de la baja servidumbre, subió por una escalera de servicio larga y empinada á las galerías altas y de allí á la cámara donde le esperaba el conde-duque.

II.

En la pequeña galería que precedía á la cámara despidió al criado de palacio que hasta allí le habia sostenido, y entró en la cámara vacilante.

—Ya era tiempo, dijo el conde-duque: son las nueve.

—Para mí es la fin del mundo, señor, exclamó Mercuelo, compungido, lacrimoso, dejando sentir un hipo violento.

—¿Qué es eso? dijo el conde-duque friamente: ¿vienes ensangrentado? alguna torpeza tuya, y lleno de ceniza...

—No señor, no, torpeza mia no, sino destreza de don Francisco de Quevedo, que me ha saltado un ojo.

Y apartándose el pañuelo, dejó ver al conde-duque el ojo repugnante colgando.

—¡Poder de Dios! exclamó el conde-duque: si ese hombre no es el demonio, es por lo menos primo hermano suyo: y no ha dejado de tener gracia el lance.

—Pues á mí, señor, maldita la gracia que me ha hecho, ni me hace, exclamó Mercuelo: y digo á vucencia que no vuelvo á seguir ni á don Francisco ni á nadie. Anteanoche caí en una ratonera, me prendieron y me ví en peligro de horca; esta noche me saltan un ojo, y mañana puede ser que me descoynten y tenga que arrastrarme como las culebras en el suelo. Pero yo me estoy muriendo, señor; que me socorran, yo no he podido llevar mi lealtad más allá de venir á decir á vucencia, tal como estoy, lo que ha sucedido.

—Si, todo lo que ha sucedido se ha reducido á que te han dejado tuerto; pero en fin, eso habrá sido en la calle, lo que significa que ya ha salido don Francisco de casa de la condesa de Santurces. Hola, uno.

Apareció uno de los ayudas de cámara del conde-duque.

—Llévate á Mercuelo, y que le curen, dijo este, y que Baltasar me acompañe con una linterna.

El conde-duque tomó su capa y su sombrero, su espada y su daga, que estaban sobre un sillón, y salió.

Tras él se fué un moceton fornido y al parecer bravo, con una linterna encendida.

—Es necesario, necesario de todo punto, murmuraba el conde-duque, que yo me atraiga á don Francisco: ¡qué hombre, Señor, qué hombre! lo que ha hecho con Mercuelo es uno de los mejores chistes que le conozco, y me reiria si estuviera de humor de reirme. ¿Pero cómo ha olido que estaba espiado, cuando Mercuelo es listo y demasiado pícaro para dejarse sentir cuando sigue á alguien? Indudablemente, Quevedo tiene un espíritu familiar que le sopla á la oreja. Veamos, veamos si podemos sacar algo en limpio acerca de esto y de lo otro á esa buena condesa de Santurces.

III.

—Pues te han puesto bueno, Mercuelo hermano, decia el criado á quien el conde-duque habia hecho cargo de Meruelo.

—Si á lo menos me pudieran meter el ojo, dijo este, y todo se redujera al dolor que he pasado: maldito sea don Francisco de Quevedo; malditas sean las trapisondas en que anda el amo: mire ucé á qué hora se le ha ocurrido ir á ese condenado de don Francisco á casa de la condesa de Santurces. Sebastian, amigo, sostenme, llévame.

—Eh, poco á poco, que estás como gato que sale de cenicero, y me vas á manchar la librea que es nueva: siéntate en un sillón, espérate, que voy á llamar á Silvestre y te bajaremos.

Poco despues dos criados del conde-duque bajaron un sillón á Mercuelo y en una de las galerias altas le metieron en uno de los cuartos de la baja servidumbre de palacio, porque no se atrevieron á llevar á Mercuelo á casa de su amo; perdia mucha sangre y se habia desmayado.

CAPITULO LIV.

De cómo todo el mundo conocia á Quevedo, y de cómo tambien tenia el buen poeta sus puntas de supersticioso.

I.

Quevedo habia ganado á buen paso la Concepcion Gerónima, y se iba riendo y gozando de cierta fruicion delectosa por el percance dolorosísimo que habia causado á Mercuelo; porque Quevedo era maligno cuando se trataba de pícaros.

Pero al llegar á la calle de Atocha se detuvo.

—Hábitos carmelitas, dije hablando á bulto á la condesa de Santurces, que llevaríamos mi acompañante y yo: cualquiera de los dos Cármenes, el Calzado ó el Descalzo, están á un buen tirón: á los Trinitarios tengo aquí, camino estoy de mi casa: ¿qué más dá que los hábitos sean del Cármén que de la Trinidad? á los Trinitarios me acojo.

Y doblando la esquina y adelantando, llegó á la porteria del convento y llamó.

No tardó en acudir el lego portero, porque los porteros de los conventos estaban muy acostumbrados á que llamasen de noche en busca de algun religioso para que fuese á asistir á un moribundo.

—Deo gratias.—¿Qué se le ofrece, hermano? preguntó el portero sin asomar el rostro á la rejilla, porque habia chuscos de mala

intencion que solian soltar un lavativazo sucio por la rejilla, ó meter por ella un palo, lo que era peor, sobre todo si daba en un ojo del inocente portero, despues de lo cual se iban, fechoria poco cristiana que no aprobamos.

—A Dios sean dadas, contestó Quevedo; quiero dos hábitos para dos difuntos.

—Mire qué hora de venir por hábitos, exclamó con alguna impaciencia el portero; qué, ¿no pueden esos difuntos esperarse hasta mañana para ser amortajados?

—Ay no, hermano, contestó don Francisco; que tal confianza tenian los difuntos en la secreta virtud de los hábitos de la religion de la Santísima Trinidad, que han rogado ambos que cuando llegue su último momento les encajen los hábitos.

—¿Pues no habeis dicho que eran difuntos?

—Por difuntos puede dárselos; porque están en las últimas, y de seguro que cuando yo vuelva son cadáveres.

—¡Válgame Dios, Señor! ¿Y qué cristianísimos son esos dos que agonizan, y han pedido que se les ponga al instante de que mueran los hábitos de la Santísima Trinidad?

—Y si es posible antes de que espiren, contestó Quevedo.

—Vamos claro, hermano, contestó el lego; ¿no sois vos un mas hombre que quereis que yo abra la puerta para hacer en viéndool dentro alguna fechoria?

—¡Jesus me valga! exclamó Quevedo ¡y qué sospecha tan negra! lechuza es esta que no ha podido salir sino de la oscuridad de vuestro recelo.

—Es que os advierto, hermano, que siempre que yo me acerco á la puerta tarde por la noche, me arremango los hábitos y entrecojo una tranca, y que al que yo le arrime un trancazo no queda para recibir otro.

—Pues sirvaos vuestra tranca de fiadora, contestó Quevedo; pero mejor os fiará el hábito que yo traigo al pecho.

—¿Caballero de hábito sois? dijo con cierto respeto el lego.

—Y de rehábito, contestó Quevedo.

—Pues con verlo basta; esperad, contestó el lego.

Y entrándose en la portería, sacó un farolillo y pegándole á la rejilla, dijo:

—Mostrad.

Quevedo se desembozó y dejó ver la cruz que llevaba sobre la ropilla, pero al mismo tiempo el lego le vió el semblante.

—¡Pardiez, dijo, pues si es su merced nada menos que don Francisco de Quevedo!

—¡Postema! ¿y de qué me conocéis vos? exclamó amostazado Quevedo porque no le hizo gracia ser conocido en aquella ocasion.

—Entrad, entrad, señor don Francisco, dijo el lego descorriendo los cerrojos, que hace frio, y dentro os diré cómo y dónde os he conocido.

Y abrió la puerta y Quevedo entró.

II.

—Pues señor, dijo el lego levantando su farol para iluminar á su gusto el semblante de Quevedo, yo os conocí cuando era lego del padre maestro don Fray Anacleto del Tránsito de la Santa Consolacion, que estuvísteis una mañana en su celda, y almorzásteis con él jamon cocido en manteca á fuego lento, empanada de chochas, perdices, ensalada de berros, confituras de las madres de la Concepcion Gerónima y soconusco con vizeochos soplados de las madres Trinitarias.

—Pues dígoos, exclamó Quevedo escandalizado de la memoria del fraile, que sois de oro para alguacil, que no se os olvidará el rostro de un ladron sin ventura á los seis años de haberle visto, porque seis años ha por lo menos que fué ese almuerzo con el padre maestro don Fray Anacleto; y por cierto que sobre el chocolate vino un agua fria á hielo de la fuente del Berro con boladillos esenciados con azahar, que era una delicia, porque hacia mucho calor.

—Pero no en la celda de don Fray Anacleto que era muy grande y estaba muy bien acondicionada: ya pudré el buen señor: ¿y qué bien que se cuidaba, y qué cristiano que era!

—Súpelo en San Márcos y sentilo, no que se cuidaba bien y que era buen cristiano, sino que se murió; creo que Dios no haya tenido que perdonarle nada, porque era muy buen hombre y muy caritativo, especialmente con los amigos á quienes daba de almorzar; y porque se cuidase tanto de cuidarse bien no hay que temer le hayan pedido por allá cuenta, porque cuidarse bien no arguye delito, sino dinero, y teníalo en grande su paternidad: y á propósito de dinero y porque ya es bien que terminemos, que los otros se mueren y serán muy consolados con los santos hábitos, aquí traigo yo para los dos que necesito seis reales de á ocho.

—Pues sobran las cuatro partes del dinero, dijo el lego; yo soy

honrado y no quiero aprovecharme de la ocasion: no hay mortaja, aunque sea de la Santísima Trinidad, que tres reales de á ocho valga.

—Es que yo no quiero mortajas sino hábitos verdaderos con escapularios, capilla y capucha, correa, sandalias y cruz de la Orden.

—Ah, esto es distinto, señor don Francisco; y voy, voy por los hábitos: entraos entre tanto en la portería y revolved el brasero, que aún le queda buen rescoldo, porque aquí hace mucho frio.

Y el lego tiró hácia el interior del convento y Quevedo se metió en la portería, en la cual encontró una enorme copa de hierro en que habia rescoldo concentrado, y tanto que aunque en tres dias no se revolviere el brasero, tuviera fuego.

—Creo que las comodidades en esta santa casa, dijo Quevedo, llegan hasta en medio de la calle: yo erré la vocacion: debia haberme metido fraile Agustino ó Dominico: así, como así, con los sermones que he hecho para otros, y por poco dinero, me hubiera bastado para mi uso. ¡Bendito sea Dios y en qué tracamandana me veo metido, y qué seria de mí si yo no estuviese siempre perdido en un laberinto y buscando siempre una salida que no hallo! Bah, Dios ha sabido lo que ha hecho cuando ha hecho á sus criaturas; ha dado á cada una su pasion buena ó mala, para que con ella se entretenga y no se canse de la vida. ¡Pobre reina, y qué bribona condesa de Santurces! con su mónita, con su hipocresia, con aquello de ¿peco, don Francisco? sufre y el pecado la trae sobre la punta de los piés y sin sueño y deseando condenarse: y el otro rufian sin vergüenza de don Lope... ¡pobre Calderona! ¡loca, retorcerse el alma sometién-dose á sufrir el amor insoportable de ese tonto coronado! Bah, ¿y qué me importa á mí de todo esto? ¿por qué me meto yo en estas cosas? por vicio, por mala costumbre, por no aburrirme: y que no escarmiente yo: todo aquel á quien he servido, en vez de darme cuentos de maravedises, me ha dado con el cuento de la vara y me ha dejado con la memoria de un cuento en que yo he hecho la parte del tonto: no, todos no, mi noble, mi pobre duque de Osuna: miren qué me importará á mí de que las gentes anden alentando siempre por lo que no les conviene y buscándose su desdicha: algunas veces creo que tengo corazon, pero ¡bah! si yo no he conocido corazon en nadie, ¿cómo he de creer que he hecho en mí el hallazgo del ave Fénix? Simpleza: desde que nacemos, vamos recorriendo por la pendiente en que nos coloca el destino, y todo lo que hacemos es por-que no podemos hacer otra cosa, ó porque nos obligan á que lo ha-

gamos; y esto no es una heregia, no: bah, no señor, todo es hijo de la voluntad de Dios; todo preciso, todo inmutable: un hombre es como le han hecho sus padres, su tiempo, sus sucesos: ¿no seria ahora ridículo que un hombre hiciese lo que no podia menos de hacer un lacedemonio? ¡Bah, bah! el hombre es masa, el mundo en que se encuentra su molde, del molde sale la figura, y no es la figura quien ha hecho al molde, sino el molde quien ha hecho á la figura: si el difunto don Fray Anacleto me oyera, diria que yo era fatalista y tendria razon, salva la fé, que nada tiene que ver con la necesidad de las acciones humanas. Vamos, y qué cabeza la mia, á dónde me he ido yo á parar, y entretanto la reina me espera: y ese fraile no viene y la pobre Teresa estará durmiendo y me tendrá llamando no sé cuánto tiempo. ¡Cuando pienso en la batalla que con ella me espera!... Pero en fin, me parece que ya siento los zapatos del legote; sí, sí; él es, gracias á Dios.

III.

Entró entonces el lego cargado con un gran bulto blanco y negro sugeto con una correa.

—Aquí tiene vuesa merced, dijo, los hábitos cabales, sin faltar prenda; lo que no vienen son zapatos porque no los hay, pero pueden servir los de uso de los difuntos, que por esto no se los ha de llevar el diablo.

—Teneis razon, hermano; teneis razon, y tomad los seis reales de á ocho.

Y como los sacase revueltos con ceniza dijo el lego:

—Muy humildes son esos dineros.

—¡Ah! ¿por la ceniza lo decis? pues mire, hermano, esta ceniza la traigo yo de las cocinas de los padres Capuchinos de la Penitencia, porque entre otras cosas esta ceniza es muy buena para curar ojos, y héselos ya curado con ella esta noche á un cierto amigo mio que ha enfermado de ellos por mirar mucho.

—Pues volveos á guardar, señor don Francisco, los seis reales entre la ceniza de los padres Capuchinos; porque me ha dicho el padre procurador á quien se los he pedido, que no podia hacer menos que siendo para vos los hábitos no valian nada, y que podeis pagárselos dándole el regocijo de venir á almorzar un dia con él; y dígoos que debeis aceptar el agasajo, porque el padre procurador se cuida tan bien como se cuidaba el padre maestro don Fray Anacleto.

—Si, si, ya sé, dijo Quevedo sin hacerse de rogar para guardarse los reales de á ocho, que los padres Trinitarios se cuidan á cual mejor, porque saben demasiado que para ser santos no es necesario estar flacos ni erupitar histérico. Conque vaya, hermano, me alegro mucho de que hayamos vuelto á vernos despues de más de seis años; dad muchas gracias de mi parte por los hábitos al padre procurador, ofrezcédle mis respetos, y decidle que no á almorzar sino á comer vendré con él mañana si Dios y mi fortuna me dejan libre una hora en que coma.

—Todo eso está muy bien y todo se dirá al padre procurador, señor don Francisco, y vaya vuesa merced con Dios, y que Dios quiera que estén aun vivos cuando llegueis los enfermos y que la virtud de esos santos hábitos sea tal que en cuanto se los pongan sanen, y digo esto, porque cuando tal trabajo os tomáis, debeis estimarlos mucho.

—Y vaya si estimo á los que se han de poner estos hábitos, dijo Quevedo; particularmente á uno.

—Pues que Dios los reciba en su santa gloria, dijo el lego abriendo la puerta.

—Y que á vos os dé Dios lo que hubiéseis menester, dijo Quevedo saliendo.

—Así sea, contestó el portero cerrando.

—Amen, dijo alejándose Quevedo.

Y luego añadió:

—¿Adónde iré yo que no me conozca el padre procurador de los Trinitarios, pariente luengo luengo del conde-duque, aunque para buscar el Guzman del procurador, hay que descolgarse por cuarenta apellidos y aun todavía queda profundo; lo que no impide que el padre procurador se llame don Fray Buenaventura Torralba de Guzman? Para algo me quiere este prógimo: pues vendré á comer con él, si señor; á lo menos ahorraré un gasto y comeré con él mucho mejor que como he comido hoy casa de don Lope. ¡Eh! en cuanto don Fray Buenaventura sepa que voy á comer con él, vá á tener una comida que afrente al festin de Baltasar: así están de gordos y de lúcios: pecador nécio de mí, que no tendria yo estas heridas abiertas, ni esta tós perruna, ni este devaneo del alma, ni este humor negro que me enluta, si fraile yo fuera: casi, casi estoy por enmendar el yerro y cantar misa y hacerme de los graves de orden, dando al traste con todo: pero ¡bah! diria el conde-duque que tenia miedo y que para librarne de él, me acogia al seguro de un cláus-

tro: no, don Francisco, no; adelante con las batallas, altas las banderas y tambor batiente y á la ventura de Dios.

A esto doblaba la esquina del cementerio de San Sebastian Quevedo y hubo de venirle encima un objeto que tiraron por una ventana y que se estrelló á sus piés haciéndole saltar, no á causa del peligro, que ya no le habia, sino del olor.

—Agua va, puerca, dijo Quevedo, y que mala landre te coma, indina, segun que nos envias agüeros pestilentes.

Y Quevedo siguió muy mal humorado por la calle de las Huertas abajo en demanda de la del Leon, dando vueltas á aquello que le habia sucedido, porque era supersticioso, como casi todos los hombres de gran génio.

—Paréceme, dijo, que con ese traço relleno que se ha estrellado á mis piés, mi duende familiar me ha dicho que el negocio en que me meto es sério y que voy á salir de él apestado: casi, casi estoy por dejar los hábitos en la calle, y meterme en mi casa y acostarme: pero ¡bah! esto no puede ser: espera la reina ¡pobre mártir! Suceda lo que quiera: ¡y qué cosa más apestante que la mala suerte que me persigue, ni qué cosa más hedionda que los hombres y las mugeres con que nos damos de narices por todas partes! ¡bah, bah! adelante, y salga el sol por Antequera. Desencantémonos, que este humor negro que gastamos, ó más bien que nos gasta, sube de punto y se sale de madre con cualquier cosa. Dios quiera que la pobre Teresa oiga, que si ella oye, no se hará esperar mucho; que no la tuviese yo á mi lado si fuera postema.

Y Quevedo apretó el paso, se metió por la calle de Francos, dió la vuelta y á poco llamaba á la puerta de su casa.

CAPITULO LVI.

De la descomunal batalla que sostuvo Quevedo con su ama de gobierno.

I.

Teresa no dormía sino que estaba rezando el rosario que dedicaba á la Virgen del Cármen, porque á su amo, de quien no sabía, no le sucediese nada.

Empezaba la letania cuando oyó el golpe seco que don Francisco dió á la puerta y en aquel punto se quedó el rosario; porque por el golpe conoció la buena Teresa á su amo, y se levantó de un salto de la silla baja en que estaba sentada en la cocina junto á una brasa de fuego vergonzante escondida en la ceniza, que más que para dar calor, servía para aumentar el frío, y salió desalada á abrir la puerta.

—Gracias á Dios que os veo sano y salvo, dijo sin haber tenido tiempo para reconocer á Quevedo porque estaba segura que era él.

—Sano y salvo, mujer: gracias por tu buen deseo; pero yo no se por qué te atosigas, porque ya sabes que me voy y me vengo y me entro y me salgo, y que cuando se me espera no vengo, y que cuando no se me espera aparezco.

—Sí, sí señor, contestó Teresa con acento de reprension; pero aquí se os está esperando siempre y con el alma en un hilo: no teneis caridad, señor, y si una no supiera el genio que teneis y que por quítame allá esas pajas cruzais á un cristiano, y que tanto irá

el cántaro á la fuente que al fin se romperá, porque donde las dan las toman, porque quien tiene enemigos que viva sobre aviso...

—Cállate, Teresa, cállate, dijo Quevedo, y no me refranees, que si aquel buen Miguel de Cervantes te oyese te haría presa literaria y te casaría en historia con Sancho Panza.

—Aquella tapada de las manos blancas, aquella bribona ha tenido la culpa de que hayais andado perdido dos días.

—Mira, Teresa, si yo no me gano tampoco me pierdo, y en lo de tapadas ya sabes que si pueden conmigo, porque ellas pueden con todo lo que se les eche, contra mí no vale; pero ¿cómo estarás tú, que siendo tan curiosa como Dios te ha hecho, no me has preguntado qué es ese bulto que he dejado sobre la mesa?

—Y bien ¿qué es eso?

—Un hábito para que te abrigues, porque segun el fuego que aqui hay debes de tener mucho frio, está hecha la cocina una nevera, mujer, y otro para abrigarme yo.

—A la fuerza vuestras cosas os han sorbido el seso, señor; yo no tengo frio, ni se me alcanza para qué nos hemos de amortajar en vida. Válgame Dios, y qué horror.

—Es que lo que yo traigo no son mortajas, sino hábitos hechos y derechos, y si nó, mira.

Y Quevedo desató la correa que hacia de los dos hábitos un bulto, y estendió el uno de ellos.

—Y de buena y gruesa franela tundida que son, que deben abrigar á maravilla: vamos, dejaos de eso, señor, y dejad que encienda la hornilla y os caliente dos pichones y un pernil que tengo muy bien guisados desde ayer y que como el tiempo está fresco no se habrán puesto malos.

—¿Y tú qué has comido, Teresa?

—Yo me he pasado con cualquier cosa.

—Pues, con un pedazo de pan y un cebollino, y agua larga para gastar poco: será menester que yo ponga orden en esto: mira; mira, no enciendas lumbre, que esos pichones y ese pernil nos los comemos cuando volvamos.

—Cuando volvamos, ¿pues á donde vamos á ir, señor?

—Cállate, tonta; que vamos á ir no menos que á palacio, y á tí puede decirtese todo, porque eres callada y leal: vas á estar muy cerca de la reina que te parece tan hermosa y á quien tanto quieres.

—Ay, señor, dijo poniéndose pálida Teresa, que me parece que no teneis completos los cinco sentidos: á vos os ha dado algun be-

bedizo ó alguna brujería aquella maldita tapada de las manos blancas. ¡Qué á estas horas voy á ir yo con vos á palacio y á hablar con la reina! ¿habrá tal locura?

—No digo yo que con la reina hablarás, aunque todo podría ser, porque su magestad es muy amable; pero yo hablaré con ella por una reja y tú estarás cerca, no más que cuatro varas, porque no tiene más el patinillo.

—¡Jesús, Jesús, Dios mio! yo voy á buscar un médico que os cure, señor, dijo cada vez más inquieta Teresa: ¿vos hablar por reja con la reina y en patinillo? ¡Ay Dios mio, qué desgracia, mi amo se ha vuelto loco, los malos le han dado en algun brevaaje, santo Dios!

—Mira, Teresa, no embistas con el trisagio, que no hay para qué; y si no, dime, ¿por qué habia yo de traer para tí y para mi esos dos hábitos, sino para entrar de tapadillo en el alcázar sin que nos conozcan? ¿de qué lego puedo disponer mejor que tú, aprensiva y simple que eres? ¿quién te ha dicho que yo puedo perder el seso? Descuida, muger, descuida, que lo tengo bien encajado y no se me vuelca á mi tan fácilmente: lo que es menester, es que cuanto antes te pongas el hábito, que urge: lo que es yo, el mio me encajo.

Y Quevedo se quitó la capa y el sombrero, sacó la espada de los tirantes, para que no quedase rabiñesa se la sujetó en el cinturón dejándola perpendicular, se puso el hábito y se lo abrochó.

—Pues yo no me pongo el hábito, ni salgo, dijo Teresa, por dos grandes razones á cual mejor: primero, porque es una profanacion el que una muger se ponga un hábito religioso de padre Trinitario, que ya veo que lo es; y luego, porque no quiero que me tengais por ahí corriendo la caravana Dios sabe cuánto tiempo.

—No me abrases la sangre, Teresa, dijo Quevedo ya impaciente encajándose el escapulario y arreglándose la capilla y la capucha; y vente conmigo, que conviene, y déjate guiar. Vamos, dime, ¿qué tal me vá el hábito?

—¡Jesús, señor! ¡si parecis un fraile hecho y derecho!

—A ver, á ver si tú pareces un fraile tambien, Teresa: mira, quitate las tocas.

Y Quevedo cogió el otro hábito y lo arrolló poniéndole en disposicion de ponerlo, sobre Teresa.

Esta estendió los brazos para impedirlo, y dijo con una decision heroica:

—Ni que me áspen, ni que me rajen, ni que me crucifiquen, yo

no me pongo eso: ¡ay Dios mio, Dios mio y qué desgracia! mi amo se ha vuelto loco.

Y se echó al suelo y rompió á llorar.

—De todos los trabajos que Dios ó el demonio me han echado encima, dijo Quevedo irritado ya, ninguno como este que me estás haciendo pasar, vieja insoporable.

Al oirse llamar vieja, Teresa aumentó su llanto y medio la acometió una congoja.

—¿Sabes tú, la dijo Quevedo con voz campanuda, los grandes intereses que estás poniendo en peligro con tu inobediente tardanza?

Teresa que no entendia aquello ni lo podia entender, acabó de afirmarse en que su amo habia perdido el juicio.

—Pónte el hábito, Teresa, dijo Quevedo con toda su fuerza de voluntad imperativa.

Por aquella vez no fué obedecido.

Teresa se debatió como quien se desespera y exclamó:

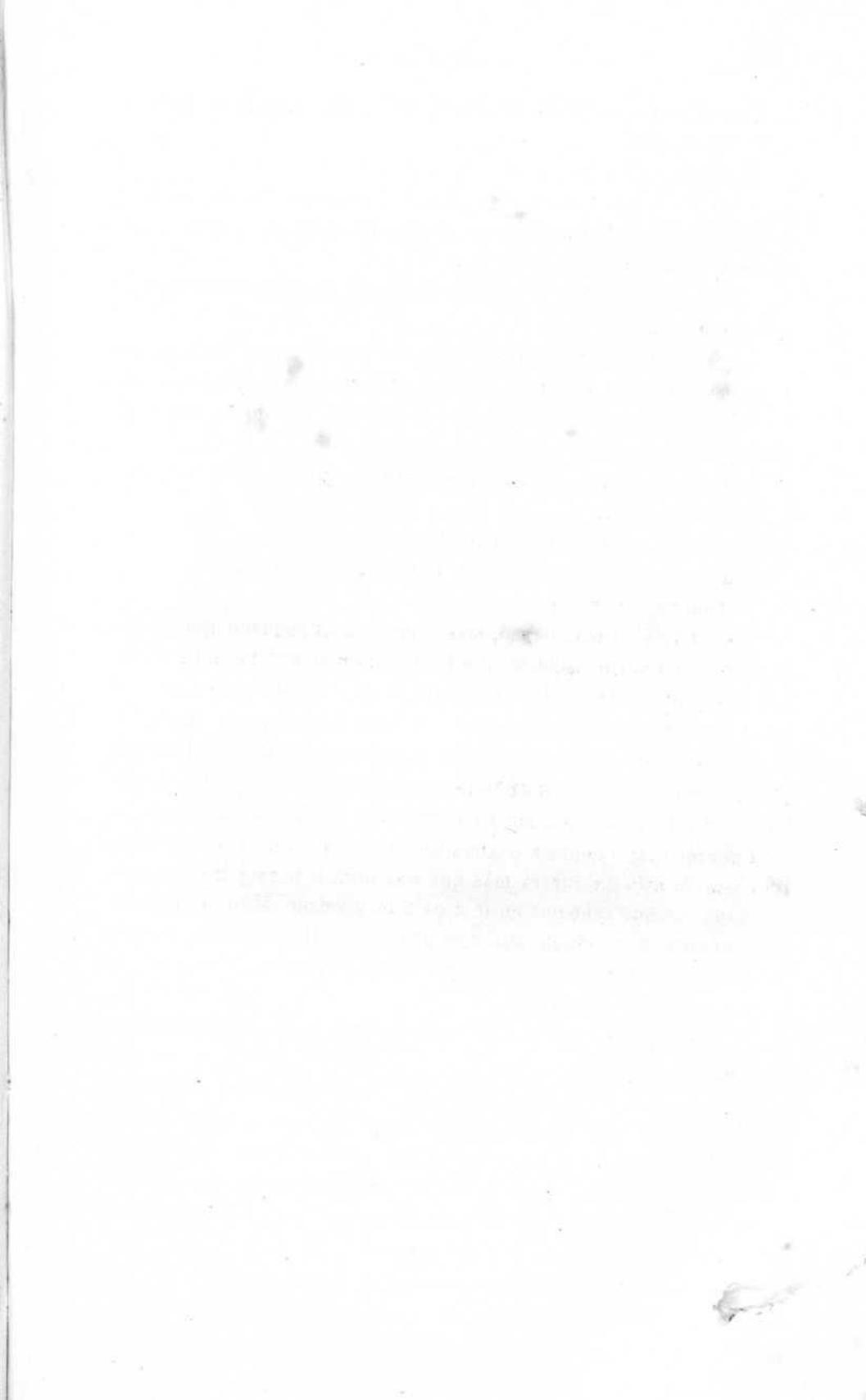
—Que no, que no, y cien veces que no.

—Si hay algo más férreo, más córneo, más roqueño que la estupidéz y me afirma alguien que lo hay, le digo que miente, exclamó desesperado Quevedo: ¿y qué hago yo, Señor? ¿cómo me voy solo? ¿qué fraile vá sin lego y sin linterna ó farol por la noche? lo de la silla puede pasar, porque tan deprisa puede haber sido el negocio, que no haya habido tiempo de sacarla, aunque frailes Trinitarios no saldrán de casa sin silla; uno solo, imposible, á no ser que me tomaran por fantasma ó alma en pena. Vamos, Teresa, hija, redúcete: si esto no durará más que una hora ú hora y media, salvo el tiempo que echemos en ir á palacio y volver. Mira, te prometo comprarte una saya de anascote negro, que tanto deseas, porque la que tienes se ha vuelto de color de ala de mosca, si te pones el hábito y te vienes conmigo.

—Que no, insistió Teresa encogiéndose y ya completamente lanzada á la rebeldía.

—¿Conque no? exclamó Quevedo, ¿y por tí, hembra contumaz, hembra que no estarias tan negativa si yo pretendiese algo que no pretendo ni pienso pretender, porque aun no estoy dejado de la mano de Dios; por tí, por tí se vá á perder lo que tú no vales, ni toda tu casta entrando en ella Eva, la primera muger mala que hubo en el mundo, porque no hubo otra antes que ella?

—¿Y qué, y qué pretenderiais vos á que yo no diria que no? exclamó sulfurada Teresa.





—Pues á la calle.

—Envejecerme, contaminarme, castigarme por todos los malos pecados que he podido cometer.

—Pues no os entiendo, exclamó Teresa, pero algo malo habeis querido decirme; eso sí, que lo conozco bien.

—Lo que he querido decirte, importa poco, lo que quiero decirte y te digo es que si no me obedeces, te marches ahora mismo de mi casa.

—¡Ay Dios mio, que me echa á la calle mi amo! exclamó Teresa á grito herido.

—Si, grita, grita cuanto quieras, exclamó Quevedo, que estaba completamente amostazado; y quiera Dios que pase una ronda y te oiga y llame y pregunte para que yo le conteste, y por lo que yo les diga te lleven presa, que no mereces otra cosa por tu desobediencia.

—¡Ay Dios mio! que yo no quiero que me lleven presa, que yo no le he hecho mal á nadie.

—¡Cómo que no has hecho mal á nadie, impía! ¿pues sabes tú el mal que haces con no quererte poner ese hábito y seguirme? Mira, Teresa, que se está pasando el tiempo, que en tu docilidad consiste que no sucedan grandes desgracias: no me quemes más la sangre, muger: pónete este hábito, por Dios y por todos los santos del Paraiso, y yo te compraré mañana una empanada de gazapo que tanto te gusta.

—¡Ay, yo no puedo! exclamó siempre tenaz Teresa.

—Pues á la calle, exclamó Quevedo, para no volvernos á ver más en toda nuestra vida.

Y asíó á Teresa de un brazo y la levantó violentamente.

—¡Para no volvernos á más en toda nuestra vida, señor! exclamó llorando Teresa.

—Ni aun en el Valle de Josafat, exclamó Quevedo; que si allí te veo, echaré por otro lado y me ocultaré de ti, aunque para ocultarme, tenga que esconderme detrás de una dueña.

—¿Y lo decis de veras eso, señor?

—Tan de veras, que si no me obedeces ahora mismo, te pongo en la puerta de la calle, y aunque te mueras allí, no vuelves á entrar en mi casa.

—¡Ay Dios mio, á mí me va á dar una enfermedad!

—¿Sí ó no?

—Venga el hábito: siempre ha de ser lo que vos quereis: no le vale á una el resistirse cuanto puede.

— Bendita seas, muger, exclamó Quevedo tomando el hábito y echándoselo por encima de la cabeza á Teresa: casi estoy por darte un beso, pero en la frente, muger, en la frente, y eso porque eres limpia y no tienes como otras costras ni liendres; que lo que es en otra parte no soy yo poderoso á dártelo.

— Vaya, y qué cosas teneis, señor.

— Mira, Teresa, toma esta correa y apriétatela; échate la hevilla hácia la derecha y luego métete lo que sobra de la correa por lo que de la correa aprieta y pon lo negro para afuera. Vamos, pón-te la capilla; si no, te la pondré yo. ¡Diablo, Teresa! ¡sabes que estás gorda y campanuda! anda, disimula tu sexo lo que puedas, estírate la capilla: ¿á ver la capucha? muy bien, no hay necesidad que te quites el pañuelo, que te abrigará, que hace mucho frio y con la capucha bien calada no se vé: ¿á ver, á ver? exclamó Quevedo tomando distancia: perfectamente, un fraile hecho y derecho; te está algo largo el hábito, pero mejor, así no te se ven los piés. Toma la linterna, enciéndela y vamos.

Teresa gimoteando encendió la linterna y echó á andar.

— ¿A que te se olvida la llave?

— Es verdad que se me olvidaba, dijo Teresa descolgándola del clavo.

— Pues adelante, echémonos fuera, y cuando estemos fuera avanza tú y véme alumbrando, y con la cabeza inclinada y con mucho recogimiento, Teresa, que no conozcan que eres muger.

— ¿Pues qué, señor, no soy yo recogida?

— No nos metamos en otra disputa, que el tiempo urge: vámonos y silencio.

Salieron al patio que precedia á la casa, abrió la puerta Teresa, salió Quevedo, cerró ella y se puso en marcha.

Quevedo la siguió: oculta en la manga derecha de su hábito, y desnuda, llevaba su daga, porque Quevedo no queria que nadie ni nada le cojiese desprevenido.

CAPÍTULO LVII.

Del mal encuentro que tuvo Quevedo con una ronda, y cómo impidió que esta le acompañase hasta el alcázar.

I.

Tanto habian entretenido á Quevedo primeramente el portero del convento de la Trinidad con su charla, y despues Teresa con su resistencia, que cuando llegaron al mismo convento de la Trinidad oyeron en el reló del Buen Suceso, las once de la noche.

Quevedo iba dado á los diablos.

—¿Qué dirá la reina, pensaba, de mí, que la cito, y que la hago esperar de tal manera? pero ¿quién habia de pensar en lo que ha sobrevenido? ¿qué voy á decir á la reina? y es el caso que es necesario que la reina esté avisada, para que haga cuanto pueda por su parte para destruir las infames intrigas del conde-duque. No sé si seria mejor que yo me fuese al rey; pero ¡bah! el rey es muy hijo de sus pasiones y de su lujuria; nada adelantaria teniéndole tan embobado como le tiene el conde-duque, con esa pobre María Calderon: si el conde-duque fuera á lo menos hombre de meterse en un lance... ¿pero quién le hace venirse conmigo á las tapias de la huerta de San Gerónimo á darnos una pinchadura, ó más bien á que yo se la dé? El conde-duque es muy buen espada, pero de seguro que no vendrá á reñir conmigo: desde que maté á Francisco Narvaez, no hay quien conmigo se atreva, y es una desgracia, vive Dios: hombre conocido, hombre perdido, porque todos sa-

ben de qué lado han de mirarle: nada, y como yo no he de apelar al recurso napolitano de una estocada á oscuras al revolver de una esquina, hay que valerse de otros medios para combatir al señor conde-duque: ¡vive Dios! ¿pero cómo ha agarrado al rey por sus pecados? es punto menos que imposible el arrancarle de sus garras. Dios de Dios, nunca me he metido con tanta desconfianza en una empresa; estoy débil, viejo, enfermo; creo que hasta el meollo lo tengo seco; no se me ocurre nada, me desespero, no sirvo, me he muerto: pero y bien mirado, ¿qué me importará todo esto á mí? ¿qué favores me ha hecho la reina, ni qué me vá ni qué me viene en la cosa pública, si ya se murió aquel Giron que era el árbol por el que yo trepaba abrazándome á él como la yedra? El árbol ha caído cortado por el pié, y la yedra rastrea sin poder elevarse. ¿Y por qué, por qué, ha de mandar en todo un reino un necio intrigante, un alma de cántaro, y no he de mandar yo que favorecería á mi patria y dejaría un claro renombre en la historia? ¿por qué no he de ser yo señor más que de mis gregüescos, y aun así viejos y recosidos? porque de la torre de Juan Abad no hay que hablar: en otros tiempos me daban pechos y dineros mis vasallos, pero empeñé mis rentas á genoveses por más de lo que puede durar mi vida, y es necesario tener paciencia y pedir una pension al rey, que sabe Dios si me la dará: pero sí, pardiez, y con los atrasos; porque el rey hace lo que el conde-duque quiere que haga y el conde-duque quiere que yo sea suyo, y el rey decretará mi memorial favorablemente, porque así se lo presentará decretado el conde-duque; y yo se lo agradeceré mucho al rey, aunque sepa á ciencia cierta que el conde-duque es quien lo ha hecho; y haré la guerra al conde-duque sin faltar á ninguna obligacion, porque me desentiendo y me hago el tonto, y me figuro porque me conviene en este punto, que el rey reina y gobierna y que el conde-duque no hace más que lo que el rey le manda, y si fuese necesario para salir con mi objeto engañar al conde-duque y servirle en falso, ¿por qué no? en la guerra las estratagemas son permitidas, y hacer creer á un enemigo nuestro que es nuestro amigo, el servirle en falso y caer sobre él en cuanto resbale, no es cometer una traicion, es valerse de una estratagema: bastante pícaro es, y buen olfato tiene: que huela la añagaza, y si no la huele que la trague y reviente: pero ¡diablos, diablos! pues por allá, por la calle de la Amargura... cuidado, Teresa, firme, no hagas ningun movimiento, que viene una ronda; si te preguntan, cállate que yo hablaré.

II.

Por donde el que rondaba era el alcalde don Pedro Gutierrez de Santisteban, que venia muy dado á los diablos pegándola en un largo regaño con Gato-rubio, cabo de su ronda, sobre si llevaba buen cabo ó mal cabo en la linterna, y sobre si lucia bien ó no lucia bien; á lo cual contestaba mesuradamente, pero sin poder encubrir de todo punto su mal humor. Gato-rubio, que iba pensando en que mejor que andar de ronda con el frio que hacia, era estar asando castañas con doña Genoveva al fuego, mientras el alcalde hojeaba autos y procesos.

III.

—Luz se vé, alguien viene, y no es ronda, dijo Pedro Gutierrez que era algo corto de vista; porque por este cuartel no debe rondar nadie más que yo; hora sospechosa es esta de andar por la calle, por lo avanzada, máxime haciendo tanto frio.

—Mire vuesa merced, señor alcalde, dijo Gato-rubio, que no hay tal sospecha, porque son dos religiosos, ó mejor, un religioso con un lego que irá á auxiliar á algun moribundo.

—Pues detengámonos y saludemos como es debido á ese santo varon.

La ronda se detuvo y Teresa se acercó á ella temblando.

Al fin llegaron junto al alcalde, reconocióle Quevedo, y exclamó ahuecando la voz:

—Dios dé á la justicia muy buenas noches.

—Dios las dé mejores á los religiosos.

—Piadoso deseo es ese, dijo Quevedo, de que no todos participan.

—¿Pues quién ha de ser el hereje de estos catolicísimos reinos, contestó Pedro Gutierrez, que por religion no reverencie á los religiosos?

—Oiga el buen alcalde y sepa, dijo Quevedo, que dicen que por este Madrid andan de noche gentes desalmadas y pecadoras que á nadie respetan, y que lo mismo desnudan á un religioso que á un seglar.

—Tranquilo está mi cuartel y limpio, contestó el alcalde; y tanto, que no he encontrado más desórden que un peladero de pava,

por lo cual he sacado al galan cuatro ducados de multa, quedándome con su nombre y apercibiéndole, y á la doncella la he echado una reprimenda como mia, suponiendo que estaba detrás de la reja y que oia, aunque estaba cerrado el postigo.

—Pues ese no pelaba la pava, hermano alcalde, dijo Quevedo, sino que era un ladron que estaba pegado á una reja, como que pelaba la pava, esperando al primer cristiano para pelarle.

—Cuerpo de tonto, dijo el alcalde volviéndose indignado hácia su cabo de ronda, que este respetable religioso tiene razon; ¿y cómo no pensásteis vos que podia ser eso, Gato-rubio, y me avisásteis?

—Porque yo no puedo faltar al respeto al alcalde pensando que pienso más que él.

—¡Vive Dios que la errásteis por la retórica y os envio á la cárcel, menguado!

—Paz, señor alcalde, paz, dijo Quevedo; y ved que el gran frio que hace le irrita el cerebro, porque ha de saber que el frio es irritante: y quedad con Dios y confórmese con no haber conocido que aquel hombre era un ladron, que tal vez no lo fuera, sino que estuviera allí haciendo penitencia.

—No he de consentir yo que vuestra paternidad se vaya solo con un lego, que por nada del mundo quisiera yo se dijese mañana que en mi cuartel habian desnudado á un religioso.

—No os molesteis, dijo vivamente Quevedo, á quien hacia muy poca gracia le acompañase el alcalde.

—No consiento, señor, no consiento, dijo Pedro Gutierrez: vuestra paternidad ha pensado muy bien: aquel hombre era un ladron, y afirmame en ello el que me dió sin replicar los cuatro ducados de la multa, sin duda por escapar pronto; que si hombre honrado fuera los pleiteara ó pretendiera que por lo ménos se redujera la multa, sino á una cuarta parte, á una mitad: acompañaros hé á donde fuéreis, que nunca se emplea mejor la justicia que cuando sirve á la religion.

—Pues sea como vos querais, dijo Quevedo que no queria dar que sospechar al alcalde, y Dios os pague la buena voluntad que poneis en servirme, porque á la verdad, yo no iba muy tranquilo; vamos, hermano Tereso, seguid adelante, dijo Quevedo á Teresa que estaba vuelta de espaldas al alcalde, temblando de que la justicia conociera que era mujer.

Pero el alcalde habia nacido para equivocarse: habia tomado por

galan á un ladron, y tomaba por frailes á Quevedo y á su ama de gobierno.

Era, pues, un pobre hombre que no pasaba más allá de las apariencias.

Pero Gato-rubio habia observado que para ser fraile le abultaban mucho las caderas al lego; pero habia una contra, y era que el señor Pedro Gutierrez se irritaba y se ponía furioso cuando alguien le advertia lo que él no habia advertido.

Así es que Gato-rubio dejaba que su alcalde se equivocase, por no tenerle en un encierro quince días si le hacía una sola advertencia.

—¿Tereso se llama vuestro lego? dijo maravillándose el alcalde y andando ya con Quevedo hácia la calle de la Amargura.

—¿Y por qué se ha de privar á los hombres, dijo Quevedo, de tomar por patrona á una tan esclarecida, tan sábia y tan excelente santa, como Santa Teresa de Jesús, la gloriosa fundadora, la infatigable compañera de aquel nunca bastante ponderado San Juan de la Cruz? Si yo no me llamara Concepcion, querria llamarme Tereso; yo digo Tereso, porque Tereso se ha sentido llamar siempre el buen lego, y es tan rudo que si se le llama Teresa, piensa que hablan con otro y no responde.

—¿Conque vuestra paternidad se llama Concepcion?

—Verdaderamente me llamo Purísima, pero yo lo suprimo y me nombro el padre maestro D. Frey Concepcion de la Santísima Trinidad de la Torre, doctor en sagrada Teología y derecho civil y canónico, letrado con licencia de defensa; y así, si alguna vez os veis en un apuro y en temor de que os ahorquen ú os echen á galeras, acudid á mí y ya encontraré yo una ley para salvaros, aunque os formen proceso por haber falsificado otro y haber sentenciado á muerte á un inocente.

Y estas últimas palabras las dijo con voz campanuda y vibrante Quevedo, y de tal manera, que hizo temblar de los piés á la cabeza al alcalde.

—Señor, señor, dijo: ¿sois en efecto un religioso ó un espíritu?

—Espíritu de profecía y de adivinacion dióme la Purísima mi patrona á quien vi en un momento de éxtasis, dijo Quevedo, y por este espíritu de adivinacion y de profecía os he olido, y por el olor he sacado que sois un pícaro; y habiendo abierto más las narices y olido más, he acabado por descubrir cuál era vuestra última pi-

cardia, y en verdad, y desgraciado de vos, si de mi dicho dudais: os digo que estais en pecado mortal de toda mortalidad, de aquellos para los que *nulla est misericordia*, y que si no venis á mí en confesion y cumplis la penitencia con que yo os cargue, *anima vestra edit in tenebris ed in profundis*.

—¡Por piedad! exclamó el alcalde, habládme más bajo, padre.

—Vuestros alguaciles no saben latin y en cuanto á la parte de romance, hélo dicho en voz tan baja como si confesara.

—No ha sido mia la culpa, exclamó el alcalde.

—Callaos y esperadme en vuestra casa; ¿dónde vivis?

—En Puerta Cerrada.

—¿Y hácia qué parte está vuestra puerta?

—La de enmedio de la acera que está entre la calle de Latone-ros y la de los Tintes; encima tiene un mirador con celosias.

—Iré, pero vos quedaos, no paseis de aquí, no necesito que me acompañeis, yo no temo nada, va conmigo el poder de Dios, de la Purísima mi patrona, de Santa Teresa patrona de mi lego, y el que se me ponga delante, con solo que yo estienda mi diestra y por la virtud que tengo en ella, muere.

—Bien, bien, señor; aquí os dejo; ¿tardareis mucho en ir á verme?

—Lo que tarde en auxiliar á una enferma que está de mucho cuidado; id haciendo exámen de conciencia, señor alcalde.

—Lo hare, lo haré, padre.

—Pues hasta la vista, quede Dios con vos.

—Dios vaya con vuestra paternidad.

—Conmigo sea siempre, contestó Quevedo; anda Tereso, anda y deprisa.

Tereso se dió prisa á andar, pero arrancó de tal manera y tan característica, que Gato-rubio no tuvo ya duda alguna.

IV.

Apenas habian doblado la esquina de la calle de Santiago Quevedo y su ama de gobierno, cuando Gato-rubio dijo:

—Dígame su merced, señor alcalde...

—¿Qué quiere?

—Una preguntilla suelta: ¿y los padres Trinitarios tienen legas?

—¡Cómo que legas, impio! exclamó Pedro Gutierrez que estaba de muy mal humor.

—Pues señor alcalde, yo no me callo y salga el sol por Antequera y si no por donde quiera; que si antes no me atreví á decirle á su merced que aquel de la reja era un ladron que estaba haciendo la deshecha, fué porque vuesa merced no toma á bien el que se le advierta; pero faltaria yo á mi obligacion si á vuesa merced no dijera que esos que se han ido no son frailes ni quien tal vió; porque al lego le abultaba el seno y las posaderas que era una bendicion, y al padre le asomaban unos bigotes retorcidos y una perillaza negra que daban susto.

—¿Pues qué, necio, los religiosos no gastan bigote y perilla?

—Sí señor, pero todavia no he visto yo religiosos que gasten bigotes á la borgoñona con seis dedos de guias, y luego que no se le veia ni poco ni mucho la mano derecha y para mí era que tenia en ella ó pistolete ó puñal buhido, y los frailes, señor, no gastan zapatos con lazo, y ese los llevaba; y no digo más y tras ellos me voy, aunque me meta despues vuesa merced en la cárcel.

Y Gato-rubio escapó y corrió y corrió y al fin vió á lo lejos por la calle del Tufo á Teresa y á Quevedo que iban ganando el pretil del alcázar.

Gato-rubio contuvo el paso.

Iba solo y el padre Trinitario le parecia demasiado hombre para atreverse á prenderle sin más ni más.

Escondió el alguacil su linterna y se satisfizo con irse silenciosamente tras de Quevedo y de Teresa, lo que no era difícil por el área luminosa que sobre la calle marcaba la linterna que llevaba Teresa.

Y siguiendo, siguiendo, vió que los que le parecian dos frailes fingidos llegaban á la puerta de los Meninas del alcázar, llamaban, se abria un postigo, entraban los de los hábitos y el postigo volvía á cerrarse.

Gato-rubio se quedó hecho una estatua.

Tenia la seguridad de que no eran frailes los que en el alcázar habian entrado.

Pero si de tal manera llamando una sola vez la puerta del alcázar se habia abierto para ellos y les habia dado paso, ¿quiénes podian ser más que dos personajes? ¿pero por qué uno de ellos era muger?

Gato-rubio se volvió mohino y encontró al alcalde á oscuras, porque él se habia traído la linterna de la ronda, en el mismo punto de la calle de Santiago donde le habia dejado.

V.

—Pues es peor, señor alcalde, mucho peor, dijo Gato-rubio.

—¿Y qué es peor, hombre del diablo? preguntó el alcalde á quien no se le habia ido la pesadilla que le habia causado Quevedo: ¿os habeis propuesto quemarme la sangre ó volverme loco, y sobre todo quién os mandó que fuérais donde no se os ordenaba?

—Señor alcalde, dijo Gato-rubio, aquí hay gato encerrado.

—Paréceme á mí que va á haberle, y pronto, dijo el alcalde, porque me están dando grandisimas tentaciones de meteros en la cárcel.

—Como vuesa merced quiera, pero yo he cumplido con mi obligacion mirando por vuesa merced, y porque con mi obligacion he cumplido, he visto...

—¿Y qué habeis visto vos? ¿las musarañas?

—Algo semejante á lo de que el lego es una lega: he visto que los dos de los hábitos llegaban á la puerta de las Meninas del alcázar, dijo ahuecando la voz y con misterio Gato-rubio, y que se abria un postigo, y que por él entraban los de los hábitos y el postigo volvía á cerrarse.

—Mirad no sean imaginaciones vuestras.

—Que se me salten ahora mismo estos dos que se ha de comer la tierra si con ellos no lo ví.

—¿Y qué pensais de esto? dijo apartándose algo más el alcalde y apeándose de su autoridad.

Gato-rubio se creció.

El alguacil se veia elevado de un golpe á consejero y no menos que de un alcalde de Casa y Corte, que estaban considerados como personajes, porque eran no menos que miembros de la quinta sala del consejo de Castilla.

—¿Que qué pienso? dijo ya con ciertas ínfulas el alguacil: pienso que aquí hay mucho; pienso... y despues de una gran pausa añadió: que no pienso nada; porque vaya vuesa merced á asegurar lo que quieren una muger y un hombre disfrazados de frailes que se meten en el alcázar: y él olía á facineroso: eran aquellos muchos bigotes y aquella mano derecha escondida... desengañese vuesa merced, señor alcalde, ningun hombre de bien esconde la mano derecha: esta es cosa de picaros, y de tal manera, que yo estaba ojo avizor para ver si levantaba la mano derecha y darle en ella un

linternazo, no fuera que le rebanara á vuesa merced las tripas.

—¡Cáscaras! exclamó el alcalde encojiendo el vientre.

—Y yo pienso...

—¿Pero y qué pensais vos, Gato-rubio, qué pensais vos?

—Pienso que á salga por donde saliere, nos vayamos chito, callando al alcázar y nos pongamos á los dos lados de la puerta de las Meninas, y cuando salgan nos vayamos chito, callando, detrás de ellos y en cuanto cierren la puerta les echemos mano.

—¿Pero y si son frailes Trinitarios, Gato-rubio?

—¿Y los grandes bultos de delante y detrás del lego y los bigotes á la borgoñona y los zapatos con lazo del padre y la mano derecha escondida? ¿pues hay nada que respeten los malhechores ni los santos hábitos de la religion ni el mismo *sursum cordam*?

VI.

Meditó un momento para sí Pedro Gutierrez y dijo *in mente*:

—Es posible que sea lo que Gato-rubio dice; más fácil es de creer esto que lo de profecía y adivinacion del padre maestro Purísima Concepcion de la Torre de la Santísima Trinidad; todo esto huele á fisga, teniendo en cuenta lo que ha pensado con no mal ingenio Gato-rubio, y vamos á cuentas: bandido fué el que mató á Don Mendo de Salvatierra, bandido el que me tuvo preso, y por cierto que llevaba los bigotes á la borgoñona: pues si yo le cojo en un renuncio disfrazado de fraile y le meto en la cárcel, le ahorco y me vengo del disgusto que me dió.

Pedro Gutierrez se olvidaba del bolsillo que le habia dejado Bartolomé; esto no entraba en cuenta, y es muy general se olviden los beneficios y no se perdonen las injurias.

El alcalde, ademas tenia interés en enterrar aquel secreto del proceso en la parte que pudiera, y dijo á Gato-rubio:

—Paréceme que teneis razon, y allá vamos á colocarnos donde vos decis; y en saliendo, como vos decis, les metemos mano y á la cárcel con ellos: conque andando; adelante, ministros...

Y guiando Gato-rubio, que alumbraba, el alcalde y su ronda tomaron hácia el alcázar.

CAPITULO LVIII.

De cómo Quevedo se arrepintió de haberse metido á consejero.

I.

La condesa de Santurces hacia mucho tiempo estaba pasando un mal rato en el patinillo que ya conocemos, detrás de la puerta encajada, esperando á que Quevedo llegase.

Llegó este al fin, sintió los pasos la condesa, entreabrió el postigo, y al ver los hábitos, dejó que llegasen á ella.

—¡Válgame Dios! dijo, yo creí que no veniais nunca, don Francisco; estoy aterida de frio, y lo peor es que su magestad está esperando impaciente.

—Ah, perdonadme, señora, perdonadme, no sabeis cuánto trabajo, cuánta desesperacion me ha costado hacerme de estos hábitos y de este lego.

—¿Y ese lego es de confianza?

—¿Pues no ha de serlo, señora, si es mi ama de gobierno?

—El demonio sois, don Francisco, y lo siento, porque á cada paso estais poniendo vuestra alma en peligro. ¡Qué profanacion! ¡una mujer cubierta con santos hábitos religiosos!

—Mal rayo te parta, beata del infierno, dijo para si Quevedo.

—¿Qué murmurais, amigo mio?

—¡Murmurar yo, señora, murmurar! espero vuestras órdenes.

—¡Mis órdenes! ¿Pues quién es quien manda aquí? ¿por qué estoy yo aquí, sino porque vos lo habeis querido?

—Porque conviene á la reina nuestra señora, condesa: así pues id, id, y que su magestad no espere más; que comprendo que ignorando su magestad para qué la pido yo audiencia por tal sitio y á tales horas, debe estar impaciente. Entra, Teresa, entra; y vos, señora condesa, cerrad y hasta luego que vengais á franquearnos la puerta.

Teresa entró aturdida sin saber lo que le pasaba.

Quevedo se metió en el patinillo y la condesa cerró.

—¿Y qué vamos á hacer aquí? dijo Teresa asustada.

—En primer lugar, hija mia, cierra la linterna que no alumbre y luego acurrúcate en aquel rincon y estáte queda como si estuvieras muerta.

—Por lo ménos, dijo Teresa con la voz compungida, ya estoy amortajada y no es solo ese el miedo que tengo de verme dentro de este hábito.

—Pero cierra, cierra la linterna, mujer; no hables ni una palabra más y vete á aquel rincon.

Teresa, antes de cerrar la linterna se fué al rincon que le habia indicado Quevedo, se acurrucó én él, é instantáneamente el patinillo quedó envuelto en una lóbrega oscuridad, porque Teresa habia cerrado la linterna.

II.

Quevedo se asomó á la segunda reja y esperó.

Pasó bien un cuarto de hora.

Quevedo oia tiritar á Teresa, se le ponian á él los pies frios como la nieve y los juanetes le rabiaban.

Al cabo se oyó el crugimiento de las maderas de la reja, y se oyó una voz contenida, pero fresca y sonora, que dijo:

—¿Qué sucede, don Francisco, que quereis hablarme? Me teneis con un cuidado mortal.

—Perdóneme vuestra magestad, señora, dijo Quevedo; pero no es mia la culpa, sino de la mala estrella que á vuestra magestad persigue.

—¿Pues qué, qué sucede más que lo que sucedia? dijo asustada la reina.

—¿Estais sola, señora?

- Sí, sola: ¿cómo había yo de traer á nadie?
- La condesa de Santurces es demasiado curiosa.
- ¿Y cómo había de atreverse la condesa de Santurces á escuchar lo que yo hubiera de hablar con vos? Podeis decirme sin cuidado cuanto tengais que decirme, don Francisco.
- Tengo que decir á vuestra magestad primeramente, señora, que no se fie ni de su sombra.
- ¿Y á propósito de qué me haceis esa advertencia, don Francisco? dijo con más cuidado la reina.
- A propósito de cierto soneto.
- ¡Soneto! exclamó sumamente contrariada la reina, y de tal manera, que Quevedo murmuró para sí: ¿habrá aquí algo? Veremos.

Y luego dijo alto:

- El conde de Villamediana es muy imprudente.
- ¿Y con qué ocasion nombráis al conde de Villamediana? dijo con una viva extrañeza la reina.
- Con ocasion de ese soneto, de ese soneto á Belisa.
- ¿Pues qué, ese soneto es del conde de Villamediana?
- Del mismo, señora, y por cierto bien malo, bien indigno de la Belisa á quien se dedica.
- ¿Y creéis vos que el conde se atreva?...
- El conde es un necio y los necios se atreven á todo.
- No hay necesidad que disculpe tal audacia.
- No, no, ni yo busco disculpa á la culpa de la audacia, sino la culpa de la necesidad, ó lo que es lo mismo, la una culpa es hija de la otra; porque, ¿quién si no un necio se atrevería á esperar que una dama cristiana y con honra, casada y amante de su marido podría favorecerle con su amor? ¿Quién que no sea necio dice amores, y amores mal mirados, á quien está tan alto que si mira á lo bajo, donde está quien á ello se atreve, no le verá á causa de su pequeñez?

—Me estais haciendo una revelacion gravisima, don Francisco; pero decidme antes: ¿cómo habeis visto vos ese soneto?

—Vuestra magestad encargó á la condesa de Santurces le llevase consigo para que averiguase discretamente por la escritura al audaz de quien era, y como la condesa de Santurces tiene en mí gran confianza y me consulta sus escrúpulos por si peca ó si no peca, háme mostrado ese soneto, en el cual, apenas le he visto, he reconocido, no solo la mano, sino el mal ingenio de su autor: el soneto

de por sí es ya un delito contra la poesía, por el cual, las musas, si tuviesen tribunales de justicia, castigarían al delincuente á sangre por delito de lesa poesía: quedéme con ese soneto, porque no es bueno que estas cosas rueden, y le devuelvo á vuestra magestad.

—¿Y qué he de hacer con él, don Francisco?

—¿Qué ha de hacer vuestra magestad? guardarle y mañana á buena hora ponerle donde vuestra magestad le encontró, esto es, en el reclinatorio, y llamar á su magestad el rey.

—¡Dios mio! exclamo la reina.

—¿Si habrá algo? volvió á murmurar Quevedo que de todo desconfiaba, que no creía más que en Dios. Y luego añadió alto: cosas son estas, señora, que una mujer honrada no debe ocultar al marido, y mucho ménos una reina; que callar á tales atrevimientos, es alentar al atrevido y darle ocasion para que se meta en otra audacia tal vez más grave que pueda agravarse por casualidades imprevistas: con los necios no hay escape, señora; todo lo interpretan en su favor: calla vuestra magestad, rompe ese miserable escrito, pues bien, Villamediana creará que vuestra magestad le lee á cada hora, que se envenena el alma con sus conceptos, que él en su vanidad creará sublimes; se le muestra vuestra magestad severa, irritada al verle, esto es ya concederle un favor, porque es tener con él un secreto; que vuestra magestad disimula y le mira indiferente, él dirá: cuánto me ama, se desentiende, no importa, es que no quiere rendirse como una cualquiera. Ya lo he dicho, señora, no se escapa del estúpido juicio de un necio, sino matándole.

—¿Y quereis que yo mate al conde de Villamediana?

—No, no señora; no quiero que le mate vuestra magestad, porque los ángeles no deben matar á no ser el ángel exterminador, y por otra parte, no es vuestra magestad la que tiene en la mano la espada de la justicia: yo me brindaría de buena gana á matarle en servicio de vuestra magestad, ó más bien, si yo le pudiera matar le mataría sin decir á vuestra magestad ni una sola palabra, y en ese caso no hubiera traído á vuestra magestad ese soneto.

—¡Ah no! ¡sangre no! exclamó la reina.

—Algo hay, murmuró Quevedo: y luego dijo: A sangre debe castigarse al que atenta á la honra de su rey, y sin escrúpulo de conciencia mataría yo á Villamediana: pero todavía no he llegado á la desventura de tener que convertirme en verdugo: tiénelos el rey públicos y privados y no hago yo falta; que si yo provocase á don Juan de Tarsis, sería lo mismo que decirle: dadme vuestra vida,

porque no os tachen de cobarde: que don Juan de Tarsis no puede reñir conmigo sin ser muerto sobre seguro por esta endiablada destreza que Dios me ha dado y que me hace aguantarme con muchas injurias por no cargar mi conciencia con sangre de pobres.

—¡Pero el rey!...

—El rey, señora, matará á Villamediana, como puede y debe, porque el rey representa á Dios sobre la tierra, y no solo administra la justicia, sino que es la justicia misma; y puede mandar que se ejecute, guardando el mandato en su conciencia para dar de ello cuenta á Dios.

—¿Y no creéis que un destierro seria suficiente castigo para la locura de ese hombre?

—¿Y quién habia de mandar el destierro, señora, si no le mandaba el rey? ¿Y cómo habia de mandar el rey ese destierro sin conocer la causa, ni qué habia de decirse á su magestad para que ese destierro mandase? y si la verdad se dijese al rey, ¿cree vuestra magestad que el rey se satisfaria con desterrar al conde de Villamediana? Ah no, no señora; créame vuestra magestad, aquí no hay más que un camino, el de la verdad: vuestra magestad lleva mañana á su cámara al rey mi señor para hablarle de un asunto importante, y cuando el rey mi señor haya entrado en la recámara de vuestra magestad, llévele al oratorio y muéstrele el reclinatorio donde debe estar ese soneto: el rey le leerá y no preguntará quién es el autor, porque le conocerá demasiado por la letra: el conde de Villamediana y el rey mi señor han hecho versos juntos muchas veces, es decir, los ha hecho su magestad y los ha deshecho Villamediana, que tanto da hacer como deshacer, todo es hacer algo. Vuestra magestad, créame, cuando un vasallo se ensoberbece hasta el punto de poner los ojos en su reina, está loco de remate, y á tales locos es necesario curarlos para evitar que llegue su locura á términos harto graves.

—Se me ocurre un medio.

—¿Y cuál, señora? Perdoneme vuestra magestad si la interrogo, que mi lealtad es la que habla.

—Lo sé, don Francisco, lo sé, y no teneis que disculparos: todos nuestros vasallos fueran como vos y España seria fuerte y próspera y yo la más feliz de la tierra.

—Vuestra magestad puede serlo aun, dijo Quevedo, que no porque á una reina la combatan adversos y terribles vientos, puede

dársela por náufraga, si es buen marinero el que está al timon. ¿Y cuál es la idea de vuestra magestad?

—Valerme de mis propios enemigos.

—¿Y de quién, señora, de quién? exclamó cuidadoso Quevedo.

—Del conde-duque.

—¿Del conde-duque habeis dicho, señora? pues el remedio es peor que la enfermedad. ¿Qué se puede esperar del conde-duque?

—Que destierre al conde de Villamediana, conociendo la gravedad de su delito.

—¡Oh, nunca, señora, nunca! el conde-duque no debe saber nada de esto, el conde-duque se alegraría, tendría ocasion para enredar una intriga que adivino. ¿Sabe vuestra magestad lo que yo haría si fuese tan perverso como el conde-duque, estuviera donde él está, odiase á vuestra magestad como él la odia, y vuestra magestad me llamase para pedirme desterrase al conde de Villamediana? Oh, no quiero pensarlo, se me herizan los cabellos; diría á vuestra magestad, la prometería desterrar al culpable, y luego con el cuerpo del delito, esto es con el soneto, me iría al rey á pedirle desterrase á Villamediana por su atrevimiento. ¡Oh Dios mio! no, el rey creeria culpable á vuestra magestad.

—¿Culpable yo? ¿yo culpable? ni aun por sospechas.

—Culpable, sí, culpable, y recelosa con ánsia de apartar del peligro de unos amores mortales á un hombre amado.

—¡Oh Dios mio, Dios mio, qué cosas imagináis!

—Sí, es verdad, son imaginaciones terribles; á veces la experiencia parece mal fundada; pero la verdad no tiene ni más ni menos, todo consiste en verla de claro en claro: el conde-duque es un miserable, odia á muerte á vuestra magestad porque vuestra magestad le estorba, y no vacilaría en cometer una infamia; vuestra magestad se encontraría perdida, el rey por su propio decoro no haría de esto un proceso, ni aun se quejaría á vuestra magestad; pero la repudiaria secretamente en el interior de su palacio, mataría al conde de Villamediana, y sería infeliz toda su vida, causando su desgracia la eterna desgracia de vuestra magestad.

—¡Ah! no me resuelvo, don Francisco, no me resuelvo: conozco que teneis razon, que ese hombre, que ese traidor, poniendo en mí su mirada impura, merece la muerte; pero la sangre me espanta, don Francisco: y luego, yo creo que hay otros medios; no doy en ellos, no se me ocurren; pero debe haberlos.

—Sí, hay un medio, señora, dijo Quevedo desalentado.

—¿Y cuál, cuál, don Francisco?

—Entregarse á la providencia y á la misericordia de Dios. En fin, señora, yo he hecho cuanto podia y debia.

—¿Y vos que teneis tanto ingenio, no encontrais una manera para salir de este terrible caso?

—Lo único que puede y debe hacerse, lo he dicho ya á vuestra magestad: en fin, señora, si vuestra magestad no estima conveniente el consejo que la he dado, perdoneme por mi falta de ingenio y permitame bese sus reales piés y me retire.

—¿Os vais enojado, don Francisco?

—Vuestra magestad no puede enojarme, sino desconsolarme: guarde Dios á vuestra magestad.

—Id, id con Dios, don Francisco, y gracias, muchas gracias por vuestra lealtad.

Y la reina cerró la ventana.

III.

—¿Hay algo? ¿no lo hay? dijo Quevedo que habia permanecido inmóvil como una estatua, ¿quién sabe? las mujeres... ¿qué más reina que Eva, la madre comun de los humanos, y sin embargo, no teniendo á mano otro hombre con quien engañar á su marido, se entregó al diablo? pero no, no, ó yo me he quedado corto de vista del entendimiento, ó doña Isabel no es de esas; el horror á la sangre... tener una mujer horror á la sangre, esto no se entiende bien. Bah, don Francisco, bah, no seamos tales que en fuerza de querer verlo todo no veamos nada, vulgo no somos, no pensemos como el vulgo; pero ese don Juan de Tarsis atreverse á tanto, él es grande amigo de Olivares; á los necios fácil es engañarlos cuando se les halaga la vanidad; ¿si será Olivares el autor de todo este lúgubre enredo? y bien, don Francisco, ¿á tí, qué te vá ni qué te viene en todo esto? ¿no tienes bastante para entretenerte con tus desdichas? ¿qué debes ni al rey ni á la reina para que por ellos te comprometas y te sacrifiques, cuando de seguro si alguna vez se acuerdan de tí será por que te necesiten? bah, salta como un cigarron del mal circulo en que te has metido, hazte amigo en falso del conde-duque, á fin de que te den la pension, cójela, despídete del mundo, y vete á comértela tranquilamente con tu pobre Teresa, que te cuida muy bien, á la torre de Juan Abad. Eh, Teresa, hija, ¿qué tal te vá, mujer? añadió acercándose al rincon donde estaba acurrucada Teresa.

Esta se puso de pié.

—¿Nos vamos ya, señor? dijo, hace aquí un frio, y tengo un miedo...

—Ya no pueden tardar en darnos suelta, mujer: ¿has oído algo?

—Sí.

—¿Y qué has oído?

—Que hablábais con una mujer, pero lo que hablábais no lo oía.

—Ah, dijo Quevedo, tus oídos no han alcanzado más que el murmullo.

—¡Y que me hayais hecho pasar tan mal rato para venir disfrazada de fraile á hablar con una cualquiera! dijo Teresa, esto no os lo perdonaré nunca.

—¿Cómo que la reina es una cualquiera?

—Sí, para vos han hecho á la reina á estas horas y en una reja: si la reina hubiera sido, hubiéraisme llamado como me lo prometisteis para que conociera á su magestad.

—No ha habido ocasion, mujer.

—Bueno, bien, don Francisco, habeis hecho lo que habeis querido, y no me pesa, porque os estimo más que lo que vos me estimais á mí; solo siento que no estoy ya en casa: ¡ay Dios mio! si tenemos otro encuentro como el de la ronda...

—A la ronda ya la dí yo esquinazo y estamos seguros, porque á estas horas estará el alcalde esperándome en su casa: pues que no se acueste hasta que yo vaya, y es muy posible que le encuentre desierto el día del juicio: abre la linterna, Teresa, que ya oigo la llave en el postigo del patinillo: nos sueltan, hija, vámonos al punto á casa, y más valiera que no hubiéramos venido, así hubiéramos escusado tú un disgusto y una molestia, y yo lo propio y á más la necedad de creer que iba á seguirse un buen consejo mio.

IV.

—Don Francisco, dijo quedo á la puerta la voz de la condesa de Santurces, venid, os estoy esperando.

Quevedo y Teresa se dirigieron á la puerta.

—Buena noche nos hemos dado, dijo la condesa: lo que es yo no me marcho ya á mi casa, me quedo en el cuarto de la duquesa de Sástago. ¿Y qué tal con su magestad?

—Bien, muy bien, perfectamente, contestó Quevedo; su magestad es un ángel, su magestad vale todo el oro que pesa, que no es

poco, porque su magestad es muy buena moza y digna de mejor suerte; adios, condesa, adios; no os olvidéis del indulto de mi amigo don Alonso de Fuensalida.

—No lo olvidaré. Pero acompañadme hasta las escaleras de la portería de damas, he visto algunos bultos en el patio al venir y tengo miedo.

—¿Bultos habeis visto, señora? dijo Quevedo.

Y echó instantáneamente la mano á la empuñadura de su espada y vió si la podia sacar sin embarazo.

—Vamos, vamos, os acompañaré; pero no perdamos el tiempo, que es ya tarde.

Y como la condesa hubiera ya cerrado el postigo, los tres recorrieron el tenebroso pasadizo cuyo farol, á causa de lo avanzado de la hora, se habia extinguido y salieron al patio que no estaba mejor alumbrado.

V.

Quevedo, que veia más á una media luz que al medio dia y con sol claro, notó que dos bultos se ocultaban detrás de dos pilas-tras.

—Bultos que se esconden, dijo Quevedo alojando su espada, ó temen ó hay que temerles.

La condesa, que habia notado lo mismo que Quevedo, apretó el paso y llegó á la escalerilla de la portería de damas, en cuya puerta habia un centinela suizo.

Desde allí ya no habia que tener miedo, porque el centinela no dejaria pasar á nadie.

—Adios, don Francisco, adios, dijo la condesa; espero tener mañana á la noche el indulto de vuestro amigo, os aguardo.

—Iré, señora, iré, dijo Quevedo.

Y la condesa desapareció metiéndose por la escalera, y Quevedo, precedido de Teresa que alumbraba, siguió hacia la puerta de las Meninas.

Apenas habia entrado por el arco, uno de los bultos que se habia ocultado salió, llegó al centinela de la puerta de la escalerilla de la portería de damas, rindió una seña y pasó subiendo rápidamente las escaleras sin parar hasta aquella hermosa cámara de una torre del alcázar donde encontró al conde-duque, con el cual habló algunas palabras.

El conde-duque bajó precipitadamente llevándose consigo dos criados.

VI.

Quevedo entretanto había llegado á la porteria y había dicho con voz gangosa y gutural:

—Abra, hermano portero.

El portero salió, abrió la puerta y dijo:

—Vaya con Dios su paternidad.

Salieron Teresa y Quevedo y el postigo se cerró.

Quevedo, que siempre que salia de ciertos lugares miraba á los muros á derecha y á izquierda, y que como hemos dicho veia en lo oscuro como los gatos, apercibió algunos bultos pegados á izquierda y á derecha contra los muros del alcázar.

—Ah, dijo para sí, hé aquí un ganado que hay que aventar. Teresa, hija, pégate al quicio de la puerta y estáte queda, no te asustes, dame la linterna.

Todo esto lo dijo en voz baja y rápida.

Tiró de la espada y pasándose al medio de la calle, teniendo al frente aquellos bultos que eran la ronda del señor Pedro Gutierrez de Santisteban, dijo con voz seca y breve:

—Venga á mí el que estuviere pesaroso de haber nacido.

CAPÍTULO LIX.

Que se continuará en el que le sigue.

I.

—¡A él ministros, á él! exclamó el señor Pedro Gutierrez de Santisteban.

Los ministros avanzaron espada en mano no con mucho ímpetu, pero el señor Pedro Gutierrez se quedó atrás.

—¡Hola! ¿esas tenemos, falsificador de procesos? exclamó Quevedo: pues ya verás lo que yo hago con tus esbirros.

Y se metió con el alguacil que tenia más cerca y en un santiamén le metió una lluvia de cintarazos.

Entrecojió á otro y le deslomó.

Fuése á un tercero y le batanó.

Y era de ver cómo Quevedo giraba y entraba y salía entre los corchetes, y sin que le tocasen, les batanaba hasta el punto de que en cinco minutos los puso en fuga, y el mismo alcalde, huyendo, pasó tan cerca de Quevedo, que este pudo alcanzarle un cintarazo en el cogote y cayó de bruces.

En cuanto al escribano, dió un salto de costado y escapó como una liebre, porque le habia cogido un lambreado en los riñones.

En un momento no quedó ni olor de alguacil, ni en dos leguas á la redonda.

En cuanto al alcalde, el mismo miedo le desaturdió, se levantó y dió á correr como un gamo.

—Anda, anda, ya tienes para soñar algun tiempo con el alma en pena, dijo Quevedo envainando su espada y yendo á donde estaba Teresa de rodillas y queriendo rezar, porque de miedo se le habia olvidado el *pater noster*.

II.

—Alzate, hija, álzate, dijo Quevedo; echa á andar, no tengas cuidado, que lo que es esos no vuelven por aquí en tres semanas, ni tal vez en toda su vida, no sea que yo los esté esperando.

—¡Ay señor, señor, qué noche de todos los diablos! dijo Teresa cojiendo la linterna y echando á escape.

—No corras, mujer, no corras, dijo Quevedo; que vamos á dar que sospechar.

—Ay señor, que no me sale á mí del cuerpo este susto en todos los dias de mi vida.

—Así te harás valiente, Teresa, y valdrás más de lo que vales, y puede ser que yo me enamore de tí y me case contigo.

—Ay, dijo Teresa, para que yo me fiara de vos, como que un señor de hábito y tan noble se casara con su criada.

—Mira Teresa, en Castilla el caballo lleva la silla, y me parece que te se vá quitando el miedo, pícara; pero no temas, que yo me case; que no pienso yo caer en mis propias sátiras.

—¿Y quién lo puede creer eso, señor?

—Mira, desde que al ponerte el hábito noté que eras dura, me pasó no sé qué mala tentacion por la cabeza; pero descuida, que yo me sé vencer de las malas tentaciones: vamos, que si antes andabas deprisa, ahora andas despacio: ¡que no se le puedan decir ciertas cosas á las mujeres! á ver, aguarda que me parece que nos siguen y harto de prisa.

Entraban entonces por la calle de Santiago.

III.

Quevedo desnudó de nuevo su espada y la ocultó como pudo bajo la capilla del hábito.

Muy pronto los que venian detrás se echaron encima.

—Eh, deteneos, dijo una voz robusta á corta distancia.

—Dame la linterna, Teresa, dijo Quevedo, y pégate á una puerta: deténgome, añadió con voz recia, y tanto me detengo que por aquí no ha de pasar nadie.

—Eso lo veremos, dijo uno de tres hombres que estaban cerca de Quevedo, y echó mano á la espada.

—Eh, quietas las espadas, dijo otro de los tres hombres que estaba algo más atrás y que en la voz y en el aspecto parecía persona principal: haceos atrás, que ese buen padre es un grande amigo mio.

—Teneis razon, señor don Gaspar, dijo Quevedo, que lo que es ahora soy vuestro mayor amigo. Toma la linterna, Teresa.

Tomóla el ama de gobierno, y Quevedo envainó la espada.

—¡Teresa! dijo el conde-duque acercándose á Quevedo: ¿por qué llamáis Teresa á ese?

—Porque ese no es ese, sino esa, y esa es mi criada.

—¿Qué viene á ser esto, don Francisco? dijo el conde-duque marchando al lado de Quevedo: ¿por qué habeis entrado disfrazado de fraile en el alcázar?

—Por serviros, y á causa de cierto soneto, don Gaspar.

—¿A causa de un soneto? exclamó vivamente el conde-duque.

—Sí, á causa de un soneto de Villamediana.

—Soneto, ¿á quièn?

—A la reina.

—¡Cómo!

—Villamediana se atreve á todo: ¿y cómo no ha de atreverse si es vuestro grande amigo?

—Villamediana es un nécio, exclamó con irritacion el conde-duque.

—Y de nacimiento, y con los años le ha crecido de tal manera la necesidad, que por excelente, por maravilloso nécio se hará célebre.

—¿Y con quièn habeis estado hablando en el alcázar, don Francisco? permitidme que os lo pregunte.

—Yo me permito contestaros: con la reina, pero guardadme el secreto.

—Os lo guardaré: ¿y por dónde habeis hablado con la reina?

—Por cierto patinillo triangular al que dan dos balcones del cuarto de la reina y uno del aposento de la primera dama de honor y tres rejas á una de las cuales puede bajar la reina sin ser notada.

—Ya sé, ya sé: ¿y de quièn os habeis valido para convenir en esa cita con la reina?

—Tanto se me dá á mí que me tengais por denunciador como que no me tengais, y que se comprometa quien se comprometa, don Gaspar; estoy aburrido y considerad cuánto y cómo será mi aburrimiento cuando me he decidido á hacerme vuestro amigo.

—¿No es esto una trampa de lobo, don Francisco?

—Yo no miento nunca, y en prueba de que obro con lealtad, voy á deciros la persona que es mi corre vé y dile para con la reina, porque sé obligarla: os advierto que ella es una bribona solapada bajo una beatitud capaz de estomagar á un santo de piedra.

—Pues no me digais quién es, que lo sé: ¿y cómo habeis podido obligar á la señora condesa de Santurces?

—Como la habeis obligado vos, ni más ni menos; sirviéndome de la castísima pasion que esta señora siente por su sobrino el capitán Ponferrada.

—¿Y ha sido la condesa la que os ha dado el soneto de Villamediana?

—Ella ha sido, pero con buena intencion, cumpliendo un mandato de la reina que la habia encargado averiguase por la letra quién era el autor del pésimo soneto á Belisa que su magestad se habia encontrado en su reclinatorio, solo que yo con muy buena intencion me quedé con el soneto.

—¿Quereis mostrármelo, don Francisco? lo veré á la luz de la linterna.

—De muy buen grado os lo mostrara si le tuviera; pero es el caso que ya no le tengo.

—¿Pues qué habeis hecho de él?

—Le he dado á la reina.

—¿Y á qué fin? dijo con una viva impaciencia el conde-duque.

—A fin de que en lo sucesivo sea más prudente y no muestre á nadie tales papeles.

—Hubiera querido verle.

—Pues por eso no paseis pena, que tan malo es, y tanto me punzó su lectura que se me ha quedado de cabo á rabo en la memoria: bien es verdad que á mí en la memoria se me queda todo lo que leo malo ó bueno: oid.

Y Quevedo se detuvo á la entrada de la Plaza Mayor, y recitó al conde-duque el soneto.

IV.

—¿Pero ese hombre está loco? dijo el conde-duque.

—No, sino tonto, respondió Quevedo.

—Ese soneto parece escrito por un hombre favorecido por la dama á quien el soneto se escribe, y si la reina favorece á Villamediana, ¿cómo es que no conoce su letra y necesita dar el soneto á una de sus damas para que esta averigüe el autor por la letra?

—Pues ahí vereis: tontos hay que creen imposible no los ame la muger que desean, y que cuando ni aun barruntos tiene aquella muger de ser pretendida, se dan ya por satisfechos.

—¿Y qué ha dicho la reina, don Francisco?

—Ha roto por mi consejo el soneto y se ha propuesto hacer lo mismo con todos los papeles que se entren á traicion en su cuarto.

—Villamediana es buen mozo, está en la servidumbre, y el rey hace muy poco caso como marido de la reina.

—Razon por la cual la reina está loca y empeñada por el rey, como por idéntica razon vuestra muger, la noble y virtuosa doña Beatriz de Zúñiga, está loca por vos: creedme, don Gaspar, las mugeres son así: se obstinan en vencer lo invencible, esto es, las malas costumbres de sus maridos, y se enamoran de ellos, y les son fieles hasta la pared de enfrente: á los buenos maridos es á los únicos á quienes hacen crecer sus mugeres.

—Yo no soy un mal marido, dijo el conde-duque.

—Créolo bien, pero os habeis propuesto aliviar de tal manera á doña Beatriz de la carga del matrimonio, que buscais quien parta la carga con ella: dígalo si no cierta doña Esperanza. Desgraciado andais en amores, don Gaspar.

—¡Cómo! ¿vos sabeis eso?

—Y tanto como lo sé: anoche se la quitaron vuestros criados á otros criados de la condesa de Santurces que la llevaban á asegurarla en sitio donde no pudiérais vos dar con ella, y luego otros hombres se la quitaron á vuestros criados y se la llevaron á donde vos no sabeis.

—¿Pero lo sabeis vos, don Francisco?

—Cierto que lo sé, se la llevaron á la Sierra.

—¿Pero á qué lugar?

—Preguntadme á mí que nunca he sido serrano: solo sé que allí estaba Andrés del Páramo muy mal herido, con cincuenta buenos

mozos en un casaron medio arruinado, puesto sobre un despeñadero.

—¿Allí estuvísteis vos, don Francisco?

—Como que me prendieron y me llevaron *velis nolis*.

—¿Y por qué os prendieron sabiendo que vos no podeis pagar rescate?

—Prendiéronme de órden de Andrés del Páramo, que es un grande amigo mio.

—¿Amigo vuestro un bandido?

—Es un bandido tan singular que de él puede ser amigo cualquiera.

—Vos sois un duende, que estais en todos partes y que todo lo sabeis.

—Yo soy lo que soy, don Gaspar, ó más bien, lo que quiere mi suerte que yo sea, porque los enredos y las aventuras me persiguen; no doy un paso sin encontrarme con un suceso extraño, no levanto la cabeza que no tropiece con una aventura, durmiendo he de estar y han de acometerme trabacuentas.

—Grande hombre sois.

—Pues no me lo conozco, porque mi grandeza se anda muy sin dineros, muy triste y muy acongojada, y con estas malas heridas abiertas, á causa de la humedad del encierro en que tan sin culpa me habeis tenido tanto tiempo en San Márcos.

—De no teneros amigo, es necesario teneros guardado, don Francisco.

—Ya he meditado yo que eso es lo que vos pensais, y como no me tiene cuenta estar preso en humedades y á oscuras, vuestro amigo heme tornado y de los más grandes como lo vereis por la obra.

—¿Puedo fiar de vos, don Francisco?

—¿Pues qué, no soy yo el hombre de mejor fé del mundo? ¿miento yo? ¿finjo yo?

—Fama teneis de incomprendible.

—La fama miente, que si la fama no mintiera, muchos hombres no parecerian lo que no son.

—¿Decíslo por mí, don Francisco?

—Desconfiado andais y sin causa; ¿pues qué, no sois vos un grande, un grandísimo hombre, como la fama con justicia lo cuenta?

—No deciais lo mismo esta mañana.

—Esta mañana era vuestro enemigo, y la enemistad me hacia ser injusto; pero despues de que me he decidido á ser vuestro ami-

go, he visto claro y os he encontrado no solo grande, sino grandísimo: ahí es nada; gozais del favor de un rey tan grande como el rey don Felipe IV de Austria nuestro señor, y por la grandeza de los reyes se ha de medir necesariamente la grandeza de los validos; porque ¿cómo un rey grande ha de dar su valimiento á un hombre pequeño?

—¿Os burlais? dijo el conde-duque.

—¡Mal pecado para mi alma si me burlo! contestó Quevedo: ¿qué, no teneis vos por grande al rey? Pues os engañais, ó no le conoceis bien: decidme, ¿no es poeta y bueno el señor don Felipe IV?

—Sí, pardiez.

—¿Y creis vos que puede haber poeta sin grandeza? porque ¿qué es la grandeza más que lo extraordinario, lo soñado, ese heroismo de hacer lo que no nos conviene por el vano amor á la gloria? ¿No creis vos que Leónidas fué un tonto en ponerse á ciencia cierta á que le matasen por Grecia? Pues bien, Leónidas era un poeta, un visionario que habia visto en sueños el gran fantasma de la fama que le recojia en la punta de su túnica, desplegaba las alas y se lanzaba con él, en el inmenso abismo de la historia: ¿y no está reputado Leónidas como un héroe? pues bien, Leónidas fué un tonto, un poeta soñador y vano, que murió por vivir, perdiendo una vida que gozaba por otra que no podia gozar: los hombres están locos, y sobre su locura se echan el manto de la tontería. ¿Y no creis vos que el rey don Felipe es bastante poeta, bastante tonto, bastante loco, cuanto se necesita para ser un grande hombre? Bah, vos no habeis meditado bien, don Gaspar.

—Sois la sátira viviente, don Francisco.

—Pues os engañais: cuando hago sátiras no me rio, es que lloro, rabio; y cuando hablo triste y sério como ahora, parece que satirizo; es mi humor.

—Sois temible, don Francisco.

—Esa es mi desgracia, que todos me temen, y por un miedo que no debian tenerme, me pegan por detrás; y cuando me revuelvo para defenderme, irritado porque me tratan mal sin motivo, me encuentro con el aire: pero hé aquí que hablando, hablando y sin saber cómo, hemos llegado á la puerta de mi humilde casa, que espero hareis soberbia poniendo en ella los piés.

—Como quien la pega peste, ¿no es esto? exclamó el conde-duque que no sabia á qué atenerse.

—No, no señor, como quien la honra. Abre la puerta, Teresa, si es que no has perdido la llave.

—¿Qué es perder? aquí está, y la pongo alegre en la cerradura, porque, por Dios, que creí que no volvíamos.

Y abrió y entró.

—Perdonadla, don Gaspar, dijo Quevedo; ha echado por delante porque la pobre no vé la hora de quitarse el hábito.

Pasó el conde-duque á instancias de Quevedo, y este dijo:

—Que pasen vuestros criados á la cocina y se calienten, que hace frio, si hay con qué, que si habrá, porque creo que aun todavía nos ha quedado una silla para quemarla; y si no, ahí están mis librotos, que tal rabia les tengo por lo mal que me han enseñado, que casi, casi, estoy por entregarlos al fuego.

—No hagais tal injusticia, don Francisco, ni queméis vuestros muebles; quédense ahí esos pícaros; que la piel de criado la ha hecho Dios para que aguanten.

—Sí, más vale que se queden, dijo Teresa, que no queria verse obligada á sufrir la alternativa con los criados del conde-duque.

Y se apresuró á cerrar la puerta y echar la llave, alumbrando despues hasta el despacho de Quevedo á este y al conde-duque y encendiendo dos mecheros del gran velon con el cabo de vela que sacó de la linterna; y ansiosa por librarse del hábito, se despojó de él arrojándole sobre una silla, quedando de nuevo con su traje femenino.

—Nunca más bodas al cielo, salió diciendo, ni que se pongan en cruz.

Y se metió en la cocina.

CAPITULO LX.

De cómo el conde-duque se apartó de Quevedo sin saber si este era su amigo ó su enemigo.

I.

—Hé aquí un tugurio, dijo Quevedo, desnudo como yo y frio como mi vejez; siento no poderos recibir mejor.

—Encuéntrome aquí mucho más honrado que en la cámara real, dijo el conde-duque: ¿y por qué, don Francisco, llamais vejez á vuestros cuarenta y cuatro años?

—No es viejo el hombre por los años que tiene, sino por lo que ha vivido, y tanto he vivido yo, que de los doscientos paso, y tan en ruinas estoy como si los doscientos tuviera. Pero decidme, don Gaspar, ¿qué es del señor rey nuestro amo, no pudiendo ir, como lo supongo, á casa de la Calderona, que estará llena de cofrades?

—Ah, el rey... ¿pero por qué me hablais de esto, don Francisco? dijo con empacho el conde-duque, ya que no podia ser con vergüenza.

—¿No somos amigos? dijo Quevedo.

—Tal deseo, contestó el conde-duque.

—Y tal es.

—Yo me felicito...

—¿Por tan poco?

—¡Cómo! ¿pequeña creéis vuestra amistad?

—Me taso yo á bajo precio.

—Y yo no os taso porque no hay tasa para lo inapreciable.

—Casi, casi voy creyendo que esto se convierte en cámara real; paréceme que veo las tapicerías, los grandes techos del Ticiano, los cuadros de nuestros pasados pintores, que el antes frio ambiente se va templando, y casi, casi, se me figura que vos padeceis la misma fascinacion y que os creéis ver en mí al señor rey don Felipe IV.

—Me desesperais, don Francisco, no os creo.

—¿No lo decia yo? No veis lo que yo soy, que es lo mismo que no verme, y por eso me llamais inapreciable.

—Con vuestra amistad, con vuestra ayuda, me creo poderoso para todo.

—Lo mismo me decia hace catorce años el excelentísimo señor duque de Lerma.

—¿Y qué respondisteis vos al duque?

—Lo que no os responderé á vos: el duque era vano y nécio, bien lo sabeis, don Gaspar, puesto que tanto con él peleásteis; y vos sois de despierto ingénio: trabajó y afaná el pobre duque de Lerma para todo el mundo, y nada para sí, y vos haceis trabajar y sudar á todo el mundo para vos y solo para vos: díganlo si no María Calderon, la condesa de Santurces, la duquesa de Sástago y hasta el pobre Mercuelo á quien por lo bien que os servia he saltado un ojo esta noche contra mi voluntad, don Gaspar, contra mi voluntad: todo fué que yo llevaba en los bolsillos ceniza para hacer penitencia, y como no tengo costumbre de llevar muchos reales de ocho, olvidéme de que en el bolsillo los llevaba, y al tirarle á los ojos ceniza para escapar mientras se los limpiaba, porque no me convenia que me siguiera, cojí entre la ceniza inadvertidamente un real de á ocho de aquellos buenos del emperador, y hé ahí que por ser yo menos pobre que otras veces, y por serviros él bien, quedóse sin una ventana el menguado de Mercuelo: por lo demás, don Gaspar, haceis bien: ¿cómo diablos habeis de echar fuera del gobierno á la reina, que al fin es muger y no debe meterse en estas cosas, si no haceis de manera que el rey no se acuerde de ella? Enamoróse el rey por la primera vez de su vida de la María Calderon, pues María Calderon en él; porque los reyes, bien lo sabeis vos que tanto habeis pasado con ellos, aunque sean tan grandes de cuerpo y de alma como el inapreciable rey nuestro señor, son siempre un estorbo y no hay medio de gobernar bien; porque esos buenos señores ven las cosas al revés de como todo el mundo las vé, y creen que lo que ellos no necesitan no lo necesita nadie, y están tan lejos de ver

la verdad como son distintos de la demás gente: ¿qué se hace con un rey que manda lo que á él se le ocurre, como el señor rey don Felipe II? Ser un simple secretario, desnudo de todo poder, de toda importancia, una cualquier cosa, y aun así, ya sabéis que el príncipe don Rui-Gomez tuvo muy buen cuidado de enredar á aquel buen rey don Felipe, de gloriosa memoria, con los artificios de su muger para valer algo y ser valido: vos no hareis más que lo que han hecho todos los secretarios de Estado, y lo han hecho todos porque no hay medio de hacer otra cosa.

—La reina es violenta, la reina es mi enemiga, la reina, quiero deciroslo todo, está cercada de ambiciosos. y digoos en verdad, que si no se separa á la reina del rey, la nave del estado se irá á pique.

—Perfectamente, don Gaspar, perfectamente; yo no me engaño nunca, y porque no me engaño, os he calificado de hombre de despierto ingénio; pero puesto que vos creéis que yo tambien soy hombre ingenioso, y teniendo en cuenta que cuatro ojos ven más que dos, oidme á ver si yo doy en el ítem y perfeccionamos entre los dos vuestro propósito.

—Os oigo con ánsia, don Francisco.

—¿No creéis, don Gaspar, que si en vez de tener á la reina por enemiga la tuviéramos por amiga seria mucho mejor?

—Oh, eso es imposible; la reina es soberbia y quiere dominarlo todo, el rey y el reino.

—Sí, pero es muger, y todas las mugeres tienen una puerta abierta por donde se las gana; esa puerta es la vanidad, y puesto que la reina es aquí lo difícil, yo me comprometo á que la reina mande y á que cuando mande no sea ella quien mande, sino nosotros, y digo nosotros, don Gaspar, añadió levantando con altivez la cabeza Quevedo, porque yo no me vendo, porque yo no sirvo, yo parto, y gracias á que cuando parto, no tomo yo la mejor parte: grande hombre era don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, conde de Ureña, virey de Nápoles, y no era él el señor y yo el secretario; no, éramos dos señores y muchas veces él era secretario mio.

—Ya sé, ya sé, dijo Olivares, que vos érais el alma del grande Osuna.

—Muerto por vos en la cárcel, pero no os culpo, porque la defensa propia es lícita, y si vos no le hubiérais matado, hubiérais matado él.

—Lo que quiere decir que me hubiérais matado vos, porque como decis muy bien, el duque de Osuna era don Francisco de Quevedo.

—En verdad, en verdad, que entonces y aun hoy os tenía grande ojeriza, enemistad á muerte, y que nada me hubiera dado más contento que meteros una por la izquierda hasta los gavilanes; pero el hombre medita á veces en una hora lo que no ha meditado en cien años. ¿Qué necesidad tienes, don Francisco, dije yo, de andar enfermo, pobre y roto manteniéndote en tus trece que son una tontería, cuando tienes ahí á ese gran conde-duque de Olivares, que puede ser tu hacienda, tu salud, tu contento, tu presa y partir puedes con él la viña del Señor y hacer respetada, grande y feliz esta inmensa monarquía que se dilata allá hasta los remotos mares de occidente? Nada, nada, apéate de tu burra, tiende cordialmente la mano al conde-duque y sal de miserias, de afanes, de enfermedades y de vejezes; solo estás en el mundo, nadie te quiere, nadie te se arrima, hora es de quitarse el gorro de cascabeles de la cabeza y pensar en lo que mejor fuera hubieras pensado siempre. Conque vuestra mano, conde-duque, en señal de eterna amistad y alianza.

El conde-duque se levantó lleno de efusion y no solamente dió la mano á Quevedo. sino que le abrazó estrechamente.

—¡Ah, mis heridas! exclamó Quevedo, no apreteis, vive Dios, que á pesar de los apósitos me vais á hacer brotar la sangre, y cuando esto me sucede me pongo muy al cabo.

Aflojó el conde-duque y Quevedo añadió tosiendo de una manera admirable aunque lo fingia:

—Ya lo veis, me habeis hecho toser y mucho será que no tenga que guardar dos ó tres dias cama.

—Enviaréos yo mis médicos, mis cirujanos que os curen con el mismo cuidado que si fuéseis el rey. Perdonad si os he hecho daño, porque me ha enloquecido el saber que puedo contar con vos, que me ayudareis, que partireis conmigo la gloria de hacer grande á esta pobre patria.

—Poco á poco, aun faltan las condiciones, don Gaspar.

—No habéis de condiciones, don Francisco; pedid á medida de vuestro deseo, ó mejor dicho, mandad como en cosa propia.

—En primer lugar tengo empeñado mi señorío de la Torre de Juan Abad en veinte y cinco mil ducados, y de tal manera es esto, que si quiero ir á vivir á mi torre me pedirán arriendo: mi pobre-cillo huerto que yo planté, llora; mis terruños están yermos, ni una mezquina liebre pasta en ellos.

—Se enviará á la hora quien lo desempeñe.

—Quiero mi pension de dos mil ducados con diez años de atrasos.

—De cuatro mil será, que no de dos.

—Quiero el indulto de Andrés del Páramo, bandido ó no bandido, hombre desgraciado, caballero sin tacha, á quien amo, y que por injusticias de la caprichosa fortuna se vé en donde ni aun soñara haberse visto.

—Indultarásele.

—Pero téngase en cuenta que este Andrés del Páramo no es otro que el señor don Alonso de Fuensalida, del hábito de Santiago, caballero hijo-dalgo, mayorazgo y regidor perpétuo de la ciudad de Córdoba, y á este tal es necesario no que se le indulte, sino que se le declare inocente de cosas de las que se le acusó por apariencias, se le reponga en su buena opinion y fama, se alce la confiscacion de sus bienes, y no se le tome á mal el que case con doña Esperanza de Salvatierra, su prometida.

Púsose densamente pálido el conde-duque, pero tanto le importaba atraerse á Quevedo, que respondió aunque con acento torpe:

—Se hará así como vos lo quereis.

—Otro sí, dijo Quevedo, cuando la condesa de Santurces os hable de esto mismo, haceos de nuevas, poned dificultades; pero ceded á la hora y envidad los papeles á la condesa de Santurces, de modo que ella crea que por ella lo habeis hecho, no por mí, porque, don Gaspar, importa que quede secreta nuestra alianza.

—Me parece muy bien pensado, y mejor prevenido.

—Otro sí, dijo Quevedo: indultad á los cincuenta buenos mozos que sirven á don Alonso de Fuensalida, y que más que bandidos son buenos soldados viejos.

—En buen hora.

—Otro sí: matad, al conde de Villamediana.

Y Quevedo pronunció estas palabras como si hubieran sido una orden pronunciada por el mismo rey.

—¿Que mate al conde de Villamediana?

—¿Pues y no? exclamó de la manera más natural del mundo Quevedo: ¿pues no veis que si hemos de contar con la reina, ese hombre nos es de todo punto perjudicial, porque en su necedad miserable hará tanto que el rey acabará por creer que su esposa le es infiel, no suponiendo que tenga un vasallo tan necio que á tanto se atreva sin ser favorecido y alentado, y el rey se indispondrá con la reina, y entonces de nada nos servirá esto?

—¿Pero teneis la seguridad, don Francisco, de que la reina se pondrá de nuestra parte?

—Sí, si vos os poneis de la suya, y sobre todo si sabe que yo soy vuestro compañero.

—¿Pero no ois que la reina quiere dominarlo todo?

—Pues mejor, dijo Quevedo, ayudémosla para que domine, y aprovechémonos de su dominio: ¿qué más da manejar al rey que manejar á la reina? todo será manejar en provecho nuestro un poder, y creedme, don Gaspar, es más fácil, mucho más fácil manejar á una mujer que á un hombre.

—La reina me aborrece.

—Porque la reina vé en vos su enemigo encarnizado: buscadla, confiadla, servidla y vereis cuánto os ama cuando vea que la ayudais.

—¡Oh! imposible, imposible, no conocéis bien á la reina.

—La conozco tanto, que me la sé de memoria: con tal de que ella mande como ya os he dicho en el rey y en el reino, ó crea que manda, estará contentísima.

—¿Y cómo apartar á su magestad de la Calderona?

—¡Bah! dejad á su magestad que calderonée cuanto quiera, que acabará por aburrirse muy pronto, y si ayudamos á la reina, á la reina se volverá, vivirá santamente con ella, se someterá á su voluntad, si la reina hace lo que debe hacer, que si lo hará, porque nosotros la aconsejaremos, conocemos harto bien al rey para que no sirvan á la reina nuestros consejos.

—Lo pensaré, don Francisco, lo pensaré, en lo que toca al conde de Villamediana y á la Calderona. A propósito, esto me recuerda que el rey me espera impaciente para que le lleve noticias de la pobre María Calderon: no sabéis cuán triste está su magestad y cuán asustado por el peligro en que se encuentra María; así, pues, añadió el conde-duque levantándose, os pido licencia para ir á casa de la Calderona, y en cuanto á lo demás que me habeis indicado, conatad con el pago de vuestras deudas, con vuestra pension y con el indulto de don Alonso de Fuensalida y de su gente.

—Gracias, don Gaspar, gracias; soy todo vuestro, dijo Quevedo que se había levantado tambien. Pero quiero advertiros que os vais á encontrar á medio mundo casa de la Calderona: allí estarán todas las compañeras y todos los compañeros y los cofrades, y los médicos y qué se yo cuánta gente.

—Esto me contraría un poco, don Francisco, dijo el conde-duque, no quiero mezclarme con esa canalla; ¿qué se diría luego?

—Pues mirad, iré yo, que como ingenio, tengo mi lugar natural entre cómicos y danzantes.

—Os cojo la palabra, don Francisco; pero ¿donde os espero?

—Aquí, si no os parece mal; solo os encargo que no os metais con mi ama de gobierno, que aunque durilla, está todavía fresca y rolliza.

—¿Celos tenemos? dijo el conde-duque bromeando.

—*Vade retro*, exclamó Quevedo, que no busco yo en las mugeres más que el amor, y no quiero que el amor me sirva porque el amor no sirve bien sino en los casos de amor, y no quiero que mi ama de gobierno se convierta en ama necia y me traiga al redopelo: nada de mugeres en casa, que por no tenerlas en casa no me casé nunca.

—Pues mirad, no sea que al veros mi amigo, se le ponga á doña Beatriz mi esposa el casaros.

—Sería mi señora doña Beatriz de Zúñiga la única que podia casarme á mí, pero yo os aseguro que tan cristiana es y tan caritativa, que no pudiendo darme mujer que ella no estimase, si la estimaba me la diese para que yo la hiciese infeliz. Conque adios, don Gaspar; no se si tardaré mucho ó poco, porque tal vez, si está en disposicion de ello Maria, me meta en conversacion: si os cansais, ahí cerca está mi cama, que no es mala, porque yo digo que ya que vivimos mal despiertos, procuremos estar bien mientras dormimos. Teresa, una linterna.

A todo esto Quevedo se habia puesto la capa y el sombrero y acomodándose en los tirantes y el cinto la daga y la espada.

—¿Qué, os vais otra vez? dijo Teresa.

—Sí, muger si; voyme, pero vengo; no tengas miedo, que no te quedas sola en la casa: ahí está el excelentísimo señor conde-duque á quien te encargo sirvas, con lo que hubiere, mejor que á mí misma persona dame la llave y vete á la cocina.

Teresa que habia dado la linterna á Quevedo, sacó la llave de la puerta de un bolsillo de su delantal blanco, se la entregó y se fué murmurando:

—¡Miren qué ocurrencia, dejarme á mí sola con ese señor! ¡que siempre ha de andar en trapisondas don Francisco! En fin, mejor se está aquí que en la calle y dentro de aquel hábito, pero por esta noche adios sueño.

Quevedo se despidió del conde-duque, salió y echó la llave á la puerta.

—Necesito saber, dijo, si María es ó no la querida del rey; que tanto puede ser como no ser. Para larga la llevamos, y si el rey no se acuesta hasta que vaya el conde-duque á decirle cómo está María, es posible que su magestad esté sin pegar los ojos cuando el sol unza sus celestes caballos á su ígneo carro. Estoy jugando una partida de dados del diablo: ¿si habré engañado al conde-duque? Es posible, porque la vanidad le ciega, y aunque es miserable lo que yo he aparentado, estos miserables creen toda clase de miserias en los demás; adelante.

Y Quevedo que habia dado la vuelta por la calle de Cantarranas, tomó todo lo aprisa que le fué posible por la del Leon hácia la del Prado.

CAPÍTULO LXI.

De cómo la buena fé de Teresa destruyó la obra de la mala fé de Quevedo.

I.

El conde-duque entretanto murmuraba:

—¡Pobre Francisco de Quevedo! este hombre es incomprendible y audaz como él solo. ¿Se habrá propuesto conspirar contra mí contando conmigo mismo? ¡Ah no! me ha pedido mucho, se ha obligado: ¿y si esto es una añagaza para que yo me fie de él? Que mate al conde de Villamediana; ¿á qué tanta prisa? El rey le matará. Ah, este soneto es inapreciable. ¡Qué necesidad de conde! No parece sino que le he buscado yo á propósito para que me sirva. ¡Que me someta yo á la reina! esto parece indicar que Quevedo obra de buena fé. Ha estado hablando con la reina... tal vez haya salido de ella eso de que yo la sirva. Bah, ¿y si esto es otra añagaza para desarmarme y darme el golpe de gracia, cuando esté descuidado? ¿y por qué no creer que don Francisco se haya desengañado al fin, que haya comprendido cuán poco vale el sacrificarse en beneficio de los demás, y ya en los linderos de la vejez haya pensado en sacrificar á los demás á su provecho propio? Bah, yo me devano los sesos y no saco nada en limpio; pues bien, para verdades el tiempo: obremos con prudencia y descubramos terreno: y vive Dios que me duermo; anduve aperreado anoche y hoy no he cesado en todo el día. ¡Eh, señora, señora!

Como Quevedo habia mandado á Teresa sirviere en lo que hubiera menester al conde-duque, Teresa apareció.

II.

—¿Qué me manda vucelencia? dijo.

—Tiradme de estas botas.

Púsose encarnada hasta los ojos Teresa porque era hidalga asturiana y nunca habia descendido ella á tales servicios, ni nunca se los habia exigido su amo.

Además, aquello era alarmante. ¿Para qué queria el conde-duque que le quitaran las botas? Para acostarse sin duda.

Teresa no se atrevió á seguir en su raciocinio, pero como su amo habia mandado sirviere al conde-duque, hizo un esfuerzo y se acercó.

El conde-duque extendió una pierna; Teresa permaneció inmóvil.

—Vamos, ¿no tirais? dijo con impaciencia el conde-duque.

—¿Y por dónde tiro, señor? dijo Teresa sudando la gota tan gorda á pesar de que hacia frio.

—Por el tacon y por la punta, dijo el conde-duque; pero para abreviar, tomad una silla, sentaos, sacad una pierna, y yo os enseñaré como se quita una bota quitándoos un zapato.

—Pues por supuesto, dijo Teresa, como que ahora voy yo á enseñar una pierna á nadie, y no es porque las tenga flojas y ruines, gracias á Dios, sino es porque no.

—Sí, sí, ya se vé que estais de buen año y que no sois tan vieja como debiérais para estar al servicio de un hombre como don Francisco, que es todo un corsario de mugeres.

—¡Jesús, señor, y qué cosas dice vucencia?

—Vos teneis, cuando más treinta años.

—Y los que mamé, y anduve á gatas: cuarenta y ocho cumplo por San Martín.

—Pues nadie lo diria, señora: en fin, ya que no sabeis tirar de botas, quitarémelas yo como pueda; pero entretanto hacedme la merced de levantar el embozo de la cama de vuestro amo.

—¡Cómo! ¿qué, vais á acostaros, digo, qué, se va á acostar vucencia?

—Tanto da que me trateis de vucencia como de vos, dijo el conde-duque, sois una buena muger y yo me encargo de vuestros adelantos.

Y el conde-duque que se habia quitado ya las botas se habia echado atrás el capotillo y abiertose la ropilla, empezó á desembarazarse de los gregüescos.

Teresa, delante de la cual nunca se habia desnudado Quevedo, escapó, se metió corriendo en la alcoba, levantó la cubierta de la cama, y desde adentro dijo:

—Vaya, quede vucencia con Dios, y si se le ocurre algo más, pídamelo: á la cabecera de la cama en una mesita hay una campanilla, pero no me llame vucencia hasta que esté acostado y bien tapado, que así es como me llama mi amo cuando necesita algo.

—Bien, buena Teresa, bien, dijo el conde-duque que estaba ya en ropas menores.

Teresa escapó hácia la cocina atravesando la habitacion de soslayo y evitando ver al conde-duque á pesar de que solo hubiera visto sus blancas y finisimas ropas interiores.

—Esta muger es una inocente, dijo el conde-duque, y puede ser que me convenga valerme de ella.

Y se metió en la alcoba y se encontró delante de un gran lecho con columnas salomónicas y pendientes de las columnas unas colgaduras de damasco verde tan viejas, que aun á la media luz que penetraba en la alcoba, se veia que estaban acarraladas.

Las sábanas aparecian muy limpias, pero tan usadas que parecian tela de cebolla.

En cuanto al abrigo, consistia en una gruesa manta de Palencia sin más cubierta.

—Indudablemente, dijo el conde-duque, una miseria como esta es capaz de dar al traste con todas las soberbias del mundo, aunque estas sean tan altas como la de Quevedo: injusticias de la fortuna. ¿Si estará de Dios que los poetas hayan de ser siempre pobres? Pero vive Dios que no se puede resistir el frio que aquí hace: aunque no fuera más que para defenderme de él, debia haber pensado desde el momento en que salió Quevedo en meterme en la cama. Estoy contento no sé por qué, añadió acostándose: ¿si será esta alegría porque un instinto secreto me dice que Quevedo no me engaña? Oh, con la alianza sincera de Quevedo me atrevia yo á todo: pero á mí me hace falta algo, añadió arropándose: ah, sí, un vaso de vino especiado caliente: me ha dicho esa que al lado de la cama hay una mesa y una campanilla, que llame si necesito algo.

Y el conde-duque extendió fuera del lecho el brazo, tomó una campanilla que habia sobre una especie de mesita de noche y llamó.

Teresa oyó el llamamiento, frunció el entrecejo y exclamó:

—¿Iré ó no iré? ese señor tiene cara de hombre malo, y yo sola... ¡qué cosas tiene mi amo! Estaría de ver... No voy.

Pero el conde-duque ajitó con más fuerza la campanilla y Teresa que era la bondad misma, hizo un esfuerzo, se asomó de candilejo á la puerta del despacho y dijo desde allí sin asomar siquiera la cabeza:

—¿Qué me manda vucencia?

—Traedme un vaso de vino especiado caliente.

—Ay, señor, como no quiera vucencia un pichon ó un pedazo de pernil, y esto por milagro, no tengo otra cosa que ofrecer á vucencia.

—‘Cómo! ¿y para gastar ese pichon y ese pernil, no teneis vino?

—Hailo, si señor; pero es vino de pobres, como únicamente puede beberle mi amo que se aviene á todo.

—Pues venga, señora, venga; que yo tambien á todo me avengo.

—Es, señor, que no hay ni azúcar, ni limon, ni canela, ni clavo.

—Pues venga el vino tal como se encuentre.

—Vamos, está visto, murmuró contrariada Teresa; habré de entrar en la alcoba: ¡qué cosas tiene mi amo! yo creí cuando me quité el hábito que habia ya escapado de todo, y ved, ved en lo que me encuentro metida.

—¿Estais rezando, señora Teresa? dijo el conde-duque.

—No señor, estoy echando aquí mis cuentas á ver si puedo servir á vucencia, y ahora caigo en que puede ser, porque ahí tenemos almibar de las monjas que nos ha enviado cierto religioso grave á quien mi amo hace los sermones y un papelillo de especias finas que traje el otro día para aliñar una empanada; pero tendrá que esperar vucencia á que encienda fuego.

—No, no, señora Teresa, no quiero esperar tanto; traedme el vino tal como esté.

--Vamos, exclamó Teresa despegándose despechada de la puerta, lo que quiere es que yo entre en la alcoba: no, pues como no esté arropadito y como Dios manda, la jarra le encajo encima; y mientras se quita el vino de los ojos, me marchó á la calle: pero ¡ay Dios mio! si se ha llevado mi señor la llave. Bueno, cerraré la puerta de enmedio y me quedaré en el patio aunque me hiele de frio.

Y una vez tomada esta heróica resolucion, Teresa tomó de un

armario que habia en la cocina una jarrita de cristal con flores pintadas, la fregó muy bien, la puso en un platillo de cristal, puso en otro platillo cuatro mojicones tambien de monja, llenó la jarra de vino dejando, con llenarla, vacia una negra botella, y se fué con su servicio á la alcoba resuelta á usar como de arma arrojadiza de la jarra y de los platos si el conde-duque se atrevia en lo más mínimo á su honestidad.

III.

El conde-duque estaba tranquilamente acostado y al parecer á gusto, porque la cama de Quevedo aunque pobre era blanda y estaba muy bien mullida y con igualdad por la cuidadosa Teresa.

—Perfectamente, dijo el conde duque; pero dejad ahí ese recado y entrad luz á fin de que yo atine con la boca.

—Bien, dijo para sí Teresa poniendo sobre la mesita de noche los dos platos, mejor es el velon porque pesa más, y más embarazoso es el aceite que el vino.

Y salió, tomó el velon de sobre la mesa de despacho y volvió á entrar en la alcoba.

El conde-duque se habia incorporado, pero nada habia en él que pudiese alarmar á la más rígida honestidad.

Solo se veia una almilla de pieles y las mangas y los puños, así en la garganta como en las manos, de una riquísima camisa de Cambray.

Al conde-duque se le habia deshecho el tupé, y con sus anchas y aplastadas narices y sus grandes ojos soñolientos, hacia una figura muy rara.

Teresa se tranquilizó, no vió nada hostil en el conde-duque.

Dejó el velon sobre la mesita, se acercó al lecho y presentó en los dos platos la jarra y los mojicones al conde-duque.

Este tomó uno de los mojicones, lo mojó en el vino, lo mordió y dijo:

—Exquisitas vizcotelas.

—No son vizcotelas, señor, dijo Teresa, sino mojicones con baño de las monjas de Pinto.

—Bien se trata vuestro amo, y este vino no es tan malo como decis.

—Porque los mojicones agradan, señor, y con lo que del baño quede en el vino se le podrá pasar; y no crea vucencia que se tra-

ta bien mi amo el mezquino que está bien pobre, sino que un religioso que quiere lucir más de lo que sabe, pide á mi amo sermones, se los paga muy mal, y de cuando en cuando le regala alguna friolera de las que á él le regalan las monjas; pero con tal cortedad, que del regalo que hace el buen padre no se puede comer tres veces.

—¡Válgame Dios, dijo el conde-duque, que seguia chupándose los mojicones, con tanto ingenio y en tal pobreza!

—Toma, como que mi amo es muy recto y no baja la cabeza á nadie y no adula y no hace malas cosas, camina derecho para ir al hospicio, señor; porque hoy el que no es pícaro no medra: pero á bien que eso lo sabe de clavo pasado vucencia.

IV.

Miró el conde-duque á Teresa y se convenció de que no habia habido ni aun asomo de intencion en sus cáusticas palabras, y como hubiese apurado los mojicones, bebió el vino y tuvo el valor de no hacer ni un solo gesto, porque en verdad el vino era detestable.

—Dejad esos platos sobre la mesa, dijo, id á mis gregüescos, y del bolsillo derecho sacad lo que encontráreis y traérmelo.

Teresa abispada por un nuevo recelo, salió á la sala, vió los gregüescos sobre una silla, los tomó y vió que pesaban mucho.

Metió la mano en su bolsillo derecho y no encontró más que otro bolsillo de seda pesado; retiró la mano como si la hubiera picado una vibora, y volvió á entrar en la alcoba, encendida y trémula.

—Vamos, dijo el conde-duque, dadme.

—¿Y qué he de dar á vucencia, si no traigo nada?

—¿Qué, no habeis encontrado nada en los bolsillos de los gregüescos?

—Sí, sí señor; he encontrado otro bolsillo con mucho dinero.

—¿Y por qué no lo habeis traído?

—Porque yo no ando con dineros que no son míos.

—¿Y quién os ha dicho que no son vuestros? Cabalmente os pedia yo esos dineros para dároslos.

—¡Cómo! ¿á mí dineros? ¿Y por qué me ha de dar á mí ningún hombre dineros? ¿Quién cree vucencia que soy yo?

—Una honrada y santa muger.

—No, no, eso no; santa no, honrada sí.

—Santa, porque servis á la pobreza; honrada, porque no que-

reis dinero por más que se os ofrezca con muy buena voluntad, y por aquello de que habeis servido á un grande de España opulento, y es necesario que si haceis para el cielo sirviendo á pobres como don Francisco, hagais para vos cuando servís á ricos como yo.

—Pues mirad, dijo Teresa, si me rodeárais de montones de oro y don Francisco de hambre, y me dijérais servidme, os diria, digo, diria á vucencia: con mi pobre me quedo, que su pan he comido muchos años y en sus prosperidades gocé de ellas y de sus desdichas; asistile en sus prisiones; curéle sus heridas, me quité mi pan de mi boca para que él tuviese más pan para la suya; y no hablemos más de esto ni me ofrezcais á mí más oro, porque me aflijís.

El conde-duque se convenció de que Teresa era incorruptible y tuvo envidia á Quevedo, que aunque muger y débil, tenia en Teresa una criatura leal.

Abstúvose, pues, de cometer una imprudencia: por allí no podia espiar á Quevedo.

—¿Conque vuestro amo está tan pobre? dijo.

—Sí señor, contestó Teresa; pobre, porque con tanto ingenio es tonto, y yo le digo: ¿no teneis ahí á don Frey Lope de Vega que solo con ser de buen carácter y no meterse con nadie, ni zaherir á nadie con letrillas, ni romances, ni sátiras, que son cada una un pecado, y con meterse en la córte y besar á cada uno las manos, está como quiere y quieto y pacífico y tranquilo y lleno de dignidades y con amigos en todas partes? y á fé, á fé que no tiene más ingenio que vos, ni tanto.

—Y decís bien, Teresa, decís bien, dijo el conde-duque; pero me parece que vuestro amo ha entrado ya en razon y que tal vez ha oido vuestros consejos, porque se ha hecho mi amigo.

—¡Bah, imposible! contestó Teresa sintiéndose resentida por lo mucho malo que del conde-duque habia oido decir á Quevedo entre juramentos y maldiciones: ¡imposible creerlo, digo yo á vucencia, que imposible!

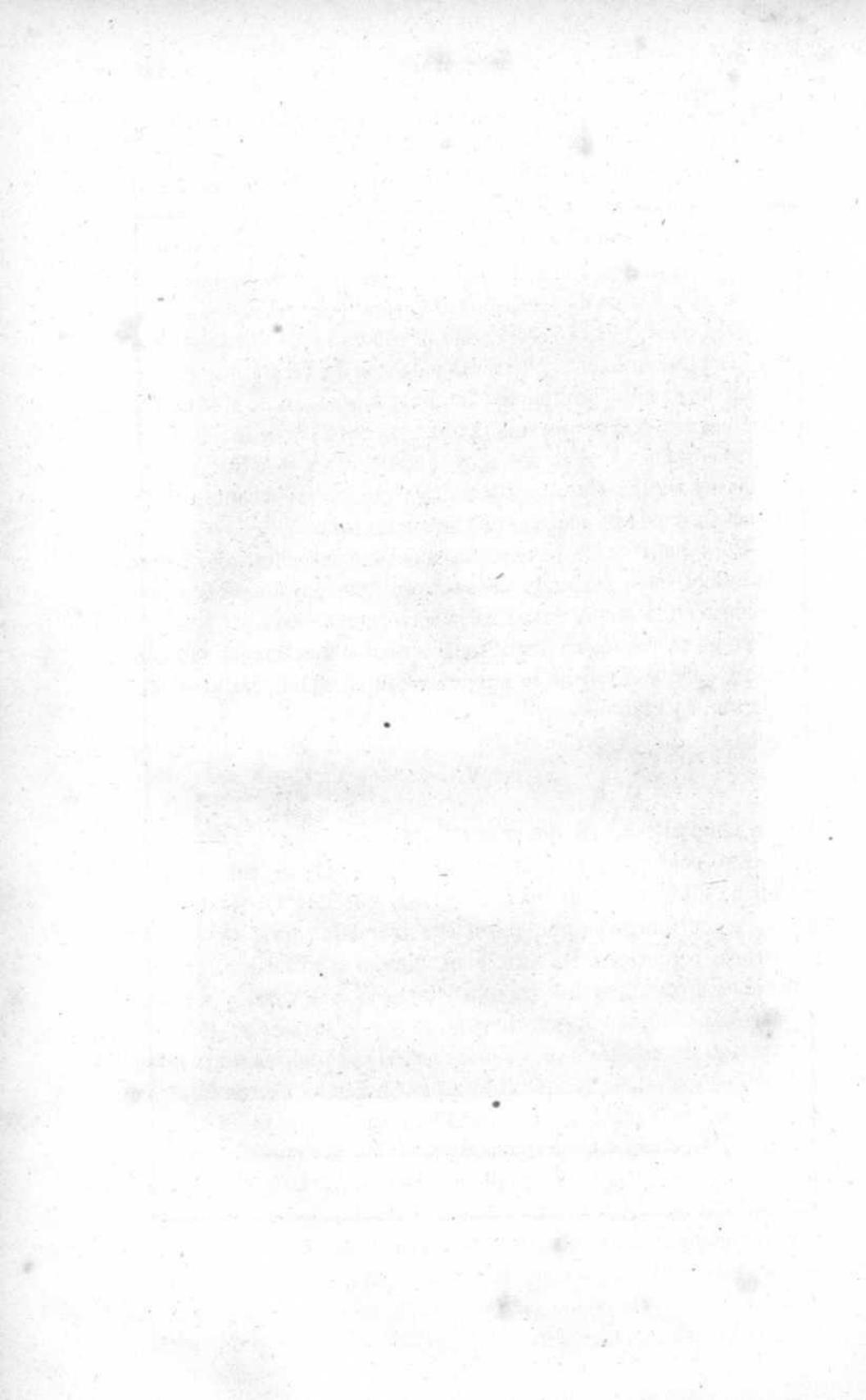
—¡Ah! exclamó el conde-duque viendo que descubria algo: ¿conque tanta ojeriza me tiene vuestro amo?

—Como el perro al gato, y lo digo á vucencia porque sé yo que mi amo se lo diria lo mismo: yo no sé por qué será, pero mi amo dice que antes que servir á vucencia serviria al demonio. Si yo no sé, yo no sé por qué ha dejado á vucencia en su casa.

—Estará de humor.



—¿Conque tanta ojeriza me tiene vuestro amo?



—Vaya, pues que le hablen á mi amo del conde-duque, y tira los treinta dineros y se pone negro de cólera.

—Os engañais, ha estado hablando conmigo lo más amigablemente del mundo.

—Pues digo á vucencia que mi señor estaba de buen talante, pero eso no quita; yo sé que lo que mi señor dice una vez no lo desdice nunca, y si cosa dice en contrario, será de burla.

—¿De veras, señora Teresa? dijo el conde-duque disimulando el cuidado en que le habian puesto las palabras de Teresa que coincidian con lo que un sentimiento íntimo y misterioso le aconsejaba: pues si eso es así, vuestro amo estaba esta noche de muy buen humor: vaya, señora Teresa, los ojos se me cierran; necesito descansar, llevaos esa luz y acostaos tambien, que probablemente, segun á la parte á donde ha ido, vuestro señor tardará.

—Pues que Dios de á vucencia muy buenas noches, dijo Teresa llevándose el velon, saliendo despues precipitadamente de la sala y metiéndose en la cocina cuya puerta cerró por dentro.

Pero no se acostó, no tenia sueño, estaba únicamente sobreescitada, y aunque de sueño se hubiera caido no se hubiera acostado.

Se sentó y esperó.

V.

En tanto el conde-duque murmuraba:

—Esa pobre muger con su inocencia, con su lisura, con su candor ha sido un rayo de luz para mí: sí, ciertamente: Quevedo no puede ser mi amigo: lo que quiere es salvar á la reina, salvar á la Calderona, perderme á mí. Ah, bien, bien, don Francisco, te concederemos lo que nos has pedido: dinero sí lo tendrás y más que quisieres; así te podremos decir mañana si nos aborreces: ¿por qué has tomado de nuestra mano beneficios? Sí, sí, indultaremos á don Alonso de Fuensalida, á sus ladrones, le dejaremos que se case con doña Esperanza: ¿para qué quiero yo su hermosura si ya es de otro? Ah, don Francisco, pero no salvarás tu reina, no impedirás que se una al rey la muger que ha de procurarme la impotencia de la reina: ah, no, no, ese soneto... sí, morirá Villamediana, pero cuando el rey crea que mata á quien le ha deshonrado: ah, reposemos, reposemos, necesitamos descanso, paremos la imaginacion, afortunadamente el rey no me espera, me esperará el dia en que sepa que se ha salvado de su accidente de amor la Calderona. Ah, don Francis-

co, don Francisco, no has debido dejarme á solas con una criatura tan cándida como tu ama de gobierno.

Y despues de estas palabras el conde-duque parando su pensamiento empezó á ser envuelto por los primeros vapores del sueño y poco despues dormia profundamente y roncaba como un cualquiera.

CAPITULO LXII.

De lo que oyó y vió y dijo Quevedo al atravesar por el escape del dormitorio de la Calderona.

I.

Indudablemente Quevedo andaba desgraciado, pensaba muy bien las cosas porque no podia pensarlas mal; pero una circunstancia imprevista ó una coincidencia desgraciada venian á convertir sus proyectos en una calamidad.

Muy ageno el buen ingenio del abuso de confianza que se permitia contra él el conde-duque, llegó á casa de la Calderona y á primera vista halló que habia allí mucha gente porque se veian en la calle algunas sillas de mano y algunos criados que pegados á la pared por resguardarse algo del frio hablaban entreteniendo el tiempo.

La puerta estaba entornada y por su abertura se veia luz.

Empujó Quevedo y se encontró con Porcuna que estaba desempeñando accidentalmente el cargo de portero, sentado junto á una gran copa llena de fuego, sobre cuya tarima habia un vaso con vino, y en tirada conversacion con dos que parecian criados de buena casa.

Quevedo se acercó apagando su linterna y colgándosela en la pretina.

Al sentir el ruido de sus pesados pasos, Porcuna se volvió hácia él, le conoció, se levantó respetuosamente y se quitó el gorro de

piel de conejo que por abrigarse tenia puesto, dejando ver su reluciente calva.

—Ah, que es vuestra señoría, señor don Francisco, dijo.

—Sí, yo soy, que vengo á ayudar á los que velan á tu señora.

—No la velan todavía, gracias á Dios, porque no se ha muerto ni se muere, segun dicen los doctores.

—Buena leccion de gramática, estúpido, contestó Quevedo: el que no duerme vela, pero esto nada importa, es muy viejo que dé lecciones el que las necesita: ¿cómo está tu señora, doctor?

—Pues mi señora está ya casi buena, y digo que casi buena porque aunque no come, habla mas que siete cuando la dejan, y los doctores dicen que no tiene calentura, y enfermo que no tiene calentura...

—Está sin ella.

—Esa es la verdad, como tambien es la verdad que hace como una hora mi ama dijo que queria ver á vuestra señoría, y fui yo en persona á la casa de vuestra señoría y estuve llamando más de media hora, y como no respondia nadie, volvíme y dije á la señora que vuestra señoría no estaba en su casa, y que si estaba, dormia profundamente, que no oia, ó que si no dormia y oia, no queria responder.

—Ahogárame yo, exclamó Quevedo, si con vos tuviera que vivir y oir vuestra charla difusa; consta, pues, que vuestra señora desea verme; pues bien, avisad á vuestra señora que estoy aqui.

—Venid conmigo.

Porcuna se metió por la segunda puerta del zaguan, siguiéndole Quevedo, y como este tomase hácia las escaleras, Porcuna le dijo:

—No señor, no, por ahí no, porque si por ahí subiera vuestra merced se encontraría en la sala con el conde de Oropesa y con el marqués del Vado, y con el conde de Villamediana y con otros señores, porque todo el mundo ha acudido como las moscas cuando han sabido el peligro de mi ama, y han querido quedarse aqui para lo que se ocurra y no ha habido medio de echarlos aunque no sirven más que para estorbar y para hacer gasto, porque como no hacen más que hablar, están siempre pidiendo agua y eso seria lo de menos porque el pozo no merma por mucho que se le saque, pero hay que llevársela á los unos con limoncillo, á los otros con agraz y á todos con vizcotela ó bolado, y los poetas, que hay muchos, no solo se comen las vizcotelas de dos en dos, sino que las que no pueden comer se las guardan.

—¿Está acaso por aquí Montalban? dijo Quevedo.

—Sí señor, vino de los primeros á boca de noche: ha pedido cinco veces agua, y por último, una taza de vino especiado, y desde que la ha bebido se ha puesto en un sillón á dormir.

—Hé ahí cómo todos no han venido á velar, y puesto que echando por aquí me escusais de escuchar á Montalban, aunque sea soñando, os lo agradezco; pero ¿á dónde vamos por este traspatio?

—¿Adónde hemos de ir sino á buscar una escalerilla por dónde se sale á un corredor á que dá una puerta de escape del dormitorio de mi señora?

—¿Y tiene postigo este traspatio?

—Sí señor, un pequeño postigo que por una cuadra dá á la calle del Conde.

—Casa con pasadizo mala de guardar, dijo Quevedo.

—No hay pasadizo que valga para la muger que sabe guardarse, y mi señora se guarda, mal que les pese á muchos.

—Pues guárdela Dios y guárdeme á mí, que por escalera oscura me habeis metido, y yo cuando á oscuras subo escalera me mareo y cáigome: mal hice en apagar la linterna.

—Agárrese á mí vuestra señoría, que yo no me mareo, y pierda cuidado que la escalera es corta.

Agarróse Quevedo á la cintura de Porcuna, que le llevó á remolque.

—Aquí cesa la escalera, dijo.

—Y aquí empieza un barrunto de luz, observó Quevedo refiriéndose á un farol agonizante que estaba clavado en el comedio de un corredor.

—Esos criados, dijo Porcuna, como no hay costumbre, se les ha olvidado renovar el aceite; pero siga vuestra señoría que ya estamos cerca.

Y al fondo del corredor abrió una mampara y entraron en un pequeñísimo aposento alumbrado por un farol que pendía del centro del techo y que también agonizaba.

Habia al rededor de este aposentillo unos muebles, como cómodas, y en una pared un crucifijo pintado al óleo, estando las paredes entapizadas de rojo.

—Esto huele á sacristía, dijo Quevedo.

—Y sacristía es, dijo Porcuna; la sacristía del oratorio de mi señora, que lo bendijo no há mucho el señor obispo *in partibus* de Caledonia.

—¿Y por el oratorio y por la sacristía pasa el escape? dijo Quevedo.

—Sí señor, contestó Porcuna, y eso probará á vuestra señoría que para mi señora este escape no es escape ni pasadizo, ni otra cosa mala.

—Quién fia en ellas, dijo Quevedo; pero adelante, hermano Porcuna.

Abrió este una mampara, entró Quevedo, pero antes de entrar se quitó el sombrero.

El oratorio era bellissimo, de una regular extension.

En la pared de la parte inferior habia una gran ventana con retablo ornamentado al gusto del Renacimiento.

En el extremo de las dos paredes que formaban ángulo con estas dos mamparas de marroquí, color de avellana con estampaduras de oro, y ornamentado el marco de estas puertas con otra especie de retablo tambien del gusto del Renacimiento.

A lo largo de estas dos paredes habia dos escaños forrados de terciopelo azul con rapacejos de plata.

Al fondo, sobre dos gradas, habia un altar y en su bello retablo una imágen de la Purisima Concepcion de tamaño natural.

Seis grandes candeleros de plata con cirios azules, se veian sobre el altar.

Las paredes, bajo una cornisa pintada y dorada, estaban entapizadas de damasco azul con franjas de plata, y de trecho en trecho sobre esta tapicería se veian cuornicopias.

Del techo, pintado al temple representando la Santisima Trinidad en medio del empuero, pendia una lámpara de plata, cuya luz estaba viva y resplandeciente.

Cubria el suelo una gruesa alfombra.

En la pared de la derecha, y á una regular altura, se veia dentro de un hueco, tambien del gusto del Renacimiento, una celosía dorada.

Aquello era sin duda una tribuna.

—Muchos oratorios he visto, dijo Quevedo, pero tan sencillo y tan bello como este, ninguno; es mucha, mucha muger María Calderon: ¡qué lástima!

—¿Y por qué ha de ser lástima? dijo Porcuna.

—Cállese y lléveme á donde sufre su señora.

Porcuna, que habia levantado un poco el gallo, se achicó y se encogió.

Abrió la otra mampara y entraron en una anteoratorio, en el cual habia una pequeña puerta á la derecha como se salia del oratorio.

—Por ahí se sube á la tribuna de mi ama, dijo Porcuna.

—Lo supongo, dijo secamente Quevedo.

—Y en esa tribuna no ha entrado nadie más que mi ama ni para limpiar, porque como es pequeña, ella misma quita el polvo á las paredes y al sillón.

—Me parece bien, dijo Quevedo; pero no me lo parece tanto vuestra pesadez. ¿Por dónde se llega á vuestra señora?

—Por esta puerta de la izquierda, porque por esta otra de la derecha se sale á los corredores.

Quevedo envistió por la puerta de la izquierda, que era tambien una mampara, y se encontró delante de dos doncellas que se levantaron sorprendidas al ver á Quevedo junto á un brasero.

Hacian calceta y se alumbraban con una bugía puesta en un candelero de plata puesto en una pequeña mesa.

Una vez allí Quevedo, olió ya á enfermo.

La Calderona debia estar en la habitacion inmediata.

II.

—Laureta, dijo Porcuna á una de las doncellas, id y decid á la señora que aquí está el señor don Francisco de Quevedo; pero si hay alguien, que puede ser que haya, decidsele al oído; ¿entendeis?

—Entiendo, y os advierto que no necesito que se me expliquen mucho las cosas.

—Pues es que sois cansado siempre, dijo Quevedo, porque aquí que os conocen bien os cortan el revésino.

—Esto consiste en que Laureta está muy mal criada, dijo Porcuna.

Afortunadamente Laureta se habia alejado por un corredor, segun podia figurarse del roce de su traje por las paredes.

La otra doncella dijo:

—Eso no lo dirá nadie más que vos.

—Miren y qué costas te pagasen, Lucia, por salir á la defensa de Laureta.

—Es que se hacen odiosos los viejos como vos, y envisten.

—¿Cómo se entiende, rapazuela? exclamó Porcuna.

—Haya paz, dijo Quevedo, y no alboroten, aunque no sea más que por la enfermedad de la señora.

A este tiempo volvió Laureta.

—Esperad un momento, señor don Francisco, dijo, porque el doctor don Juan Perez de Montalban se ha metido en la alcoba y tiene que hablarle mi señora.

—Ah, sí, Juan Perez, dijo Quevedo; ese se mete siempre donde no le llaman: conózcole en la impertinencia, pero ¿no deciais que dormia? yo creo que quien duerme desperto sois vos.

—Dormido dejéle no ha un cuarto de hora, pero por lo visto como poeta tiene el sueño ligero.

—Ni poeta, ni doctor, ni don, ni Montalban, dijo de mal humor Quevedo, y espérome, aunque mejor esperaria á un escuadron de esguizaros que contra mí viniese, que esperar á que se fuese Montalban.

—Entretened la espera diciéndonos un romance, don Francisco, dijo Lucia.

—Para romances está mi ingenio; romanceado me vea yo por Juan Perez si atino con un asonante, que consonante no hay que pensar en él:

El ingenio tengo chirle,
Y siéntolo que eres bella,
Y quisiera darte gusto,
Aunque cual todas las hembras
Eres por demás curiosa
Y por cabo pedigüeña.

—Vaya, muchas gracias, dijo Lucia torciendo el bello hocico. Habló el buey y dijo mú: vaya unos versos.

—A esto se espone quien quiere sacar agua de pozo seco, que saca cuando más lodo con gusarapos. Laureta, hija, anda ves á ver si ya tu ama se ha despegado de ese sinapismo.

—Créolo muy bien, dijo Laureta, porque mi ama se dá muy buen arte para despegarse necios; de seguro que ya no está allí el doctor don Juan Perez.

—Pues sigote, aunque si yo no me hubiera echado ya el alma á la espalda y se me diera tres pitos de la peste, te pediria que sahumaras la alcoba de tu señora para librarme del contagio que ha debido dejar en ella Montalban.

Y entróse detrás de Laureta.

Atravesó un corredor estrecho, y pasando la doncella por una puertecilla, volvió á poco y dijo:

—Podeis pasar, ya se ha ido, y he cerrado por dentro la alcoba que dá al retrete.

—Tapadillo, dijo Quevedo, valga que está enferma y que he pasado por oratorio.

Y pasó.

Laureta cerró la puerta de escape.

Quevedo y María Calderon estaban solos.

Una media luz que pasaba á través de la colgadura de Cambray bordado desplegada por la parte de adentro de la vidriera de la alcoba hacia más bello aquel dormitorio en que todo era blanco.

—¡Ah! exclamó Quevedo, esta blancura es de buen agüero.

Y rodeando el lecho fué á dar la mano á María Calderon, que estaba incorporada.

CAPÍTULO LXIII.

De cómo se engaña á un pícaro.

I.

Tenia sangradas las dos manos y los vendajes negros parecían dos manchas de tinta en toda aquella blancura.

Las paredes del dormitorio estaban entapizadas de raso blanco.

Blanco, azul y rosa era la alfombra.

Blanco y oro las columnas y las guardamalletas del lecho.

Blancas de Cambray bordado, las colgaduras sujetas con guirnaldas de flores.

De una rica tela gruesa alfombrada labrada de realce y blanquísima la cubierta; de Cambray y encaje los almohadones.

De gaitin, nácar, marfil y plata una pequeña mesa en que junto al lecho había medicamentos, y blanco el forro de los sillones.

Un gran crucifijo de marfil sobre una cruz de nácar guarnecida de plata con una concha preciosa de madre perla por pililla, se veía colgando á la derecha del lecho á una regular altura sobre la mesita de noche.

Frente á los piés de la cama con marco blanco, azul y oro había un buen lienzo representando á María del Carmelo.

Todo era allí puro, fresco, pio; inspiraba respeto aquel dormitorio virginal.

Quevedo, que no podia ver á una mujer hermosa sin conmovérsele y sin atreverse, se sintió dominado por todo aquello.

María estaba excesivamente bella, y elegantísima con su traje de dormir.

Consistía en una cófia de encaje que envolvía sus revueltos cabellos, que en su desórden eran bellísimos, y en una especie de ancha bata de Cambray cerrada en la garganta, sobre la cual se veía un sencillo escapulario de la virgen del Cármen.

Estaba muy pálida, lo que la hacía aparecer blanquísima, y sus bellos ojos aparecían adormecidos por la dulce y triste expresion del dolor soportado.

—¡Oh! gracias á Dios, exclamó Quevedo, mi pobre María, y qué susto nos habeis dado. Lope ha estado á punto de perder las ganas de comer de sentimiento.

—Por lo que cree que le conviene que yo viva.

—No me pongais de humor más negro que el que he tenido, tanto por saber lo que os acontecia, como por un mal encuentro que tuve en vuestra casa con el conde-duque de Olivares.

—¡Ah! exclamó María, ¡el conde-duque! ¡maldito sea!

—Pero explicadme, explicadme qué es eso de que Lope cree que le podeis servir todavía, pues qué, ¿vais á dejar el teatro?

—No, no dejo el teatro; pero entro en otro en que no hay candilejas, en que el papel no le reparte el autor, sino la fortuna; voy á ser reina de veras, don Francisco, reina á tras mano.

—Me asustais, María; vos no estais fuera de peligro, vos delirais.

—No, don Francisco, no; tengo la cabeza lijera, estoy bien, respiro bien, me siento llena de vida, y si no estuviera débil por la sangre que me han sacado, saldria á saludar á toda esa gente que está pasando por mí una mala noche y les diria: retiraos, señores, ya estoy buena, gracias por vuestros cuidados. ¡Ah, don Francisco, qué gentes! aquí han estado los ingenios y han asomado la cabeza á la puerta de la alcoba por ver si se les moria su dama: la Renjifa se asomó tambien y me miró con sus ojazos verdes por ver si Dios la libraba de mí; todos, ellas, ellos, los de las ánimas, los de los hospitales, todos miraban y cuchicheaban: yo oia decir haciéndome todavía la aletargada: ¡qué lástima, se ganaba tanto con ella!

—Así es el mundo, María, y siempre fué lo mismo: no nos quiere nadie más que por lo que nos saca; y cuando amamos, no amamos, sino por el amor que recibimos.

—Ah, no me habéis del amor, don Francisco; el amor es el sueño de los locos.

—Soñar es vivir, estar loco es tener razon, porque la razon humana es la locura; la única razon que puede existir con la vida, porque cuando vemos las cosas tales como son, cuando nos encontramos solos sobre la tierra, cuando no sentimos más que afectos interesados, cuando no podemos dormir ni soñar porque nos despierta la realidad fria, horrenda, mortal; entonces se muere como habeis estado á punto de morir vos, de una oleada de nuestra sangre que se nos sube á la cabeza impulsada por la tempestad del alma, y si no se muere como me acontece á mí, es porque viejos ya y cansados consideramos el mundo como una inmensa sepultura, y á los prójimos que nuestra carne muerden como gusanos inevitables, y cuando nos hemos acostumbrado á vivir sin vivir, cuando hemos renunciado á todo, cuando nuestra desesperacion es ya tal que no la sentimos, entonces soltamos á la vida, al mundo, á todo lo que nos rodea una carcajada hueca y ágría, una carcajada de desprecio.

Y Quevedo arrojó su sombrero que tenia bajo el brazo, sobre la alfombra, asió de un taburete y se sentó junto á la cabecera del lecho.

—Estais mal así, hija mia, dijo; aun pudiérais recaer, abrigaos, no perdais un trasudor saludable; yo me acercaré y hablaremos muy bajo, porque creo que para algo me habeis llamado.

—Sí, dijo María, os he llamado para pedir os consejo.

Y María se reclinó sobre las almohadas, y se cubrió.

—¿Y de veras, dijo Quevedo, sentis la cabeza fácil?

—Sí, señor.

—No me he engañado, replicó Quevedo: cuando me fui de aqui confiaba en que vuestro accidente, aunque gravisimo, seria pasajero y eso que estábais aun sin sentido.

—¡Ah! fué horrible: otra muger...

—¡Ah! celos, dijo Quevedo.

—No, celos no, despecho y hastío de mí misma por haberme engañado; yo le amaba, no puedo deciros cómo le amaba.

—Ah, sí, con el primero, con el único amor de las mugeres que tienen alma y corazon: ah, hija mia, hija mia, y qué caros os cuestan esos laureles que han brotado para vos en la escena. Ah, el laurel es amargo, desafía al rayo, y el rayo le respeta; pero no le respetan las tempestades del viento que le deshojan, le desgajan; le truncan el viento de la vanidad, el huracan de la envidia: ah, el rey,

ese rey antojadizo, vano, que ha querido poseer esa perla, esa maga que se hace amar del zafio por hermosa, que hace latir el corazon del entendido por representante de la verdad patética, que arranca lágrimas de los ojos de las buenas gentes porque les presenta las amarguras del alma sin sentir las: sí, sí, es necesario temer á la que todos aplauden, á la que todos codician, á la hermosa, á la pura, á la discreta, á la gentil, á la sábia, á la inapreciable: oh, y hay un conde-duque de Olivares, una araña asquerosa que teje su inmunda tela en derredor de la crisálida de alas de oro, blanco y azul, y la aprisiona en ellas y la ahoga. ¿Es tiempo aun, María?

—Sí.

—Romped esa asquerosa tela que os envilece, y si no podeis romperla la romperé yo.

—No, dijo María, amo al rey.

—Mentira, blasfemia, iniquidad, cien legiones: lo repito, María, vos estais loca, vos delirais.

—Amo al rey, le idolatro, le adoro.

—¿Qué amarga, qué horrible cosa se oculta bajo vuestras palabras? ¿es que amais en el rey, el oro, las joyas, la soberbia, la ambicion?

—No, don Francisco, yo soy mia.

—¿Amais la vanidad de ver á vuestros pies al señor de una inmensa monarquía que nunca deja de alumbrar el sol?

—No.

—Pues no, no, digo yo; vos no podeis amar en el rey, ni el cuerpo, ni el alma, porque el cuerpo no es cosa ni el alma tampoco, y vos para amar necesitais de algo que os embriague: creo no engañarme: sin embargo, ¿amais al rey como hombre?

—No, me repugnaria si le amara.

—¿Pero qué es lo que amais? sepamos.

—Mi venganza.

—Ah, exclamó Quevedo, torpe anduve: gastéme, aguaróense mis sesos, no valgo ni me conozco: vuestra venganza, es verdad, sí: queréis vengaros de quien os ha puesto en el caso de que otra muger triunfe de vos: ¿y creéis que á ese don Lope, á ese rufian noble le importará algo que vos ameis al rey ó no le ameis?

—Volveis á equivocaros, don Francisco, siento decíroslo; yo no amo lo que desprecio.

—Pues no os entiendo.

—Entendedme: quiero vengarme del conde-duque, y por vengarme lo sacrificio todo, hasta la vida.

—¡Ah! ¿y decís que no amais á don Lope y suponeis que puede costaros la vida el amor del rey? solamente una muger locamente enamorada de un hombre puede esponer la vida siendo de otro.

—¿Y mi honra, don Francisco?

—Vamos, confieso que no sirvo, ó mejor dicho que no os conozco; yo no os creía con tanta alma; pero explicadme por qué aborreceis de tal manera al conde-duque cuando decís que queréis vengaros de él aunque sea exponiendo vuestra vida.

—En primer lugar, dijo Maria, si don Lope se acercó á mí fué por sugestion del conde-duque.

—¡Ah! volvemos á don Lope.

—Como á una causa, no como á un fin. Don Lope es jóven, galante y experto en amores, y yo inocente, nueva én el amor; me agradó y le creí, pensé en él y le atribuí cualidades que no tenia.

—Lo de siempre, amamos en el sér amado el fantasma que nuestra imaginacion se finge, y cuando vamos á tocarle el fantasma desaparece.

—Y no queda ni un resto de amor, porque hemos comprendido que el hombre á quien amábamos no era ni podia ser el fantasma de nuestro sueño. Pero aunque no amemos á aquel hombre, aunque desengañadas le despreciemos, queda en nuestro corazon un amargo vacío que no podemos llenar: ha muerto para nosotras el amor, nos hemos desencantado, no podemos soñar, y la realidad nos mata. Pues bien, de esta muerte, de esta agonía de mi alma es de lo que necesito vengarme contra el conde-duque: él envió villanamente á don Lope para allanar el camino al rey, y luego, luego, ese don Lope ha obrado de una manera villana; ese don Lope amaba á otra muger, á su tia... Ya lo creo: la cómica, la Calderona era buena para ser seducida, corrompida y entregada luego al rey; para esposa, no; para esposa se necesitaba á la noble condesa, á la altiva grande de España, á la muger rica, y esa muger ha venido á mi casa, don Lope me ha injuriado delante de ella, y ella se le ha llevado triunfante. Hé aquí, hé aquí por qué caí como herida por un rayo: hé aquí por qué he estado á punto de morir.

—*Vanitas vanitatum*, que dijo el sábio, exclamó Quevedo.

—Si no vanidad, soberbia, exclamó Maria Calderon; un pecado, en fin; pero somos materia pecaminosa, don Francisco, y no podemos librarnos del pecado; otras son hipócritas y niegan sus culpas, yo soy honrada y las confieso: porque ¿por qué habia yo de verme aquí en mi casa humillada, injuriada, escarnecida por una muger